

ALLAN KARDEC

ISBN 85-7341-301-8

El Evangelio según el Espiritismo

Contiene la explicación de las máximas morales de Cristo, su concordancia con el Espiritismo y su aplicación a las diversas posiciones de la vida.

No hay fe inquebrantable sino aquella que puede encarar, frente a frente, a la razón, en todas las épocas de la Humanidad.



MENSAJE FRATERNAL

Apartado Postal 22 28 Caracas 1010-A - Venezuela

Título del original en francés:
L'ÉVANGILE SELON LE SPIRITISME

Traducción de:
Alipio González Hernández

Revisión de:
Guillermo Arrijoja
José Luis Darías
Rosa Virginia González Ríos

Portada de:
Daniel Archangelo

Diagramación de:
Maria Isabel Estéfano Rissi

Derechos Reservados

Nueva traducción desde 39ª edición

Tiraje total
41ª edición – 389.501 al 392.500 ejemplares

Impreso en el Brasil - Printed in Brazil

INTRODUCCIÓN

I – OBJETO DE ESTA OBRA

Las materias contenidas en los Evangelios pueden dividirse en cinco partes: *Los actos comunes de la vida de Cristo, los milagros, las profecías, las palabras que sirvieron para establecer los dogmas de la Iglesia y la enseñanza moral.* Si las cuatro primeras partes han sido objeto de controversias, la última se ha mantenido inatacable. Ante este código divino, la misma incredulidad se inclina; es el terreno donde pueden encontrarse todos los cultos y el estandarte bajo el cual todos pueden abrigarse, cualesquiera que sean sus creencias, porque nunca ha sido objeto de disputas religiosas, suscitadas siempre y por todas partes por las cuestiones de dogma. Por lo demás, si las sectas la hubiesen discutido, hubieran encontrado en esa enseñanza su propia condenación, porque la mayoría está más interesada en la parte mística que en la parte moral que exige la reforma de sí mismo. Para los hombres en particular, es una regla de conducta que abarca todas las circunstancias de la vida, privada o pública, el principio de todas las relaciones sociales fundadas sobre la más rigurosa justicia; en fin, y sobre todo, es el camino infalible de la felicidad esperada, un canto del velo levantado sobre la vida futura. Esta parte es el objeto exclusivo de la presente obra.

Todo el mundo admira la moral evangélica; cada uno proclama su sublimidad y su necesidad, pero muchos lo hacen confiados en lo que oyeron decir de ella, o sobre la fe originada en algunas máximas que se tornaron proverbiales; pocos son los que la conocen a fondo, y menos aún los que la comprenden y saben deducir sus consecuencias. En gran parte, la razón consiste en la dificultad que presenta la lectura del Evangelio, ininteligible para el mayor número. La forma alegórica y el

PREFACIO

Los Espíritus del Señor, que son las virtudes de los cielos, como un ejército inmenso que se moviliza tan pronto ha recibido la orden de su comandante, se esparcen por toda la superficie de la Tierra; semejantes a las estrellas que caen del cielo, vienen a iluminar el camino y a abrir los ojos a los ciegos.

En verdad os digo, que han llegado los tiempos en que todas las cosas deben ser restablecidas en su verdadero sentido, para disipar las tinieblas, confundir a los orgullosos y glorificar a los justos.

Las grandes voces del cielo retumban como el sonido de la trompeta, y se reúnen los coros de ángeles. Hombres, nosotros os convidamos a este divino concierto; que vuestras manos pulsen la lira; que vuestras voces se unan y que en un himno sagrado se extiendan y vibren de uno a otro extremo del Universo.

Hombres, hermanos a quienes amamos, nosotros estamos a vuestro lado: amaos también unos a otros, y decid desde el fondo de vuestro corazón, haciendo la voluntad del Padre que está en el cielo: ¡Señor! ¡Señor! Y podréis entrar en el reino de los cielos.

El Espíritu de Verdad

NOTA. –Esta instrucción, transmitida por vía mediúmnica, resume a la vez el verdadero carácter del Espiritismo y el objeto de esta obra, por eso, ha sido puesta aquí como prefacio.

misticismo intencional del lenguaje hacen que la mayor parte lo lean por descargo de conciencia y por deber, como leen las oraciones sin comprenderlas, es decir, sin fruto. Los preceptos de moral diseminados aquí y allí, confundidos en la masa de otras narraciones, pasan desapercibidos, siendo entonces imposible comprender el conjunto y hacer de él objeto de una lectura y una meditación separadas.

Es verdad que se han hecho tratados de moral evangélica, pero la adaptación al estilo literario moderno les ha quitado la ingenuidad primitiva, que les da a la vez su encanto y su autenticidad. Lo mismo sucede con las máximas aisladas, reducidas a su más sencilla expresión proverbial, pues entonces no son más que aforismos que pierden una parte de su valor y de su interés, por la ausencia de los accesorios y de las circunstancias en que se dieron.

Para evitar estos inconvenientes, reunimos en esta obra los artículos que pueden constituir, propiamente hablando, un código de moral universal, sin distinción de culto. En las citas conservamos todo lo que era útil al desarrollo del pensamiento, eliminando o separando sólo las cosas extrañas al asunto. Por lo demás hemos respetado escrupulosamente la traducción original de Sacy, así como la división por versículos. Pero en lugar de seguir un orden cronológico imposible y sin ventaja real en este asunto, hemos agrupado y colocado metódicamente las máximas, según su naturaleza, de manera que se deduzcan en lo posible unas de las otras. Las llamadas de los números de orden de los capítulos y de los versículos, permite recurrir a la clasificación vulgar, si se juzga oportuno.

Pero, ese sería un trabajo material que, por sí sólo, apenas tendría una utilidad secundaria; lo esencial era ponerlo al alcance de todos, por la explicación de los pasajes oscuros y el desarrollo de todas las consecuencias, con el fin de que fuera aplicable a las diferentes posiciones de la vida. Esto fue lo que intentamos hacer con la ayuda de los buenos Espíritus que nos asisten.

Muchos puntos del Evangelio, de *La Biblia* y de los autores

sagrados, en general, sólo son ininteligibles y muchos de ellos sólo nos parecen irracionales por falta de una clave para comprenderles el verdadero sentido; esta clave está completa en el Espiritismo, como ya se convencieron de ello aquellos que lo han estudiado con seriedad, y como más tarde, se reconocerá mejor aún. El Espiritismo se encuentra por doquier, tanto en la antigüedad como en las demás épocas de la Humanidad; en todas partes se encuentran sus vestigios, en los escritos, en las creencias y sobre todo en los monumentos; y por esto, si abre nuevos horizontes para el futuro, también arroja luz no menos viva sobre los misterios del pasado.

Como complemento de cada precepto, hemos añadido algunas instrucciones, elegidas entre las dictadas por los Espíritus en diferentes países y con la intervención de diferentes médiums. Si estas instrucciones hubiesen salido de un solo origen, hubieran podido sufrir una influencia personal o la del medio, mientras que la diversidad de orígenes prueba que los Espíritus dan sus enseñanzas en todas partes y que nadie a ese respecto goza de privilegios. (1)

Esta obra es para uso de todos; cada uno puede hallar en ella los medios de conformar su conducta a la moral de Cristo. Además, los espíritas encontrarán en ella las aplicaciones que les conciernen más especialmente. Desde hoy en adelante, gracias a las comunicaciones establecidas de una manera

(1) Sin duda, podríamos dar, sobre cada asunto un mayor número de comunicaciones obtenidas en una multitud de poblaciones y centros espíritas, además de las que citamos; pero quisimos ante todo, evitar la monotonía de las repeticiones inútiles y limitar nuestra elección a las que, por el fondo y la forma, entran más particularmente en el cuadro de esta obra, reservando para ulteriores publicaciones las que no pudieron publicarse en ésta.

En cuanto a los médiums nos abstuvimos de nombrarlos; la mayor parte de ellos nos lo han solicitado así y en este caso no convenía hacer excepciones. Además, los nombres de los médiums no habrían agregado ningún valor a la obra de los Espíritus; pues citarlos, sólo acarrearía una satisfacción de amor propio, lo cual detestan los médiums verdaderamente serios, pues comprenden que siendo su papel puramente pasivo, el valor de las comunicaciones en nada realza su mérito personal, pues sería pueril envanecerse por un trabajo de inteligencia al que sólo se presta un concurso mecánico.

permanente entre los hombres y el mundo invisible, la ley evangélica, enseñada a todas las naciones por los mismos Espíritus, ya no será letra muerta, porque cada uno la comprenderá y será inducido incesantemente a practicarla, por los consejos de sus guías espirituales. Las instrucciones de los Espíritus son verdaderamente las *voces del cielo* que vienen a esclarecer a los hombres y a invitarles a *la práctica del Evangelio*.

II – AUTORIDAD DE LA DOCTRINA ESPÍRITA

CONTROL UNIVERSAL DE LA ENSEÑANZA DE LOS ESPÍRITUS

Si la Doctrina Espírita fuese una concepción puramente humana, no tendría otra garantía que las luces del que la hubiera concebido, y nadie en este mundo podría tener la pretensión fundada de poseer por sí solo la verdad absoluta. Si los Espíritus que la han revelado se hubiesen manifestado a un solo hombre, nada garantizaría su origen, porque sería menester creer en la palabra de quien dijera haber recibido sus enseñanzas. Admitiendo una perfecta sinceridad de su parte, cuando mucho, podría convencer a las personas de su medio; podría tener sus seguidores, pero nunca llegaría a reunir a todos.

Dios quiso que la nueva revelación llegase a los hombres por un camino más rápido y más auténtico; por esto encargó a los Espíritus ir a llevarla de uno a otro polo, manifestándose por todas partes, sin dar a nadie el privilegio exclusivo de oír su palabra. Un hombre puede ser engañado, puede engañarse a sí mismo, pero eso no ocurriría cuando millones ven y oyen la misma cosa: esto es una garantía para cada uno y para todos. Además, puede hacerse desaparecer a un hombre, pero no puede hacerse que desaparezcan las masas; pueden quemarse los libros, pero no se pueden quemar los Espíritus; pues si se quemaran todos los libros, el origen de la doctrina no sería menos inagotable, por el hecho mismo de que ella no está en la Tierra,

sino que surge por todas partes y que cada uno la puede absorber. A falta de hombres que la difundan, habrá siempre Espíritus que alcanzan a todo el mundo y a quienes nadie puede alcanzar.

En realidad, los mismos Espíritus son los que hacen la propaganda, con la ayuda de innumerables médiums que ellos suscitan por todos lados. Si no hubiesen tenido más que un intérprete, por más favorecido que fuese, el Espiritismo sería mal conocido; este mismo intérprete, a cualquier clase que perteneciese, sería objeto de prevención de muchas personas; no le hubieran aceptado todas las naciones; mientras que comunicándose los Espíritus por todas partes, a todos los pueblos, a todas las sectas y a todos los partidos, son aceptados por todos. El Espiritismo no tiene nacionalidad, está fuera de todos los cultos particulares y no fue impuesto por ninguna clase social, puesto que cada uno puede recibir instrucciones de sus parientes y de sus amigos de ultratumba. Era preciso que fuese así para que pudiese llamar a todos los hombres a la fraternidad; pues, si no se hubiese colocado en un terreno neutral, hubiera mantenido las disensiones en vez de apaciguarlas.

Esta universalidad de la enseñanza de los Espíritus, constituye la fuerza del Espiritismo, y es también la causa de su rápida propagación; mientras que la voz de un solo hombre, aun cuando hubiese tenido el auxilio de la prensa, emplearía siglos antes de llegar a oídos de todos, he aquí a millares de voces que se hacen oír simultáneamente sobre todos los puntos de la Tierra, para proclamar los mismos principios y transmitirlos, tanto a los más ignorantes como a los más sabios a fin de que nadie quede desheredado. Es una ventaja de la cual no gozó ninguna de las doctrinas que surgieron hasta hoy. Si, pues, el Espiritismo es una verdad, que no teme ni la mala voluntad de los hombres, ni las revoluciones morales, ni los cataclismos físicos del globo, porque nada de esto puede alcanzar a los Espíritus.

Pero esta no es la única ventaja que resulta de esa posición excepcional; el Espiritismo encuentra en ella una garantía poderosa contra los cismas que podrían suscitarse, ya por la

ambición de algunos, ya por las contradicciones de ciertos Espíritus. Seguramente que estas contradicciones son un escollo; pero llevan consigo el remedio al lado del mal.

Se sabe que los Espíritus, a consecuencia de la diferencia que existe entre sus capacidades, individualmente están lejos de poseer la verdad absoluta; que no a todos les es dado penetrar ciertos misterios; que su saber es proporcionado a su depuración; que los Espíritus vulgares no saben más que los hombres, y aun menos que ciertos hombres; que hay entre ellos, como entre estos últimos, presumidos y pseudo sabios, que creen saber lo que no saben; sistemáticos que toman sus ideas por la verdad; en fin, que los Espíritus de un orden más elevado, los que están completamente desmaterializados, son los únicos que se han despojado de las ideas y de los prejuicios terrestres; pero también se sabe que los Espíritus mentirosos no tienen escrúpulos en arrojarse con nombres que toman prestados, para hacer aceptar sus utopías. Resulta de esto, que todo lo que está fuera de la enseñanza exclusivamente moral, las revelaciones que cada uno puede obtener, tienen un carácter individual, sin autenticidad, que deben ser consideradas como opiniones personales de tal o cual Espíritu y que se cometería una imprudencia aceptándolas y promulgándolas ligeramente como verdades absolutas.

El primer control, sin duda, es el de la razón, al cual es preciso someter, sin excepciones, todo lo que viene de los Espíritus; toda teoría en contradicción manifiesta con el buen sentido, con una lógica rigurosa y con los datos positivos que se poseen, aunque esté firmada por cualquier nombre respetable, debe ser rechazada. Pero este control es incompleto en muchos casos, a consecuencia de la insuficiencia de las luces de ciertas personas, y de la tendencia de muchos de tomar su propio juicio por único árbitro de la verdad. En caso semejante ¿qué hacen los hombres que no tienen confianza absoluta en sí mismos? Toman consejos del mayor número, y la opinión de la mayoría es su guía. Así debe ser respecto a la enseñanza de los Espíritus, cuyos medios de control nos proporcionan ellos mismos.

La concordancia en la enseñanza de los Espíritus es, pues, el mejor control; pero es preciso, también, para ello, que ocurra en ciertas condiciones. La menos segura de todas es cuando el mismo médium pregunta a diferentes Espíritus sobre un punto dudoso; es evidente que, si está bajo el imperio de una obsesión o se relaciona con un Espíritu mentiroso, este Espíritu puede decirle la misma cosa bajo nombres diferentes. Tampoco hay una garantía suficiente en la conformidad que se puede obtener por los médiums de un solo Centro, porque todos pueden estar bajo la misma influencia.

La única garantía seria de la enseñanza de los Espíritus, está en la concordancia que existe entre las revelaciones dadas espontáneamente con la intervención de un gran número de médiums desconocidos los unos de los otros y en diversos lugares.

Se concibe que no se trata aquí de comunicaciones relativas a intereses secundarios sino de las que se vinculan a los mismos principios de la doctrina. La experiencia prueba que cuando un principio nuevo debe recibir su solución, es enseñado espontáneamente en diferentes puntos al mismo tiempo, y de una manera idéntica, sino en cuanto a la forma, al menos en el fondo. Pues, si le place a un Espíritu formular un sistema excéntrico, basado sólo en sus ideas y fuera de la verdad, puede tenerse por seguro que ese sistema quedará *circunscripto* y caerá ante la unanimidad de las instrucciones dadas por todas partes, como ya se tienen varios ejemplos de eso. Fue esta unanimidad la que hizo caer todos los sistemas parciales que despuntaron en el origen del Espiritismo, cuando cada uno explicaba los fenómenos a su manera, y antes que se conociesen las leyes que rigen las relaciones del mundo visible y del mundo invisible.

Tal es la base en que nos apoyamos cuando formulamos un principio de la doctrina; no es porque esté de acuerdo con nuestras ideas que lo damos como verdadero; pues, no nos colocamos, de ninguna manera, como árbitros supremos de la verdad, y no decimos a nadie: “Creed tal cosa porque lo decimos

nosotros”. Nuestra opinión no es, a nuestros ojos, sino una opinión personal que puede ser justa o falsa, porque no somos más infalibles que los otros, ni tampoco es verdadero para nosotros un principio porque se nos ha enseñado, sino porque ha recibido la sanción de la concordancia.

En nuestra posición, recibiendo las comunicaciones de cerca de mil centros espíritas serios, diseminados por todas las partes del globo, estamos en condiciones de ver los principios en que se establece esta concordancia; esta observación es la que nos ha guiado hasta hoy, y es, igualmente, la que nos guiará en los nuevos campos que el Espiritismo está llamado a explorar. Así es que, estudiando atentamente las comunicaciones que vienen de diferentes partes, tanto de Francia como del exterior, reconocemos, en la naturaleza especial de las revelaciones, que hay una tendencia a entrar en un nuevo camino y que ha llegado el momento de dar un paso adelante. Estas revelaciones hechas a menudo con palabras encubiertas, han pasado desapercibidas para muchos de los que las obtuvieron; muchos otros creyeron obtenerlas en exclusividad. Tomadas aisladamente, no tendrían ningún valor para nosotros; sólo la coincidencia les da mucha gravedad; después, cuando llegue el momento de liberarlas a la luz de la publicidad, cada uno se acordará de haber recibido instrucciones en el mismo sentido. Este es el movimiento general que observamos, que estudiamos, con la asistencia de nuestros guías espirituales, y que nos ayuda a juzgar la oportunidad para hacer una cosa o abstenernos de ella.

Ese control universal es una garantía para la unidad futura del Espiritismo, y anulará todas las teorías contradictorias. Es en él, que se buscará en el futuro el criterio de la verdad. Lo que contribuyó al éxito de la doctrina formulada en *El libro de los Espíritus* y en *El libro de los médiums*, es que, por todas partes, cada uno puede recibir directamente de los Espíritus la confirmación de lo que ellos contienen. Si, en todas partes, los Espíritus los hubiesen contradicho, hace tiempo que esos libros hubieran sufrido la suerte de todas las concepciones fantásticas. Ni aun el apoyo de la prensa les hubiera salvado del naufragio,

al paso que, privados de él, no por esto han dejado de hacer un camino rápido; porque han tenido el apoyo de los Espíritus, cuya buena voluntad compensa en mucho, la mala voluntad de los hombres. Lo mismo sucederá con todas las ideas que, viniendo de los Espíritus o de los hombres, no puedan soportar la prueba de este control, cuyo poder nadie puede negar.

Supongamos, pues, que ciertos Espíritus quieran dictar, bajo cualquier título, un libro en sentido contrario; supongamos inclusive que con una intención hostil, y con el objetivo de desacreditar la doctrina, la malevolencia suscitate comunicaciones apócrifas; ¿qué influencia podrían tener estos escritos, si son desmentidos, por todas partes por los Espíritus? Es menester asegurarse de la adhesión de estos últimos antes de lanzar un sistema en su nombre. Del sistema de uno sólo al sistema de todos, hay la misma distancia que de la unidad al infinito. ¿Qué pueden todos los argumentos de los detractores sobre la opinión de las masas, cuando millares de voces amigas, partidas del espacio, vienen de todas partes del Universo y en el seno de cada familia los atacan vivamente? La experiencia, con respecto a este asunto, ¿no ha confirmado ya la teoría? ¿En qué se tomaron todas esas publicaciones que, supuestamente, debían aniquilar al Espiritismo? ¿Cuál es la que tan siquiera le ha detenido su marcha? Hasta hoy no se había mirado esta cuestión bajo este punto de vista, uno de los más graves, sin duda; cada uno contó consigo mismo, pero sin contar con los Espíritus.

El principio de la concordancia es, además, una garantía contra las alteraciones que podrían infligir al Espiritismo las sectas que quisieran apoderarse de él en provecho suyo y acomodarlo a su manera. Quién intentase desviarlo de su objetivo providencial, fracasaría, por la sencilla razón de que los Espíritus con la universalidad de su enseñanza, harán caer toda modificación que se aparte de la verdad.

De todo esto resulta una verdad capital, y es que cualquiera que quisiera ponerse contra la corriente de ideas, establecidas y sancionadas, podría causar una pequeña perturbación local y

momentánea, pero nunca dominará el conjunto, ni en el presente y mucho menos en el futuro.

También se desprende de esto que las instrucciones dadas por los Espíritus sobre puntos de la doctrina que aún no se han dilucidado, no pueden tener fuerza de ley mientras permanezcan aisladas, y que, por consiguiente, no pueden ser aceptadas sino con todas las reservas y a título de información.

De ahí la necesidad de tener en su publicación, la mayor prudencia; y en el caso en que se creyese deber publicarlas, conviene no presentarlas sino como opiniones individuales, más o menos probables, pero teniendo en todo caso necesidad de confirmación. Esta confirmación es la que es necesario esperar antes de presentar un principio como verdad absoluta, si no se quiere ser acusado de ligereza o de credulidad irreflexiva.

Los Espíritus superiores en sus comunicaciones, proceden con extrema sabiduría y no abordan las grandes cuestiones de la doctrina sino gradualmente, a medida que la inteligencia es apta para comprender verdades de un orden más elevado y cuando las circunstancias son propicias para la emisión de una idea nueva. Por esta razón no lo han dicho todo desde un principio ni tampoco lo han dicho todo hoy, no cediendo jamás a las instigaciones de las personas demasiado impacientes que quieren coger el fruto antes de estar sazonado. Sería, pues, superfluo, querer precipitar el tiempo designado a cada cosa por la Providencia, porque entonces los Espíritus verdaderamente formales niegan positivamente su concurso, y los Espíritus ligeros, importándoles poco la verdad, responden a todo; por esta razón, sobre todas las preguntas prematuras, siempre hay respuestas contradictorias.

Los principios emitidos anteriormente no son el resultado de una teoría personal, sino la consecuencia inevitable de las condiciones en que se manifiestan los Espíritus. Es evidente que, si un Espíritu dice una cosa por un lado, mientras millones de Espíritus dicen lo contrario por otro, la presunción de la verdad

no puede hallarse de parte del que está solo, o casi solo, en su opinión; por lo demás, pretender que uno solo tenga razón contra todos, sería tan ilógico de parte de un Espíritu, como de parte de los hombres. Los Espíritus verdaderamente sabios, si no creen estar bastante ilustrados sobre una cuestión, no la resuelven *jamás* de una manera absoluta; declaran que sólo la tratan desde su punto de vista, y aconsejan esperar su confirmación.

Por grande, bella y justa que sea una idea, es imposible que desde el principio reúna a todas las opiniones. Los conflictos que de ello resultan son consecuencia inevitable del movimiento que se opera; son hasta necesarios para hacer resaltar más la verdad, y es útil que ocurran al principio para que las ideas falsas se gasten más pronto. Los espíritas que concibiesen sobre ello algún temor, deben estar muy tranquilos. Todas las pretensiones aisladas caerán por la fuerza de las cosas, ante el grande y poderoso criterio del control universal.

No es a la opinión de un hombre que se deberá aliar, sino a la voz unánime de los Espíritus; no será un hombre, ni nosotros, ni otro, el que funde la ortodoxia espírita; tampoco será un Espíritu el que venga a imponerse a cualquiera que sea; será la universalidad de los Espíritus, comunicándose en toda la Tierra por orden de Dios; este es el carácter esencial de la Doctrina Espírita, su fuerza y su autoridad. Dios quiso que su ley fuese asentada en una base inquebrantable y por esto no ha querido que se apoyase en la frágil cabeza de un solo hombre.

Ante este poderoso areópago que no conoce ni los conciliábulos, ni las rivalidades envidiosas, ni las sectas, ni las naciones, vendrán a estrellarse todas las oposiciones, todas las ambiciones, todas las pretensiones a la supremacía individual; *que nosotros mismos nos destruiríamos si quisiéramos substituir esos decretos soberanos con nuestras propias ideas; él solo es el que resolverá todas las cuestiones litigiosas, el que acallará las disidencias y dará razón a quien de derecho la tenga. Ante ese imponente acuerdo de todas las voces del cielo, ¿qué puede la opinión de un hombre o de un Espíritu? Menos que la gota de*

agua que se confunde en el Océano, menos que la voz del niño que la tempestad sofoca.

La opinión universal, he aquí, pues, el juez supremo, el que pronuncia la última instancia y se forma de todas las opiniones individuales; si una de ellas es verdadera, sólo tiene en la balanza su peso relativo; si es falsa, no puede imponerse sobre las otras. En este inmenso concurso las individualidades desaparecen, y este es un nuevo revés para el orgullo humano.

Ese conjunto armonioso ya se diseña, y no concluirá este siglo sin que brille en todo su esplendor de una manera que fije todas las incertidumbres; porque hasta allá voces poderosas habrán recibido la misión de hacerse oír para reunir a los hombres bajo la misma bandera, desde que el campo esté suficientemente labrado. Mientras tanto, el que fluctúa entre dos sistemas opuestos, puede observar en qué sentido se pronuncia la opinión general; este es el indicio cierto del sentido en el cual se pronuncia la mayoría de los Espíritus sobre los diversos puntos donde ellos se comuniquen; y esta es también la señal no menos cierta del sistema que vencerá.

III – NOTICIAS HISTÓRICAS

Para comprender bien ciertos pasajes de los Evangelios, es necesario conocer el valor de muchas palabras que se emplean en él con frecuencia, y que caracterizan el estado de las costumbres y de la sociedad judaica de aquella época. No teniendo ya estas palabras el mismo sentido para nosotros, con frecuencia han sido mal interpretadas, y, por la misma razón, han dejado una especie de incertidumbre. La comprensión de su significado explica además el sentido verdadero de ciertas máximas que parecen extrañas a primera vista.

SAMARITANOS. Después del cisma de las diez tribus, Samaria vino a ser la capital del reino disidente de Israel. Destruída y vuelta a edificar muchas veces, fue, bajo el dominio de los romanos, la capital de Samaria, una de las cuatro

divisiones de Palestina; Herodes, llamado el Grande, la embelleció con suntuosos monumentos y para agradar a Augusto, le dio el nombre de *Augusta*, en griego *Sebaste*.

Los samaritanos casi siempre estuvieron en guerra con los reyes de Judá; una aversión profunda, que databa de la separación, se perpetuó entre los dos pueblos, que evitaban todas las relaciones recíprocas. Los samaritanos, para hacer la separación más profunda y no tener que ir a Jerusalén en la celebración de las fiestas religiosas, se construyeron un templo particular y adoptaron ciertas reformas: sólo admitían el Pentateuco conteniendo la ley de Moisés, rechazando todos los libros que le fueron anexados después. Sus libros sagrados estaban escritos en caracteres hebreos de la más remota antigüedad. A los ojos de los judíos ortodoxos, ellos eran heréticos, y, por lo mismo, menospreciados, anatematizados, despreciados y perseguidos. El antagonismo de las dos naciones tenía, pues, por único principio, la divergencia de opiniones religiosas, aunque sus creencias tuviesen el mismo origen; eran los *Protestantes* de aquellos tiempos.

Aún hoy, se encuentran samaritanos en algunas comarcas de Levante, particularmente en Naplousa y en Jaffa. Observan la ley de Moisés con más rigor que los otros Judíos, y sólo entre sí contraen alianza.

NAZARENOS. Nombre dado, en la antigua ley, a los Judíos que hacían voto, bien de por vida, bien temporalmente, de conservar una pureza perfecta; se obligaban a la castidad, a la abstinencia de los licores y a conservar sus cabelleras. Sansón, Samuel y Juan el Bautista, eran nazarenos.

Más tarde los judíos dieron este nombre a los primeros cristianos, por alusión a Jesús de Nazaret.

Este fue también el nombre de una secta herética de los primeros siglos de la era cristiana, que, lo mismo que los Ebionistas, de los que ella adoptaba ciertos principios, mezclaban las prácticas mosaicas con los dogmas cristianos. Esta secta desapareció en el siglo cuarto.

PUBLICANOS. Así se llamaban, en la antigua Roma a los caballeros arrendadores de las contribuciones públicas, encargados del cobro de los impuestos y rentas de toda clase, ya en la misma Roma, o ya en las demás partes del imperio. Eran análogos a los arrendadores de impuestos generales y tratantes del antiguo régimen en Francia, y a los que aún existen en algunas comarcas. Los riesgos que corrían hacían cerrar los ojos sobre las riquezas que adquirirían con frecuencia y que para muchos eran producto de exacciones y beneficios escandalosos. El nombre de publicanos se extendió más tarde a todos aquellos que tenían el manejo del tesoro público y a los agentes subalternos. Hoy esta palabra se toma como epíteto para designar a los financieros y agentes de negocios poco escrupulosos; algunas veces se dice: “Ávido como un publicano”, “rico como un publicano”, para una fortuna de origen deshonesto.

De la dominación romana, el impuesto fue lo que los Judíos aceptaron más difícilmente y lo que les causaba mayor irritación, dando origen a varios motines y transformándose en una cuestión religiosa, porque lo miraban como contrario a la ley. Hasta se formó un partido poderoso, a cuyo frente estaba un tal Judá, llamado el Golamita, que tenía por principio no pagar el impuesto. Los Judíos tenían, pues, horror al impuesto, y por consiguiente a todos los que estaban encargados de cobrarlo; de ahí su aversión a los publicanos de todas clases, entre los cuales podía haber personas muy estimables, pero que en razón de su oficio, eran menospreciadas, lo mismo que los que convivían con ellos, y que eran confundidos en la misma reprobación. Los Judíos más importantes creían comprometerse teniendo con ellos relaciones de intimidad.

PEAJEROS. Eran los cobradores de baja categoría, encargados principalmente de cobrar los derechos de entrada en las ciudades. Sus funciones correspondían, poco más o menos, a la de los aduaneros y receptores de derecho de puertas, quienes merecían la misma reprobación que los publicanos en general. Por esta razón en el Evangelio se encuentra con frecuencia el nombre de *publicano* unido al de *gente de mala vida*; esta

calificación no implicaba la de disolutos y de personas de honra dudosa; era un término de desprecio, sinónimo de *personas de mala compañía*, indignas de convivir con *personas de buena conducta*.

FARISEOS. (Del Hebreo *parasch*, división, separación). La tradición formaba una parte importante de la teología judaica; consistía en la colección de las interpretaciones sucesivas dadas sobre el sentido de las Escrituras y que se tornaban artículos de dogma. Entre los doctores, era objeto de interminables discusiones, y las más de las veces sobre simples cuestiones de palabras o de forma, en el género de las disputas teológicas y de las sutilezas de la escolástica de la Edad Media; de ahí nacieron diferentes sectas que pretendían tener, cada una, el monopolio de la verdad, y como acontece casi siempre, se detestaban cordialmente las unas a las otras.

Entre estas sectas, la más influyente era la de los *fariseos*, que tuvo por jefe a Hillel, doctor, judío nacido en Babilonia, fundador de una escuela célebre, en la que se enseñaba que la fe sólo se debía a las Escrituras. Su origen se remonta a los años 180 ó 200 antes de Jesucristo. Los fariseos fueron perseguidos en diversas épocas, notablemente bajo Hircano, soberano pontífice y rey de los Judíos, de Aristóbulo y de Alejandro, rey de Siria; sin embargo, este último habiéndoles vuelto sus honores y sus bienes, recuperaron su poder que conservaron hasta la *ruina de Jerusalén*, en el año 70 de la era cristiana, época en que desapareció su nombre a consecuencia de la dispersión de los Judíos.

Los fariseos tomaban parte activa en las controversias religiosas. Serviles observadores de las prácticas exteriores del culto y de las ceremonias, llenos de un celo ardiente de proselitismo, enemigos de los innovadores, afectaban una gran severidad de principios; pero bajo las apariencias de una devoción meticulosa, ocultaban costumbres disolutas, mucho orgullo, y, sobre todo, una pasión excesiva de dominación. La religión era para ellos antes un medio de medrar, que objeto de una fe sincera. Sólo tenían las apariencias y la ostentación de la

virtud; mas así ejercían una gran influencia sobre el pueblo, a cuyos ojos pasaban como unos santos personajes; por eso, eran muy poderosos en Jerusalén.

Creían, o al menos hacían ver que creían, en la Providencia, en la inmortalidad del alma, en la eternidad de las penas y en la resurrección de los muertos. (Cap. IV, número 4). Jesús, que apreciaba ante todo la sencillez y las cualidades del corazón, que prefería en la ley el *espíritu que vivifica a la letra que mata*, se dedicó, durante toda su misión a desenmascarar la hipocresía de aquellos y por consiguiente, tuvo en ellos enemigos encarnizados; por esto se unieron con los príncipes de los sacerdotes para amotinar al pueblo contra él y hacerle perecer.

ESCRIBAS. Nombre dado en un principio a los secretarios de los reyes de Judá, y a ciertos intendentes de los ejércitos Judíos; más tarde esta designación se aplicó especialmente a los doctores que enseñaban la ley de Moisés y la interpretaban al pueblo. Hacían causa común con los fariseos, de los cuales compartían los principios y la antipatía por los innovadores; por esto Jesús les confunde en la misma reprobación.

SINAGOGA, (del griego *Sunagogué*, asamblea, congregación). En Judea sólo había un templo, que era el de Salomón, en Jerusalén, en donde se celebraban las grandes ceremonias del culto. Los Judíos acudían allí todos los años en peregrinación por las principales fiestas, tales como la de Pascua, la Dedicación y los Tabernáculos. Fue en esas ocasiones que Jesús hizo muchos viajes para allá. Las otras ciudades no tenían templos, sino sinagogas, edificios donde los Judíos se reunían los sábados para hacer las oraciones públicas bajo la dirección de los Ancianos y de los escribas, o doctores de la ley; se hacían ahí, también, lectura de libros sagrados, que eran explicadas y comentadas; todos podían tomar parte en ella y, por eso, Jesús, sin ser sacerdote, enseñaba en las sinagogas, los días de sábado.

Después de la ruina de Jerusalén y de la dispersión de los Judíos, las sinagogas, en las ciudades que habitaban, les servían de templos para la celebración de culto.

SADUCEOS. Secta judaica que se formó hacia el año 248 antes de J.C.; llamada así en razón de *Sadoc*, su fundador. Los saduceos no creían ni en la inmortalidad del alma, ni en la resurrección, ni en los buenos y malos ángeles. Sin embargo, creían en Dios, pero no esperando nada después de la muerte, no le servían sino con la mira de recompensas temporales, a lo que, según ellos, se limitaba su providencia; la satisfacción de los sentidos era también a sus ojos, el objetivo esencial de la vida. En cuanto a las Escrituras, se atenían al texto de la antigua ley, no admitiendo ni la tradición ni ninguna interpretación; colocaban las buenas obras y la ejecución pura y simple de la ley, sobre las prácticas exteriores del culto. Como se ve, eran los materialistas, los deístas y los sensualistas de la época. Esta secta era poco numerosa, pero contaba con personajes importantes, y vino a ser un partido político constantemente opuesto a los fariseos.

ESENIOS o ESENIENSES, secta judaica fundada hacia el año 150 antes de J.C.; en tiempo de los Macabeos, y cuyos miembros, que habitaban en una especie de monasterio, formaban entre sí una clase de asociación moral y religiosa. Se distinguían por sus costumbres dulces y virtudes austeras, enseñaban el amor a Dios y al prójimo, la inmortalidad del alma y creían en la resurrección. Vivían en celibato, condenaban la esclavitud y la guerra, sus bienes eran comunes y se entregaban a la agricultura. En oposición a los saduceos sensuales que negaban la inmortalidad, a los fariseos rígidos para las prácticas exteriores, y en los cuales la virtud sólo era aparente, no tomaban parte en ninguna de las querellas que dividían a estas dos sectas. Su género de vida se aproximaba al de los primeros cristianos, y los principios de moral que profesaban han hecho pensar a algunas personas que Jesús formó parte de esta secta antes de empezar su misión pública. Lo que es cierto es que debió conocerla; pero nada prueba que se hubiese afiliado a ella y todo lo que se escribió sobre este asunto es hipotético (1).

(1) *La muerte de Jesús*, supuestamente escrita por un hermano esenio, es un libro completamente apócrifo, escrito con el objetivo de servir a una opinión y que en sí mismo encierra la prueba de su origen moderno.

TERAPEUTAS, (del griego *thérapeutai*, derivado de *thérapeueîn*, servir, cuidar; es decir servidores de Dios o curanderos); sectarios judíos contemporáneos de Cristo, establecidos principalmente en Alejandría, en Egipto. Tenían una gran semejanza con los Esenios, cuyos principios profesaban; como estos últimos, se entregaban a la práctica de todas las virtudes. Su alimentación era de una extrema frugalidad; entregados al celibato, a la contemplación y a la vida solitaria, formaban una verdadera orden religiosa. Filón, filósofo judío platónico de Alejandría, fue el primero que habló de los Terapeutas, considerándolos una secta del judaísmo. Eusebio, San Jerónimo y otros Padres de la Iglesia, pensaban que eran cristianos, es evidente que lo mismo que los Esenios, formaron el eslabón entre el judaísmo y el cristianismo.

IV – SÓCRATES Y PLATÓN, PRECURSORES DE LA IDEA CRISTIANA Y DEL ESPIRITISMO.

Del hecho que Jesús debe haber conocido la secta de los Esenios, sería errado concluir que tomase de ella su doctrina, y que, si hubiese vivido en otro medio, habría profesado otros principios. Las grandes ideas no surgen nunca súbitamente; las que tienen por base la verdad tienen siempre sus precursores que les preparan parcialmente los caminos; después, cuando llega su tiempo, Dios manda a un hombre con la misión para resumir, coordinar y completar estos elementos esparcidos y formar con ellos un cuerpo; de este modo, no llegando la idea bruscamente, a su aparición, encuentra Espíritus dispuestos a aceptarla. Así sucedió con la idea cristiana, que fue presentida muchos siglos antes de Jesús y de los Esenios, y de la cual Sócrates y Platón fueron los principales precursores.

Sócrates, de la misma forma que Cristo, nada escribió, o por lo menos no dejó ningún escrito; como él, murió como los criminales, víctima del fanatismo, por haber atacado las creencias tradicionales, y colocado la virtud real sobre la hipocresía y el simulacro de las formas; en una palabra: por haber combatido

los prejuicios religiosos. Así como Jesús fue acusado por los fariseos de corromper al pueblo con sus enseñanzas, también como él, fue acusado por los fariseos de su tiempo, porque los ha habido en todas las épocas, de corromper a la juventud, proclamando el dogma de la unidad de Dios, de la inmortalidad del alma y de la vida futura. Del mismo modo que no conocemos la doctrina de Jesús más que por los escritos de sus discípulos, tampoco conocemos la de Sócrates más que por los escritos de su discípulo Platón. Creemos de utilidad el resumir aquí sus puntos más culminantes, para demostrar su concordancia con los principios del Cristianismo.

Aquellos que considerasen este paralelo como una profanación y pretendiesen que no podría haber paridad entre la doctrina de un pagano y la de Cristo, responderemos que la doctrina de Sócrates no era pagana, puesto que tenía por objeto combatir el paganismo; que la doctrina de Jesús, más completa y más depurada que la de Sócrates, nada tiene que perder con la comparación; que la grandeza de la misión divina de Cristo no sería disminuida con ello; y que, por otra parte, estos son hechos históricos que no pueden negarse. El hombre alcanzó un punto en que la luz irradia, por sí misma de abajo del celemín y está maduro para mirarla de frente: tanto peor para los que no se atreven a abrir los ojos. Ha llegado el tiempo de examinar las cosas ampliamente y desde lo alto, y no desde el punto de vista mezquino y reducido de los intereses de secta y de casta.

Por otra parte, estas citas probarán que si Sócrates y Platón presintieron la idea cristiana, se encuentran igualmente en su doctrina los principios fundamentales del Espiritismo.

RESUMEN DE LA DOCTRINA DE SÓCRATES Y PLATÓN

I – El hombre es un alma encarnada. Antes de su encarnación existía unida a los tipos primordiales, a las ideas de lo verdadero, del bien y de lo bello, de las que se separa

encarnándose y recordando su pasado, está más o menos atormentada por el deseo de volver a él.

No puede enunciarse más claramente la distinción y la independencia del principio inteligente y del principio material; además, es la doctrina de la preexistencia del alma, de la vaga intuición que conserva de otro mundo al cual aspira, de su supervivencia al cuerpo, de su salida del mundo espiritual para encarnarse y de su regreso a este mismo mundo después de la muerte; es, en fin, el germen de la doctrina de los ángeles caídos.

II – El alma se extravía y se turba cuando se sirve del cuerpo para considerar cualquier objeto; tiene vértigos como si estuviera ebria, porque se une a cosas que están por su naturaleza, sujetas a cambios; sin embargo, cuando contempla su propia esencia, se dirige a lo que es puro, eterno, inmortal, y siendo de la misma naturaleza, permanece allí tanto tiempo como puede; entonces sus extravíos cesan porque está unida a lo que es inmutable, y este estado del alma es lo que se llama sabiduría.

Así también el hombre que considera las cosas de la Tierra desde el punto de vista material, se hace ilusiones; para apreciarlas con exactitud, es necesario verlas desde arriba, es decir desde el punto de vista espiritual. El verdadero sabio debe, pues, aislar hasta cierto punto, el alma del cuerpo, para ver con los ojos del Espíritu. Esto es lo que nos enseña el Espiritismo. (Cap. II, número 5).

III – Mientras que tengamos nuestro cuerpo y el alma se encuentre sumergida en esta corrupción, nunca poseeremos el objeto de nuestros deseos: la verdad. En efecto, el cuerpo nos suscita mil obstáculos por la necesidad que tenemos de cuidarle; además nos llena de deseos, de apetitos, de temores, de mil quimeras y de mil tonterías, de manera que con él es imposible ser sabio ni un instante. Pero, si no es posible conocer nada con pureza mientras el alma está unida al cuerpo, es necesario que suceda una de estas dos cosas: o que no se conozca jamás la verdad o que se conozca después de la muerte. Libres de la locura del cuerpo, entonces conversaremos, es de esperar, con

hombres igualmente libres, y conoceremos por nosotros mismos la esencia de las cosas. Por esto los verdaderos filósofos se ejercitan para morir y la muerte no les parece de ningún modo temible. (El Cielo y el Infierno, Primera Parte, cap. II; Segunda Parte, cap. I).

He aquí el principio de las facultades del alma, oscurecidas por el intermediario de los órganos corporales y de la expansión de esas facultades después de la muerte; pero aquí se trata de las almas escogidas, ya purificadas, pues no sucede lo mismo con las almas impuras.

IV – El alma impura, en este estado, está entorpecida y es arrebatada de nuevo hacia el mundo visible por el horror que tiene a lo invisible e inmaterial; entonces, está errante, se dice, alrededor de los monumentos y de los sepulcros, cerca de los cuales se ha visto a veces fantasmas tenebrosos, como deben ser las imágenes de las almas que han dejado el cuerpo sin estar enteramente purificadas, y que conservan algo de la forma material, lo que hace que puedan ser percibidas con la mirada. Estas no son las almas de los buenos, sí la de los malos, que están obligados a permanecer errantes en estos parajes, adonde cargan consigo el castigo de su primera vida y en donde permanecen errantes, hasta que los apetitos inherentes a la forma material que se dieron, las conduzcan a un cuerpo; y, entonces vuelven, sin duda, a tomar las mismas costumbres que durante su primera vida eran objeto de sus predilecciones.

No sólo está claramente expuesto aquí el principio de la reencarnación, sino también el estado de las almas que están aún bajo el imperio de la materia, el cual está descrito tal como el Espiritismo lo muestra en las evocaciones. Hay más: dice que la reencarnación en un cuerpo material es consecuencia de la impureza del alma, mientras que las almas purificadas están libres de ella. El Espiritismo no dice otra cosa; añade, apenas, que el alma que tomó buenas resoluciones en el estado errante y que tiene conocimientos adquiridos, tiene, al renacer, menos defectos, más virtudes y más ideas intuitivas que no tenía en su precedente

existencia; y que así, cada existencia implica para ella un progreso intelectual y moral. (*El Cielo y el Infierno*, Segunda Parte: Ejemplos).

V – Después de nuestra muerte, el genio (daimon, demonio) que nos ha sido designado durante nuestra vida, nos conduce a un lugar donde se reúnen todos aquellos que deben ser conducidos a las Hadas para ser juzgados. Las almas, después de haber permanecido en las Hadas el tiempo necesario, vuelven a ser conducidas a esta vida en numerosos y largos períodos.

Esta es la doctrina de los Ángeles guardianes o Espíritus protectores, y de las reencarnaciones sucesivas después de intervalos más o menos largos de erraticidad.

VI – Los demonios llenan el espacio que separa el cielo de la Tierra; son el lazo que une al Gran Todo consigo mismo. No entrando nunca la Divinidad en comunicación directa con el hombre, es por medio de los demonios que los dioses se relacionan y conversan con él, sea en vela o durante el sueño.

La palabra *daimon*, que dio origen a *demonio*, no era tomada en mal sentido en la antigüedad, como entre los modernos; no se aplicaba exclusivamente a los Espíritus malhechores, sino a todos los Espíritus en general, entre los cuales distinguían a los Espíritus superiores, llamándoles *dioses*; y a los Espíritus menos elevados o demonios, propiamente dichos, que se comunicaban directamente con los hombres. El Espiritismo dice también que los Espíritus pueblan el espacio; que Dios no se comunica con los hombres sino por mediación de los Espíritus puros, encargados de transmitir su voluntad; que los Espíritus se comunican con ellos durante la vela y durante el sueño. Sustituid la palabra *demonio* por *Espíritu*, y tendréis la Doctrina Espírita; poned la palabra *ángel* y tendréis la Doctrina Cristiana.

VII – La preocupación constante del filósofo (tal como la comprendían Sócrates y Platón), es la de tener el mayor cuidado con el alma, menos por esta vida, que sólo dura un instante, que por la eternidad. Si el alma es inmortal, ¿no es más sabio vivir con vista a la eternidad?

El Cristianismo y el Espiritismo enseñan esto mismo.

VIII – Si el alma es inmaterial, después de esta vida debe seguir para un mundo igualmente invisible e inmaterial, del mismo modo que el cuerpo al descomponerse vuelve a la materia. Sólo que importa mucho distinguir bien el alma pura, verdaderamente inmaterial, que se alimenta como Dios, de ciencias y de pensamientos, del alma más o menos manchada de impurezas materiales que le impiden elevarse hacia lo divino y la retienen en los lugares de su morada terrestre.

Sócrates y Platón, como se ve, comprendían perfectamente los diferentes grados de desmaterialización del alma, e insisten sobre la diferencia de situación que resulta para ella de su *mayor* o *menor* pureza. Lo que ellos decían por intuición, el Espiritismo lo prueba con numerosos ejemplos que pone a nuestra vista. (*El Cielo y el Infierno*, Segunda Parte).

IX – Si la muerte fuese la completa disolución del hombre sería una gran ganancia para los malos, después de su muerte, al quedar libres, al mismo tiempo, de sus cuerpos, de su alma y de sus vicios. Aquél que adornó su alma no con una compostura extraña, sino de lo que le es propio, sólo éste podrá esperar tranquilamente la hora de su partida para el otro mundo.

En otros términos, es decir que el materialismo, que proclama la nada después de la muerte, sería la anulación de toda responsabilidad moral ulterior, y por consiguiente, un excitante al mal; que el malo tiene todo que ganar con la nada: que sólo el hombre que se despojó de sus vicios y se enriquece de virtudes puede esperar tranquilamente el despertar en la otra vida. El Espiritismo nos muestra, con los ejemplos que pone cada día a nuestra vista, cuán penoso es para el malo el tránsito de una vida para la otra y la entrada en la vida futura. (*El Cielo y el Infierno*, Segunda Parte, cap. I).

X – El cuerpo conserva los vestigios bien marcados de los cuidados que se han tenido por él o de los accidentes que ha experimentado; lo mismo sucede con el alma; cuando se despoja del cuerpo, lleva las señales evidentes de su carácter, de sus afectos

y las señales que cada uno de los actos de su vida le dejó. Así, la mayor infelicidad que puede sucederle al hombre, es irse al otro mundo con un alma cargada de crímenes. Ya ves Calicles, que ni tú, ni Polus, ni Gorgias, podríais probar que se debe llevar otra vida que nos sea útil para cuando estemos allá abajo. De tantas opiniones diversas, la única inquebrantable es la que vale más recibir una injusticia que cometerla, y que ante todo debe uno dedicarse, no a parecer hombre de bien, sino a serlo. (Conversaciones de Sócrates con sus discípulos en la prisión).

Aquí se encuentra este otro punto capital, confirmado hoy por la experiencia, de que el alma no depurada conserva las ideas, las tendencias, el carácter y las pasiones que tenía en la Tierra. Esta máxima: *vale más recibir una injusticia que cometerla*, ¿no es enteramente cristiana? Es el mismo pensamiento que Jesús expresa con esta figura: “Si alguno os hiere en una mejilla, ofrecedle la otra.” (Cap. XII, números 7 y 8).

XI – Una de dos: o la muerte es una destrucción absoluta, o es el tránsito del alma a otro paraje. Si todo debe aniquilarse, la muerte será como una de esas noches raras que pasamos sin soñar y sin ninguna conciencia de nosotros mismos. Pero si la muerte sólo es el cambio de morada, el tránsito para un lugar donde los muertos deben reunirse ¡qué felicidad al volver a encontrar a aquellos a quien se conoció! Mi mayor placer sería el de examinar de cerca a los habitantes de esa morada y distinguir en ellos, como aquí, a los que son sabios, de aquellos que creen serlo y no lo son. Pero ya es hora de separarnos, yo para morir y vosotros para vivir. (Sócrates a sus jueces).

Según Sócrates, los hombres que vivieron en la Tierra, se vuelven a encontrar después de la muerte y se reconocen. El Espiritismo nos lo ofrece continuando las relaciones que tuvieron de tal modo, que la muerte no es ni una interrupción, ni una cesación de la vida, sino una transformación sin solución de continuidad.

Si Sócrates y Platón hubiesen conocido las enseñanzas que Cristo daría quinientos años más tarde y las que dan ahora

los Espíritus, hubieran dicho lo mismo. No debe sorprendernos esto si consideramos que las grandes verdades son eternas, que los Espíritus avanzados debieron conocerlas antes de venir a la Tierra, a donde los trajeron; que Sócrates, Platón y los grandes filósofos de su tiempo, pudieron ser más tarde del número de aquellos que secundaron a Cristo en su divina misión, siendo elegidos precisamente porque estaban más que los otros en disposición de comprender sus sublimes enseñanzas, y que, finalmente, pueden hoy formar parte de la pléyade de Espíritus encargados de venir a enseñar a los hombres las mismas verdades.

XII – Nunca debe volverse injusticia por injusticia, ni hacer mal a nadie, cualquiera que sea el mal que se nos haya hecho. Pocas personas, sin embargo, admitirán este principio y las gentes que sobre este punto están divididas, no deben despreciarse unas a las otras.

¿Acaso no es este el principio de la caridad, que nos enseña a no retribuir mal por mal y a perdonar a los enemigos?

XIII – Es por los frutos que se reconoce el árbol. Es preciso calificar cada acción según lo que ella produce: llamarla mala cuando de ella proviene el mal y buena, cuando de ella nace el bien.

Esta máxima: “*Es por los frutos que se reconoce el árbol*” se encuentra textualmente repetida varias veces en el Evangelio.

XIV – La riqueza es un gran peligro. Todo hombre que ama la riqueza, no se ama a sí mismo ni a lo que está en él, sino a una cosa que le es más extraña que lo que está en él. (Capítulo XVI).

XV – Las más bellas oraciones y los más bellos sacrificios, agradan menos a la Divinidad que un alma virtuosa que se esfuerza en parecersele. Sería una cosa grave si los dioses tuviesen más consideración por nuestras ofrendas que por nuestra alma; por este medio, los más culpables podrían tornárseles favorables. Pero sólo son verdaderamente justos y

sabios aquellos que por sus palabras y por sus actos, cumplen con lo que deben a los dioses y a los hombres. (Cap. X, 7,8).

XVI – Llamo hombre vicioso a ese amante vulgar que prefiere el cuerpo al alma. El amor está en todas partes en la Naturaleza, invitándonos a ejercer nuestra inteligencia; hasta se encuentra en el movimiento de los astros. El amor es el que adorna la Naturaleza con sus ricos tapices y pasa y fija su mirada en donde encuentra flores y perfumes; también es el que da paz a los hombres, calma al mar, silencio a los vientos y tregua al dolor.

El amor que debe unir a los hombres con un lazo fraternal, es una consecuencia de esta teoría de Platón sobre el amor universal como ley natural. Habiendo dicho Sócrates que “el amor no es un dios, ni un mortal, sino un gran demonio”, es decir, un gran Espíritu que preside el amor universal, esta palabra, sobre todo, fue la que se le imputó como un crimen.

XVII – La virtud no puede enseñarse; viene por un don de Dios a los que la poseen.

Es aproximadamente la doctrina cristiana sobre la gracia; pero si la virtud es un don de Dios, es un favor y puede preguntarse por qué no se concede a todos; por otra parte, si es un don, no tiene mérito para el que la posee. El Espiritismo es más explícito; dice que el que posee la virtud la ha adquirido por sus esfuerzos en existencias sucesivas, despojándose poco a poco de sus imperfecciones. La gracia es la fuerza con que Dios favorece a todo hombre de buena voluntad para despojarse del mal y hacer al bien.

XVIII – Hay una disposición natural en cada uno de nosotros, y es que nos apercibimos mucho menos de nuestros defectos que de los ajenos.

El Evangelio dice: “Veis la paja en el ojo de vuestro vecino y no veis la viga en el vuestro”. (Cap. X, 9, 10).

XIX – Si los médicos fracasan en la mayor parte de las enfermedades, es porque tratan el cuerpo sin el alma, y no estando el todo en buen estado, es imposible que la parte esté bien.

El Espiritismo da la clave de las relaciones que hay entre el alma y el cuerpo, y prueba que existe una reacción continua de uno sobre otro. De este modo abre un nuevo camino a la ciencia, mostrándole la verdadera causa de ciertas enfermedades y proporcionándole los medios de combatirlas. Cuando la ciencia se entere de la acción del elemento espiritual en la economía, fracasará con menos frecuencia.

XX – Todos los hombres a contar desde la infancia, hacen mucho más mal que bien.

Estas palabras de Sócrates tocan la grave cuestión del predominio del mal en la Tierra, cuestión irresoluble sin el conocimiento de la pluralidad de los mundos y del destino de la Tierra, en la que sólo habita una fracción muy pequeña de la Humanidad. Sólo el Espiritismo da la solución, que se desarrolla más adelante en los capítulos II, III, y V.

XXI – Hay sabiduría en no creer saber lo que no sabes.

Esto se dirige a las personas que critican aquello de lo que a menudo no saben ni una palabra. Platón completa este pensamiento de Sócrates diciendo: “Si ello fuere posible, tratemos primero de tornarlos, más honestos en palabras; si no, *no nos preocupemos con ellos*, y no busquemos sino la verdad. Esforcémonos en instruirnos, pero *no nos injuriemos*.” Así es como deben obrar los espíritas con respecto a sus contradictores de buena o de mala fe. Si Platón viviese hoy, encontraría las cosas poco más o menos como en su tiempo y podría usar el mismo lenguaje. Sócrates encontraría también quien se burlase de su creencia en los Espíritus y le tratase de loco, lo mismo que a su discípulo Platón.

Fue por haber profesado estos principios que Sócrates fue primero ridiculizado, después acusado de impío y condenado a beber la cicuta; tan cierto es que las grandes verdades nuevas, sublevando contra ellas los intereses y los prejuicios que destruyen, no pueden establecerse sin lucha y sin hacer mártires.

CAPÍTULO I

YO NO VINE A DESTRUIR LA LEY

Las tres revelaciones: Moisés; Cristo; el Espiritismo – Alianza de la Ciencia y la Religión – *Instrucciones de los Espíritus*: La nueva era.

✱

1. No penséis que vine a destruir la ley o los profetas; yo no vine a destruirlos, sino a darles cumplimiento; porque, en verdad os digo, que el cielo y la Tierra no pasarán sin que todo lo que está en la ley sea cumplido perfectamente, hasta una sola jota y un solo punto. (San Mateo, cap. V, v. 17 y 18).

MOISÉS

2. Hay dos partes distintas en la ley mosaica: la ley de Dios, promulgada sobre el Monte Sinaí y la ley civil o disciplinaria, establecida por Moisés; la una, es invariable y la otra, apropiada a las costumbres y al carácter del pueblo, se modifica con el tiempo.

La ley de Dios está formulada en los diez mandamientos siguientes:

I – Yo soy el Señor vuestro Dios, que os saqué de Egipto, de la casa de servidumbre. – No tendréis otros dioses extranjeros delante de mí. – No haréis imagen tallada, ni ninguna figura de todo lo que está en lo alto en el cielo y abajo en la Tierra, ni de todo lo que está en las aguas bajo la Tierra. No las adoréis ni les rindáis culto soberano.

II – No toméis el nombre del Señor vuestro Dios en vano.

III – Acordaos de santificar el día sábado.

IV – Honrad a vuestro padre y a vuestra madre, para que viváis largo tiempo en la Tierra, que el Señor vuestro Dios os dará.

V – No mataréis.

VI – No cometeréis adulterio.

VII – No hurtaréis.

VIII – No prestaréis falso testimonio contra vuestro prójimo.

IX – No desearéis la mujer de vuestro prójimo.

X – No desearéis la casa de vuestro prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni ninguna de todas las cosas que le pertenecen.

Esta es la ley de todos los tiempos y de todos los países y tiene, por eso mismo, un carácter divino. Todas las otras son leyes establecidas por Moisés, obligado a contener, por el miedo, a un pueblo naturalmente turbulento e indisciplinado, en el cual tenía que combatir abusos arraigados y prejuicios adquiridos en la servidumbre de Egipto. Para dar autoridad a sus leyes, debió atribuirles origen divino, como lo hicieron todos los legisladores de los pueblos primitivos; la autoridad del hombre debía apoyarse en la autoridad de Dios; mas sólo la idea de un Dios terrible podía impresionar a hombres ignorantes, en quienes el sentido moral y el sentimiento de una delicada justicia estaban aún poco desarrollados. Es evidente que el que había establecido en sus mandamientos: “Tú no matarás; tú no harás mal a tu prójimo”, no podía contradecirse elevando a deber el exterminio. Las leyes mosaicas propiamente dichas, tenían, pues, un carácter esencialmente transitorio.

CRISTO

3. Jesús no vino a destruir la ley; es decir la ley de Dios; vino a darle cumplimiento, esto es, a desarrollarla, a darle su verdadero sentido y apropiarla al grado de adelantamiento de los hombres; por esto se encuentra en esa ley el principio de los deberes para con Dios y el prójimo, que constituyen la

base de su doctrina. En cuanto a las leyes de Moisés propiamente dichas, por el contrario, las modificó profundamente, ya en el fondo, ya en la forma; combatió constantemente el abuso de las prácticas exteriores y las falsas interpretaciones y no podía hacerlas sufrir una reforma más radical que reduciéndolas a estas palabras: “Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo”, y diciendo: *Ahí está toda la ley y los profetas.*

Con estas palabras: “El cielo y la tierra no pasarán antes que todo sea cumplido hasta una sola jota”, Jesús quiso decir que sería preciso que la Ley de Dios recibiese su cumplimiento: es decir, que fuese practicada en la Tierra en toda su pureza, con todo su desarrollo y todas sus consecuencias; pues, ¿de qué serviría haber establecido esta ley, si debiese permanecer como privilegio de algunos hombres o incluso de un solo pueblo? Siendo todos los hombres hijos de Dios, son, sin distinción, objeto de la misma solicitud.

4. Pero el papel de Jesús no fue simplemente el de un legislador moralista, sin otra autoridad que su palabra; él vino a cumplir las profecías que habían anunciado su venida; provenía su autoridad de la naturaleza excepcional de su Espíritu y de su misión divina; vino a enseñar a los hombres que la verdadera vida no está sobre la Tierra, sino en el reino de los cielos; a enseñarles el camino que conduce a ella, los medios de reconciliarse con Dios y prevenirlos sobre la marcha de las cosas futuras, para el cumplimiento de los destinos humanos. Sin embargo, no lo dijo todo y sobre muchos puntos se limitó a depositar el germen de verdades que él mismo declara que no podían ser comprendidas aún; habló de todo, pero en términos más o menos explícitos, porque para entender el sentido oculto de ciertas palabras, era preciso que ideas nuevas y conocimientos nuevos vinieran a dar la clave y estas ideas no podían venir antes de cierto grado de madurez del espíritu humano. La Ciencia debería contribuir poderosamente a la eclosión y al desarrollo de estas ideas; sería preciso, pues, dar a la Ciencia el tiempo para progresar.

EL ESPIRITISMO

5. El *Espiritismo* es la nueva ciencia que viene a revelar a los hombres, con pruebas irrecusables, la existencia y la naturaleza del mundo espiritual y sus relaciones con el mundo corporal; nos lo presenta, no como una cosa sobrenatural, sino, al contrario, como una de esas fuerzas vivas e incesantemente activas de la Naturaleza, como la fuente de una multitud de fenómenos incomprensibles hasta ahora y relegados, por esta razón, al dominio de lo fantástico y de lo maravilloso. Es a estas relaciones que Cristo hace alusión, en diferentes circunstancias y por esto muchas de las cosas que dijo permanecieron ininteligibles o fueron falsamente interpretadas. El Espiritismo es la clave con que todo se explica fácilmente.

6. La ley del Antiguo Testamento está personificada en Moisés y la del Nuevo Testamento está personificada en Cristo; el Espiritismo es la tercera revelación de la ley de Dios, pero no está personificado en ningún individuo, porque es producto de la enseñanza dada, no por un hombre, sino por los Espíritus, que son *las voces del cielo*, en todas las partes de la Tierra y por una multitud de innumerables intermediarios; es, en cierto modo, un ser colectivo que comprende el conjunto de los seres del mundo espiritual, viniendo cada uno a traer a los hombres el tributo de sus luces para hacerles conocer aquel mundo y la suerte que en él les espera.

7. Así como Cristo dijo: “Yo no vine a destruir la ley, sino a darle cumplimiento”, el Espiritismo dice igualmente: “Yo no vine a destruir la ley cristiana, sino a cumplirla”. No enseña nada contrario a la que Cristo enseñó, pero desarrolla, completa y explica, en términos claros para todo el mundo, lo que se dijo bajo la forma alegórica; viene a cumplir en los tiempos predichos, lo que Cristo anunció y a preparar el cumplimiento de las cosas futuras. Es, pues, la obra de Cristo, que él mismo preside, así como a la regeneración que se opera y prepara el reino de Dios en la Tierra como igualmente lo anunció.

ALIANZA DE LA CIENCIA Y LA RELIGIÓN

8. La Ciencia y la Religión son las dos palancas de la inteligencia humana; la una revela las leyes del mundo material, la otra las leyes del mundo moral; *pero teniendo las unas y las otras el mismo principio que es Dios*, no pueden contradecirse, si una es la negación de la otra, una necesariamente está errada y la otra no, porque Dios no puede querer destruir su propia obra. La incompatibilidad que se creía ver entre estos dos órdenes de ideas, se debe a una falta de observación y al sobrado exclusivismo de una y otra parte; de esto se ha seguido un conflicto, de donde nacieron la incredulidad y la intolerancia.

Han llegado los tiempos en que las enseñanzas de Cristo deben recibir su complemento, en que el velo lanzado a propósito sobre algunas partes de esta enseñanza, debe ser levantado; en que la Ciencia, dejando de ser exclusivamente materialista, debe enterarse del elemento espiritual; y en que la Religión, cesando de menospreciar las leyes orgánicas e inmutables de la materia, apoyándose la una en la otra y marchando estas dos fuerzas de acuerdo, se presten mutuo apoyo. Entonces la Religión no siendo ya desmentida por la Ciencia, adquirirá una fuerza inquebrantable, porque estará de acuerdo con la razón y no se le podrá oponer la irresistible lógica de los hechos.

La Ciencia y la Religión no pudieron entenderse hasta hoy, porque, examinando cada una las cosas bajo su punto de vista exclusivo, se rechazaban mutuamente. Era necesario algo para llenar el vacío que las separaba, un lazo de unión que las aproximase; ese lazo de unión está en el conocimiento de las leyes que rigen el mundo espiritual y sus relaciones con el mundo corporal, leyes tan inmutables como las que rigen el movimiento de los astros y la existencia de los seres. Una vez constatadas esas relaciones por la experiencia, se ha hecho una nueva luz: la fe se dirigió a la razón, la razón no encontró nada de ilógico en la fe y el materialismo fue vencido. Pero en esto, como en todas las cosas, hay personas que se quedan rezagadas, hasta que son arrastradas por el movimiento general que las aplastará, si quisieren resistir,

en vez de entregarse a él. Es toda una revolución moral que se opera en estos momentos y trabaja a los espíritus; después de haberse elaborado durante más de dieciocho siglos, se aproxima a su cumplimiento y va a marcar una nueva era en la Humanidad. Las consecuencias de esta revolución son fáciles de prever; debe traer, en las relaciones sociales, inevitables modificaciones y no está en el poder de nadie el oponerse a ellas, porque están en los designios de Dios y son consecuencia de la ley del progreso, que es una ley de Dios.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

LA NUEVA ERA

9. Dios es único y Moisés el Espíritu que Dios envió en misión para darle a conocer, no sólo a los Hebreos sino también a los pueblos paganos. El pueblo hebreo, fue el instrumento del que Dios se valió para hacer su revelación por medio de Moisés y los profetas y las vicisitudes de este pueblo estaban destinadas a impresionar los ojos y hacer caer el velo que escondía la divinidad a los hombres.

Los mandamientos de Dios dados por Moisés traen el germen de la más amplia moral cristiana; los comentarios de *La Biblia* restringían su sentido, porque, puestos en práctica en toda su pureza, no habrían sido comprendidos, entonces; pero, no por eso, los diez mandamientos de Dios dejaron de permanecer como el frontispicio brillante, como el farol que debía iluminar a la Humanidad en el camino que habría de recorrer.

La moral enseñada por Moisés era apropiada al estado de adelanto en que se encontraban los pueblos que fue llamada a regenerar, y esos pueblos, medio salvajes en cuanto al perfeccionamiento de su alma, no habrían comprendido que se puede adorar a Dios de otro modo que por los holocaustos, ni que se necesitase perdonar a un enemigo. Su inteligencia, notable desde el punto de vista de la materia y aun respecto de las artes y las ciencias, estaba muy atrasada en moralidad y no se habrían convertido bajo el imperio de una religión enteramente espiritual;

les era necesario una representación semimaterial tal como la ofrecía entonces la religión hebrea. Así, los holocaustos hablaban a sus sentidos, mientras que la idea de Dios hablaba a su espíritu.

El Cristo fue el iniciador de la moral más pura y más sublime: la moral evangélica-cristiana que debe renovar el mundo, aproximar a los hombres y hacerlos hermanos; que debe hacer brotar de todos los corazones humanos la caridad y el amor al prójimo, y crear entre todos los hombres una solidaridad común; en fin, de una moral que debe transformar la Tierra y hacer de ella una morada para los Espíritus superiores a los que hoy la habitan. Es la ley del progreso, a la que está sometida la Naturaleza, que se cumple, y el Espiritismo es la palanca de que Dios se sirve para hacer avanzar a la Humanidad.

Han llegado los tiempos en que las ideas morales deben desarrollarse para cumplir los progresos que entran en los designios de Dios; ellas deben seguir el mismo camino que recorrieron las ideas de libertad y que fueron sus precursoras. Pero no creáis que este desarrollo se realice sin luchas; no, ellas necesitan, para llegar a la madurez, sacudimientos y discusiones, con el fin de que llamen la atención de las masas; una vez fijada la atención, la hermosura y la santidad de la moral impresionarán a los Espíritus, y se interesarán por una ciencia que les da la clave de la vida futura y les abre las puertas de la eterna felicidad. Fue Moisés quien abrió el camino; Jesús continuó la obra, y el Espiritismo la concluirá. (Un Espíritu Israelita. Mulhouse, 1861).

10. Un día, Dios, en su caridad inagotable, permitió al hombre ver que la verdad disipaba las tinieblas; ese día fue el advenimiento de Cristo. Después de la luz viva, volvieron las tinieblas; el mundo, después de las alternativas de la verdad y de la obscuridad, se perdió de nuevo. Entonces, a semejanza de los profetas del Antiguo Testamento, los Espíritus se ponen a hablar y os advierten: ¡El mundo esta conmovido en sus cimientos, el rayo rugirá, estad firmes!

El Espiritismo es de orden divino, puesto que descansa en las mismas leyes de la Naturaleza; y creed que todo lo que es de orden divino tiene un objetivo grande y útil. Vuestro mundo se perdía, la ciencia, desarrollada a expensas de lo que es de orden

moral, conduciéndoos al bienestar material, redundaba en provecho del Espíritu de las tinieblas. Vosotros lo sabéis, cristianos, el corazón y el amor deben caminar unidos a la ciencia. El reino de Cristo, después de dieciocho siglos, y a pesar de la sangre de tantos mártires, aún no ha llegado. Cristianos, volved al Maestro que quiere salvaros. Todo le es fácil al que cree y ama; el amor le llena de una alegría inefable. Sí, hijos míos; el mundo está conmovido, los buenos Espíritus os lo dicen siempre, curaos bajo el soplo precursor de la tempestad, a fin de que no seáis derribados; es decir, preparaos, y no os asemejéis a las vírgenes locas que estaban desprevenidas a la llegada del esposo.

La revolución que se prepara es más bien moral que material; los grandes Espíritus, mensajeros divinos, inspiran la fe, para que todos vosotros, obreros esclarecidos y ardientes, hagáis oír vuestra humilde voz; porque vosotros sois el grano de arena, pero sin granos de arena no habría montañas. Así, pues, que estas palabras: “nosotros somos pequeños”, no tengan sentido para vosotros. A cada uno su misión, a cada uno su trabajo. ¿No construye la hormiga el edificio de su república y los animalitos imperceptibles no levantan acaso continentes? La nueva cruzada comenzó; apóstoles de la paz universal y no de la guerra, San Bernandos modernos, mirad y marchad adelante: la ley de los mundos es la ley del progreso. (FÉNELON, Poitiers, 1861).

11. San Agustín es uno de los más grandes propagadores del Espiritismo; se manifiesta casi en todas partes, y la razón de ello la encontramos en la vida de ese gran filósofo cristiano, que pertenece a esa vigorosa falange de los Padres de la Iglesia a los cuales la cristiandad debe sus más sólidos apoyos. Como muchos, fue arrebatado al paganismo, mejor dicho, a la más profunda impiedad, por el resplandor de la verdad. Cuando en medio de sus excesos, sintió en su alma esa vibración extraña que le hizo volver en sí mismo y comprender que la felicidad estaba en otra parte y no en los placeres embriagadores y fugitivos; cuando, en fin, marchando por el camino de Damasco, oyó también la voz santa que le gritaba: Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?, exclamó: ¡Dios mío! ¡Dios mío! Perdóname, creo, ¡soy cristiano! Y desde entonces fue uno de los más firmes defensores del Evangelio. Se pueden leer en las

notables confesiones que nos dejó este Espíritu eminente, las palabras características y proféticas al mismo tiempo, que pronunció después de haber perdido a Santa Mónica: *“Estoy convencido de que mi madre volverá a visitarme y a darme consejos, revelándome lo que nos espera en la vida futura.”* ¡Qué enseñanza en estas palabras, y que resplandeciente previsión de la futura doctrina! Por esto hoy día, viendo llegada la hora para divulgar la verdad que en otro tiempo presintió, se ha hecho su ardiente propagador y se multiplica, por decirlo así, para acudir a todos los que le llaman. (Erasto, discípulo de San Pablo, París, 1863).

NOTA: ¿Acaso San Agustín viene a destruir aquello que edificó? Seguramente que no; pero, como tantos otros, ve con los ojos del Espíritu lo que no veía como hombre; su alma libre entrevé nuevas claridades y comprende lo que no comprendía antes; nuevas ideas le han revelado el verdadero sentido de ciertas palabras; en la Tierra juzgaba las cosas según los conocimientos que poseía, pero, cuando se hizo para él una nueva luz, pudo juzgarlas más juiciosamente. Así cambió de idea sobre su creencia respecto a los Espíritus incubos y súcubos y sobre el anatema que había lanzado contra la teoría de los antípodas. Ahora que el Cristianismo se le presenta en toda su pureza, puede pensar sobre ciertos puntos de otro modo que cuando vivía, sin dejar de ser el apóstol cristiano. Pudo, sin renegar su fe, hacerse el propagador del Espiritismo, porque ve en él, el cumplimiento de las cosas predichas. Proclamándolo, hoy, no hace otra cosa que conducirnos a una interpretación más sana y más lógica de los textos. Lo mismo sucede con otros Espíritus que se encuentran en una posición análoga.

CAPÍTULO II

MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO

La vida futura. – La realeza de Jesús. – El punto de vista.
– *Instrucciones de los Espíritus*: Un reinado terrestre.

1. Pilatos, volviendo a entrar en el pretorio, y llamando a Jesús dijo: ¿Eres tú el rey de los Judíos? Jesús le respondió: Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo mi pueblo habría combatido para impedir que cayese en manos de los Judíos; pero mi reino no es de aquí. Entonces Pilatos le dice: Luego ¿eres rey? Respondió Jesús: Vos habéis dicho que soy rey, pero yo no he nacido, ni he venido a este mundo sino para dar testimonio a la verdad; todo aquel que es amante de la verdad, escucha mi voz. (San Juan, cap. XVIII, v. 33, 36, 37).

LA VIDA FUTURA

2. Con estas palabras Jesús designa claramente la vida futura, que presenta en todas las circunstancias, como el término hacia donde tiende la Humanidad, y como debe ser el objeto de las principales preocupaciones del hombre sobre la Tierra; todas sus máximas se dirigen a este gran principio. En efecto, sin la vida futura, la mayor parte de sus preceptos de moral no tendrían ninguna razón de ser; por esto aquellos que no creen en la vida futura, imaginando que sólo habla de la vida presente, no los comprenden o los encuentran pueriles.

Este dogma puede ser considerado como eje de la enseñanza de Cristo; por eso está colocado como uno de los primeros en esta obra, porque debe ser el blanco de todos los hombres; sólo él puede

justificar las anomalías de la vida terrestre y concordar con la justicia de Dios.

3. Los Judíos sólo tenían ideas muy inciertas en cuanto a la vida futura; creían en los ángeles, a quienes consideraban como los seres privilegiados de la Creación, pero no sabían que los hombres pudieran ser un día ángeles y participar de su felicidad. Según ellos, la observancia de las leyes de Dios era recompensada con los bienes de la Tierra, con la supremacía de su nación y las victorias alcanzadas sobre sus enemigos; las calamidades públicas y las derrotas eran el castigo de su desobediencia. Moisés no podía decir otra cosa a un pueblo pastor e ignorante que debía conmovirse, ante todo, por las cosas de este mundo. Más tarde vino Jesús a revelarles que hay otro mundo donde la justicia de Dios sigue su curso; éste es el mundo que promete a los que observan los mandamientos de Dios, y donde los buenos encontrarán su recompensa; ese mundo es su reino; allí es donde está en toda su gloria y a donde regresará al dejar la Tierra.

Sin embargo, Jesús, conformando su enseñanza al estado de los hombres de la época, no creyó deber darles una luz completa que les hubiera deslumbrado sin iluminarles, porque no la habrían comprendido; de cierto modo se limitó a anunciar en principio la vida futura como una ley natural a la cual nadie puede escapar. Todo cristiano cree, pues, forzosamente, en la vida futura; pero la idea que muchos hacen de ella es vaga, incompleta y por lo mismo falsa en varios puntos; para un gran número, sólo es una creencia sin certeza absoluta; de ahí se siguen las dudas y la misma incredulidad.

El Espiritismo vino a completar en este punto como en muchos otros, la enseñanza de Cristo, cuando los hombres estaban maduros para comprender la verdad. Con el Espiritismo, la vida futura ya no es un simple artículo de fe, una hipótesis; es una realidad material demostrada por los hechos, porque son testigos oculares los que vienen a describirla en todas sus fases y con todas sus peripecias, de tal modo que no sólo no es posible la duda, sino que la inteligencia más vulgar puede hacerse una idea de su

verdadero aspecto, como si se imaginase un país del cual se leyó una descripción detallada. Ahora, esta descripción de la vida futura es tan circunstanciada, y las condiciones de existencia feliz o infeliz de los que se encuentran en ella son tan racionales, que podemos decir, a pesar de eso, que no puede ser de otra forma, y que está allá la verdadera justicia de Dios.

LA REALEZA DE JESÚS

4. El reino de Jesús no es de este mundo, esto es lo que comprenden todos; pero ¿no tendrá también su reinado en la Tierra? El título de rey no implica siempre el ejercicio de un poder temporal; se da de común consentimiento a aquél a quien su genio le coloca en el primer rango en un orden de ideas cualquiera, que domina su siglo e influye sobre el progreso de la Humanidad. En este sentido se dice: El rey o el príncipe de los filósofos, de los artistas, de los poetas, de los escritores, etc. Esta realeza nacida del mérito personal, consagrada por la posteridad, ¿no tiene muchas veces una preponderancia mucho mayor que el que lleva la corona? La una es imperecedera, mientras que la otra es juguete de las vicisitudes; la primera siempre es bendecida por las generaciones futuras, mientras que la otra, a veces es maldecida. La realeza terrestre acaba con la vida; la realeza moral gobierna aún y sobre todo después de la muerte. Bajo este concepto, ¿no es Jesús un rey mucho más poderoso que muchos potentados? Con razón decía, pues, a Pilatos: Soy rey, pero mi reino no es de este mundo.

EL PUNTO DE VISTA

5. La idea clara y precisa que se hace de la vida futura, da una fe inquebrantable en el futuro, y esa fe tiene inmensas consecuencias sobre la moralización de los hombres, cuando cambia completamente *el punto de vista bajo el cual ellos examinan la vida terrestre*. Para el que se coloca con el pensamiento, en la vida espiritual que es indefinida, la vida corporal no es más que un pasaje, una corta estancia en un país ingrato. Las vicisitudes y las tribulaciones de la vida sólo son incidentes que sufre con paciencia,

porque sabe que son de corta duración, deben ser seguidos de un estado más feliz; la muerte nada tiene que produzca pavor; ya no es la puerta de la nada, sino la de la libertad que abre, al exilado, la entrada de una morada de felicidad y de paz. Sabiendo que está en un lugar temporal y no definitivo, recibe las inquietudes de la vida con más indiferencia, y de esto le resulta una calma de espíritu que le atenúa la amargura.

Por la simple duda sobre la vida futura, el hombre dirige todos sus pensamientos a la vida terrestre; incierto del porvenir, da todo al presente; no entiendo bienes más preciosos que los de la Tierra, es como un niño que nada ve más allá de sus juguetes, y para obtenerlos, no hay nada que no haga; la pérdida del menor de sus bienes es una tristeza penetrante; una decepción, una esperanza frustrada, una ambición no satisfecha, una injusticia de la que es víctima, el orgullo o la vanidad heridos son igualmente tormentos que hacen de su vida una angustia perpetua, *dándose, así voluntariamente, una verdadera tortura en todos los instantes*. Tomando su punto de vista de la vida terrestre, en cuyo centro está colocado, todo a su alrededor toma vastas proporciones; el mal que le alcanza, así como el bien que toca a los otros, todo adquiere a sus ojos una gran importancia. De la misma manera que aquél que está en el interior de una ciudad, donde todo parece grande: los hombres que están elevados, como los monumentos; pero que se transporte para una montaña y hombres y cosas van a parecerle muy pequeños.

Así sucede con el que encara la vida terrestre bajo el punto de vista de la vida futura: la Humanidad, como las estrellas del firmamento, se pierde en la inmensidad; entonces se percibe que grandes y pequeños están confundidos como las hormigas sobre un terrón de tierra; que proletarios y potentados son de una misma talla, y compadece a esos hombres efímeros que se inquietan tanto para conquistar una posición que les eleve tan poco y que deben mantener por tan poco tiempo. Por esto la importancia atribuida a los bienes terrestres está siempre en razón inversa de la fe en la vida futura.

6. Se dirá que si todo el mundo pensase de ese modo, nadie se ocuparía de las cosas de la Tierra y todo decaería. No; el hombre

busca instintivamente su bienestar, y, aún con la certeza de permanecer poco tiempo en un lugar, quiere estar lo mejor o lo menos mal posible; no hay nadie que encontrando una zarza a su paso no la quite para no pincharse. Pues bien, la búsqueda del bienestar fuerza al hombre a mejorar todas las cosas, poseído como está del instinto de progreso y de conservación, que está en las leyes de la Naturaleza. Trabaja, pues, por necesidad, por gusto y por deber, y en esto cumple los designios de la Providencia, que con ese fin le colocó en la Tierra. Sólo aquél que considera el futuro, no atribuye al presente sino una importancia relativa, y se consuela fácilmente con sus fracasos pensando en el destino que le espera.

Dios no condena los goces terrestres, sino el abuso de estos goces en perjuicio de las cosas del alma; contra este abuso se previenen los que se aplican estas palabras de Jesús: *Mi reino no es de este mundo*.

El que se identifica con la vida futura es semejante a un hombre rico que pierde una pequeña suma sin turbarse con ello; aquél que concentra sus pensamientos en la vida terrestre es como un hombre pobre que pierde todo lo que posee y se desespera.

7. El Espiritismo expande el pensamiento y le abre nuevos horizontes; en lugar de esa visión estrecha y mezquina que lo concentra sobre la vida presente, que hace del instante que pasa sobre la Tierra la única y frágil base del futuro eterno, muestra que esta vida es tan sólo un hilo en el conjunto armonioso y grandioso de la obra del Creador; muestra la solidaridad que liga todas las existencias de un mismo ser, todos los seres de un mismo mundo y a los seres de todos los mundos; da, así, una base y una razón de ser a la fraternidad universal, mientras que la doctrina de la creación del alma en el momento del nacimiento de cada cuerpo, hace que todos los seres sean extraños unos a otros. Esa solidaridad de las partes de un mismo todo explica lo que es inexplicable, si se considera solo una parte. Este es el conjunto que en tiempos de Cristo no habrían comprendido los hombres y por esto reservó su conocimiento para otros tiempos.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

UN REINADO TERRESTRE

8. ¿Quién mejor que yo puede comprender la verdad de estas palabras de Nuestro Señor: Mi reino no es de este mundo? El orgullo me perdió en la Tierra. ¿Quién comprendería la insignificancia de los reinos de este mundo, si yo no los comprendiese? ¿Qué pude traer de mi realeza terrestre? Nada, absolutamente nada; y para que la lección fuese más terrible, ¡ni siquiera lo conservé hasta la tumba! Reina fui entre los hombres, reina creí entrar en el reino de los cielos. ¡Qué desilusión! ¡Qué humillación cuando en vez de ser recibida allí como soberana, vi sobre mí, y mucho más alto, hombres a quienes creía muy pequeños y que desprecié porque no eran de sangre noble! ¡Oh! ¡Entonces comprendí la esterilidad de los honores y de las grandezas que con tanta avidez se buscan en la Tierra!

Para prepararse un lugar en este reino, es necesario la abnegación, la humildad, la caridad en toda su celeste práctica, la benevolencia para todos; no se os pregunta lo que fuisteis, que posición ocupasteis, sino el bien que habéis hecho, las lágrimas que habéis enjugado.

¡Oh! ¡Jesús! Dijiste que tu reino no era de este mundo, porque es preciso sufrir para alcanzar el cielo, y los escalones del trono no nos aproximan a él; son los caminos más penosos de la vida los que conducen a él; procurad, pues, su camino a través de las zarzas y espinas, y no entre las flores.

Los hombres corren tras los bienes terrestres, como si debiesen conservarlos siempre; pero aquí ya no hay ilusión; pronto perciben que no se asieron sino a una sombra y despreciaron los únicos bienes sólidos y durables, los únicos provechosos en la morada celeste, los únicos que pueden darle acceso a ella.

Tened piedad de aquellos que no ganaron el reino de los cielos; ayudadles con vuestras oraciones, porque la oración aproxima el hombre al Altísimo; es el eslabón que une el cielo a la Tierra; no lo olvidéis. (UNA REINA DE FRANCIA. Havre, 1863.)

CAPÍTULO III

HAY MUCHAS MORADAS EN LA CASA DE MI PADRE

Diferentes estados del alma en la erraticidad. – Diferentes categorías de mundos habitados. – Destino de la Tierra. – Causas de las miserias terrestres. – *Instrucciones de los Espíritus*: Mundos superiores y mundos inferiores. – Mundos de expiación y de pruebas. – Mundos regeneradores. – Progresión de los mundos.

✱

1. *Que vuestro corazón no se turbe. Creéis en Dios, creed también en mí.* Hay muchas moradas en la casa de mi Padre; *si así no fuese, yo ya os lo hubiera dicho, por eso me voy a preparar el lugar para vosotros y después que me fuere, y os prepare el lugar, vendré otra vez, y os volveré a tomar para mí, para que en donde yo esté, vosotros estéis también.* (San Juan, cap. XIV, v. 1, 2 y 3).

DIFERENTES ESTADOS DEL ALMA EN LA ERRATICIDAD

2. La casa del Padre es el Universo; las diferentes moradas son los mundos que circulan en el espacio infinito y ofrecen a los Espíritus encarnados, moradas apropiadas a su adelantamiento.

Independiente de la diversidad de mundos, estas palabras pueden también ser entendidas como el estado feliz o infeliz del Espíritu en la erraticidad. Según esté más o menos purificado y desprendido de los lazos materiales, el medio en que se encuentra, el aspecto de las cosas, las sensaciones que experimenta, las percepciones que posee, varían hasta lo infinito; mientras que unos

no pueden alejarse de la esfera en que vivieron, los otros se elevan y recorren el espacio y los mundos; mientras que ciertos Espíritus culpables van errantes en las tinieblas, los felices gozan de una claridad resplandeciente y del sublime espectáculo del infinito; en fin, mientras que el malo atormentado por los remordimientos, por los pesares, muchas veces sólo, sin consuelo y separado de los objetos de su afecto, gime bajo el peso de los sufrimientos morales, el justo, reunido con los que ama, goza las dulzuras de una indecible felicidad. También allí hay diferentes moradas, aun cuando no estén circunscritas ni localizadas.

DIFERENTES CATEGORÍAS DE MUNDOS HABITADOS

3. De la enseñanza dada por los Espíritus resulta que los diversos mundos están en condiciones muy diferentes los unos de los otros, en cuanto al grado de adelanto o de inferioridad de sus habitantes. Entre ellos los hay cuyos moradores son inferiores aún a los de la Tierra, física y moralmente; otros están en el mismo grado, y otros le son más o menos superiores en todos los aspectos. En los mundos inferiores, la existencia es enteramente material, las pasiones imperan soberanamente, y la vida moral es casi nula. A medida que ésta se desarrolla, la influencia material disminuye, de tal modo, que en los mundos más avanzados, la vida, por decirlo así, es enteramente espiritual.

4. En los mundos intermedios hay mezcla de bien y de mal, predominio del uno y del otro, según el grado de adelanto. Aunque no pueda hacerse una clasificación absoluta de los mundos, sin embargo, se hace en razón de su estado y su destino y basándose en sus grados más marcados, dividiéndolos de un modo general como sigue: mundos primitivos, destinados a las primeras encarnaciones del alma humana; mundos de expiación y pruebas, en donde el mal domina; mundos regeneradores, en donde las almas que aún tienen que expiar adquieren nuevas fuerzas, descansando de las fatigas de la lucha; mundos felices, en donde el bien sobrepuja al mal, y mundos celestes o divinos, morada de los Espíritus purificados en donde el bien reina enteramente. La Tierra pertenece

a la categoría de los mundos de expiación y de pruebas, y por esto el hombre está en ella sujeto a tantas miserias.

5. Los Espíritus encarnados en un mundo no están sujetos a él indefinidamente, ni cumplen tampoco en él todas las fases progresivas que deben recorrer para llegar a la perfección. Cuando han alcanzado en un mundo el grado de adelanto que él permite, pasan a otro mundo más avanzado, y así sucesivamente hasta que han llegado al estado de Espíritus puros. Son igualmente, estaciones en cada una de las cuales encuentran elementos de progreso, proporcionados a su adelanto. Para ellos es una recompensa el pasar a un mundo de orden más elevado, así como es un castigo el prolongar su permanencia en un mundo infeliz, o el ser relegados a un mundo más infeliz a aquel que se ven obligados a dejar, cuando se obstinan en el mal.

DESTINO DE LA TIERRA. – CAUSAS DE LAS MISERIAS TERRESTRES

6. Causa asombro encontrar en la Tierra tanta maldad y malas pasiones, tantas miserias y enfermedades de todas clases y se saca la conclusión de eso, que la especie humana es una triste cosa. Este juicio proviene del punto de vista limitado en que se está colocado, y que da una falsa idea del conjunto. Es preciso considerar que en la Tierra no se ve a toda la Humanidad, sino a una pequeña fracción de ella. En efecto, la especie humana comprende todos los seres dotados de razón que pueblan los innumerables mundos del Universo; ahora bien, ¿qué es la población de la Tierra, al lado de la población total de esos mundos? Mucho menos que una aldea al lado de un gran imperio. La situación material y moral de la Humanidad terrestre nada tiene que asombre, sabiendo cual es el destino de la Tierra y la naturaleza de los que la habitan.

7. Se formaría una idea muy falsa de los habitantes de una gran ciudad si los juzgásemos por la población de los barrios más ínfimos y sórdidos. En un hospital, sólo se ven enfermos y lisiados; en un presidio sólo se ven todas las torpezas, todos los vicios reunidos; en comarcas insalubres, la mayor parte de los habitantes

están pálidos, débiles y achacosos. Pues bien, que se figure la Tierra como un arrabal, un hospital, una penitenciaría, una región malsana, porque es a la vez todo esto, y se comprenderá por qué las aflicciones sobrepujan a las alegrías; pues no se llevan a los hospitales a las personas sanas, ni a las casas de corrección a aquellos que no han hecho mal; y ni los hospitales, ni las casas de corrección son lugares de delicias.

Pues, de la misma forma que en una ciudad, toda la población no está en los hospitales o en las cárceles, tampoco toda la Humanidad está sobre la Tierra; como se sale del hospital cuando se está curado y de la prisión cuando se cumple el tiempo de la condena, el hombre deja la Tierra por mundos más felices, cuando está curado de sus enfermedades morales.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

MUNDOS SUPERIORES Y MUNDOS INFERIORES

8. La calificación de mundos inferiores y mundos superiores es más bien relativa que absoluta, porque un mundo es inferior o superior con relación a los que están encima o debajo de él en la escala progresiva.

Tomando la Tierra como punto de comparación, se puede formar una idea del estado de un mundo inferior, suponiendo al hombre en el grado de las razas salvajes o de las naciones bárbaras que aún se encuentran en su superficie y que son restos de su estado primitivo. En los mundos más atrasados los seres que los habitan son de algún modo rudimentarios; tienen la forma humana, pero sin ninguna belleza; sus instintos no están templados por ningún sentimiento de delicadeza o de benevolencia, ni por nociones de lo justo o injusto; la única ley es allí la fuerza brutal. Sin industria y sin invenciones, emplean su vida en conquistar su alimentación. Sin embargo, Dios no abandona a ninguna de sus criaturas: en el fondo de las tinieblas de la inteligencia, yace latente la vaga intuición de un Ser Supremo, más o menos desarrollada. Este instinto basta para hacer que unos sean superiores a otros, preparan-

do su eclosión para una vida más completa; porque éstos no son seres degradados sino niños que crecen.

Entre estos grados inferiores y los más elevados, hay innumerables escalones, y entre los Espíritus puros, desmaterializados y resplandecientes de gloria, con dificultad se reconocen aquellos que animaron a esos seres primitivos, de la misma manera que en el hombre adulto es difícil reconocer el embrión.

9. En los mundos llegados ya al grado superior, las condiciones de la vida moral y material son muy diferentes que las de la Tierra. La forma del cuerpo es siempre, como por todas partes, la forma humana, pero embellecida, perfeccionada y sobre todo, purificada. El cuerpo allí nada tiene de la materialidad terrestre y por consiguiente no está sujeto, ni a las necesidades ni a las enfermedades, ni a los deterioros que engendra el predominio de la materia; los sentidos, más delicados, tienen percepciones que lo grosero de los órganos sofoca en este mundo; la ligereza específica de los cuerpos hace la locomoción rápida y fácil: en vez de arrastrarse penosamente por el suelo, se deslizan, por decirlo así, por la superficie, o se suspenden en la atmósfera sin otro esfuerzo que el de su voluntad, así como se pintan los ángeles y como los antiguos representaban a los manes en los Campos Elíseos. Los hombres conservan a voluntad los rasgos de sus emigraciones pasadas y aparecen a sus amigos tal como les conocieron, pero iluminados por una luz divina, transfigurados por las impresiones interiores, que son siempre elevadas. En vez de rostros deslucidos, demacrados por los sufrimientos y por las pasiones, la inteligencia y la vida irradian con ese esplendor que los pintores han traducido por diadema o aureola de los santos.

La poca resistencia que ofrece la materia a los Espíritus ya muy avanzados, hace que el desarrollo de los cuerpos sea más rápido y la infancia corta o casi nula; la vida, exenta de inquietudes y de angustias, es proporcionalmente mucho más larga que en la Tierra. En principio la longevidad es proporcional al grado de adelantamiento de los mundos. La muerte no tiene ninguno de los horrores de la descomposición; lejos de ser un motivo de espanto,

es considerada como una transformación feliz, porque la duda sobre el porvenir no existe. Durante la vida, no estando el alma encerrada en una materia compacta, irradia y goza de una lucidez que la coloca en un estado casi permanente de emancipación, y permite la libre transmisión del pensamiento.

10. En esos mundos felices, las relaciones de pueblo a pueblo, siempre amigables, nunca se turban por la ambición de dominar a su vecino, ni por la guerra consecuencia de aquella. Allí no hay ni señores, ni esclavos, ni privilegios de nacimiento; sólo la superioridad moral e inteligente establece la diferencia de las condiciones y de la supremacía. La autoridad es siempre respetada, porque sólo se da al mérito y porque siempre se ejerce con justicia. *El hombre no procura elevarse sobre el hombre, sino sobre sí mismo, perfeccionándose.* Su objetivo es alcanzar el rango de los Espíritus puros, y este deseo incesante no es un tormento sino una noble ambición que le hace estudiar con ardor para llegar a igualarles. Todos los sentimientos tiernos y elevados de la naturaleza humana se encuentran allí aumentados y purificados; los odios, los celos mezquinos y las bajas codicias de la envidia son desconocidos; un lazo de amor y de fraternidad reúne a todos los hombres, y los más fuertes ayudan a los más débiles. Poseen más o menos según lo que han adquirido por su inteligencia, pero nadie sufre por falta de lo necesario, porque nadie está allí por expiación; en una palabra, el mal no existe.

11. En vuestro mundo tenéis necesidad del mal para sentir el bien, de la noche para admirar la luz, de la enfermedad para apreciar la salud; en los mundos superiores, esos contrastes no son necesarios; la eterna luz, la eterna belleza, la eterna serenidad del alma, proporcionan una eterna alegría que no es turbada ni por las angustias de la vida material, ni por el contacto de los malos que no tienen entrada. Esto es lo que el espíritu humano tiene más dificultad en comprender, pues, siendo ingenioso para pintar los tormentos del infierno, nunca pudo representarse los goces del cielo. Y eso, ¿por qué será? Porque siendo inferior sólo soportó penas y miserias, y no entrevió los esplendores celestes; sólo puede hablar de lo que conoce; pero, a medida que se eleva y se depura, el horizonte se ilumina, y comprende el bien que tiene ante sí, como comprendió el mal que dejó atrás.

12. Sin embargo, estos mundos afortunados no son mundos privilegiados, porque Dios no tiene parcialidades para ninguno de sus hijos; da a todos los mismos derechos y las mismas facilidades para alcanzarlos; a todos hace partir de un mismo punto, y no dota a unos más que a otros; las primeras posiciones son accesibles a todos: a ellos corresponde conquistarlas por medio del trabajo, alcanzarlas lo más rápido posible, o arrastrarse durante siglos y siglos en las clases bajas de la Humanidad. (*Resumen de la enseñanza de todos los Espíritus superiores*).

MUNDOS DE EXPIACIÓN Y DE PRUEBAS

13. ¿Qué os diré de los mundos de expiación que vosotros no sepáis ya, puesto que os basta considerar la Tierra que habitáis? La superioridad de la inteligencia, en un gran número de sus habitantes indica que no es un mundo primitivo destinado a la encarnación de Espíritus recién salidos de manos del Creador. Las cualidades innatas que llevan consigo son la prueba de que ya vivieron y que realizaron cierto progreso; pero también los numerosos vicios a que se inclinan, son indicio de una gran imperfección moral; por esto Dios los colocó en una tierra ingrata para expiar en ella sus faltas por medio de un trabajo penoso y por las miserias de la vida, hasta que hayan merecido ir a un mundo más feliz.

14. Sin embargo, todos los Espíritus encarnados en la Tierra no han sido enviados en expiación. Las razas que llamáis salvajes son Espíritus apenas salidos de la infancia y que están por decirlo así, educándose y se desarrollan por el contacto de Espíritus más avanzados. Luego vienen las razas medio civilizadas, formadas por esos mismos Espíritus ya más progresados. Están ahí, de alguna manera, las razas indígenas de la Tierra, que crecieron poco a poco, después de largos períodos seculares, algunas de las cuales pudieron alcanzar el perfeccionamiento intelectual de los pueblos más esclarecidos.

Los Espíritus en expiación son en ella, si podemos expresarnos así, extranjeros; ya vivieron en otros mundos, de donde fueron excluidos a causa de su obstinación en el mal y por que eran causa de turbación entre los buenos; fueron relegados, por un tiempo, entre los Espíritus más atrasados y que tienen por misión

hacerles avanzar, porque trajeron consigo su inteligencia desarrollada y el germen de los conocimientos adquiridos; por esto, los Espíritus castigados se encuentran entre las razas más inteligentes; son también aquellas para quienes las miserias de la vida tienen más amargura, porque hay en ellas más sensibilidad y sienten más el choque que las razas primitivas, cuyo sentido moral es más obtuso.

15. La Tierra muestra, pues, uno de los tipos de mundos expiatorios, cuyas variedades son infinitas, pero que tienen por carácter común el servir de lugar de exilio a los Espíritus rebeldes a la Ley de Dios. Ahí estos Espíritus tienen que luchar, al mismo tiempo, contra la perversidad de los hombres y contra la inclemencia de la Naturaleza, doble y penoso trabajo que desarrolla de una sola vez, las cualidades del corazón y las de la inteligencia. Así es como Dios, en su bondad, hace que el castigo redunde en provecho del progreso del Espíritu. (SAN AGUSTÍN, París, 1862).

MUNDOS REGENERADORES

16. Entre esas estrellas que resplandecen en la bóveda azulada, ¡cuántos mundos hay, como el vuestro, designados por el Señor para expiación y para prueba! Pero los hay también más miserables y mejores, así como los hay transitorios que pueden llamárseles regeneradores. Cada torbellino planetario, corriendo en el espacio alrededor de un foco común, arrastra consigo sus mundos primitivos de destierro, de prueba, de regeneración y de felicidad. Ya os hablaron de esos mundos donde el alma naciente es colocada, cuando ignorante aún del bien y del mal, puede marchar hacia Dios, señora de sí misma, en posesión de su libre albedrío; ya os fue dicho de cuán inmensas facultades está dotada el alma para hacer el bien; pero, ¡ah! Las hay que sucumben y no queriendo Dios su aniquilamiento, les permite ir para esos mundos, en donde, de encarnación en encarnación, se purifican se regeneran y se harán dignas de la gloria que les estaba reservada.

17. Los mundos regeneradores sirven de transición entre los mundos de expiación y los mundos felices; el alma que se

arrepiente, encuentra en ellos la calma y el reposo, acabándose de purificar. Sin duda en estos mundos, el hombre está aún sujeto a las leyes que rigen la materia; la Humanidad experimenta vuestras sensaciones y vuestros deseos, pero está libre de las pasiones desordenadas, de las que sois esclavos; en ellos no existe el orgullo que hace callar el corazón, la envidia que lo tortura, el odio que lo sofoca; la palabra amor está escrita en todas las frentes y una perfecta equidad regula las relaciones sociales; mostrándose todos a Dios, e intentando ir a Él, siguiendo sus leyes.

Con todo, no se encuentra en ellos aún la perfecta felicidad, sino la aurora de la felicidad. El hombre allí aún es carnal y por eso mismo, sujeto a las vicisitudes de las que no se eximen sino los seres completamente desmaterializados; aún quedan pruebas que soportar, pero no tienen las punzantes angustias de la expiación. Esos mundos comparados a la Tierra son muy felices y muchos de entre vosotros estaríais dichosos de quedaros allí, porque es la calma después de la tempestad, la convalecencia después de una cruel molestia; pero el hombre, menos abstraído por las cosas materiales, entrevé mejor el porvenir que vosotros; comprende que hay otras alegrías que el Señor promete para los que se hagan dignos de ellas, cuando la muerte hubiere segado sus cuerpos para darles la verdadera vida. Entonces el alma libre planeará sobre todos los horizontes; no más los sentidos materiales y groseros, sino los sentidos de un periespíritu puro y celeste, aspirando las emanaciones de Dios, bajo los perfumes del amor y de la caridad que se esparcen de su seno.

18. Pero ¡ah! En esos mundos el hombre es aún falible y el Espíritu del mal no perdió, allí, completamente su imperio. No avanzar es retroceder y si no se está firme en el camino del bien, puede volver a caer en los mundos de expiación en donde le esperan nuevas y más terribles pruebas.

Contemplad, pues, esa bóveda azulada por la noche, a la hora del descanso y de la oración y en esas innumerables esferas que brillan sobre vuestras cabezas, preguntaos las que conducen a Dios y rogadle que un mundo regenerador os abra su seno después de la expiación de la Tierra. (SAN AGUSTÍN, París, 1862).

PROGRESIÓN DE LOS MUNDOS

19. El progreso es una de las leyes de la Naturaleza; todos los seres de la creación, animados e inanimados, están sometidos por la bondad de Dios, que quiere que todo se engrandezca y prospere. La misma destrucción que a los hombres parece el término de las cosas, sólo es un medio de alcanzar, por la transformación, un estado más perfecto, porque todo muere para renacer y cosa alguna se convierte en nada.

Al mismo tiempo que los seres vivos progresan moralmente, los mundos que habitan progresan materialmente. Quien pudiese seguir un mundo en sus diversas fases, desde el instante en que se aglomeran los primeros átomos que servirán para su constitución, lo vería recorrer una escala incesantemente progresiva, por grados insensibles para cada generación y ofrecer a sus habitantes una morada más agradable, a medida que estos avanzan en la senda del progreso. Así caminan paralelamente el progreso del hombre, el de los animales sus auxiliares, de los vegetales y el de la habitación, porque nada es estacionario en la Naturaleza. ¡Cuán grande y digna de la majestad del Creador es esta idea! Y por el contrario, ¡cuán pequeña e indigna de su poder es aquella que concentra su solicitud y su providencia en el imperceptible grano de arena de la Tierra y restringe la Humanidad a algunos hombres que la habitan!

La Tierra, siguiendo esta ley, estuvo material y moralmente en un estado inferior al que está hoy y alcanzará, bajo este doble aspecto, un grado más avanzado. Ha llegado ya a uno de sus periodos de transformación, en que de mundo expiatorio, se tornará mundo regenerador; entonces los hombres serán felices porque reinará en ella la Ley de Dios. (SAN AGUSTÍN, París, 1862).

CAPÍTULO IV

NADIE PUEDE VER EL REINO DE DIOS SI NO NACIERE DE NUEVO

Resurrección y reencarnación. – Los lazos de familia fortalecidos por la reencarnación y quebrados por la unicidad de la existencia. – *Instrucciones de los Espíritus*: Límites de la encarnación. – Necesidad de la encarnación – ¿La encarnación es un castigo?

1. *Jesús, habiendo venido por los lados de Cesárea de Filipo, interrogó a sus discípulos, diciéndoles: ¿Qué dicen los hombres con relación al Hijo del Hombre? ¿Quién dicen que soy? Ellos le respondieron: Algunos dicen que eres Juan el Bautista, otros Elías, otros Jeremías, o uno de los profetas. Jesús les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Tomando la palabra Simón Pedro, le dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente. Jesús le respondió: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no fue ni la carne, ni la sangre que te lo reveló, sino nuestro Padre que está en los cielos. (San Mateo, cap. XVI, v. 13 a 17; San Marcos, cap. VIII v. 27 a 30).*

2. *Entretanto Herodes el Tetrarca, oyendo hablar de todo lo que Jesús hacía, tenía su Espíritu en suspenso –porque los unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos, otros que Elías había aparecido y algunos que uno de los antiguos profetas había resucitado. –Entonces Herodes dijo: Yo hice cortar la cabeza a Juan, pero, ¿quién es éste de quien oí hablar tan grandes cosas? Y tenía voluntad de verlo. (San Marcos, cap. VI, v. 14 y 15; San Lucas, cap. IX, v. 7,8 y 9).*

3. *(Después de la transfiguración). Sus discípulos le preguntaban, diciéndole: ¿Por qué, pues, los escribas dicen que es preciso que Elías venga antes? Mas Jesús les respondió: Es*

verdad que Elías debe venir y restablecer todas las cosas; mas yo les declaro que Elías ya vino, y no le conocieron, mas lo trataron como quisieron. Así ellos harán sufrir al Hijo del Hombre. Entonces sus discípulos comprendieron que era de Juan de Bautista que les había hablado. (San Mateo, cap. XVII, v. de 10 a 13; San Marcos, cap. IX, v. 11, 12, y 13).

RESURRECCIÓN Y REENCARNACIÓN

4. La reencarnación formaba parte de los dogmas judaicos, bajo el nombre de *resurrección*; sólo los saduceos que creían que todo terminaba con la muerte, no creían en ella. Las ideas de los Judíos en este punto, como en muchos otros, no estaban claramente definidas, porque sólo tenían nociones vagas e incompletas sobre el alma y sus lazos con el cuerpo. Creían que un hombre que vivió podía revivir, sin explicarse con precisión la manera cómo esto podía suceder; designaban con la palabra *resurrección*, lo que el Espiritismo llama más juiciosamente *reencarnación*. En efecto, la *resurrección* supone el regreso a la vida del cuerpo que murió, lo que la Ciencia demuestra ser materialmente imposible, sobre todo cuando los elementos de ese cuerpo están, desde hace mucho, dispersos y absortos. La *reencarnación* es el retorno del alma o Espíritu, a la vida corporal, pero en otro cuerpo nuevamente formado para ella, y que nada tiene de común con el antiguo. La palabra *resurrección* podía de este modo, aplicarse a Lázaro, pero no a Elías, ni a los profetas. Pues, si según su creencia, Juan el Bautista era Elías, el cuerpo de Juan no podía ser el de Elías, puesto que se había visto a Juan niño y se conocía a su padre y a su madre. Así, Juan podía ser Elías *reencarnado*, pero no *resucitado*.

5. *Había un hombre entre los fariseos llamado Nicodemo, senador de los Judíos, que fue de noche a encontrarse con Jesús y le dijo: Maestro, sabemos que has venido de parte de Dios para instruirnos como un doctor; porque nadie puede hacer los milagros que haces, si Dios no estuviese con él.*

Jesús le respondió: En verdad, en verdad, os digo: Nadie puede ver el reino de Dios si no naciere de nuevo.

Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede nacer un hombre que ya está viejo? ¿Puede volver al vientre de su madre, para nacer por segunda vez?

Jesús le respondió: En verdad, en verdad, os digo: Si un hombre no renaciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne es carne y lo que es nacido del Espíritu es Espíritu. No os maravilléis de lo que os he dicho; os es necesario nacer de nuevo. El Espíritu sopla donde quiere y oís su voz, pero no sabéis de donde viene y hacia donde va. Sucede lo mismo con todo hombre que es nacido del Espíritu.

Nicodemo le respondió: ¿Cómo puede darse eso? Jesús le dijo: ¡Qué! ¿Sois maestro en Israel e ignoráis esas cosas? En verdad, en verdad os digo que no decimos sino lo que sabemos y no atestiguamos sino lo que hemos visto; y, sin embargo, vos no recibisteis nuestro testimonio. Mas si no me creéis cuando os hablo de las cosas de la Tierra, ¿cómo me creeréis cuando os hable de las cosas del cielo? (San Juan, cap. III, v. de 1 a 12).

6. El pensamiento de que Juan el Bautista era Elías y que los profetas podían volver a vivir en la Tierra, se encuentra en muchos pasajes de los Evangelios, particularmente en los relatos anteriores (números 1, 2 y 3). Si esa creencia hubiese sido un error, Jesús no hubiera dejado de combatirla, como combatió tantas otras; lejos de esto, la sancionó con toda su autoridad, y la colocó como principio y como una condición necesaria cuando dice: *Nadie puede ver el reino de los cielos si no naciere de nuevo*; e insiste, añadiendo: *No os maravilléis de los que os dije, que es NECESARIO que nazcáis de nuevo.*

7. Estas palabras: “*Si un hombre no renace del agua y del Espíritu*”, fueron interpretadas en el sentido de la regeneración por el agua del bautismo; pero el texto primitivo traía simplemente: *No renace del agua y del Espíritu*, mientras que en ciertas traducciones, se ha substituido *Espíritu* por *Santo Espíritu*, lo que no corresponde al mismo pensamiento. Este punto capital resalta

de los primeros comentarios hechos sobre el Evangelio, lo que un día será constatado sin equívoco posible. (1)

8. Para comprender el verdadero sentido de esas palabras, es menester referirse a la significación de la palabra *agua*, que no era empleada en su acepción propia.

Los conocimientos de los antiguos, sobre las ciencias físicas, eran muy imperfectos, pues creían que la Tierra había salido de las aguas y por eso, consideraban el *agua* como el elemento generador absoluto; así es que en *El Génesis* se dice: “el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas; flotaba en la superficie de las aguas; que el firmamento fue hecho en medio de las aguas; que las aguas que están bajo el cielo se reúnan en un solo lugar y que el elemento árido aparezca; que las aguas *produzcan* los animales vivos que naden en el agua y los pájaros que vuelen sobre la tierra y bajo el firmamento”.

Según esta creencia, el agua venía a ser el símbolo de la naturaleza material, como el Espíritu era el de la naturaleza inteligente. Estas palabras: “Si el hombre no renace del agua y del Espíritu, o en agua y en Espíritu”, significan, pues: “Si el hombre no renace con su cuerpo y su alma”. En este sentido fueron comprendidas al principio.

Esta interpretación está, además, justificada por estas otras palabras: *Lo que es nacido de la carne es carne y lo que es nacido del Espíritu es Espíritu*. Jesús hace aquí una distinción positiva entre el Espíritu y el cuerpo. *Lo que es nacido de la carne es carne*, indica claramente que *sólo* el cuerpo procede del cuerpo, y que el Espíritu es independiente del cuerpo.

9. *El Espíritu sopla donde quiere; oís su voz, pero no sabéis ni de donde viene, ni para donde va*, se puede entender como el *Espíritu de Dios*, que da vida a quien quiere o *el alma del hombre*; en esta última acepción, “vosotros no sabéis de donde viene, ni adonde va” significa que no se conoce lo que fue, ni lo que el

(1) La traducción de Osterwald, está conforme al texto primitivo; ella trae: **no renace del agua y del Espíritu**; la de Sacy dice: **del Santo Espíritu**; la de Lamennais: **del Espíritu Santo**.

Espíritu será. Si el Espíritu, o alma, fuese creado al mismo tiempo que el cuerpo, se sabría de donde vino, puesto que se conocería su principio. Como quiera que sea, este pasaje es la consagración del principio de la preexistencia del alma y, por consiguiente, de la pluralidad de existencias.

10. *Desde los tiempos de Juan el Bautista, hasta el presente, el reino de los cielos es tomado por la violencia, y son los violentos que lo obtienen; porque, hasta Juan, todos los Profetas así como la ley, profetizaron; y si queréis comprender lo que os dije, él es el mismo Elías, que debe venir. Oiga aquél que tenga oídos para oír. (San Mateo, cap. XI, v. de 12 a 15)*

11. Pero si el principio de la reencarnación expresado en San Juan, podía en rigor ser interpretado en un sentido puramente místico, no podía suceder lo mismo en este pasaje de San Mateo, que es inequívoco: **ÉL ES EL MISMO Elías que debe venir**; aquí no hay figura ni alegoría: es una afirmación positiva. “Desde el tiempo de Juan el Bautista hasta el presente, el reino de los cielos es tomado por la violencia”. ¿Qué significan estas palabras, puesto que Juan el Bautista vivía aún en aquel momento? Jesús las explica claramente diciendo: Si queréis comprender lo que os digo, él es el mismo Elías que debe venir” No siendo Juan otro que Elías, Jesús hacía alusión al tiempo en que Juan vivía bajo el nombre de Elías. “Hasta el presente, el reino de los cielos es tomado por la violencia”, es otra alusión a la violencia de la ley mosaica que ordenaba el exterminio de los infieles para ganar la Tierra Prometida, Paraíso de los Hebreos, mientras que según la nueva ley, el cielo se gana con la caridad y la dulzura.

Después añade: *Oiga el que tenga oídos para oír*. Estas palabras repetidas con tanta frecuencia por Jesús, dicen claramente que no todo el mundo estaba en condiciones de comprender ciertas verdades.

12. *Aquellos de vuestro pueblo a los que hicieron morir vivirán de nuevo; los que estaban muertos a mí alrededor, resucitarán. Despertad de vuestro sueño y cantad loas a Dios, vosotros que habitáis en el polvo; porque el rocío que os cae encima*

es rocío de luz, y porque arruinaréis la Tierra y el reino de los gigantes. (Isaías, cap. XXVI, v. 19).

13. Este pasaje de Isaías, también es explícito: “Aquellos de vuestro pueblo a los que hicieron morir *vivirán de nuevo*”. Si el profeta pretendiese hablar de la vida espiritual, si quisiese decir que aquellos a los que hicieron morir no estaban muertos en Espíritu, hubiera dicho: *viven aún* y no *vivirán de nuevo*. En el sentido espiritual, esas palabras serían un contra sentido puesto que implicarían una interrupción de la vida del alma. En el sentido de *regeneración moral*, serían la negación de las penas eternas, puesto que establecen en principio, que *todos aquellos que están muertos, volverán a vivir*.

14. *Mas cuando el hombre está muerto una vez, que su cuerpo, separado de su Espíritu, está consumido, ¿en qué se convierte? El hombre estando muerto una vez, ¿podría acaso revivir de nuevo? En esta guerra en que me encuentro todos los días de mi vida, espero que mi transformación llegue. (Job, cap. XIV, v. 10, 14. Traducción de Le Maistre de Sacy).*

Cuando el hombre muere, pierde toda su fuerza y espira; después, ¿dónde está? Si el hombre muere, ¿volverá a vivir? ¿Esperaré todos los días de mi combate, hasta aquel en que me llegue alguna transformación? (Ídem. Traducción protestante de Osterwald).

Cuando el hombre está muerto, vive siempre; terminando los días de mi existencia terrestre, esperaré, porque a ella volveré de nuevo. (Ídem. Versión de la Iglesia griega).

15. El principio de la pluralidad de existencias está claramente expresado en estas tres versiones. No se puede suponer que Job haya querido hablar de la regeneración por el agua del bautismo, que ciertamente no conocía. “El hombre estando muerto *una vez*, ¿podría acaso *revivir de nuevo*? La idea de morir una vez y volver a vivir implica la de morir y volver a vivir muchas veces. La versión de la iglesia griega es aún más explícita, si eso es posible. “Terminando los días de mi *existencia terrestre*, esperaré, porque *a ella volveré de nuevo*”, es decir, yo volveré a la existencia

terrestre. Esto está tan claro como si alguien dijese: “Salgo de mi casa, pero volveré a ella”.

“En esta guerra en que me encuentro, todos los días de mi vida, espero que mi transformación llegue”. Job, evidentemente, quiere hablar de la lucha que sustenta contra las miserias de la vida; espera su transformación, es decir, se resigna. En la versión griega *esperaré*, parece más bien aplicarse a la nueva existencia: “Cuando mi existencia terrestre finalice, *esperaré* porque volveré a ella de nuevo”; Job parece colocarse, después de su muerte, en el intervalo que separa una existencia de otra y dice que allí esperará su regreso.

16. No es, pues, dudoso que bajo el nombre de *resurrección*, el principio de la reencarnación era una de las creencias fundamentales de los Judíos, siendo confirmada por Jesús y los profetas de una manera formal; de donde se sigue que negar la reencarnación, es negar las palabras de Cristo. Estas palabras constituirán un día, autoridad sobre este punto, como sobre muchos otros, cuando se mediten sin prevención.

17. Pero a esta autoridad, desde el punto de vista religioso, viene a unirse desde el punto de vista filosófico, el de las pruebas que resultan de la observación de los hechos; cuando se quiere remontar de los efectos a la causa, la reencarnación aparece como una necesidad absoluta, como una condición inherente a la Humanidad, en una palabra, como una ley natural; se revela por sus resultados de una manera, por decirlo así, material, como el motor oculto se revela por el movimiento; sólo ella puede decir al hombre *de donde viene y para donde va y porque está en la Tierra*, y justificar todas las anomalías y todas las injusticias aparentes que presenta la vida. (1)

Sin el principio de la preexistencia del alma y de la pluralidad de existencias, la mayor parte de las máximas del Evangelio son ininteligibles; por eso dieron lugar a interpretaciones tan contradictorias; ese principio es la clave que debe restituirles su verdadero sentido.

(1) Para el estudio del dogma de la reencarnación, véase: **El Libro de los Espíritus**, cap. IV y V; **Que es el Espiritismo**, cap. II, por Allan Kardec; y **Pluralidad de existencias**, por Pezzani.

LOS LAZOS DE FAMILIA FORTALECIDOS POR LA REENCARNACIÓN Y QUEBRADOS POR LA UNICIDAD DE LA EXISTENCIA

18. Los lazos de familia no son destruidos por la reencarnación, como piensan ciertas personas; al contrario, se fortifican y se estrechan; el principio opuesto es el que los destruye.

Los Espíritus en el espacio forman grupos o familias unidas por el afecto, la simpatía y la semejanza de inclinaciones; esos Espíritus, felices porque están juntos, se buscan; la encarnación sólo les separa momentáneamente, porque después que vuelven a la erraticidad se encuentran como los amigos al regresar de un viaje. Inclusive, con frecuencia, se siguen en la encarnación, donde se reúnen en una misma familia, o en un mismo círculo, trabajando en conjunto para su mutuo adelanto. Si unos están encarnados y otros no, no están menos unidos por el pensamiento; los que están libres velan por los que están cautivos; los más adelantados procuran hacer progresar a los rezagados. Después de cada existencia, han dado un paso en el camino de la perfección, cada vez menos unidos a la materia, su afecto es más vivo, por el hecho mismo de ser más puro y que ya no es turbado por el egoísmo ni por las nubes de las pasiones. De este modo pueden recorrer un número ilimitado de existencias corporales, sin que nada perturbe su mutuo afecto.

Entiéndase que se trata aquí del afecto real de alma a alma, el único que sobrevive a la destrucción del cuerpo, porque los seres que no se unen en este mundo sino por los sentidos, no tienen ningún motivo para buscarse en el mundo de los Espíritus. Sólo son duraderos los afectos espirituales; los carnales se extinguen con la causa que los hizo nacer; pero esta causa no existe en el mundo de los Espíritus, mientras que el alma existe siempre. En cuanto a las personas unidas por el sólo móvil del interés, no están realmente unidas en nada, la una a la otra: la muerte las separa sobre la Tierra y en el cielo.

19. La unión y el afecto que existen entre parientes, son indicio de la simpatía anterior que les aproximó; también se dice,

hablando de una persona cuyo carácter gustos e inclinaciones no tiene ninguna semejanza con el de sus parientes, que ella no es de la familia. Diciendo eso, se enuncia una verdad más grande de lo que se cree. Dios permite en las familias estas encarnaciones de Espíritus antipáticos o extraños con el doble objeto de servir de prueba para los unos y de medio de adelanto para los otros. Además, los malos se mejoran poco a poco con el contacto de los buenos y por los cuidados que de éstos reciben; su carácter se suaviza, sus costumbres se purifican, sus antipatías se deshacen y así es cómo se establece la fusión entre las diferentes categorías de Espíritus, como ocurre en la Tierra, entre las razas y los pueblos.

20 El temor al aumento indefinido de la parentela, como consecuencia de la reencarnación, es un temor egoísta, y prueba que no se siente un amor bastante grande para tenerlo a un gran número de personas. Un padre que tiene muchos hijos, ¿acaso no les ama tanto como si tuviera uno? Pero tranquilícense los egoístas, pues ese temor no tiene fundamento. Del hecho que un hombre haya tenido diez encarnaciones, no se sigue que encontrará en el mundo de los Espíritus diez padres, diez madres, diez mujeres y un número proporcionado de hijos y de nuevos parientes; encontrará siempre los mismos objetos de su afecto, que se le habrán unido en la Tierra con títulos diferentes, o tal vez con el mismo título.

21. Veamos ahora las consecuencias de la doctrina de la no-reencarnación. Esta doctrina anula, necesariamente, la preexistencia del alma; siendo las almas creadas al mismo tiempo que el cuerpo, no existe entre ellas ningún lazo anterior; son completamente extrañas unas a las otras; el padre es extraño a su hijo; la filiación de las familias se encuentra de este modo reducida a la sola filiación corporal, sin ningún lazo espiritual. No hay, pues, ningún motivo para vanagloriarse de haber tenido por antepasados tales o cuales personajes ilustres. Con la reencarnación, antepasados y descendientes pueden ser conocidos, haber vivido juntos, haberse amado y encontrarse reunidos más tarde para estrechar sus lazos simpáticos.

22. Esto es en cuanto al pasado. En cuanto al futuro, según uno de los dogmas fundamentales que se desprende de la no-reencarnación, el destino de las almas está irrevocablemente fijado después de una sola existencia; la fijación definitiva del destino implica la cesación de todo progreso, pues si hay algún progreso no hay destino definitivo; según hayan vivido bien o mal, van inmediatamente para la morada de los bienaventurados o para el infierno eterno; *son así, separados para siempre, y sin esperanza de aproximarse jamás*, de tal modo, que padres, madres e hijos, maridos y mujeres, hermanos, hermanas, amigos, nunca están seguros de volverse a ver; esta es la ruptura más absoluta de los lazos de familia.

Con la reencarnación y el progreso, que es su consecuencia, todos los que se han amado se reencuentran en la Tierra y en el espacio, y marchan juntos para llegar a Dios. Los que fallan en el camino, retardan su adelanto y su felicidad, pero no se ha perdido toda esperanza; ayudados, animados y sustentados por aquellos que los aman, saldrán un día del cenagal en que están sumergidos. Con la reencarnación, en fin, hay solidaridad perpetua entre los encarnados y los desencarnados, con estrechamiento de los lazos afectivos.

23. En resumen, cuatro alternativas se presentan al hombre para su futuro de ultratumba; **primera**: la nada, de acuerdo con la doctrina materialista; **segunda**: la absorción en el todo universal, de acuerdo con la doctrina panteísta; **tercera**: la individualidad con la fijación definitiva de su suerte, según la doctrina de la Iglesia; y, **cuarta**: la individualidad con progreso indefinido, según la Doctrina Espírita. De acuerdo con las dos primeras, los lazos de familia se rompen después de la muerte y no hay ninguna esperanza de reencuentro; con la tercera, hay la oportunidad de volverse a ver con tal de que estén en un mismo medio, ese medio puede ser tanto el infierno como el paraíso; con la pluralidad de existencias, que es inseparable del progreso gradual, hay la certeza en la continuidad de relaciones entre aquellos que se amaron, y esto es lo que constituye la verdadera familia.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

LÍMITES DE LA ENCARNACIÓN

24. *¿Cuáles son los límites de la encarnación?*

Propiamente hablando, la encarnación no tiene límites bien marcados, si se entiende por eso la envoltura que constituye el cuerpo del Espíritu, ya que la materialidad de ese envoltorio disminuye a medida que el Espíritu se purifica. En ciertos mundos más avanzados que la Tierra, es ya menos compacto, menos pesado y menos grosero y por consiguiente, menos sujeto a las vicisitudes; en un grado más elevado y diáfano y casi fluídico; de grado en grado se desmaterializa y acaba por confundirse con el periespíritu. Según el mundo al que es llamado el Espíritu a vivir, toma éste la envoltura apropiada a la naturaleza de aquel mundo.

El mismo periespíritu sufre transformaciones sucesivas; se hace cada vez más etéreo hasta la completa depuración, que constituyen los Espíritus puros. Si mundos especiales están destinados, como estaciones, a los Espíritus más avanzados, estos no están sujetos allí como en los mundos inferiores; el estado de libertad en que se encuentran les permite transportarse por todas partes a que les llaman las misiones que les son confiadas.

Si se considera la encarnación bajo el punto de vista material, como ocurre en la Tierra, se puede decir que está limitada a los mundos inferiores; por consiguiente, depende del Espíritu librarse de ella, con mayor o menor rapidez, trabajando por su purificación.

Se debe considerar también que, en estado errante, es decir, en los intervalos de las existencias corporales, la situación del Espíritu está en relación con la naturaleza del mundo al que le liga su grado de adelanto; que, así, en la erraticidad, es más o menos feliz, libre e ilustrado, según esté más o menos desmaterializado. (SAN LUIS, París, 1859).

NECESIDAD DE LA ENCARNACIÓN

25. *¿Es un castigo la encarnación y sólo están sujetos a ella los Espíritus culpables?*

El tránsito de los Espíritus por la vida corporal es necesario para que puedan cumplir, con la ayuda de una acción material, los designios cuya ejecución Dios les confió; es necesario para ellos mismos porque la actividad que están obligados a desempeñar ayuda el desarrollo de su inteligencia. Siendo Dios soberanamente justo, debe considerar igualmente a todos sus hijos; por esto da a todos un mismo punto de partida, la misma aptitud, *las mismas obligaciones que cumplir y la misma libertad de obrar*; todo privilegio sería una preferencia y toda preferencia una injusticia. Pero la encarnación, para todos los Espíritus, sólo es un estado transitorio; es un deber que Dios les impone al empezar su vida, como primera prueba del uso que harán de su libre albedrío. Los que desempeñan ese deber con celo, pasan rápidamente y con menos pena los primeros grados de iniciación, y gozan más pronto del fruto de sus trabajos. Por el contrario, aquellos que hacen mal uso de la libertad que Dios les concede, retardan su adelanto; así es que por su obstinación, pueden prolongar indefinidamente la necesidad de reencarnarse, y entonces es cuando la encarnación se torna un castigo. (SAN LUIS, París, 1859).

26. Nota. Una comparación vulgar hará comprender mejor esta diferencia. El estudiante no obtiene los grados de ciencia sino después de haber recorrido la serie de clases que a ellos conducen. Esas clases, cualquiera que sea el trabajo que exijan, son un medio de alcanzar un fin y no un castigo. El estudiante laborioso abrevia el camino, y encuentra en él menos abrojos; lo contrario sucede al que por pereza o negligencia le obligan a reparar ciertas clases. No es el trabajo de la clase lo que constituye un castigo, sino la obligación de volver a comenzar el mismo trabajo.

Así ocurre con el hombre en la Tierra. Para el Espíritu del salvaje, que está casi al principio de la vida espiritual, la encarnación es un medio de desenvolver su inteligencia; pero para el hombre esclarecido, en el cual el sentido moral está ampliamente desarrollado, y que está obligado a comenzar de nuevo las etapas de una vida corporal plena de angustias, mientras que podría haber alcanzado ya el objetivo, es un castigo por la necesidad en que se encuentra de prolongar su morada en los mundos inferiores e

infelices. Por el contrario, aquél que trabaja activamente por su progreso moral, puede no sólo abreviar la duración de la encarnación material, sino vencer, de una sola vez, los grados intermedios que lo separan de los mundos superiores.

¿No podrían los Espíritus encarnarse sólo una vez en el mismo globo y cumplir sus diferentes existencias en esferas diferentes? Esta opinión sólo sería admisible si todos los hombres estuviesen en la Tierra, en el mismo nivel intelectual y moral. Las diferencias que existen entre ellos, desde el salvaje al hombre civilizado, muestran los grados que están llamados a vencer. Por otra parte, la encarnación debe tener un objeto útil; de otro modo, ¿cuál sería el de las encarnaciones efímeras de los niños que mueren en edad temprana? Hubieran sufrido sin provecho para ellos ni para otro; Dios, cuyas leyes son soberanamente sabias, no hace nada inútil. Mediante la reencarnación en el mismo globo, ha querido que los mismos Espíritus, encontrándose de nuevo en contacto, tuviesen ocasión de reparar sus faltas recíprocas: en razón de sus relaciones anteriores, quiso además, asentar los lazos de familia sobre una base espiritual y apoyar sobre una ley natural los principios de solidaridad, de fraternidad y de igualdad.

CAPÍTULO V

BIENAVENTURADOS LOS AFLIGIDOS

Justicia de las aflicciones. – Causas actuales de las aflicciones. – Causas anteriores de las aflicciones. – Olvido del pasado. – Motivos de resignación. – El suicidio y la locura. – *Instrucciones de los Espíritus*: Sufrir bien y sufrir mal. – El mal y el remedio. – La felicidad no es de este mundo. – Pérdida de personas amadas. – Muertes prematuras. – Si fuese un hombre de bien habría muerto. – Los tormentos voluntarios. – La infelicidad real. – La melancolía. – Pruebas voluntarias. El verdadero cilicio. – ¿Debe ponerse término a las pruebas del prójimo? – ¿Es permitido abreviar la vida de un enfermo que sufre sin esperanza de curación? – Sacrificio de la propia vida. – Provecho de los sufrimientos por otro.

1. *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los que sufren persecuciones por la justicia, porque para ellos es el reino de los cielos. (San Mateo, cap. V, v. 4, 6, y 10).*

2. *Bienaventurados seréis vosotros, los pobres, porque vuestro es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis vosotros los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Felices seréis vosotros, los que ahora lloráis, porque reiréis. (San Lucas, cap. VI, v. 20 y 21).*

Mas, ¡hay de vosotros ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! Porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! Porque seréis reducidos al llanto y a las lágrimas. (San Lucas, cap. VI, v. 24 y 25).

JUSTICIA DE LAS AFLICCIONES

3. Las compensaciones que Jesús promete a los afligidos de la Tierra, no pueden ocurrir sino en la vida futura; sin la certeza del futuro, esas máximas serían un contra sentido, más aún, serían un engaño. Aun con esta certeza difícilmente se comprende la utilidad de sufrir para ser feliz. Se dice que es, para tener más mérito; pero entonces se pregunta, ¿por qué unos sufren más que otros? ¿Por qué unos nacen en la miseria y otros en la opulencia, sin haber hecho nada para justificar esa posición? ¿Por qué a los unos nada les sale bien, mientras a los otros todo parece sonreírles? Pero lo que aún se comprende menos es ver los bienes y los males tan desigualmente repartidos entre el vicio y la virtud, y ver a los hombres virtuosos sufrir al lado de los malos que prosperan. La fe en el futuro puede consolar y llevar a la paciencia, pero no explica esas anomalías que parecen desmentir la justicia de Dios.

Sin embargo, desde que se admite a Dios no se lo puede concebir sin que sea infinito en perfecciones; debe ser todo poder, todo justicia, todo bondad, sin lo cual no sería Dios. Si Dios es soberanamente bueno y justo, no puede actuar por capricho, ni con parcialidad. *Las vicisitudes de la vida tienen, pues, una causa y puesto que Dios es justo, esta causa debe ser justa.* He aquí de lo que cada uno debe compenetrarse bien. Dios colocó a los hombres en el camino de esta causa por las enseñanzas de Jesús y juzgándoles hoy bastante maduros para comprenderla, la reveló completamente por el *Espiritismo*, es decir, por la *voz de los Espíritus*.

CAUSAS ACTUALES DE LAS AFLICCIONES

4. Las vicisitudes de la vida son de dos especies, o si se quiere, tienen dos orígenes muy diferentes que conviene distinguir: unas tienen su causa en la vida presente y otras fuera de ella.

Remontando al origen de los males terrestres, se reconocerá que muchos son la consecuencia natural del carácter y de la conducta de aquellos que los soportan.

¡Cuántos hombres caen por sus propias faltas! ¡Cuántos son víctimas de su imprevisión, de su orgullo y de su ambición!

¡Cuántas personas arruinadas por falta de orden, de perseverancia, por mala conducta o por no haber limitado sus deseos!

¡Cuántas uniones infelices, porque sólo son cálculo del interés o de la vanidad y en las que para nada entra el corazón!

¡Cuántas disensiones y querellas funestas se hubieran podido evitar con más moderación y menos susceptibilidad!

¡Cuántos males y enfermedades son consecuencia de la intemperancia y de los excesos de todo género!

¡Cuántos padres son infelices por sus hijos, porque no combatieron las malas tendencias en su principio! Por debilidad o indiferencia, dejaron desarrollar en ellos los gérmenes del orgullo, del egoísmo y de la torpe vanidad que secan el corazón; y más tarde, recogiendo lo que sembraron, se admiran y se afligen de su falta de deferencia y de su ingratitud.

Que todos aquellos que tienen herido el corazón por las vicisitudes y decepciones de la vida, interroguen fríamente a su conciencia; que se remonten progresivamente al origen de los males que les afligen y verán si casi siempre no podrán decirse: *Si yo hubiese o no hubiese hecho tal cosa, no estaría en tal situación.*

¿A quién debe, pues, culpar de todas estas aflicciones, sino a sí mismo? Así es como el hombre, en un gran número de casos, es el artífice de sus propios infortunios, pero en vez de reconocerlo, encuentra más sencillo y menos humillante para su vanidad, acusar a la suerte, a la Providencia, a la oportunidad desfavorable, a su mala estrella, mientras que su mala estrella es su incuria.

Los males de esta naturaleza seguramente forman un contingente muy notable en las vicisitudes de la vida; el hombre los evitará cuando trabaje por su mejoramiento moral, tanto como para su mejoramiento intelectual.

5. La ley humana alcanza ciertas faltas y las castiga; el condenado puede, pues, decir que sufre la consecuencia de lo que ha hecho; pero la ley no alcanza ni puede alcanzar a todas las faltas; alcanza, más especialmente, aquellas que causan perjuicio a la sociedad y no aquellas que sólo dañan a los que las cometen.

Pero Dios quiere el progreso de todas sus criaturas; por esto no deja impune ningún desvío del camino recto; no hay una sola falta, por pequeña que sea, una sola infracción a su ley, que no tenga consecuencias forzosas e inevitables, más o menos tristes; de donde se sigue que, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, el hombre es siempre castigado por lo que pecó. Los sufrimientos, que son su consecuencia, son para él una advertencia de que erró; le dan experiencia y le hacen sentir la diferencia entre el bien y el mal, y la necesidad de mejorarse para evitar, en el futuro, lo que fue para él una fuente de disgustos; sin eso, no tendría ningún motivo para enmendarse, y, confiando en la impunidad, retardaría su adelanto y por consiguiente, su felicidad futura.

Pero la experiencia viene algunas veces un poco tarde, cuando la vida fue disipada y turbada, las fuerzas desgastadas y cuando el mal ya no tiene remedio. Entonces el hombre se pone a decir: Si al principio de la vida hubiese sabido lo que sé ahora, ¡cuántas faltas habría evitado! *¡Si tuviera que recomenzar, me conduciría de muy distinto modo, pero ya no hay tiempo!* Como el obrero perezoso dice: He perdido mi jornada, él también dice: Yo perdí mi vida; pero de la misma forma que para el obrero el sol sale al día siguiente y empieza una nueva jornada, permitiéndole reparar el tiempo perdido, para él también, después de la noche de la tumba, brillará el sol de una nueva vida, en la cual podrá aprovechar la experiencia del pasado y sus buenas resoluciones para el futuro.

CAUSAS ANTERIORES DE LAS AFLICCIONES

6. Pero si bien hay males cuya primera causa es el hombre en esta vida, hay otros, por lo menos en apariencia, que le son completamente extraños y que parecen alcanzarlo como por una fatalidad. Tal es, por ejemplo, la pérdida de seres queridos y de los que son el sostén de la familia; tales son también los accidentes que ninguna previsión puede evitar; los reveses de la fortuna que frustran todas las medidas de prudencia; las plagas naturales y las enfermedades de nacimiento, sobre todo aquellas que quitan a los

infelices los medios de ganarse la vida con su trabajo, como las deformidades, el idiotismo, la imbecilidad, etc.

Aquellos que nacen en semejantes condiciones, seguramente, nada hicieron en esta vida para merecer una suerte tan triste, sin compensación y que no podían evitar, impotentes para cambiar por sí mismos y que les deja a merced de la conmiseración pública. ¿Por qué, pues, seres tan infelices, mientras que a su lado, bajo un mismo techo, en la misma familia, otros son favorecidos bajo todos los aspectos?

¿Qué decir, en fin, de esos niños que mueren en edad temprana y no conocieron de la vida más que el sufrimiento? Problemas que ninguna filosofía pudo resolver aún, anomalías que ninguna religión pudo justificar y que serían la negación de la bondad, de la justicia y de la providencia de Dios, en la hipótesis de que el alma sea creada al mismo tiempo que el cuerpo y que su suerte esté irrevocablemente fijada después de una estada de algunos instantes en la Tierra. ¿Qué hicieron esas almas que acaban de salir de las manos del Creador, para soportar tantas miserias en este mundo y merecer en el futuro, una recompensa o un castigo cualquiera, cuando no pudieron hacer ni bien ni mal?

Sin embargo, en virtud del axioma de que *todo efecto tiene una causa*, esas miserias son efectos que deben tener una causa; y desde que se admita un Dios justo, esa causa debe ser justa, luego precediendo siempre la causa al efecto y puesto que aquella no está en la vida actual, debe ser anterior a ella, es decir, pertenecer a una existencia precedente. Por otro lado, no pudiendo Dios castigar por el bien que se hizo, ni por el mal que no se hizo, si somos castigados, es porque hicimos mal; si no hicimos mal en esta vida, lo hicimos en otra. Esta es una alternativa de la que es imposible evadirse y en que la lógica dice de que lado está la justicia de Dios.

El hombre, pues, no es castigado siempre o completamente castigado, en su existencia presente; pero nunca se evade a las consecuencias de sus faltas. La prosperidad del malo sólo es momentánea y si no expía hoy, expiará mañana, mientras que el que sufre, sufre por expiación de su pasado. La infelicidad que en

un principio parece inmerecida, tiene su razón de ser y el que sufre puede decir siempre: “Perdóname, Señor, porque he pecado”.

7. Los sufrimientos por causas anteriores, son, con frecuencia, como los de las faltas actuales, consecuencia natural de la falta cometida; es decir, que por una injusticia distributiva rigurosa, el hombre sufre lo que hizo sufrir a los otros; si fue duro e inhumano, podrá a su vez ser tratado con dureza y con inhumanidad; si fue orgulloso, podrá nacer en una condición humillante; si fue avaro, egoísta, o si hizo mal uso de su fortuna, podrá ser privado de lo necesario; si fue mal hijo, podrá sufrir con sus propios hijos, etc.

Así se explican, por la pluralidad de existencias y por el destino de la Tierra como mundo expiatorio, las anomalías que presenta la repartición de la felicidad y la infelicidad entre los buenos y malos en este mundo. Esa anomalía no existe en apariencia, porque se toma su punto de vista desde la vida presente; pero si uno se eleva con el pensamiento de manera que pueda abarcar una serie de existencias, se verá que cada uno recibe la parte que se merece, sin perjuicio de la que le es dada en el mundo de los Espíritus y que la justicia de Dios jamás es interrumpida.

El hombre nunca debe perder de vista que está en un mundo inferior, donde sólo es mantenido por sus imperfecciones. A cada vicisitud debe decirse que si perteneciese a un mundo más elevado, eso no ocurriría y que de él depende no volver más a este mundo, trabajando por su perfeccionamiento.

8. Las tribulaciones de la vida pueden ser impuestas a los Espíritus endurecidos o muy ignorantes para hacer una elección con conocimiento de causa, pero son elegidas libremente y aceptadas por los Espíritus *arrepentidos*, que quieren reparar el mal que hicieron e intentar hacerlo mejor. Tal como aquél que habiendo hecho mal su tarea, pide que se le permita empezarla de nuevo para no perder el beneficio de su trabajo. Estas tribulaciones son, pues, a la vez, expiaciones por el pasado que castigan y pruebas para el porvenir que preparan. Rindamos gracias a Dios que en su bondad concede al hombre la facultad de la reparación y no lo condena irrevocablemente por la primera falta.

9. Entre tanto, no es necesario creer que todo sufrimiento

soportado en este mundo sea, necesariamente, el indicio de una falta determinada; con frecuencia, son simples pruebas escogidas por el Espíritu para acabar su depuración y apresurar su adelantamiento. Así, la expiación sirve siempre de prueba, pero la prueba no es siempre una expiación; mas, pruebas o expiaciones, son siempre señales de una inferioridad relativa, porque lo que es perfecto no tiene necesidad de ser probado. Un Espíritu puede, pues, haber adquirido un cierto grado de elevación, pero queriendo avanzar más aún, solicita una misión, una tarea a cumplir, por la que será tanto más recompensado si sale victorioso, cuanto más penosa haya sido la lucha. Tales son, especialmente, esas personas de instintos naturalmente buenos, de alma elevada, de nobles sentimientos innatos, que parece que nada trajeron de malo de su existencia precedente y que sufren con una resignación muy cristiana, los mayores dolores, pidiendo a Dios para soportarlos sin lamentaciones. Por el contrario, se pueden considerar como expiaciones las aflicciones que excitan las quejas y conducen al hombre a revelarse contra Dios.

El sufrimiento que no excita lamentaciones, sin duda, puede ser una expiación; pero más bien es un indicio de que fue escogido voluntariamente y no impuesto, y la prueba de una fuerte resolución, lo que es señal de progreso.

10. Los Espíritus no pueden aspirar a la felicidad perfecta sino cuando son puros; toda mancha les cierra la entrada en los mundos felices. Lo mismo sucede a los pasajeros de un navío infestado por la peste, a los que les está prohibido entrar en una ciudad hasta que se hayan purificado. Los Espíritus se despojan poco a poco de sus imperfecciones en sus diversas existencias corporales. Las pruebas de la vida adelantan cuando se sobrellevan bien; como expiaciones, borran las faltas y purifican; es el remedio que limpia la llaga y cura el enfermo; cuanto más grave es el mal, más enérgico debe ser el remedio. El que sufre mucho, debe decirse que tenía mucho que expiar y alegrarse de curar muy pronto; depende de él hacer este sufrimiento provechoso con su resignación y no perderle los frutos con las lamentaciones, sin lo cual tendría que empezar de nuevo.

OLVIDO DEL PASADO

11. En vano se objeta el olvido como un obstáculo en el sentido de que se pueda aprovechar la experiencia de existencias anteriores. Si Dios juzgó conveniente echar un velo sobre el pasado, es porque debía ser útil. En efecto, este recuerdo acarrearía graves inconvenientes; podría en ciertos casos, humillarnos extrañamente, o bien exaltar nuestro orgullo, y por lo mismo, poner trabas a nuestro libre albedrío; en todos los casos, traería una perturbación inevitable en las relaciones sociales.

El Espíritu renace, con frecuencia, en el mismo medio en que vivió y se encuentra en relaciones con las mismas personas, a fin de reparar el mal que les ha hecho. Si reconociese en ellas a las que odió, tal vez su odio se revelase; en todos los casos, sería humillado ante los que hubiera ofendido.

Dios nos dio, para nuestro adelantamiento, justamente lo que nos es necesario y puede bastarnos: la voz de la conciencia y nuestras tendencias instintivas y nos quita lo que podría perjudicarnos.

Al nacer, el hombre trae lo que adquirió; nace como se hizo; cada existencia es para él un nuevo punto de partida. Poco le importa saber lo que fue; es castigado por el mal que hizo y sus actuales tendencias malas son indicio de lo que debe corregir y sobre esto debe concentrar toda su atención, porque de lo que se ha corregido completamente, ya no queda rastro. Las buenas resoluciones que tomó son la voz de la conciencia que le advierte de lo que es bueno o malo y le da fuerza para resistir a las malas tentaciones.

Por lo demás, ese olvido sólo ocurre durante la vida corporal. Cuando entra en la vida espiritual, el Espíritu recobra el recuerdo del pasado; así, pues, sólo es una interrupción momentánea, como sucede en la vida terrestre durante el sueño, y que no impide recordar al día siguiente lo que se hizo en la víspera y en los días precedentes.

No es sólo después de la muerte que el Espíritu recobra el recuerdo del pasado; se puede decir que no lo pierde nunca, porque

la experiencia prueba que en la encarnación, durante el sueño del cuerpo, cuando goza de una cierta libertad, el Espíritu tiene conciencia de sus actos anteriores; sabe por qué sufre y que sufre justamente; el recuerdo sólo se borra durante la vida exterior de relaciones. Pero a falta de un recuerdo preciso que podría serle muy penoso y perjudicarle en sus relaciones sociales, saca nuevas fuerzas en estos instantes de emancipación del alma, si sabe aprovecharlos.

MOTIVOS DE RESIGNACIÓN

12. Con estas palabras: *Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados*, Jesús indica al mismo tiempo la compensación que espera a los que sufren y la resignación que hace bendecir el sufrimiento como preludio de la curación.

Estas palabras también pueden ser traducidas así: Debéis consideraros felices por sufrir, porque vuestros dolores en este mundo, son la deuda de vuestras faltas pasadas y esos dolores, soportados pacientemente en la Tierra, os ahorran siglos de sufrimiento en la vida futura. Debéis, pues, estar felices porque Dios transformó vuestra deuda permitiendo pagarla en el presente, lo que os asegura la tranquilidad para el futuro.

El hombre que sufre es semejante a un deudor que debe una gran cantidad y a quien su acreedor dice: “Si me pagáis hoy, aunque sea la centésima parte de la deuda, os condono el resto y seréis libre; si no lo hicieris, os perseguiré hasta que hayáis pagado el último óbolo”. ¿No sería más venturoso el deudor soportando toda suerte de privaciones para liberarse, pagando solamente la centésima parte de lo que debe? En vez de quejarse de su acreedor, ¿no le agradecería?

Tal es el sentido de estas palabras: “Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados”; son felices porque pagan la deuda, después de pagar, quedarán libres. Pero si pagando completamente por un lado, se endeuda por el otro, no se alcanzará jamás la liberación. Cada nueva falta aumenta la deuda, porque no hay una sola, cualquiera que sea, que no lleve consigo su castigo forzoso, inevitable; que si no es hoy será mañana y si no en esta vida, será en la otra. Entre estas faltas debería ponerse en primer

plano la falta de sumisión a la voluntad de Dios; pues, quien murmura en las aflicciones, y no las acepta con resignación y como una cosa que se debe merecer, quien acusa a Dios de injusticia, contrae una nueva deuda que hace perder el beneficio que podría esperarse del sufrimiento; por esto será preciso empezar de nuevo, absolutamente como si a un acreedor que os atormenta, le pagaseis alguna cuotas, pidiéndole cada vez un nuevo préstamo.

A su entrada en el mundo de los Espíritus, el hombre es semejante también al obrero que se presenta el día de la paga. A unos el señor dirá: “He aquí el premio de vuestros días de trabajo”; a otros, a los felices de la Tierra, a los que hayan vivido en la ociosidad, a los que cifraron su felicidad en la satisfacción del amor propio y los placeres mundanos, él dirá: “A vosotros nada os corresponde, porque recibisteis vuestro salario en la Tierra. Id y empezad de nuevo vuestra tarea”.

13. El hombre puede aliviar o aumentar la amargura de sus pruebas por la manera como enfrente la vida terrestre. Sufre tanto más, cuanto más larga ve la duración del sufrimiento; así, pues, el que se coloca en el punto de vista de la vida espiritual, abarca de una sola ojeada la vida corporal; la ve como un punto en el infinito, le comprende la brevedad y dice que ese momento penoso pasará muy deprisa; la certeza de un porvenir próximo más feliz le sustenta y le anima, y en lugar de quejarse, agradece al cielo por los dolores que le hacen avanzar. Por el contrario, para el que sólo ve la vida corporal, ésta le parece interminable, y el dolor pesa sobre él con toda su fuerza. El resultado de esa manera de enfrentar la vida es disminuir la importancia de las cosas de este mundo, de llevar al hombre a moderar sus deseos, a contentarse con su posición sin envidiar la de los otros, de atenuar la impresión moral de los reveses y de las decepciones que experimenta; con esto adquiere una calma y una resignación tan útiles a la salud del cuerpo como a la del alma; mientras que por la envidia, los celos y la ambición, se tortura voluntariamente y aumenta así las miserias y las angustias de su corta existencia.

EL SUICIDIO Y LA LOCURA

14. La calma y la resignación, resultantes de la manera de

enfrentar la vida terrestre y la fe en el futuro, dan al Espíritu una serenidad que es el mejor preservativo contra la *locura y el suicidio*.

En efecto, es cierto que la mayoría de los casos de locura son debidos a la conmoción producida por las vicisitudes que el hombre no tiene fuerza para soportar; si, pues, por la manera que el Espiritismo le hace ver las cosas de este mundo, recibe con indiferencia, hasta con alegría, los reveses y las decepciones que lo desesperarían en otras circunstancias, es evidente que esa fuerza, que le coloca por encima de los acontecimientos, preserva su razón de los embates, que sin ella, lo sacudirían.

15. Ocurre lo mismo con el suicidio; excluidos aquellos que se efectúan en estado de embriaguez y de locura, y que podemos llamar inconscientes, es cierto que, cualesquiera que sean los motivos particulares, tienen siempre por causa el descontento; ahora bien, aquél que está seguro de no ser infeliz sino por un día, y de que serán mejores los días siguientes, con facilidad tiene paciencia; sólo se desespera si no ve término a sus sufrimientos. Pues, ¿qué es la vida humana con relación a la eternidad, sino mucho menos que un día? Pero para el que no cree en la eternidad, que cree que todo se acaba en él con la vida, si está oprimido por el disgusto y por el infortunio, no ve otro término que la muerte; no esperando nada, encuentra muy natural y aun muy lógico el abreviar sus miserias con el suicidio.

16. La incredulidad, la simple duda acerca del porvenir, las ideas materialistas, en una palabra, son los mayores *excitantes al suicidio*: engendran la *cobardía moral*. Y cuando se ven hombres de ciencia apoyarse en la autoridad de su saber para esforzarse en probar a sus oyentes o a sus lectores que nada tienen que esperar después de la muerte, ¿no los conducen a esa consecuencia de que si son infelices, nada pueden hacer mejor que matarse? ¿Qué podrían decirles para desviarles de eso? ¿Qué compensación podrían ofrecerles? ¿Qué esperanza podrían darle? Ninguna cosa sino la nada. De donde es preciso concluir que si la nada es el único remedio heroico, la única perspectiva, más vale caer en ella enseguida que más tarde y así, sufrir por menos tiempo.

La propagación de las ideas materialistas es, pues, el veneno que inocular en un gran número de personas el pensamiento de

suicidio, y aquellos que se hacen sus apóstoles asumen una terrible responsabilidad. No siendo permitida la duda con el Espiritismo, el aspecto de la vida cambia; el creyente sabe que la vida se prolonga indefinidamente más allá de la tumba, pero en otras condiciones; de ahí la paciencia y la resignación que los apartan naturalmente del pensamiento del suicidio; en una palabra, de ahí viene el *valor moral*.

17. El Espiritismo produce aún, bajo este aspecto, otro resultado también muy positivo y quizá más determinante. Nos muestra a los mismos suicidas que vienen a revelarnos su infeliz posición y a probar que nadie viola impunemente la ley de Dios que prohíbe al hombre el abreviar su vida. Entre los suicidas los hay cuyos sufrimientos, aunque temporales y no eternos, no son menos terribles, y de tal naturaleza que hacen reflexionar a cualquiera que fuese tentado a partir de aquí antes que Dios lo disponga. El espírita tiene, pues, como contrapeso para la idea del suicidio, varios motivos: la *certeza* de una vida futura en la que *sabe* que será tanto más feliz cuanto más infeliz y más resignado haya sido en la Tierra; la *certeza* de que abreviando su vida, justamente alcanza un resultado contrario a lo que esperaba; que se libra de un mal para llegar a otro peor, más largo y más terrible; que se engaña si cree que matándose irá más pronto al cielo; que el suicidio es un obstáculo para reunirse con los seres de su afecto a quienes esperaba encontrar allí; de donde se sigue la consecuencia de que el suicidio, al darle sólo decepciones, está en contra de sus propios intereses. De igual manera el número de suicidios evitados por el Espiritismo es considerable y por eso se puede concluir que, cuando todo el mundo fuere espírita, no habrá más suicidios conscientes. Comparando, pues, los resultados de las doctrinas materialistas y espírita, bajo el sólo punto de vista del suicidio, vemos que la lógica de una conduce a él, mientras que la lógica de la otra aleja de él, lo que está confirmado por la experiencia.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

SUFRIR BIEN Y SUFRIR MAL

18. Cuando el Cristo dijo: “Bienaventurados los afligidos, porque de ellos es el reino de los cielos”, no se refería a aquellos

que sufren en general, porque todos los que están en este mundo sufren, ya estén en un trono o sobre la paja; pero, ¡ah!, pocos sufren bien; pocos comprenden que solamente las pruebas bien soportadas pueden conducirles al reino de Dios. El abatimiento es una falta; Dios os niega los consuelos porque os falta valor. La oración es un sostén para el alma, pero no basta, es preciso que esté apoyada en una fe viva en la bondad de Dios. Con frecuencia, se os ha dicho, que no coloca fardos pesados en hombros débiles; el fardo es proporcional a las fuerzas, como la recompensa será proporcional a la resignación y al valor; mayor será la recompensa cuanto menos penosa sea la aflicción; pero esta recompensa es preciso merecerla y por esto la vida está llena de tribulaciones.

El militar que no es enviado al campo de batalla, no está contento, porque el reposo de la retaguardia en el campamento no le proporciona el ascenso; sed, pues, como el militar y no deseéis un descanso que debilitaría vuestro cuerpo y embotaría vuestra alma. Quedad satisfechos cuando Dios os envía a la lucha. Esa lucha no es el fuego de la batalla, sino las amarguras de la vida, donde es necesario, algunas veces, más valor que en un combate sangriento, porque aquél que se mantendría firme ante el enemigo, se doblará bajo el constreñimiento de una pena moral. El hombre no es recompensado por esta clase de valor, pero Dios le reserva laureles y un lugar glorioso. Cuando os alcance un motivo de inquietud o de contrariedad, esforzaos por superarlo, y cuando lleguéis a dominar los ímpetus de la impaciencia, de la cólera o de la desesperación, podréis decir con justa satisfacción: “yo fui más fuerte”.

Bienaventurados los afligidos, puede, pues, traducirse de este modo: Bienaventurados aquellos que tienen ocasión de probar su fe, su firmeza, su perseverancia y su sumisión a la voluntad de Dios, porque tendrán centuplicados los goces que les faltan en la Tierra y después del trabajo vendrá el descanso. (LACORDAIRE, Havre, 1863).

EL MAL Y EL REMEDIO

19. Vuestra Tierra, ¿es acaso un lugar de alegría o un paraíso

de delicias? ¿Ya no resuena en vuestros oídos la voz del profeta? ¿No pregonó él que habría llanto y crujido de dientes, para los que nacieran en este valle de dolores? ¡Vosotros que vinisteis a vivir en ella, esperad lágrimas ardientes y penas amargas, y cuanto más agudos y profundos sean vuestros dolores, mirad al cielo y bendecid al Señor por haber querido probaros!... ¡Oh hombres! Entonces, ¿no reconoceréis el poder de vuestro Maestro, sino cuando haya curado las llagas de vuestro cuerpo y coronado vuestros días de beatitud y de alegría? Así, pues, ¿no reconoceréis su amor sino cuando hubiere adornado vuestro cuerpo con todas las glorias y le haya dado su resplandor y su blancura? Imitad a aquél que os fue dado como ejemplo: llegado al último grado de la abyección y de la miseria, tendido en un estercolero, dijo a Dios: “¡Señor conocí todas las alegrías de la opulencia y me redujiste a la miseria más profunda; gracias, gracias, oh Dios, por querer probar bien a vuestro servidor!” ¿Hasta cuándo vuestras miradas se detendrán en los horizontes marcados por la muerte? ¿Cuándo querrá vuestra alma, en fin, soltarse más allá de los límites de una tumba? Pero si debieseis llorar y sufrir toda una vida, ¿qué sería eso al lado de la eternidad de gloria reservada al que haya sufrido la prueba con fe, amor y resignación? Buscad, pues, consuelos a vuestros males en el futuro que Dios os prepara, y la causa de ellos en el pasado; y vosotros los que más sufrís, consideraos los bienaventurados de la Tierra.

En estado de desencarnados, cuando planeabais en el espacio, elegisteis vuestra prueba, porque os creísteis bastante fuertes para soportarla; ¿por qué reclamar ahora? Vosotros que pedisteis la fortuna y la gloria, era para sostener la lucha de la tentación y vencerla. Vosotros que pedisteis luchar de cuerpo y alma contra el mal moral y físico, fue porque sabíais que cuanto más fuerte sería la prueba, más gloriosa sería la victoria y que si salieseis de ella triunfantes, aun cuando vuestra carne se hubiese lanzado en el muladar, a su muerte dejaría escapar un alma resplandeciente de blancura, y purificada por el bautismo de la expiación y el sufrimiento.

¿Qué remedios recomendar a los que están atacados de obsesiones crueles y de males lacerantes? Sólo uno es infalible: la fe, elevar la mirada al cielo. Si en el acceso de vuestros más crueles

sufrimientos, vuestra voz canta al Señor, el ángel de vuestra cabecera os enseñará con su mano la señal de salvación y el lugar que debéis ocupar un día... La fe es el remedio cierto del sufrimiento; ella muestra siempre los horizontes del infinito, ante los cuales se borran esos pocos días sombríos del presente. No nos preguntéis más, cual remedio es preciso emplear para curar tal úlcera o tal llaga, tal tentación o tal prueba; recordad que el que cree es fuerte por el remedio de la fe, y el que duda un segundo de su eficacia, es castigado en el mismo instante por la dolorosas angustias de la aflicción.

El Señor marcó con su sello a todos los que creen en él. Cristo os dijo que con la fe se transportan montañas, y yo os digo que el que sufre y tenga su fe por sostén, será colocado bajo su égida y no sufrirá más; los momentos de los más fuertes dolores serán para él las primeras notas de alegría en la eternidad. Su alma se desprenderá de tal forma de su cuerpo que, mientras éste se contuerce bajo las convulsiones, ella planeará en las regiones celestes cantando con los ángeles los himnos de reconocimiento y de gloria al Señor.

¡Felices los que sufren y los que lloran! Que sus almas se alegren porque serán bendecidas por Dios. (SAN AGUSTÍN, París, 1863).

LA FELICIDAD NO ES DE ESTE MUNDO

20. ¡No soy feliz! ¡La felicidad no fue hecha para mí! Exclama generalmente el hombre en todas las posiciones sociales. Esto, mis queridos hijos, prueba mejor que todos los razonamientos posibles la verdad de esta máxima del Eclesiastés. “La felicidad no es de este mundo”. En efecto, ni la fortuna, ni el poder, ni tan siquiera la florida juventud, son las condiciones esenciales de la felicidad; diré más, tampoco lo es la reunión de esas tres condiciones tan deseadas, puesto que se oye sin cesar en medio de las clases más privilegiadas, personas de todas las edades quejarse amargamente de su condición de ser.

Ante tal resultado, es inconcebible que las clases laboriosas

y militantes envidien con tanta codicia, la posición de aquellos que la fortuna parece haber favorecido. En este mundo, hágase lo que se hiciere, cada uno tiene su parte de trabajo y de miseria, su parte de sufrimientos y de decepciones. De donde es fácil llegar a la conclusión de que la Tierra es un lugar de pruebas y de expiaciones.

Así, pues, aquellos que predicán que la Tierra es la única morada del hombre, y que sólo en ella y en una sola existencia les será permitido alcanzar el más alto grado de felicidades que su naturaleza admite, abusan y engañan a los que les escuchan, pues está demostrado por una experiencia archisecular, que este globo no encierra más que excepcionalmente las condiciones necesarias para la felicidad completa del individuo.

En tesis general se puede afirmar que la felicidad es una utopía, en busca de la cual las generaciones se lanzan sucesivamente sin poder alcanzarla jamás; porque si el hombre sabio es una rareza en este mundo, se encuentra menos aún el hombre absolutamente feliz.

Lo que constituye la felicidad en la Tierra es una cosa tan efímera para aquél que no actúa con sabiduría que, por un año, un mes, una semana de completa satisfacción, todo el resto de su vida lo pasa entre amarguras y engaños, y notad, queridos hijos, que hablo aquí de los felices de la Tierra, de aquellos que son envidiados por la multitud.

Consecuentemente, si la morada terrestre está destinada a las pruebas y a la expiación, es preciso admitir que hay en otra parte moradas más favorecidas donde el Espíritu del hombre, aprisionado aún en una carne material, posee en su plenitud los placeres ligados a la vida humana. Por eso, Dios sembró en vuestros torbellinos esos hermosos planetas superiores, hacia los cuales vuestros esfuerzos y vuestras tendencias os harán gravitar un día, cuando estéis bastante purificados y perfeccionados.

Sin embargo, no deduzcáis de mis palabras que la Tierra esté dedicada para siempre a ser un destino penitenciario; ¡no, ciertamente! Porque de los progresos realizados podéis deducir fácilmente los progresos futuros y por las mejoras sociales conquistadas, nuevas y más fecundas mejoras. Tal es la tarea inmensa que debe realizar la nueva doctrina que los Espíritus os revelaron.

Así, pues, queridos hijos, que os anime una santa emulación y que cada uno de vosotros se despoje enérgicamente del hombre viejo. Os debéis todos a la divulgación de este Espiritismo que ya comenzó vuestra propia regeneración. Es un deber el hacer participar a vuestros hermanos de los rayos de la luz sagrada. ¡A la obra, pues, mis muy amados hijos! Que en esta reunión solemne todos vuestros corazones aspiren al objeto grandioso de preparar a las nuevas generaciones en un mundo en que la felicidad no será una palabra vana. (FRANÇOIS-NICOLÁS-MADELEINE, cardenal MORLOT, París, 1863).

PÉRDIDA DE PERSONAS AMADAS. MUERTES PREMATURAS

21. Cuando la muerte viene a segar en vuestras familias, llevándose sin contemplación a los jóvenes antes que a los ancianos, decís con frecuencia: Dios no es justo, puesto que sacrifica a éste que es fuerte y lleno de futuro, para conservar a los que vivieron largos años plenos de desengaños; puesto que se lleva a los que son útiles y deja a los que no sirven para nada; puesto que destroza el corazón de una madre, privándole de la inocente criatura que constituía toda su alegría.

Humanos, en esto es que tenéis necesidad de elevaros por encima de las pequeñeces de la vida terrestre para comprender que el bien está con harta frecuencia, donde creéis ver el mal, la sabia previsión donde vosotros creéis ver la ciega fatalidad del destino. ¿Por qué medir la justicia divina por el valor de la vuestra? ¿Podéis pensar que el Señor de los mundos quiera, por un simple capricho, imponeros penas crueles? Nada se hace sin un objetivo inteligente, y cualquier cosa que suceda, todas tienen su razón de ser. Si escudriñaseis mejor todos los dolores que os atormentan, encontraríais siempre la razón divina, razón regeneradora y vuestros miserables intereses serían una consideración secundaria que relegaríais a un último plano.

Credme, la muerte a los veinte años es preferible para la reencarnación a esos desarreglos vergonzosos que desolan familias

honradas, rompen el corazón de una madre y hacen encanecer antes de tiempo los cabellos de los padres. Con frecuencia, la muerte prematura, es un gran beneficio que Dios concede al que se va y que de este modo se encuentra preservado de las miserias de la vida, o de las seducciones que habrían podido arrastrarle a su perdición. El que muere en la flor de la edad, no es víctima de la fatalidad, sino que Dios juzga que le es útil no permanecer por más tiempo en la Tierra.

Es una terrible infelicidad, decís, que una vida tan llena de esperanza, haya sido tan pronto interrumpida. ¿De qué esperanza queréis hablar? ¿De las de la Tierra, de donde el que se va hubiera podido brillar, hacer su carrera y su fortuna? ¡Siempre esa visión estrecha que no puede elevarse sobre la materia! ¿Sabéis cuál sería la suerte de esa vida tan plena de esperanzas, según vosotros? ¿Quién os dice que no podría estar llena de amarguras? ¿Entonces, para nada contáis las esperanzas de la vida futura, cuando preferís las de la vida efímera que arrastráis en la Tierra? ¿Acaso pensáis que vale más tener una posición entre los hombres, que entre los Espíritus bienaventurados?

Regocijaos, en vez de quejaros, cuando Dios quiere retirar a uno de sus hijos de este valle de miserias. ¿No hay egoísmo en desear que permaneciese ahí para sufrir con vosotros? ¡Ah! Este dolor se concibe en el que no tiene fe y que ve en la muerte una separación eterna; pero vosotros, espíritas, sabéis que el alma vive mejor desembarazada de su envoltura corporal; madres; vosotras sabéis que vuestros hijos muy queridos, están cerca de vosotras; sí, están muy cerca; sus cuerpos fluídicos os rodean, sus pensamientos os protegen, vuestro recuerdo los embriaga de alegría, pero también vuestros dolores infundados les afligen, porque denotan falta de fe y son una rebelión contra la voluntad de Dios.

Vosotros que comprendéis la vida espiritual, escuchad los latidos de vuestro corazón llamando a esos seres muy amados y si rogáis a Dios para bendecirles, sentiréis en vosotros esos consuelos poderosos que secan las lágrimas y esas aspiraciones maravillosas que os mostrarán el futuro prometido por el soberano Señor. (SANSÓN, antiguo miembro de la Sociedad Espírita de París, 1863).

SI FUESE UN HOMBRE DE BIEN HABRÍA MUERTO

22. Muchas veces decís, cuando habláis de un hombre malvado que escapa de un peligro: *Si fuese un hombre de bien habría muerto*. Pues bien, cuando decís esto, decís la verdad, porque efectivamente, muchas veces sucede que Dios da a un Espíritu, joven aún en los caminos del progreso, una prueba más larga que a uno bueno, logrando éste como una recompensa debida a su mérito que su prueba sea lo más corta posible. Así, pues, cuando os servís de este axioma, no dudéis que blasfemáis.

Si muere un hombre de bien al lado de cuya casa vive un hombre malo, os apresuráis en decir: *Me gustaría más que se fuese éste*. Estáis muy errados, porque el que parte terminó su tarea y el que queda tal vez no la haya comenzado. ¿Por qué quisierais, pues, que el malo no tuviese tiempo de acabarla y que de otro modo quedase estacionado en la Tierra? ¿Qué diríais de un prisionero que hubiese cumplido su pena y se le retuviera en la prisión mientras se diese libertad al que no tuviera derecho de ella? Sabed, pues, que la verdadera libertad consiste en desprenderse de los lazos del cuerpo, y que mientras estuviereis en la Tierra, estáis en cautiverio.

Acostumbrados a no censurar lo que no podéis comprender y creed que Dios es justo en todas las cosas; muchas veces lo que os parece un mal, es un bien; pero vuestras facultades son tan limitadas que el conjunto del gran todo escapa a vuestros sentidos obtusos. Esforzaos en salir con el pensamiento de vuestra estrecha esfera y a medida que os elevéis, la importancia de la vida material disminuirá a vuestros ojos, porque se os presentará como un incidente en la duración infinita de vuestra existencia espiritual, la única existencia verdadera. (FÉNELON. Sens, 1861).

LOS TORMENTOS VOLUNTARIOS

23. El hombre va incesantemente en busca de la felicidad que se le escapa sin cesar, porque la felicidad perfecta no existe en la Tierra. Sin embargo, a pesar de las vicisitudes que forman el

cortejo inevitable de esta vida, podría gozar por lo menos de una felicidad relativa, pero él la busca en las cosas perecederas y sujetas a las mismas vicisitudes, es decir, en los goces materiales, en vez de buscarla en los placeres del alma, que son un goce anticipado de los placeres celestes imperecederos, en lugar de buscar *la paz del corazón*, única felicidad real de este mundo, está ávido de todo lo que puede agitarle y turbarle; y, ¡cosa singular! Parece crear a propósito tormentos que estaría en su mano evitar.

¿Acaso, habrá tormentos mayores que los causados por la envidia y los celos? Para el envidioso y el celoso no hay reposo; están perpetuamente con fiebre; lo que ellos no tienen y lo que los otros poseen les causa insomnio; los éxitos de sus rivales les da vértigos; su emulación sólo se ejerce para eclipsar a sus vecinos; toda su alegría está en incitar en los insensatos como ellos la cólera de los celos de que están poseídos. ¡Pobres insensatos, efectivamente, no sueñan que tal vez mañana les será preciso dejar todas esas futilidades cuya codicia envenena su vida! No es a ellos que se aplican estas palabras: “Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados”, porque sus cuidados no son de aquellos que tienen compensación en el cielo.

Por el contrario, ¡cuántos tormentos se ahorra el que sabe contentarse con lo que tiene, que ve sin envidia lo que no tiene, que no pretende parecer más de lo que es! Siempre es rico, porque si mira hacia abajo en vez de mirar hacia arriba, siempre verá personas que tienen menos aún; vive tranquilo, porque no se crea necesidades quiméricas, y la calma, en medio de los huracanes de la vida, ¿no será felicidad? (FÉNELON, Lyon, 1860).

LA INFELICIDAD REAL

24. Todo el mundo habla de la infelicidad, todo el mundo la experimentó y cree conocer su carácter múltiple. Yo vengo a deciros que casi todos se engañan, y que la infelicidad real no es todo aquello que los hombres, es decir, los infelices, suponen. Ellos la ven en la miseria, en el hogar sin lumbre, en el acreedor que amenaza, en la cuna vacía sin el ángel que sonreía en ella, en las lágrimas, en el féretro que se acompaña con la frente descubierta y

el corazón partido, en la angustia de la traición, en la desnudez del orgulloso que quisiera revestirse con la púrpura y que esconde con dificultad su desnudez bajo los harapos de la vanidad; a todo eso y aún otras muchas cosas, se llama infelicidad en el lenguaje humano. Sí, esa es la infelicidad para los que no ven más que el presente; pero la verdadera infelicidad está en las consecuencias de una cosa, más que en la cosa en sí. Decidme si el acontecimiento más feliz por el momento, pero que tiene consecuencias funestas, no es, en realidad más feliz que aquél que en principio causa una viva contrariedad y que acaba por resultar en un bien. Decidme si la tempestad que destroza vuestros árboles, pero que purifica el aire disipando los miasmas insalubres que hubiesen causado la muerte, no es más bien una felicidad que una infelicidad.

Para juzgar una cosa, es menester ver sus consecuencias; así es que para apreciar lo que es realmente feliz o infeliz para el hombre, es preciso transportarse más allá de esta vida, porque allí es donde se hacen sentir las consecuencias; pues todo lo que se llama infelicidad según su corta vista, cesa con la vida y encuentra su compensación en la vida futura.

Voy a revelaros la infelicidad bajo una nueva forma, bajo la forma bella y florida que acogéis y deseáis con todas las fuerzas de vuestras almas engañadas. La infelicidad es la alegría, es el placer, la fama, la vana agitación, la loca satisfacción de la vanidad, que acallan la conciencia, que comprimen la acción del pensamiento y que aturden al hombre sobre su futuro; la infelicidad es el opio del olvido que reclamáis ardientemente.

¡Esperad, vosotros los que lloráis! ¡Temblad vosotros los que reís, porque vuestro cuerpo está satisfecho! No se engaña a Dios, no se esquivo el destino; y las pruebas, acreedores más implacables que la jauría excitada por la miseria, acechan vuestro reposo ilusorio para sumergiros de repente en la agonía de la verdadera infelicidad, de la que sorprende al alma debilitada por la indiferencia y por el egoísmo.

Que el Espiritismo os esclarezca, pues, y coloque en su verdadera luz a la verdad y al error, tan extrañamente desfigurados por vuestra ceguera. Entonces obraréis como bravos soldados,

que lejos de huir al peligro, prefieren las luchas de los combates temerarios, a la paz que no puede darles ni gloria ni progreso. ¿Qué le importa al soldado perder sus armas en la reyerta, sus bagajes y sus vestidos, con tal que salga vencedor y con gloria? ¿Qué le importa al que tiene fe en el futuro, dejar sobre el campo de batalla de la vida su fortuna y su envoltura carnal, con tal que su alma entre radiante en el reino celeste? (DELPHINE DE GIRARDIN, París, 1861).

LA MELANCOLÍA

25. ¿Sabéis porque un vaga tristeza se apodera a veces de vuestros corazones y os hace encontrar la vida tan amarga? Es vuestro Espíritu que aspira a la felicidad y a la libertad y que, preso al cuerpo que le sirve de prisión, se extenua en vanos esfuerzos para salir de él. Pero viendo que son inútiles, cae en el desaliento, y el cuerpo, soportando su influencia, se apodera de vosotros, la languidez, el abatimiento y una especie de apatía y os sentís infelices.

Creedme, resistid con energía esas impresiones que debilitan vuestra voluntad. Esas aspiraciones hacia una vida mejor, son innatas en el Espíritu de todos los hombres, pero no las busquéis en este mundo; y ahora, cuando Dios os envía a sus Espíritus para instruiros sobre la felicidad que os reserva, esperad con paciencia el ángel de la libertad que debe ayudaros a romper los lazos que mantienen a vuestro Espíritu cautivo. Recordaos que tenéis que cumplir durante vuestra prueba en la Tierra una misión, de la que ni siquiera sospecháis, ya consagrándoos a vuestra familia, ya cumpliendo diversos deberes que Dios os confió. Y si en el curso de esta prueba, y desempeñando vuestra tarea, veis precipitarse sobre vosotros, los cuidados, las inquietudes, los disgustos, sed fuertes y valerosos para soportarlos. Afrontadlos francamente porque son de corta duración y deben conducirlos junto a los amigos que lloráis, que se regocijarán de vuestra llegada entre ellos, extendiéndolos los brazos para conducirlos a un lugar en el que no tienen acceso los pesares de la Tierra. (FRANÇOIS DE GENÈVE, Bordeaux).

PRUEBAS VOLUNTARIAS. EL VERDADERO CILICIO

26. Preguntáis si es permitido suavizar vuestras propias pruebas; esta pregunta tiene relación con esta otra: Al que se ahoga, ¿le es permitido salvarse? Al que se clave una espina ¿sacársela? Al que está enfermo, ¿llamar al médico? Las pruebas tienen por objeto ejercitar la inteligencia, así como la paciencia y la resignación; un hombre puede nacer en una posición penosa y difícil, precisamente para obligarlo a buscar los medios de vencer las dificultades. El mérito consiste en soportar sin murmurar las consecuencias de los males que no se pueden evitar, en perseverar en la lucha, en no desesperarse si no se sale bien; pero no en la indiferencia, que sería más pereza que virtud.

Naturalmente esta pregunta conduce a otra. Puesto que Jesús dijo: “Bienaventurados los afligidos”, ¿hay mérito en procurar las aflicciones, agravando sus pruebas con sufrimientos voluntarios? A esto responderé muy claro: si, hay un gran mérito cuando los sufrimientos y las privaciones tienen por objetivo el bien del prójimo, porque es la caridad por el sacrificio; no, cuando no tienen por objetivo sino a sí mismo, porque resulta del egoísmo por fanatismo.

Aquí debe hacerse una gran distinción; para vosotros, personalmente, contentaos con las pruebas que Dios os envía, y no aumentéis su carga, a veces, tan pesada; aceptadlas sin lamentaciones y con fe, es todo lo que él os pide. No debilitéis vuestro cuerpo con privaciones inútiles y mortificaciones sin objetivo porque tenéis necesidad de todas vuestras fuerzas para cumplir vuestra misión de trabajo en la Tierra. Torturar y martirizar voluntariamente vuestro cuerpo, es contravenir la ley de Dios, que os da los medios de sostenerle y fortificarle; debilitarle sin necesidad, es un verdadero suicidio. Usad, pero no abuséis: tal es la ley; el abuso de las mejores cosas trae su castigo en las consecuencias inevitables.

Otra cosa es el sufrimiento que se impone para el alivio del prójimo. Si sufrís frío y hambre para abrigar y alimentar al que tiene necesidad y por el cual vuestro cuerpo padece, he aquí el

sacrificio que es bendecido por Dios. Vosotros los que dejáis vuestros aposentos perfumados para ir a las infectadas buhardillas a llevar consuelo; Vosotros los que ensuciáis vuestras delicadas manos cuidando llagas; vosotros los que os priváis del sueño para velar a la cabecera de un enfermo que sólo es vuestro hermano en Dios; vosotros, en fin, que usáis vuestra salud en la práctica de buenas obras, he ahí vuestro cilicio, verdadero cilicio de bendición, porque los goces del mundo no secan vuestro corazón; no os adormecisteis en el seno de las voluptuosidades destructoras de la fortuna, sino que os hicisteis ángeles consoladores de los pobres desheredados.

Mas vosotros, que os retiráis del mundo para evitar sus seducciones y vivir en el alejamiento, ¿cuál es vuestra utilidad en la Tierra? ¿En dónde está vuestro valor en las pruebas, puesto que huís de la lucha y desertáis del combate? Si queréis un cilicio, aplicadlo a vuestra alma y no a vuestro cuerpo; fustigad vuestro orgullo; recibid las humillaciones sin lamentaros; aplacad vuestro amor propio; resistid al dolor de la injuria y de la calumnia, más punzante que el dolor corporal. He ahí el verdadero cilicio cuyas heridas os serán tomadas en cuenta, porque atestiguarán vuestro valor y vuestra sumisión a la voluntad de Dios. (UN ÁNGEL GUARDIÁN, París, 1863).

27. *¿Debe ponerse término a las pruebas del prójimo cuando se puede, o es necesario, por respecto a los designios de Dios, dejarlas seguir su curso?*

Dijimos y repetimos con frecuencia que estáis en esa Tierra de expiación para rematar vuestras pruebas, y que todo lo que os sucede es consecuencia de vuestras existencias anteriores y el interés de la deuda que tenéis que pagar. Pero este pensamiento provoca, en ciertas personas, reflexiones que es necesario detener, porque podrían tener consecuencias funestas.

Algunos piensan que, desde el momento en que se está en la Tierra para expiar, es preciso que las pruebas sigan su curso. Incluso los hay que llegan a creer que no solamente no debe hacerse nada para atenuarlas, sino que, por el contrario, es menester contribuir a hacerlas más provechosas recrudeciéndolas. Esto es un gran error.

Sí, vuestras pruebas deben seguir el curso que Dios les trazó; ¿pero conocéis ese curso? ¿Sabéis hasta que punto deben llegar; y si vuestro Padre misericordioso ha dicho al sufrimiento de tal o cual de vuestros hermanos: “Tu no irás más lejos” ¿Sabéis si su Providencia os eligió no como instrumento de suplicio para agravar los sufrimientos del culpable, sino como el bálsamo de consuelo que debe cicatrizar las heridas que su justicia había abierto? No digáis, pues, cuando veáis herido a uno de vuestros hermanos: es la justicia de Dios y es preciso que siga su curso; sino decid, al contrario: Veamos que medios nuestro Padre misericordioso ha puesto a mi alcance para mitigar los sufrimientos de mi hermano. Veamos si mis consuelos morales, mi apoyo material y mis consejos podrían ayudarle a vencer esa prueba con más fuerza, paciencia y resignación. Veamos si quizá Dios no puso en mis manos el medio de hacer cesar ese sufrimiento, o si no me fue dado, como prueba también, o tal vez como expiación, detener el mal y substituirlo por la paz.

Ayudaos, pues, siempre, en vuestras pruebas respectivas, y no os consideréis jamás instrumentos de tortura; este pensamiento debe indignar a todo hombre de corazón, sobre todo, al espírita; porque el espírita debe comprender mejor que todos los otros la extensión infinita de la bondad de Dios. El espírita debe pensar que su vida entera debe ser un acto de amor y de devoción; que cualquier cosa que haga para contrariar las decisiones del Señor, su justicia seguirá su curso. Puede, pues, sin miedo, hacer todos los esfuerzos para atenuar la amargura de la expiación, pero es sólo Dios el que puede detenerla o prolongarla, según lo juzgue necesario.

¿No habría un orgullo muy grande de parte del hombre en creerse con derecho de revolver, por decirlo así, el arma en la herida? ¿En aumentar la dosis de veneno en el pecho del que sufre, bajo el pretexto de que tal es su expiación? ¡Oh! Consideraos siempre como un instrumento elegido para hacerla cesar. Resumamos así: Todos estáis en la Tierra para expiar; pero todos sin excepción, debéis emplear todos vuestros esfuerzos para mitigar la expiación de vuestros hermanos, según la ley de amor y de caridad. (BERNARDÍN, Espíritu protector, Bordeaux, 1863).

28. *Un hombre está agonizando, víctima de crueles sufrimientos; se sabe que en su estado no hay esperanza de salvarle; ¿es permitido ahorrarle algunos instantes de angustia precipitando su fin?*

¿Quién puede daros el derecho de prejuzgar los designios de Dios? ¿Acaso no puede conducir a un hombre al borde del foso para sacarle de él, con el fin de hacerle volver en sí y conducirlo a otras reflexiones? En cualquier extremo en que esté un moribundo, nadie puede decir con certeza que haya llegado su última hora. ¿Acaso la Ciencia no se ha engañado nunca en sus previsiones?

Sé muy bien que hay casos que con razón pueden considerarse desesperados; pero si no queda esperanza de un retorno a la vida y a la salud, ¿no existen innumerables ejemplos de que en el momento de dar el último suspiro, el enfermo se reanima y recobra sus facultades por algunos instantes? ¡Pues bien! Esa hora de gracia que se le concede, puede tener para él la mayor importancia, porque ignoráis las reflexiones que podría hacer su Espíritu en las convulsiones de la agonía y cuántos tormentos que puede ahorrarle un rayo de arrepentimiento.

El materialista que sólo ve el cuerpo y no considera el alma, no puede comprender estas cosas; pero el espírita, que sabe lo que pasa más allá de la tumba, conoce el valor del último pensamiento. Mitigad los últimos sufrimientos tanto como podáis, pero guardaos de abreviar la vida, aun cuando no sea sino por un minuto, porque ese minuto puede evitar muchas lágrimas en el futuro. (SAN LUIS, París, 1860).

29. *El que está hastiado de la vida, pero no quiere suicidarse, ¿es culpable si busca la muerte en un campo de batalla, con la idea de hacerla útil?*

Que el hombre se mate o se haga matar, el objetivo es siempre abreviar su vida y por consiguiente, hay suicidio de intención si no de hecho. El pensamiento de que su muerte servirá para algo, es ilusorio; no es más que un pretexto para dar un colorido a su acción y excusarla a sus propios ojos; si tenía seriamente el deseo de servir

a su país, procuraría vivir defendiéndole en todo y no muriendo, porque una vez muerto, de nada le sirve. La verdadera abnegación consiste en no temer a la muerte cuando se trata de ser útil, en desafiar el peligro, en hacer por anticipado y sin pesar el sacrificio de la vida si fuere necesario; pero la *intención premeditada* de buscar la muerte, exponiéndose a un peligro, aun cuando sea para prestar un servicio, anula el mérito de la acción. (SAN LUIS, París, 1860).

30. *Un hombre se expone a un peligro inminente para salvar la vida de uno de sus semejantes, sabiendo de antemano que él mismo sucumbirá; ¿puede ser considerado esto un suicidio?*

Desde el momento en que no existe la intención de buscar la muerte, no hay suicidio, sino sacrificio y abnegación, aun cuando se tenga certeza de perecer. ¿Pero quién puede tener esta certeza? ¿Quién dice que la Providencia no reserva un medio inesperado de salvación en el momento más crítico? ¿Acaso no puede salvar al mismo que esté en la boca de un cañón? Con frecuencia, puede querer llevar la prueba de la resignación hasta el último límite; cuando una circunstancia inesperada desvía el golpe fatal. (SAN LUIS, París, 1860).

31. *Aquellos que aceptan sus sufrimientos con resignación, por sumisión a la voluntad de Dios y con la mira de alcanzar la felicidad futura, ¿no trabajan sólo para ellos mismos y pueden hacer que sus sufrimientos sean provechosos a otros?*

Estos sufrimientos pueden ser provechosos a otros, material y moralmente. Materialmente, si por el trabajo, las privaciones y los sacrificios que se imponen contribuyen al bienestar material de su prójimo; moralmente, por el ejemplo que dan de su sumisión a la voluntad de Dios. Este ejemplo del poder de la fe espírita puede estimular a los infelices a la resignación, salvarles de la desesperación y de sus funestas consecuencias para el futuro. (SAN LUIS, París, 1860).

CAPÍTULO VI

EL CRISTO CONSOLADOR

El yugo ligero. – Consolador prometido. – *Instrucciones de los Espíritus: Advenimiento del Espíritu de Verdad.*

EL YUGO LIGERO

1. *Venid a mí todos los que sufrís y estáis sobrecargados y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis reposo para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi fardo es ligero. (San Mateo, cap. XI, v. 28, 29 y 30).*

2. Todos los sufrimientos: miserias, desengaños, dolores físicos, pérdida de seres queridos, encuentran su consuelo en la fe en el porvenir y en la confianza en la justicia de Dios, que Cristo vino a enseñar a los hombres. Para el que nada espera después de esta vida, o que simplemente duda, al contrario, las aflicciones caen sobre él con todo su peso y ninguna esperanza viene a mitigar su amargura. Esto es lo que hizo decir a Jesús: Venid a mí, todos los que estáis fatigados y yo os aliviaré.

Sin embargo, Jesús pone una condición a su asistencia y a la felicidad que promete a los afligidos; esta condición está en la ley que enseña; su yugo es la observancia de esta ley; pero ese yugo es ligero y esa ley es suave, puesto que impone por deber el amor y la caridad.

CONSOLADOR PROMETIDO

3. *Si me amáis, guardad mis mandamientos; y yo pediré a nuestro Padre, y él os enviará otro consolador, para que permanezca eternamente con vosotros: El Espíritu de Verdad que el mun-*

do no puede recibir, porque no lo ve, ni lo conoce. Mas vosotros lo conoceréis, porque permanecerá con vosotros y estará en vosotros. Mas el Consolador, que es el Santo Espíritu, que enviará nuestro Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo aquello que yo os he dicho. (San Juan, cap. XIV, v. 15, 16, 17 y 26).

4. Jesús promete otro Consolador: es el *Espíritu de Verdad*, que el mundo no conoce aún, porque no tiene la suficiente madurez para comprenderle y que el Padre enviará para enseñar todas las cosas y para recordar lo que Cristo dijo. Pues, si el Espíritu de Verdad debe venir más tarde a enseñar todas las cosas, es porque Cristo no lo dijo todo; si viene para recordar lo que Cristo dijo, es porque eso fue olvidado o mal comprendido.

El Spiritismo viene, en el tiempo señalado, a cumplir la promesa de Cristo: el Espíritu de Verdad preside su institución, llama a los hombres a la observancia de la ley y enseña todas las cosas haciendo comprender lo que Cristo sólo dijo en parábolas. Cristo dijo: “Que oigan los que tengan oídos para oír”; el Spiritismo viene a abrir los ojos y los oídos, porque habla sin figuras y sin alegorías; levanta el velo dejado intencionalmente sobre ciertos misterios, y viene, por fin, a traer un consuelo supremo a los desheredados de la Tierra y a los que sufren, dando una causa justa y un fin útil a todos los dolores.

Cristo dijo: “Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados”; pero, ¿de qué forma se puede ser feliz, sufriendo, si no se sabe por qué se sufre? El Spiritismo le muestra la causa en las existencias anteriores y en el destino de la Tierra, donde el hombre expía su pasado; le muestra su objeto, indicando que los sufrimientos son como crisis saludables que conducen a la curación y que son la depuración que asegura la felicidad en las existencias futuras. El hombre comprende que merece sufrir y encuentra justo el sufrimiento; sabe que ese sufrimiento ayuda a su progreso y lo acepta sin murmurar, como el obrero acepta el trabajo que le debe valer su salario. El Spiritismo le da una fe a toda prueba en el porvenir, y la duda punzante ya no se abate sobre su alma; haciéndole ver desde lo alto, la importancia de las vicisitudes terrestres se pierde en el vasto y espléndido horizonte que devela,

y la perspectiva de la felicidad que le espera le da paciencia, resignación y valor para marchar hasta el fin del camino.

Así, el Spiritismo realiza lo que Jesús dijo del consolador prometido: conocimiento de las cosas, que hace saber al hombre de dónde viene y para dónde va y por qué está en la Tierra; llamamiento a los verdaderos principios de la ley de Dios y consuelo por la fe y la esperanza.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

ADVENIMIENTO DEL ESPÍRITU DE VERDAD

5. Vengo, como en otro tiempo, entre los hijos descarriados de Israel, a traer la verdad y a disipar las tinieblas. Escuchadme. El Spiritismo, como antiguamente mi palabra, debe recordar a los incrédulos que sobre ellos reina la verdad inmutable; el Dios bueno, el Dios grande que hace germinar la planta y eleva las olas. Revelé la Doctrina divina y como un cegador, reuní en fejes el bien esparcido por la Humanidad y dije: ¡Venid a mí, vosotros los que sufrís!

Pero los hombres ingratos se desviaron del camino recto y extenso que conduce al reino de nuestro Padre, y están perdidos en los ásperos y estrechos caminos de la impiedad. Nuestro Padre no quiere aniquilar la raza humana; quiere que, ayudándoos unos a los otros, muertos y vivos, es decir muertos según la carne, porque la muerte no existe, os socorráis, y que no ya la voz de los profetas y de los apóstoles, sino la voz de aquellos que ya no están en la Tierra, se haga oír para proclamaros: ¡Orad y creed! Porque la muerte es la resurrección, y la vida, es la prueba elegida durante la cual vuestras virtudes cultivadas deben crecer y desarrollarse como el cedro.

Hombres débiles que comprendéis las tinieblas de vuestras inteligencias, no alejéis la antorcha que la clemencia divina pone en vuestras manos para iluminar vuestro camino y conduciros, cual hijos perdidos, al regazo de nuestro Padre.

Estoy muy conmovido de compasión por vuestras miserias, por vuestra inmensa debilidad, para no tender una mano segura a

los infelices extraviados que, viendo el cielo, caen en el abismo del error. Creed, amad, medita las cosas que os son reveladas; no mezcléis la cizaña con el buen grano, las utopías con las verdades.

¡Espíritas! Amaos: he aquí la primera enseñanza; instruíos, he aquí la segunda. Todas las verdades se encuentran en el Cristianismo; los errores que se han arraigado en él son de origen humano y he aquí que, más allá de la tumba, donde creíais encontrar la nada, hay voces que os claman: ¡Hermanos! Nada perece; Jesucristo es el vencedor del mal, sed los vencedores de la impiedad. (EL ESPÍRITU DE VERDAD, París, 1860).

6. Vengo a enseñar y consolar a los pobres desheredados; vengo a decirles que eleven su resignación al nivel de sus pruebas; que lloren, porque el dolor fue consagrado en el Huerto de los Olivos; pero que esperen, porque los ángeles consoladores vendrán a enjugar sus lágrimas.

Obreros, trazad vuestro surco; comenzad al día siguiente la ruda jornada de la víspera; la labor de vuestras manos suministra el pan terrestre a vuestro cuerpo, pero vuestras almas no están olvidadas; y yo, el divino jardinero, las cultivo en el silencio de vuestros pensamientos; cuando la hora del reposo haya sonado, cuando la trama de vuestros días escape de vuestras manos y cuando vuestros ojos se cierren a la luz, sentiréis brotar y germinar en vosotros mi preciosa simiente. Nada está perdido en el reino de nuestro Padre, y vuestros sudores y vuestras miserias forman el tesoro que debe haceros ricos en las esferas superiores, en donde la luz substituye a las tinieblas y donde el más desnudo de todos vosotros será, tal vez, el más resplandeciente.

En verdad, os digo: los que cargan sus fardos y asisten a sus hermanos, son mis bien amados; instruíos en la preciosa doctrina que disipa el error de las rebeliones y que os enseña el objeto sublime de la prueba humana. Así como el viento barre el polvo, que el soplo de los Espíritus disipe vuestros celos contra los ricos del mundo, que a menudo son muy miserables, porque sus pruebas son más peligrosas que las vuestras. Yo estoy con vosotros y mi apóstol os enseña. Bebed en la fuente viva del amor y preparaos, cautivos de la vida, a lanzaros un día libres y alegres en el seno de

Aquél que os creó débiles para haceros perfectibles, y que quiere que vosotros mismos trabajéis vuestra maleable arcilla a fin de que seáis los artífices de vuestra inmortalidad. (EL ESPÍRITU DE VERDAD, París, 1861).

7. Soy el gran médico de las almas y vengo a traer el remedio que debe curarlas; los débiles, los que sufren y los enfermos son mis hijos predilectos, y vengo a salvarles. Venid, pues, a mí, todos vosotros que sufrís y estáis sobrecargados, y seréis aliviados y consolados; no busquéis en otra parte la fuerza y el consuelo, porque el mundo no os lo puede dar. Dios hizo un supremo llamamiento a vuestros corazones con el Espiritismo: escuchadlo. Que la impiedad, la mentira, el error y la incredulidad, sean extirpados de vuestras almas doloridas; estos son monstruos que chupan vuestra más pura sangre y que os hieren casi siempre mortalmente. Que en el futuro humildes y sumisos al Creador, practiquéis su divina ley. Amad y orad; sed dóciles a los Espíritus del Señor; invocadle desde el fondo de vuestro corazón, y entonces os enviará a su hijo muy querido para instruiros y deciros estas buenas palabras: heme aquí; vengo a vosotros porque me habéis llamado. (EL ESPÍRITU DE VERDAD, Bordeaux, 1861).

8. Dios consuela a los humildes y da fuerza a los afligidos que se la piden. Su poder cubre la Tierra, y en todas partes al lado de una lágrima, él ha puesto un bálsamo que consuela. El sacrificio y la abnegación son una continua oración y encierran una enseñanza profunda; la sabiduría humana reside en esas dos palabras. Que todos los Espíritus que sufren puedan comprender esta verdad, en vez de reclamar contra los dolores, los sufrimientos morales que son, en este mundo, vuestra herencia. Tomad, pues, por divisa, estas dos palabras: *sacrificio y abnegación*, y seréis fuertes, porque ellas resumen todos los deberes que os imponen la caridad y la humildad. El sentimiento del deber cumplido os dará el reposo del Espíritu y la resignación. El corazón late mejor, el alma se serena y el cuerpo ya no desfallece; porque el cuerpo sufre tanto más cuanto el Espíritu está más profundamente herido. (EL ESPÍRITU DE VERDAD, Havre, 1863).

CAPÍTULO VII

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU

Lo que es preciso entender por pobres de espíritu. – Todo aquél que se eleva será rebajado. – Misterios ocultos a los sabios y a los prudentes. – *Instrucciones de los Espíritus*: El orgullo y la humildad. – Misión del hombre inteligente en la Tierra.

LO QUE ES PRECISO ENTENDER POR POBRES DE ESPÍRITU

1. *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. (San Mateo, cap. V, v. 3).*

2. La incredulidad se burló de esta máxima: *Bienaventurados los pobres de espíritu*, como con otras cosas, sin comprenderla. Por pobres de espíritu Jesús no entiende los hombres desprovistos de inteligencia, sino los humildes: dice que el reino de los cielos es de ellos y no de los orgullosos.

Los hombres de ciencia y de espíritu, según el mundo, generalmente tienen tan alta consideración de sí mismos y de su superioridad, que miran las cosas divinas como indignas de su atención; sus miradas, concentradas en su persona, no pueden elevarse hasta Dios. Esta tendencia a creerse superiores a todo, les conduce muchas veces a negar lo que, estando por encima, podría rebajarles y negar hasta la Divinidad; o si consienten en admitirla, le disputan uno de sus más bellos atributos: su acción providencial sobre las cosas de este mundo; persuadidos de que sólo ellos bastan para gobernarlo bien. Tomando su inteligencia por la medida de la inteligencia universal, y juzgándose aptos para comprenderlo todo, no creen posible nada de lo que no comprenden; cuando han pronunciado su sentencia, la tienen por inapelable.

Si se niegan a admitir el mundo invisible y un poder extrahumano, no es porque eso esté por encima de su capacidad, sino porque su orgullo se subleva a la idea de una cosa que no pueden dominar y que les haría descender de su pedestal. Por eso, ellos sólo tienen sonrisas de desdén para todo lo que no es del mundo visible y tangible; se atribuyen mucho de espíritu y de ciencia para creer en cosas, según ellos, buenas para las personas *sencillas*, teniendo por *pobres de espíritu*, a todos los que las toman por lo serio.

Sin embargo, por más que digan lo que quieran, será preciso que entren, como los otros, en ese mundo invisible que ridiculizaron, será cuando abrirán sus ojos y reconocerán su error. Pero Dios, que es justo, no puede recibir en la misma categoría al que menospreció su poder y al que se sometió humildemente a sus leyes, ni igualarlos.

Diciendo que el reino de los cielos es para los sencillos, Jesús quiere decir que nadie es admitido en él *sin la sencillez de corazón y la humildad de espíritu*; que el ignorante que posee estas cualidades será preferido al sabio que cree más en sí que en Dios. En todas las circunstancias coloca la humildad en la categoría de las virtudes que nos aproximan a Dios, y el orgullo entre los vicios que nos alejan de él; y eso por una razón muy natural, puesto que la humildad es un acto de sumisión a Dios, mientras que el orgullo es rebelarse contra él. Vale, pues, más, para la felicidad del hombre, ser *pobre de espíritu*, en el sentido del mundo y rico en cualidades morales.

TODO AQUÉL QUE SE ELEVA SERÁ REBAJADO

3. *En ese mismo tiempo, los discípulos se acercaron a Jesús y le dijeron: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? Jesús, habiendo llamado a un niño, lo puso en medio de ellos y les dijo: En verdad os digo que si no os convirtieseis y no os volviereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Pues, todo aquel que se humillare y volviere pequeño como este niño, será el mayor en el reino de los cielos, y todo aquél que reciba en mi nombre a un niño, tal como acabo de decir, es a mí a quien recibe. (San Mateo, cap. XVIII, v. 1 a 5).*

4. *Entonces se acercó a él la madre de los hijos de Zebedeo, con sus dos hijos y le adoró, dando testimonio de que quería preguntarle algo. Él le dijo: ¿Qué queréis? Ordenad, le dijo ella, que mis dos hijos, que aquí están, se sienten en vuestro reino, el uno a vuestra derecha y el otro a vuestra izquierda. Mas Jesús le respondió: No sabéis lo que pedís; ¿podéis beber el cáliz que voy a beber? Ellos le dijeron: Podemos. Él les respondió: Es verdad que beberéis el cáliz que voy a beber; mas el estar sentado a mi derecha o a mi izquierda, no me corresponde concedérselo, pues eso será para aquellos que nuestro Padre haya preparado. Los otros diez apóstoles, habiendo oído eso, se indignaron contra los dos hermanos. Mas Jesús les llamó a sí y les dijo: Vosotros sabéis que los príncipes de las naciones las dominan y que los grandes las tratan con potestad. No debe ser lo mismo entre vosotros; mas aquél que quisiera ser el mayor, sea vuestro servidor; y el que quisiera ser el primero entre vosotros, sea vuestro esclavo; así como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida para la redención de muchos. (San Mateo, cap. XX, v. 20 a 28).*

5. *Jesús entró un sábado en casa de uno de los principales fariseos, para tomar allí su alimento, y los que allí estaban le observaron. Entonces, considerando como los invitados escogían los primeros lugares, les propuso esta parábola diciendo: Cuando fuereis invitados a bodas, no toméis, en ella, el primer lugar, temiendo que se encuentre entre los invitados una persona más considerada que vosotros, y que aquél que os haya invitado no venga a deciros: Dad vuestro lugar a éste, y que entonces estéis disminuidos al dirigiros con vergüenza al último lugar. Mas, cuando fuereis invitados, procurad poner os en el último lugar, para que cuando venga el que os invitó os diga: Mi amigo, subid más arriba. Y entonces eso será motivo de gloria ante aquellos que estén en la mesa con vosotros, porque todo aquél que se eleva será rebajado, y todo aquél que se rebaja será elevado. (San Lucas, cap. XIV, v. 1 y del 7 al 11).*

6. Estas máximas son consecuencia del principio de humildad que Jesús no cesa de sentar como condición esencial de la felicidad prometida a los elegidos del Señor, y que formuló

con estas palabras: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. Toma a un niño como modelo de la simplicidad de corazón y dice: Será mayor en el reino de los cielos, quien se humillare y *se hiciere pequeño como un niño*; es decir, que no tuviere ninguna pretensión de superioridad o de infalibilidad.

El mismo pensamiento fundamental se encuentra en esta otra máxima: “*Que aquél que quisiere hacerse el mayor sea vuestro servidor*”, y en esta: “*Todo aquél que se rebaja será elevado, y todo aquél que se eleva será rebajado.*”

El Espiritismo viene a sancionar la teoría con el ejemplo, mostrándonos grandes en el mundo de los Espíritus a aquellos que eran pequeños en la Tierra, con frecuencia, muy pequeños a aquellos que eran los mayores en ella y los más poderosos. Es que los primeros se llevaron al morir, sólo aquello que hace la verdadera grandeza en el cielo, y no se pierde: las virtudes; mientras que los otros, tuvieron que dejar lo que constituía su grandeza en la Tierra y no puede llevarse: la fortuna, los títulos, la gloria, el nacimiento; no teniendo ninguna otra cosa, llegan al otro mundo desprovistos de todo, como los naufragos que lo perdieron todo, hasta sus vestidos; sólo conservaron su orgullo que hace su nueva posición más humillante, porque ven superiores a ellos, y resplandecientes de gloria, a los que pisotearon en la Tierra.

El Espiritismo nos muestra otra aplicación de este principio en las encarnaciones sucesivas, donde aquellos que fueron los más elevados en una existencia, son rebajados a la última posición en una existencia siguiente, si fueron dominados por el orgullo y la ambición. No busquéis, pues, el primer puesto en la Tierra, ni procuréis poner os más altos que los otros, sino queréis veros obligados a descender; buscad por el contrario, el más humilde y el más modesto, porque Dios sabrá daros un lugar más elevado en el cielo, si lo merecéis.

MISTERIOS OCULTOS A LOS SABIOS Y A LOS PRUDENTES

7. *Entonces Jesús dijo estas palabras: Os rindo gloria, Padre,*

Señor del cielo y de la Tierra, porque habéis ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y por haberlas revelado a los sencillos y a los pequeños. (San Mateo, cap. XI, v. 25).

8. Puede parecer singular que Jesús rinda gracias a Dios por haber revelado estas cosas *a los más sencillos y a los pequeños*, que son los pobres de espíritu, y haberlas ocultado *a los sabios y a los prudentes*, más aptos, en apariencia, para comprenderlas. Pero, es preciso entender por los primeros, a los *humildes* que se humillan ante Dios y no se creen superiores a todo el mundo; y por los segundos, a los *orgullosos*, envanecidos de su ciencia mundana, que se creen prudentes porque niegan y tratan a Dios de igual a igual cuando no lo desconocen; porque en la antigüedad *prudente* era sinónimo de sabio, por eso Dios les deja la búsqueda de los secretos de la Tierra, y revela los del cielo a los más sencillos y a los humildes, que se inclinan ante Él.

9. Lo mismo sucede hoy con las grandes verdades reveladas por el Espiritismo. Ciertos incrédulos se asombran de que los Espíritus hagan tan pocos esfuerzos para convencerles; es que estos últimos se ocupan de aquellos que buscan la luz de buena fe y con humildad, con preferencia a aquellos que creen poseer toda la luz y que piensan, al parecer, que Dios debería estar muy feliz en conducirlos para sí, probándoles que existe.

El poder de Dios brilla en las pequeñas como en las grandes cosas; no pone la luz debajo del celemin, puesto que la esparce a torrentes por todas partes; ciegos son, pues, los que no la ven. *Dios no quiere abrirles los ojos a la fuerza, puesto que les gusta tenerlos cerrados.* Ya les vendrá su hora, pero primero, es necesario que sientan las angustias de las tinieblas *y reconozcan a Dios, y no a la casualidad, en la mano que hiere su orgullo.* Emplea, para vencer la incredulidad, los medios que le conviene según los individuos; no corresponde al incrédulo prescribirle lo que debe hacer y decirle: si quieres convencerme, es preciso para ello escoger esta o aquella manera, en tal momento más bien que en tal otro, porque este momento es de mi conveniencia.

Que no se maravillen, pues, los incrédulos, si Dios y los Espíritus que son los agentes de su voluntad, no se someten a sus

exigencias. Que se pregunten qué es lo que dirían si el último de sus servidores quisiera imponérselos. Dios impone sus condiciones y no se sujeta a las de ellos; escucha con bondad a los que se dirigen a Él con humildad y no a los que creen ser más que él.

10. Se dirá. ¿No podría Dios advertirles personalmente con señales palpables, ante las cuales el incrédulo más endurecido habría de inclinarse? Sin duda que lo podría, pero entonces, ¿dónde estaría el mérito? Y además, ¿para qué serviría esto? ¿No se ve todos los días quién se niega a la evidencia e incluso llega a decir: Aunque viese no creería, porque *sé* que es imposible? Si se niegan a reconocer la verdad, es porque su espíritu no está aún maduro para comprenderla, ni su corazón para sentirla. *El orgullo es la catarata que oscurece su vista;* ¿para qué sirve presentar la luz a un ciego? Pues es preciso primero curar la causa del mal y como médico hábil, corrige primero, el orgullo. No abandona a sus hijos extraviados, porque sabe que tarde o temprano se abrirán sus ojos; pero quiere que sea por su propia voluntad, y, entonces, vencidos por los tormentos de la incredulidad, se echarán por sí mismos en sus brazos y como el hijo pródigo, le pedirán gracia.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

EL ORGULLO Y LA HUMILDAD

11. ¡Qué la paz del Señor sea con vosotros, mis queridos amigos! Vengo para animaros a seguir el buen camino.

A los pobres de Espíritu que antiguamente habitaban la Tierra, Dios da la misión de venir a esclareceros. Bendito sea, por la gracia que nos concede de poder ayudar a vuestro mejoramiento. Que el Espíritu Santo me ilumine y me ayude, para que mi palabra sea comprensible y que me conceda ponerla al alcance de todos. Todos vosotros encarnados, que estáis en dificultad y buscáis la luz, ¡que la voluntad de Dios me ayude para hacerla brillar a vuestros ojos!

La humildad es una virtud muy olvidada entre vosotros; los

grandes ejemplos que se os han dado se han seguido muy poco, y, sin embargo, sin humildad, ¿podéis acaso, ser caritativos con vuestro prójimo? ¡Oh! No, porque ese sentimiento nivela a los hombres; les dice que son hermanos, que deben ayudarse entre sí, y los conduce al bien. Sin humildad os engalanáis de virtudes que no tenéis, como si llevaseis un vestido para ocultar las deformidades de vuestro cuerpo. Acordaos de Aquél que nos salva; recordad su humildad, que tan grande le hizo y le elevó por encima de todos los profetas.

El orgullo es el terrible adversario de la humildad. Si Cristo prometió el reino de los cielos a los más pobres, fue porque los grandes de la Tierra imaginan que los títulos y las riquezas son recompensas dadas a su mérito, y que su esencia es más pura que la del pobre; creen que esto se les debe y por eso, cuando Dios se los retira, le acusan de injusto. ¡Oh irrisión y ceguera! ¿Acaso Dios hace distinción entre vosotros por el cuerpo? ¿No es igual la envoltura del pobre que la del rico? ¿Ha hecho el Creador dos especies de hombres? Todo lo que Dios ha hecho es grande y sabio; no le atribuyáis nunca las ideas que nacen en vuestros cerebros orgullosos.

¡Oh rico! Mientras duermes bajo tus techos dorados, al abrigo del frío, ¿no sabes que millares de tus hermanos, iguales a ti, están estirados sobre la paja? El infeliz que sufre hambre, ¿no es, acaso, tu igual? A estas palabras tu orgullo se subleva, lo sé muy bien; consentirás en darle limosna, pero darle la mano y estrechársela fraternalmente; ¡jamás! “¿Qué dices! ¡Yo, descendiente de una sangre noble, grande de la Tierra, ser igual a ese pordiosero andrajoso! ¡Vana utopía de los supuestos filósofos! Si fuésemos iguales, ¿Por qué Dios los habría colocado tan abajo y a mí tan alto?” Es verdad que vuestro vestuario no se asemeja en casi nada; pero despojados ambos de él, ¿qué diferencia habría entre vosotros? La nobleza de la sangre, dirás; pero la química no encontró diferencia entre la sangre del noble y la del plebeyo, o entre la del señor y del esclavo. ¿Quién te dice que tú mismo no fuiste también un miserable e infeliz como él? ¿Qué no pediste limosna? ¿Qué no la pedirás un día al mismo que desprecias hoy? ¿Acaso son eternas las riquezas? ¿No acaban con el cuerpo, envoltura perecedera de tu Espíritu? ¡Oh! ¡vuélvete humildemente sobre ti mismo! En fin,

echa una mirada sobre la realidad de las cosas de este mundo, sobre lo que constituye la grandeza y la inferioridad en el otro; piensa que la muerte no te respetará más que a otro; que los títulos no te preservarán de ella; que puede alcanzarte mañana, hoy, en una hora; y si tú te escondes en tu orgullo; ¡Oh! ¡Entonces te compadezco, porque serás digno de piedad!

¡Orgullosos! ¿Qué erais antes de ser nobles y poderosos? Tal vez estuviéseris más abajo que el último de vuestros criados. Doblad, pues, vuestras altivas frentes, que Dios puede rebajar en el momento en que más alto las elevéis. Todos los hombres son iguales en la balanza divina y sólo las virtudes los distinguen a los ojos de Dios. Todos los Espíritus son de una misma esencia y todos los cuerpos están moldeados con igual masa; vuestros títulos y vuestros nombres no los cambian en nada; quedan en la tumba, y no son ellos que dan la felicidad prometida a los elegidos; la caridad y la humildad son sus títulos de nobleza.

¡Pobre criatura! Eres madre, tus hijos sufren, tienen frío y hambre; vas, abrumada bajo el peso de tu cruz a humillarte para buscarles un pedazo de pan. ¡Oh! Yo me inclino ante ti; ¡cuán noble, santa y grande eres a mis ojos! Espera y ora; la felicidad aun no es de este mundo: a los pobres y oprimidos que confían en él, Dios les da el reino de los cielos.

Y tú, joven doncella, pobre niña consagrada al trabajo y a las privaciones, ¿por qué esos tristes pensamientos? ¿por qué lloras? Que tu mirada piadosa y serena, se eleve hacia Dios: a los pajaritos les da el alimento; ten confianza en Él, que no te abandonará. El ruido de las fiestas y de los placeres del mundo hacen latir tu corazón; quisieras también adornar tu cabeza con flores y reunirte con los felices de la Tierra; te dices que podrías también ser rica como esas mujeres que ves pasar alegres y risueñas. ¡Oh! ¡Cállate niña! Si supieses cuántas lágrimas y dolores sin número se ocultan bajo esos vestidos bordados, cuántos sollozos ahogados bajo el ruido de esa orquesta alegre, preferirías tu humilde retiro y tu pobreza. Permanece pura a los ojos de Dios, si no quieres que tu ángel guardián remonte hacia él, ocultando su rostro bajo sus blancas alas y te deje con tus remordimientos, sin guía, sin

sostén en este mundo donde estarás perdida, esperando ser castigada en el otro.

Y todos vosotros los que sufrís injusticias de los hombres, sed indulgentes con las faltas de vuestros hermanos, diciéndoos que vosotros mismos no estáis libres de censura; eso es caridad mas también es humildad. Si sufrís por las calumnias, doblad la frente bajo esta prueba. ¿Qué os importan las calumnias del mundo? Si vuestra conducta es pura, ¿acaso Dios no puede compensaros? Sobrellevar con valor las humillaciones de los hombres, es ser humilde y reconocer que sólo Dios es grande y poderoso.

¡Oh, Dios mío! ¿será preciso que Cristo vuelva otra vez a la Tierra para enseñar a los hombres tus leyes que olvidan? ¿Deberá, quizá, echar otra vez del templo a los mercaderes que manchan tu casa que sólo es lugar de oración? ¿Y quién sabe? ¡Oh hombres! Si Dios os concediese esa gracia, tal vez lo renegaríais como antes; vosotros le llamaríais blasfemo, porque abatiría el orgullo de los fariseos modernos; quizás le hiciésteis emprender de nuevo el camino del Gólgota.

Cuando Moisés estuvo sobre el monte Sinaí a recibir los mandamientos de Dios, el pueblo de Israel, entregado a sí mismo, abandonó al verdadero Dios; hombres y mujeres dieron su oro y sus alhajas para hacer un ídolo que adoraron. Hombres civilizados, vosotros hacéis como ellos: Cristo os dejó su doctrina, y os dio el ejemplo de todas las virtudes y abandonasteis ejemplos y preceptos; cada uno de vosotros, con sus pasiones os habéis hecho un Dios a vuestro gusto; según los unos, terrible y sanguinario; según los otros, indiferente a los intereses del mundo; el Dios que os habéis hecho es aún el becerro de oro que cada uno se apropia a sus gustos y a sus ideas.

¡Despertad, mis hermanos y amigos! Que la voz de los Espíritus conmueva vuestros corazones; sed generosos y caritativos sin ostentación, es decir, haced el bien con humildad; que cada uno destruya, poco a poco, los altares levantados al orgullo. En una palabra, sed verdaderos cristianos y tendréis el reino de la verdad. No dudéis más de la bondad de Dios, cuando de ella os da tantas pruebas. Vinimos a preparar los caminos para

el cumplimiento de las profecías. Cuando el Señor os diere una manifestación más resplandeciente de su clemencia, que el enviado celeste encuentre en vosotros sólo una gran familia; que vuestros corazones afables y humildes sean dignos de oír la palabra divina que os traerá; que el elegido no encuentre en su camino sino las palmas dispuestas para vuestra vuelta al bien, a la caridad, a la fraternidad y entonces vuestro mundo será el paraíso terrestre. Pero si permaneciésteis insensibles a la voz de los Espíritus enviados para purificar y renovar vuestra sociedad civilizada, rica en ciencia y sin embargo, tan pobre en buenos sentimientos, ¡ah! no os restará más que llorar y gemir por vuestra suerte. Pero no, no será así; volved a Dios, vuestro padre, y entonces todos nosotros, que habremos contribuido al cumplimiento de su voluntad, entonaremos el cántico de acción de gracias, para agradecer al Señor su inagotable bondad y para glorificarle por todos los siglos de los siglos. Así sea. (LACORDAIRE, Constantina, 1863).

12. Hombres, ¿por qué os quejáis de las calamidades que vosotros mismos habéis amontonado sobre vuestras cabezas? Menospreciasteis la santa y divina moral de Cristo; no os maravilléis, pues, que la copa de la iniquidad se haya desbordado por todas partes.

El malestar se hace general, y ¿quién tiene la culpa sino vosotros mismos, que sin cesar procuráis destruirnos unos a los otros? No podéis ser felices sin mutua benevolencia. ¿Y puede existir la benevolencia con el orgullo? El orgullo, he aquí la fuente de todos vuestros males; dedicaos, pues, a destruirlo, si no quisiésteis perpetuar sus funestas consecuencias. Un solo medio se os ofrece para esto, pero es infalible; es tomar por regla invariable de vuestra conducta la ley de Cristo, ley que habéis rechazado o falseado en su interpretación.

¿Por qué tenéis en tan gran estima lo que brilla y encanta a la vista, más bien que lo que toca al corazón? ¿Por qué el vicio de la opulencia es el objeto de vuestras adulaciones, cuando sólo tenéis una mirada de desdén por el verdadero mérito en la obscuridad? Cuando un rico pervertido, perdido de cuerpo y alma,

se presenta en alguna parte, se le abren todas las puertas, todas las miradas son para él, mientras que se desdeña conceder un saludo de protección al hombre de bien que vive de su trabajo. Cuándo la consideración que se concede a las personas es medida por el peso del oro que poseen o por el nombre que ostentan, ¿qué interés pueden tener ellas de corregirse de sus defectos?

Ocurriría de muy distinta manera si el vicio dorado fuese fustigado por la opinión pública como lo es el vicio andrajoso; pero el orgullo es indulgente para todo lo que le adula. Siglo de codicia y de dinero, decís. Sin duda que lo es, pero, ¿por qué dejasteis que las necesidades materiales usurpen sobre el buen sentido y la razón? ¿Por qué cada uno quiere elevarse encima de su hermano? La sociedad sufre hoy las consecuencias de todo esto.

No olvidéis que tal estado de cosas es siempre una señal de decadencia moral. Cuando el orgullo alcanza los últimos límites, es indicio de una caída próxima, porque Dios castiga siempre a los soberbios. Si algunas veces les deja subir, es para darles lugar a reflexionar y enmendarse bajo los golpes que de tiempo en tiempo se dirigen a su orgullo para advertirles; pero en vez de humillarse, se rebelan y entonces, cuando está llena la medida, les abate enseguida y su caída es tanto más terrible cuanto más alto han subido.

¡Pobre raza humana, cuyo egoísmo corrompió todos los caminos! Sin embargo, toma nuevo aliento; Dios, en su misericordia infinita, envía un poderoso remedio a tus males, un socorro inesperado a tu aflicción. Abre los ojos a la luz: he aquí que las almas de los que no están más ya en la Tierra, vienen a recordarte tus verdaderos deberes; ellas te dirán, con la autoridad de la experiencia, cuán poca cosa son las vanidades y las grandezas de vuestra pasajera existencia con respecto a la eternidad; te dirán que allí el más grande será el que fue más humilde entre los pequeños de este mundo; que el que amó más a sus hermanos es también el que será más amado en el cielo; que los poderosos de la Tierra, si abusaron de su autoridad, serán reducidos a obedecer a sus servidores; que la caridad y la humildad, en fin, esas dos hermanas que se dan la mano, son los títulos más eficaces para obtener gracia ante el Eterno. (ADOLFO, obispo de Argel, Marmande, 1862).

MISIÓN DEL HOMBRE INTELIGENTE EN LA TIERRA

13. No os sintáis orgullosos por lo que sabéis, porque ese saber tiene límites muy estrechos en el mundo que habitáis. Pero aun suponiendo que seáis uno de esos personajes inteligentes de ese globo, no tenéis por esto ningún derecho de envaneceros. Si Dios, en sus designios, os ha hecho nacer en un medio donde pudisteis desarrollar vuestra inteligencia, es que quiere que hagáis uso de ella para el bien de todos; porque es una misión que os da, poniendo en vuestras manos el instrumento con cuya ayuda podéis desarrollar, a vuestra vez, las inteligencias atrasadas y conducir las a Dios. La naturaleza del instrumento, ¿acaso no indica el uso que debe hacerse de él? La azada que el jardinero pone en las manos de su operario, ¿no le muestra que debe cavar? ¿Y qué diríais si ese operario, en vez de trabajar, levantara la azada para golpear a su patrón? Diríais que es horrible y que merece ser expulsado. ¡Pues bien! ¿No sucede lo mismo con aquél que se sirve de su inteligencia para destruir la idea de Dios y de la Providencia entre sus hermanos? ¿No levanta también la azada contra su señor que se la dio para laborar el terreno? ¿Tiene derecho al salario prometido, o por el contrario, no merece ser expulsado del jardín? Y lo será, no dudéis de ello, y arrastrará existencias miserables y llenas de humillaciones hasta que se incline ante Aquél a quien todo se lo debe.

La inteligencia es rica en méritos para el futuro, pero con la condición de ser bien empleada; si todos los hombres dotados, se sirviesen de ella según los designios de Dios, la tarea de los Espíritus sería fácil para hacer avanzar a la Humanidad; infelizmente, muchos hacen de ella un instrumento de orgullo y de perdición para sí mismos. El hombre abusa de la inteligencia como de todas las otras facultades, y, sin embargo, no le faltan lecciones que le adviertan que una mano poderosa pueda quitarle aquello que ella misma le dio. (FERDINANDO, Espíritu protector, Bordeaux, 1862).

CAPÍTULO VIII

BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN
EL CORAZÓN PURO

Dejad a los niños venir a mí. – Pecado por el pensamiento. – Adulterio. – Verdadera pureza. Manos no lavadas. – Escándalos. Si vuestra mano es motivo de escándalo, córtala. – *Instrucciones de los Espíritus*: Dejad a los niños venir a mí. – Bienaventurados los que tienen los ojos cerrados.

DEJAD A LOS NIÑOS VENIR A MÍ

1. *Bienaventurados los que tienen puro el corazón porque ellos verán a Dios. San Mateo, cap. V, v. 8).*

2. *Le presentaron, entonces, niños, para que los tocara; y como sus discípulos apartaban con palabras ásperas a los que les presentaban, Jesús viendo eso se indignó y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque el reino de los cielos es para los que se les asemejen. Os digo en verdad, que todo aquel que no recibiere el reino de los cielos como un niño, no entrará en él. Y habiéndolos abrazado, los bendijo, imponiéndoles las manos. (San Marcos, cap. X, v. de 13 a 16).*

3. La pureza de corazón es inseparable de la sencillez y de la humildad, excluye todo pensamiento de egoísmo y orgullo; por esto Jesús toma la infancia como emblema de esa pureza, como la tomó también por el de la humildad.

Esta comparación podría no parecer justa si se considera que el Espíritu del niño puede ser muy viejo, y que trae, naciendo otra vez a la vida corporal, las imperfecciones de que no se ha despojado en las existencias precedentes; sólo un Espíritu que alcanzó la perfección podría darnos un modelo de la verdadera

pureza. Mas es exacta desde el punto de vista de la vida presente; porque el niño no habiendo podido aún manifestar ninguna tendencia perversa, nos ofrece la imagen de la inocencia y del candor. Tampoco Jesús dice de un modo absoluto que el reino de Dios *es para ellos, sino para aquellos que se les asemejen.*

4. Puesto que el Espíritu del niño vivió ya, ¿por qué no se manifiesta desde el nacimiento, tal cual es? Todo es sabio en las obras de Dios. El niño tiene necesidad de cuidados delicados, que solo la ternura de una madre le puede dar, y esa ternura aumenta con la debilidad y la ingenuidad del niño. Para una madre, su hijo es siempre un ángel, y así debía ser para cautivar su solicitud, pues, no tendría con él, el mismo desprendimiento si en vez de la gracia ingenua, encontrase bajo los rasgos infantiles, un carácter viril y las ideas de un adulto, y menos aún si conociese su pasado.

Además, sería preciso que la actividad del principio inteligente fuese proporcionada a la debilidad del cuerpo que podría resistir a una actividad muy grande del Espíritu, como se ve en los niños muy precoces. Por esto, desde que se aproxima la encarnación, el Espíritu, entrando en perturbación, pierde poco a poco la conciencia de sí mismo, y por espacio de cierto período, permanece en una especie de sueño durante el cual todas sus facultades se conservan en estado latente. Este estado transitorio es necesario para dar al Espíritu un nuevo punto de partida, y hacerlo olvidar, en su nueva existencia terrestre, las cosas que podrían estorbarle. Su pasado, sin embargo, reacciona sobre él, que renace a la vida mayor, más fuerte moral e intelectualmente, sostenido y secundado por la intuición que conserva de la experiencia adquirida.

Partiendo del nacimiento, sus ideas vuelven a tomar gradualmente impulso, a medida que se desarrollan los órganos, pudiendo decirse que durante los primeros años, el Espíritu es verdaderamente niño, porque las ideas que forman el fondo de su carácter están aún adormecidas. Durante el tiempo en que sus instintos dormitan, es más flexible, y por lo mismo, más accesible a las impresiones que pueden modificar su naturaleza y hacerlo progresar, lo que hace más fácil la tarea impuesta a los padres.

El Espíritu reviste, pues, por un tiempo, la túnica de la

inocencia, y Jesús dice la verdad cuando, a pesar de la anterioridad del alma, toma al niño por emblema de la pureza y de la simplicidad.

PECADO POR EL PENSAMIENTO. ADULTERIO

5. *Aprendisteis lo que fue dicho a los antiguos: No cometeréis adulterio. Pero yo os digo que todo aquél que hubiere mirado a una mujer con mal deseo por ella, ya cometió adulterio con ella en su corazón. (San Mateo, cap. V, v. 27 y 28).*

6. La palabra *adulterio* no debe ser entendida aquí en el sentido exclusivo de su propia acepción, sino en un sentido más general; Jesús, la empleó con frecuencia por extensión para designar el mal, el pecado y cualquier mal pensamiento, como por ejemplo en este pasaje: “Porque si alguien se avergonzare de mí y de mis palabras entre esta raza *adúltera y pecadora*, el Hijo del hombre se avergonzará también de él, cuando viniere a la gloria de su Padre, acompañado de los santos ángeles”. (San Marcos, cap. VIII, v. 38).

La verdadera pureza no está sólo en los actos, sino también en el pensamiento, porque el que tiene el corazón puro, tampoco piensa en el mal; fue eso lo que Jesús quiso decir: condena el pecado hasta de pensamiento, porque es una señal de impureza.

7. Este principio conduce naturalmente a esta cuestión: *¿Se sufren las consecuencias de un mal pensamiento que no se ha ejecutado?*

Se debe hacer aquí una importante distinción. A medida que el alma, comprometida en el mal camino, avanza en la vida espiritual, se esclarece y se despoja, poco a poco, de sus imperfecciones, según su mayor o menor buena voluntad que emplea en virtud de su libre albedrío. Todo mal pensamiento, es, pues, resultado de la imperfección del alma; pero de acuerdo con el deseo que concibió de purificarse, incluso ese mal pensamiento se torna para ella en una ocasión de adelantamiento, porque lo rechaza con energía; es el indicio de una mancha que se esfuerza en borrar; y no cederá si se presentare la ocasión para satisfacer un

mal deseo; y después que hubiere resistido, se sentirá más fuerte y alegre con su victoria.

La que, por el contrario, no tomó buenas resoluciones, busca la ocasión para el acto malo, y si no lo realiza, no es por efecto de su voluntad, sino porque le faltó la oportunidad; y de este modo es tan culpable como si lo cometiera.

En resumen: en la persona que ni siquiera concibe el pensamiento del mal, el progreso se ha realizado; en la que tiene este pensamiento pero lo rechaza, el progreso está en vías de cumplirse; en aquella, en fin, que tiene ese pensamiento y en él se complace, el mal está en todo su vigor; en la una está hecho el trabajo, en la otra está por hacer. Dios, que es justo, considera todas esas diferencias en la responsabilidad de los actos y de los pensamientos del hombre.

VERDADERA PUREZA. MANOS NO LAVADAS

8. *Entonces los escribas y fariseos que habían venido de Jerusalén, se acercaron a Jesús diciéndole: ¿Por qué vuestros discípulos violan la tradición de los Antiguos? Pues no se lavan las manos cuando toman sus alimentos.*

Mas Jesús les respondió: ¿Por qué vosotros mismos violáis el mandamiento de Dios para seguir a vuestra tradición? Pues Dios ha hecho este mandamiento: Honrad a vuestro padre y a vuestra madre; y este otro: Que aquél que diga palabras injuriosas a su padre o a su madre, sea castigado con la muerte. Mas vosotros decís: Todo aquél que hubiera dicho a su padre o a su madre: Toda ofrenda que hago a Dios es útil para vosotros, satisface la ley, – aunque después de eso no honre ni asista a su padre o a su madre; y, así, habéis hecho inútil el mandamiento de Dios por vuestra tradición.

Hipócritas, Isaías bien profetizó de vosotros cuando dijo: Este pueblo con los labios me honra, mas el corazón de ellos lejos está de mí; en vano me honran enseñando máximas y ordenaciones humanas.

Después, habiendo llamado al pueblo, les dijo: Escuchad y comprended bien esto: No es lo que entra por la boca que ensucia

al hombre, y si lo que sale de la boca del hombre. Lo que sale de la boca parte del corazón, y es lo que hace al hombre impuro; porque es del corazón que parten los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias y las maledicencias; ahí están las cosas que hacen al hombre impuro; mas comer sin haberse lavado las manos no es lo que hace a un hombre impuro.

Entonces sus discípulos, aproximándose a él, le dijeron: ¿Sabéis que los fariseos, habiendo oído lo que acabáis de decir, se han escandalizado con ello? Mas él les respondió: Toda planta que mi Padre celestial no plantó será arrancada. Dejadlos; son ciegos que conducen ciegos; y si un ciego conduce a otro, ambos caerán en el hoyo. (San Mateo, cap. XV, v. de 1 a 20).

9. *Mientras él hablaba, un fariseo le pidió que comiese en su casa; y Jesús, dirigiéndose a su casa se sentó a la mesa. El fariseo, entonces, comenzó a decir para sí mismo: ¿Por qué no se lavó las manos antes de comer? Mas el Señor le dijo: Vosotros fariseos, tenéis mucho cuidado en limpiar el exterior del vaso y del plato; mas el interior de vuestros corazones está lleno de rapiña y de iniquidad. ¡Cuán insensatos sois! ¿El que hizo el exterior no hizo también el interior? (San Lucas, cap. XI, v. 37 a 40).*

10. Los Judíos habían descuidado los verdaderos mandamientos de Dios, para apegarse a la práctica de los reglamentos establecidos por los hombres y de los cuales los rígidos observadores hacían de ello cargos de conciencia; el fondo, muy sencillo, acabara por desaparecer bajo la complicación de la forma. Como era más fácil observar los actos exteriores que reformarse moralmente, *lavarse las manos antes que limpiar su corazón*, los hombres se engañaron a sí mismos, y se creían en paz con Dios, porque se conformaban con esas prácticas, permaneciendo como eran antes, porque se les enseñaba que Dios no pedía más que eso. Por esto dijo el profeta: *En vano este pueblo me honra con los labios, enseñando máximas y ordenaciones humanas.*

Ocurrió lo mismo con la doctrina moral de Cristo, que terminó por ser relegada a un segundo plano, lo que ha hecho que

muchos cristianos, a ejemplo de los antiguos Judíos, creen su salvación más asegurada con las prácticas exteriores que con las de la moral. Es a estas adiciones, hechas por los hombres a la ley de Dios, a las que Jesús hace alusión, cuando dice: *Toda planta que mi Padre celestial no plantó, será arrancada.*

El objeto de la religión es conducir al hombre a Dios; ahora bien, el hombre no llega a Dios hasta que es perfecto; por tanto, toda religión que no hace al hombre mejor, no alcanza su objetivo; y aquella en la cual cree apoyarse para hacer el mal, o es falsa, o falseada en su principio. Tal es el resultado de todas aquellas cuya forma se impone al fondo. La creencia en la eficacia de las formas exteriores es nula, si no impide que se cometan homicidios, adulterios, expoliaciones, calumnias y hacer daño al prójimo, de cualquier modo que sea. Hace supersticiosos, hipócritas y fanáticos, pero no hace hombres de bien.

No basta, pues, tener las apariencias de la pureza; ante todo es preciso tener la pureza de corazón.

ESCÁNDALOS. SI VUESTRA MANO ES MOTIVO DE ESCÁNDALO, CÓRTALA.

11. *¡Hay del mundo por causa de los escándalos! Porque es necesario que vengan escándalos; pero ¡ay del hombre por quién el escándalo venga!*

Si alguien escandalizare a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que se le colgase del cuello una de esas piedras de molino que un asno hace dar vueltas, y que lo arrojasen al fondo del mar.

Guardaos bien de no despreciar a ninguno de estos pequeños; os digo que, en el cielo, sus ángeles ven sin cesar la faz de nuestro Padre que está en los cielos; porque el hijo del hombre vino a salvar lo que estaba perdido.

Si vuestra mano o vuestro pie son causa de escándalo, cortadlos y arrojadlos lejos; pues, mucho mejor es entrar en la vida no teniendo sino un pie o una sola mano, que tener los dos y

ser echado al fuego eterno. Y si vuestro ojo es motivo de escándalo, arrancadlo y arrojadlo lejos; pues, mejor es que entréis en la vida teniendo un solo ojo, que tener los dos y ser precipitado en el fuego del infierno. (San Mateo, cap. XVIII, v. de 6 a 11. – Cap. V, v. 29 y 30).

12. En el sentido vulgar, *escándalo* se dice de toda acción que choca con la moral o la decencia de un modo ostensible. El escándalo no está en la acción en sí misma, sino en la resonancia que ella pueda tener. La palabra escándalo implica siempre la idea de una cierta explosión de comentarios. Muchas personas se contentan con evitar el *escándalo*, porque con ello resentiría su orgullo y su consideración disminuiría entre los hombres; pues con tal que sus torpezas queden ignoradas, esto les basta, y su conciencia queda tranquila. Estos son, según las palabras de Jesús: “Sepulcros blanqueados por fuera, pero llenos de podredumbre por dentro; vasos limpios por fuera y sucios por dentro”.

En el sentido evangélico, la acepción de la palabra escándalo, empleada con tanta frecuencia, es siempre más general; por esto no se comprende esta acepción en ciertos casos. No es sólo lo que lastima la conciencia de otro; es todo lo que resulta de los vicios y de las imperfecciones de los hombres, toda reacción mala de individuo a individuo, con o sin repercusión. El escándalo en este caso, *es el resultado efectivo del mal moral.*

13. *Es necesario que haya escándalos en el mundo*, dijo Jesús, porque siendo los hombres imperfectos en la Tierra, se inclinan a hacer el mal, y los malos árboles dan malos frutos. Es preciso, pues, entender por estas palabras que el mal es una consecuencia de la imperfección de los hombres, y no que ellos tengan una obligación de practicarlo.

14. *Es necesario que el escándalo venga*, porque estando los hombres en expiación en la Tierra, se castigan ellos mismos por el contacto de sus vicios, de los cuales son las primeras víctimas, acabando por comprender sus inconvenientes. Cuando estuvieren cansados de sufrir en el mal, buscarán el remedio en el bien. La reacción de esos vicios, sirve, pues, a la vez, de castigo a los unos y de prueba a los otros; así es como Dios hace emerger

el bien del mal y como los propios hombres utilizan las cosas malas o viles.

15. Si es así, se dirá, el mal es necesario y durará siempre, porque si desapareciese, Dios quedaría privado de un poderoso medio para castigar a los culpables; por tanto es inútil tratar de mejorar a los hombres. Pero si no hubiese más culpables, no habría necesidad de castigos. Supongamos a la Humanidad transformada en hombres de bien; nadie procuraría hacer mal al prójimo y todos serían felices, porque serían buenos. Tal es el estado de los mundos avanzados, de donde el mal fue excluido; tal será el de la Tierra, cuando hubiere progresado lo suficiente. Pero mientras ciertos mundos avanzan, se forman otros, poblados de Espíritus primitivos, y que sirven además de habitación, de exilio y de lugar de expiación para los Espíritus imperfectos, rebeldes, obstinados en el mal y que son rechazados en los mundos que se tornaron felices.

16. *Mas hay de aquél por quién venga el escándalo*; es decir, que el mal, siendo siempre el mal, el que ha servido sin saberlo, de instrumento para la justicia divina, cuyos malos instintos fueron utilizados, por eso no hizo menos mal y debe ser castigado. Así es, por ejemplo, que un hijo ingrato es un castigo o una prueba para el padre que lo soporta, porque tal vez ese mismo padre haya sido un mal hijo que hizo sufrir a su padre y que sufre la pena del Talión; pero el hijo tampoco tiene excusa y deberá ser castigado a su vez en sus propios hijos o de otra manera.

17. *Si vuestra mano es una causa de escándalo, cortadla*; figura enérgica que sería absurdo tomar al pie de la letra, y que significa simplemente que es necesario destruir en sí mismo toda causa de escándalo, es decir, de mal; extirpar de su corazón todo sentimiento impuro y todo principio vicioso; es decir, que valdría más para un hombre haber tenido la mano cortada, que esa mano le haya servido de instrumento para una mala acción; estar privado de la vista, que sus ojos hubiese despertado malos pensamientos. Jesús no dijo nada absurdo para cualquiera que comprenda el sentido alegórico y profundo de sus palabras; pero muchas cosas no pueden comprenderse sin la clave que da el Espiritismo.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

DEJAD A LOS NIÑOS VENIR A MÍ

18. Cristo dijo: “Dejad a los niños venir a mí”. Estas palabras profundas en su sencillez, no se concretaban al simple llamamiento de los niños, sino de las almas que gravitan en los círculos inferiores en donde la infelicidad ignora la esperanza. Jesús llamaba a sí a la infancia intelectual de la criatura formada; a los débiles, a los esclavos, a los viciosos; poco podía enseñar a la infancia física, sujeta a la materia, sometida al yugo del instinto y que no pertenecía aún al orden superior de la razón y de la voluntad que se ejercen alrededor de ella y por ella.

Jesús quería que los hombres fuesen a él con la confianza de esos pequeños seres de pasos vacilantes, cuyo llamamiento le conquistaba el corazón de todas las mujeres que son madres; sometía así a las almas a su tierna y misteriosa autoridad.

Fue la antorcha que ilumina las tinieblas, el clarín matinal que toca a despertar; fue el iniciador del Espiritismo, que debe a su vez llamar a sí, no a los niños, sino a los hombres de buena voluntad. La acción viril se ha iniciado: ya no se trata de creer instintivamente y obedecer maquinalmente; es preciso que el hombre siga la ley inteligente que se revela a su universalidad.

Mis muy amados, estamos ya en los tiempos en que los errores explicados serán verdades; nosotros os enseñaremos el sentido exacto de las parábolas y os mostraremos la correlación poderosa que une lo que fue y lo que es. En verdad os digo, la manifestación espírita dilata el horizonte; y he aquí a su enviado que va a resplandecer como el Sol sobre la cumbre de los montes. (JUAN, el Evangelista, París, 1863).

19. Dejad a los niños venir a mí, porque yo poseo la leche que fortifica a los débiles. Dejad venir a mí a aquellos que temerosos y cansados tienen necesidad de apoyo y de consuelo. ¡Dejad venir a mí a los ignorantes, para que los esclarezca, dejad venir a mí a todos los que sufren, a la multitud de afligidos e

infelices; les enseñaré el gran remedio para aliviar los males de la vida; les daré el secreto para curar sus heridas! ¿Cuál será, amigos míos, ese bálsamo soberano que posee la virtud por excelencia, ese bálsamo que se aplica a todas las llagas del corazón y las cierra? ¡Es el amor, es la caridad! Si tenéis ese fuego divino, ¿qué temeréis? Diréis en todos los instantes de vuestra vida: Padre nuestro que se haga vuestra voluntad y no la mía; y si os place probarme por el dolor y las tribulaciones, bendito seáis, porque es por mi bien, yo lo sé, que vuestra mano pese sobre mí. ¡Si os conviene, Señor, tened piedad de vuestra frágil criatura, si dais a su corazón las alegrías permitidas, bendito seáis también; pero haced que el amor divino no duerma en nuestra alma, sino que sin cesar haga subir a vuestros pies la voz de su reconocimiento!...

Si tenéis amor, tendréis todo lo que podáis desear en la Tierra, poseeréis la perla por excelencia, que ni los acontecimientos, ni las maldades de los que os odian y os persiguen podrán arrebatáros. Si tenéis amor, habréis colocado vuestros tesoros, en donde la polilla y el orín no pueden alcanzarlos, y veréis borrarse insensiblemente de vuestra alma todo lo que pueda manchar su pureza; sentiréis que el peso de la materia disminuye día a día, y, semejante al pájaro que cruza los aires y no se acuerda ya de la Tierra, subiréis sin cesar, subiréis siempre hasta que vuestra alma embriagada pueda saciarse de su elemento de vida en el seno del Señor. (UN ESPÍRITU PROTECTOR, Bordeaux, 1861).

**BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN
LOS OJOS CERRADOS (1).**

20. Mis buenos amigos, ¿por qué me habéis llamado? ¿Es para hacerme imponer las manos sobre esta pobre sufridora que está aquí y curarla? ¡Ah! ¡Qué sufrimiento, buen Dios! Perdió la vista y las tinieblas se hicieron para ella. ¡Pobre niña! Que ore y

(1) Esta comunicación fue dada a propósito de una persona ciega, para la que evocamos al Espíritu de J. B. Vianney, sacerdote de Ars.

espere; no sé hacer milagros sin la voluntad de Dios. Todas las curaciones que pude obtener y de las que habéis tenido noticias, debéis atribuir las a aquél que es nuestro Padre en todo.

Por tanto, en vuestras aflicciones, levantad siempre los ojos al cielo y decid desde el fondo de vuestro corazón: “¡Padre nuestro, curadme, pero haced que mi alma enferma se cure antes que las enfermedades del cuerpo; que mi carne sea castigada si es necesario, para que mi alma se eleve hasta vos con la blancura que tenía cuando la creasteis!”. Después de esta oración, mis buenos amigos, que el buen Dios oirá siempre, se os dará la fuerza y el valor, y quizá también esta curación que vosotros habéis pedido tímidamente, como recompensa de vuestra abnegación.

Pero, puesto que estoy aquí, en una asamblea donde se trata ante todo de estudios, os diré que los que están privados de la vista, deberían considerarse como los bienaventurados de la expiación. Acordaos que Cristo dijo que era menester arrancar vuestro ojo si era malo, y que valía más que lo echarais al fuego que ser la causa de vuestra perdición. ¡Ah! ¡Cuántos hay en vuestra Tierra que un día maldecirán en las tinieblas el haber visto la luz! ¡Oh! Sí, ¡qué felices son estos que en su expiación son castigados por la vista! Su ojo no será motivo de escándalo y de caída; pueden vivir completamente la vida de las almas y pueden ver más que vosotros que veis claro... Cuando Dios me permite ir a abrir los párpados de alguno de estos pobres sufridores y devolverles la luz, me digo: Alma querida, ¿por qué no conoces todas las delicias del Espíritu que vive en la contemplación y en el amor? Tú no pedirías ver imágenes menos puras y menos apacibles que las que te son dadas entrever en tu ceguera.

¡Oh!, sí, bienaventurado el ciego que quiere vivir con Dios; más feliz que vosotros que estáis aquí, siente la felicidad, la toca, ve las almas y puede lanzarse con ellas a las esferas espirituales, que aun los predestinados de vuestra Tierra no ven. El ojo abierto está siempre dispuesto para hacer faltar al alma; el ojo cerrado, por el contrario, siempre está dispuesto para hacerla elevar a Dios. Creedme, mis buenos y queridos amigos, la ceguera de los ojos muchas veces es la verdadera luz del

corazón, mientras que la vista es a menudo el ángel de las tinieblas que conduce a la muerte.

Y, ahora, algunas palabras para ti, mi pobre sufridora: ¡espera y ten valor! Si te dijese: hija mía, tus ojos van a abrirse, ¡cómo te alegrarías! ¿Y quién sabe si esa alegría no te perdería? ¡Ten confianza en el buen Dios que hizo la felicidad y permite la tristeza! Haré por ti todo lo que me sea permitido; pero, a tu vez, ora y sobre todo, medita en todo lo que acabo de decirte.

Antes de que me aleje, todos vosotros los que estáis aquí, recibid mi bendición. (VIANNEY, sacerdote de Ars, París, 1863).

21. Nota: Cuando una aflicción no es consecuencia de los actos de la vida presente, es preciso buscar su causa en una vida anterior. Lo que se llama caprichos de la suerte, no son otra cosa sino los efectos de la justicia de Dios. Dios no inflige castigos arbitrarios; quiere que entre la falta y la pena haya siempre correlación. Si, en su bondad, echó un velo sobre nuestros actos pasados, nos pone sin embargo en el camino, diciendo: “Quién mató con la espada, perecerá por la espada”; palabras que se pueden traducir así: “Siempre se es castigado por donde se ha pecado”. Si alguno, pues, está afligido por la pérdida de la vista, es porque la vista fue la causa de su caída. También puede ser que haya sido causa de la pérdida de la vista de otro; puede que alguno haya quedado ciego por el exceso de trabajo que se le haya impuesto, o como consecuencia de malos tratos, de falta de cuidados, etc., y entonces sufre la pena del Talión. Él mismo, en su arrepentimiento, pudo escoger esta expiación, aplicándose estas palabras de Jesús: “Si vuestro ojo es motivo de escándalo, arrancadlo”.

CAPÍTULO IX

**BIENAVENTURADOS LOS MANSOS,
PORQUE ELLOS POSEERÁN LA TIERRA.**

Injurias y violencias. – *Instrucciones de los Espíritus*: La afabilidad y la dulzura. – La paciencia. – Obediencia y resignación. – La cólera.

INJURIAS Y VIOLENCIAS

1. *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la Tierra. (San Mateo, cap. V, v. 4).*

2. *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. (Ídem, v. 9).*

3. *Aprendisteis lo que fue dicho a los Antiguos: No mataréis, y todo aquél que matare merecerá ser condenado por el juicio. Pero yo os digo que todo aquél que se enoja con su hermano, merecerá ser condenado por el juicio; que aquél que dijera a su hermano Racca merecerá ser condenado por el concilio; y aquél que le dijera: Eres loco, merecerá ser condenado al fuego del infierno. (Ídem, v. 21 y 22).*

4. Por estas máximas, Jesús hace de la dulzura, de la moderación, de la mansedumbre, de la afabilidad y de la paciencia una ley; por consiguiente, condena la violencia, la cólera, y aun toda expresión descortés con respecto a sus semejantes. *Racca* era entre los Hebreos, una palabra de desprecio que significaba *hombre de mala conducta*, y se pronunciaba escupiendo y volviendo la cabeza. Aún va más lejos, puesto que amenaza con el fuego del infierno al que diga a su hermano: *loco*.

Es evidente que en ésta como en cualquiera otra circunstancia, la intención agrava o atenúa la falta; pero, ¿cómo puede tener bastante

gravedad una simple palabra para merecer una reprobación tan severa? Consiste en que toda palabra ofensiva es expresión de un sentimiento contrario a la ley de amor y de caridad, que debe arreglar las relaciones de los hombres y mantener entre ellos la concordia y la unión; que es un insulto a la benevolencia recíproca y a la fraternidad; que da pábulo al odio y a la animosidad; en fin, que después de la humildad hacia Dios, la caridad hacia el prójimo es la primera ley de todo cristiano.

5. Pero, ¿qué quiere decir Jesús con estas palabras: “Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la Tierra” habiendo dicho que hay que renunciar a los bienes de este mundo y prometiendo los del cielo?

Esperando los bienes del cielo, el hombre tiene necesidad de los de la Tierra para vivir; sólo que le encarga que no dé a estos últimos más importancia que a los primeros.

Por estas palabras quiere decir que hasta aquél día, los bienes de la Tierra serán acaparados por los violentos con perjuicio de los mansos y pacíficos; que a estos, con frecuencia, les falta lo necesario, mientras que otros tienen lo superfluo; promete que se les hará justicia *así en la Tierra como en el cielo*, porque son llamados hijos de Dios. Cuando la ley de amor y de caridad sea la ley de la Humanidad, ya no habrá egoísmo; el débil y el pacífico ya no serán explotados ni pisoteados por el fuerte y el violento. Tal será el estado de la Tierra cuando, según la ley del progreso y la promesa de Jesús, venga a ser un mundo feliz por la expulsión de los malos.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

LA AFABILIDAD Y LA DULZURA

6. La benevolencia para con los semejantes, fruto del amor al prójimo, produce la afabilidad y la dulzura que son su manifestación: Sin embargo, no es preciso fiarse siempre de las apariencias; la educación y las costumbres del mundo pueden dar el barniz de estas cualidades. ¡Cuántos hay cuya fingida bondad sólo es una máscara para el exterior, un hábito cuyo corte calculado disimula las deformidades ocultas! El mundo está lleno de esas personas que

tienen la sonrisa en los labios y el veneno en el corazón; *que son blandas con tal de que nada les incomode, pero que muerden a la menor contrariedad*; cuya lengua dorada, cuando hablan cara a cara, se cambia en dardo envenenado cuando están ausentes.

A esa clase pertenecen también esos hombres que son benignos fuera de casa y que, tiranos domésticos, hacen sufrir a su familia y a sus subordinados el peso de su orgullo y de su despotismo, como queriendo desquitarse de la opresión que se impusieron fuera; no atreviéndose a usar su autoridad ante extraños que los pondrían en su lugar, quieren a lo menos ser temidos por aquellos que no pueden resistirles; su vanidad se alegra de poder decir: “aquí mando yo y soy obedecido”; sin pensar que podrían añadir con mucha más razón: “y soy detestado”.

No basta que de los labios gotee leche y miel, pues si el corazón no toma parte en ello, hay hipocresía. Aquél cuya afabilidad y dulzura no son fingidas, no se contradice nunca; es el mismo ante el mundo que en la intimidad; sabe, además, que si engaña a los hombres con las apariencias, no puede engañar a Dios. (LÁZARO, París, 1861).

LA PACIENCIA

7. El dolor es una bendición que Dios envía a los elegidos; no os aflijáis, pues, cuando sufrís, sino por el contrario, bendecid a Dios Todopoderoso que os ha señalado el dolor en este mundo para gloria en el cielo.

Sed pacientes; la paciencia también es una caridad y debéis practicar la ley de caridad enseñada por Cristo, enviado de Dios. La caridad que consiste en la limosna que se da a los pobres, es la más fácil de las caridades; pero hay una mucho más penosa y por consecuencia mucho más meritoria: *perdonar a aquellos que Dios colocó en nuestro camino para ser instrumentos de nuestros sufrimientos y poner nuestra paciencia a prueba*.

La vida es difícil, ya lo sé; se compone de mil frioleras que son alfilerazos que acaban por herir; pero es menester mirar los deberes que se nos han impuestos, los consuelos y las

compensaciones que, por otra parte tenemos, y entonces, veremos que las bendiciones son mucho más numerosas que los dolores. El fardo parece menos pesado cuando se mira desde lo alto que cuando se dobla la frente hacia el suelo.

Valor, amigos, Cristo es vuestro modelo; sufrió más que ninguno de vosotros y no tenía nada que censurarse, mientras que vosotros tenéis que expiar vuestro pasado y fortificaros para el futuro. Sed, pues, pacientes, sed cristianos; esta palabra lo enseña todo. (UN ESPÍRITU AMIGO, Havre, 1862).

OBEDIENCIA Y RESIGNACIÓN

8. La doctrina de Jesús enseña por todas partes la obediencia y la resignación, dos virtudes compañeras de la dulzura, muy activas, aunque los hombres las confundan erróneamente con la negación del sentimiento y de la voluntad. *La obediencia es el consentimiento de la razón, y la resignación es el consentimiento del corazón*; ambas son fuerzas activas, porque cargan el fardo de las pruebas que la insensata rebeldía deja caer. El cobarde no puede ser resignado, así como el orgulloso y egoísta no puede ser obediente. Jesús fue la encarnación de estas virtudes, despreciadas por la materialista antigüedad. Él vino en el momento en que la sociedad romana perecía en el desfallecimiento de la corrupción; vino a hacer brillar, en el seno de la Humanidad abatida, los triunfos del sacrificio y de la renuncia carnal.

Así, cada época está marcada con el sello de la virtud o el vicio que la debe salvar o perder. La virtud de vuestra generación es la actividad intelectual; su vicio es la indiferencia moral. Digo sólo actividad, porque el genio se eleva de repente y descubre de una sola ojeada los horizontes que la multitud verá después de él, mientras que la actividad es la reunión de los esfuerzos de todos para alcanzar un fin menos grandioso, pero que prueba la elevación intelectual de una época. Someteos al impulso que venimos a dar a vuestros Espíritus; obedeced a la gran ley del progreso, que es la palabra de vuestra generación. ¡Ay del Espíritu perezoso, del que cierra su entendimiento! ¡Infeliz! Porque nosotros que somos los guías de la Humanidad en marcha, les daremos con el látigo y

forzaremos su voluntad rebelde con el doble esfuerzo del freno y de la espuela; toda resistencia orgullosa deberá ceder tarde o temprano, pero bienaventurados los que son mansos, porque prestarán oído dócil a las enseñanzas. (LÁZARO, París, 1863).

LA CÓLERA

9. El orgullo os lleva a creer más de lo que sois; a no poder sufrir una comparación que pueda rebajaros; a consideraros, por el contrario, de tal modo por encima de vuestros hermanos, sea como espíritu, sea como posición social, sea también como superioridad personal, que el menor paralelo os irrita y os hiere; ¿y qué ocurre entonces? Os entregáis a la cólera.

Buscad el origen de esos accesos de demencia pasajera que os asemejan a los animales, haciéndoos perder la sangra fría y la razón; buscad y encontraréis casi siempre por base el orgullo herido. ¿No es el orgullo herido, por una contradicción el que os hace desechar las observaciones, el que os hace rechazar con cólera los más sabios consejos? Las mismas impaciencias que causan las contrariedades, con frecuencia pueriles, son ocasionadas por la importancia que se atribuye a la propia personalidad ante la cual se cree que todo debe doblarse.

En su frenesí, el hombre encolerizado ataca todo: la naturaleza bruta, los objetos inanimados, que rompe porque no le obedecen. ¡Ah! ¡Si en esos momentos pudiese mirarse con sangre fría, se horrorizaría de sí mismo o se contemplaría muy ridículo! Que juzgue por esto la impresión que debe causar en los demás. Aun cuando no fuese más que por respeto a sí mismo, debería esforzarse en vencer una tendencia que le hace objeto de piedad.

Si pensase que la cólera no resuelve nada, que altera su salud y aun compromete su vida, vería que es la primera víctima de ella; pero otra consideración debería sobre todo detenerle, y es la de pensar que hace infelices a todos los que le rodean; si tiene corazón, ¿no es un remordimiento para él hacer sufrir a los seres que más ama? ¡Y que disgusto mortal, si en un acceso de arrebato cometiese un acto que tuviera que reprocharse toda la vida!

En conclusión, la cólera no excluye ciertas cualidades del corazón, pero impide hacer mucho bien y puede llevar a que se haga mucho mal; esto debe bastar para motivar que se hagan esfuerzos para dominarla. El espírita, además, es inducido por otro motivo: es contraria a la caridad y a la humildad cristianas. (UN ESPÍRITU PROTECTOR, Bordeaux, 1863).

10. Según la idea muy falsa de que uno no puede reformar su propia naturaleza, el hombre se cree dispensado de hacer esfuerzos para corregirse de los defectos en los que se complace voluntariamente, o que exigirían mucha perseverancia; así es, por ejemplo, que el hombre inclinado a la cólera se excusa casi siempre con su temperamento; antes de considerarse, achaca la falta a su organismo, acusando de este modo a Dios, de sus propios defectos. Esto es también una consecuencia del orgullo que se encuentra mezclado a todas sus imperfecciones.

Sin duda hay temperamentos que se prestan más que otros a los actos violentos, como hay músculos más flexibles que se prestan mejor para los movimientos de fuerza; pero no creáis que ésta sea la causa primera de la cólera y estad persuadidos de que un Espíritu pacífico, aun cuando estuviese en un cuerpo bilioso, siempre será pacífico; y que un Espíritu violento, en un cuerpo linfático, por eso no será más dócil; sólo que la violencia tomará otro carácter; no teniendo un organismo propio para secundar su violencia, la cólera se concentrará, y en otro caso será expansiva.

El cuerpo no da la cólera al que no la tiene, como tampoco da otros vicios; todas las virtudes y todos los vicios son inherentes al Espíritu; sin esto, ¿en donde estaría el mérito y la responsabilidad? El hombre contrahecho no puede enderezarse porque el Espíritu no toma parte en esto, pero puede modificar lo que es del Espíritu cuando tiene una voluntad firme para ello. Espíritas, ¿no os prueba la experiencia, hasta dónde puede llegar el poder de la voluntad, por las transformaciones verdaderamente milagrosas que veis operarse? Decid, pues, que *el hombre sólo permanece vicioso porque quiere permanecer vicioso*; pero el que quiere corregirse siempre puede hacerlo. De otro modo la ley del progreso no existiría para el hombre. (HAHNEMANN, París, 1863).

CAPÍTULO X

BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS

Perdonad para que Dios os perdone. – Reconciliarse con los adversarios. – El sacrificio más agradable a Dios. – La paja y la viga en el ojo. – No juzguéis para que no seáis juzgados. El que esté sin pecado que le arroje la primera piedra. – *Instrucciones de los Espíritus*: Perdón de las ofensas. – La indulgencia. – ¿Es permitido reprender a los otros, observar las imperfecciones de los demás y divulgar el mal ajeno?

PERDONAD PARA QUE DIOS OS PERDONE

1. *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos mismos obtendrán misericordia. (San Mateo, cap. V, v. 7).*

2. *Si perdonareis a los hombres las faltas que hacen contra vosotros, nuestro Padre celestial os perdonará también los pecados, pero si no perdonareis a los hombres cuando os ofendan, nuestro Padre, tampoco os perdonará los pecados. (Ídem, cap. VI, v. 14 y 15).*

3. *Si vuestro hermano pecó contra vosotros, mostradle su falta en particular, entre vosotros y él sólo. Si os oyere, habréis ganado a vuestro hermano. Entonces Pedro, aproximándose le dice: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano, cuando él haya pecado contra mí? ¿Será hasta siete veces? Jesús le respondió: No os digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete veces. (Ídem, cap. XVIII, v. 15, 21, 22).*

4. La misericordia es el complemento de la dulzura, porque el que no es misericordioso no sabría ser blando y pacífico; ella consiste en el olvido y en el perdón de las ofensas. El odio y el rencor denotan un alma sin elevación y sin grandeza, pues el olvido

de las ofensas es propio del alma elevada, que está por encima de los insultos que se le pueden hacer; la una está siempre ansiosa, de una susceptibilidad desconfiada y llena de hiel; la otra está serena, llena de mansedumbre y de caridad.

Ay del que dice: Yo nunca perdonaré, porque si no fuere condenado por los hombres, ciertamente lo será por Dios. ¿Con qué derecho reclamará el perdón de sus propias faltas, si él mismo no perdona las de los otros? Jesús nos enseña que la misericordia no debe tener límites, cuando dice que debe perdonarse al hermano, no siete veces, sino setenta veces siete veces.

Pero hay dos modos muy diferentes de perdonar; uno grande, noble, verdaderamente generoso, sin segunda intención, que maneja con delicadeza el amor propio y la susceptibilidad del adversario, aunque este último tuviese toda la culpa. El segundo, en el cual el ofendido, o el que cree estarlo, impone al otro condiciones humillantes y le hace sentir el peso de un perdón, que irrita en vez de calmar; si le tiende la mano, no es por benevolencia, sino con ostentación, a fin de poder decir a todo el mundo: ¡Ved cuán generoso soy! En tales circunstancias, es imposible que la reconciliación sea sincera de parte a parte. No, eso no es generosidad, sino un modo de satisfacer el orgullo. En toda contienda, el que se manifiesta más conciliador, el que prueba más desinterés, caridad y verdadera grandeza de alma, conquistará siempre la simpatía de las personas imparciales.

RECONCILIARSE CON LOS ADVERSARIOS

5. *Reconciliaos lo más pronto posible con vuestro adversario, mientras estéis con él en el camino, para que vuestro adversario no os entregue al juez, y que el juez no os entregue al ministro de justicia, y seáis echados en la cárcel. En verdad os digo, que no saldréis de allí hasta que paguéis el último cuadrante. (San Mateo, cap. V, v. 25 y 26).*

6. En la práctica del perdón y en la del bien en general, más que un efecto moral, hay también un efecto material. Se sabe que la muerte no nos libra de nuestros enemigos; los Espíritus

vengativos persiguen, con frecuencia, con su odio más allá de la tumba, a aquellos a quienes han conservado rencor; por esto el proverbio que dice: “Muerto el animal, muerto el veneno”, es falso en cuanto se aplica al hombre. El Espíritu malo espera que aquél a quien quiere mal esté preso al cuerpo y menos libre, para atormentarle más fácilmente y perjudicarlo en sus intereses o en sus afectos más íntimos. En este hecho, es preciso ver, la causa de la mayoría de los casos de obsesión, sobre todo de aquellos que presentan una cierta gravedad, como la subyugación y la posesión. El obseso y el poseído son casi siempre víctimas de una venganza anterior, a la que probablemente, dieron lugar con su conducta. Dios lo permite para castigarles del mal que ellos mismos hicieron, o si no lo hicieron, por haber faltado a la indulgencia y a la caridad no perdonando. Conviene, pues, desde el punto de vista de su futura tranquilidad, reparar lo más pronto posible los errores que cometió contra el prójimo, perdonar a sus enemigos, con el fin de desvanecer, antes de morir, todo tipo de disensiones, toda causa fundada de animosidad ulterior; por este medio, de un enemigo obstinado en este mundo, se puede hacer un amigo en el otro; por lo menos pone el buen derecho de su lado, y Dios no deja a merced de la venganza ajena al que ha perdonado. Cuando Jesús recomienda reconciliarse lo más pronto posible con el adversario, no es sólo con la mira de apaciguar las discordias durante la existencia actual, sino también que ellas se perpetúen en las existencias futuras. No saldréis de allá, dijo él, hasta que paguéis el último óbolo, es decir, satisfecha completamente la justicia de Dios.

EL SACRIFICIO MÁS AGRADABLE A DIOS

7. *Si, cuando fuereis a presentar vuestra ofrenda al altar, os recordareis que vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros, dejad vuestra ofrenda allí al pie del altar, e id primeramente a reconciliaros con vuestro hermano, y después volved para ofrecer vuestra ofrenda. (San Mateo, cap. V, v. 23, 24).*

8. Cuando Jesús dijo: “Id a reconciliaros con vuestro

hermano antes de presentar vuestra ofrenda al altar”, enseña que el sacrificio más agradable al Señor es el del resentimiento propio; que antes de presentarse para ser perdonado, es preciso haber perdonado, y que si fue injusto con uno de sus hermanos, es preciso que se haya reparado; sólo entonces será agradable la ofrenda, porque procederá de un corazón puro de todo mal pensamiento. Materializa este precepto porque los Judíos ofrecían sacrificios materiales y debían conformar sus palabras a sus usos. El cristiano no ofrece dádivas materiales; ha espiritualizado el sacrificio, pero el precepto tiene por ello más fuerza; ofrece su alma a Dios, y esta alma debe estar purificada; *entrando en el templo del Señor, debe dejar del lado de afuera todo sentimiento de odio y de animosidad, todo mal pensamiento contra su hermano*; sólo entonces es cuando su plegaria será llevada por los ángeles a los pies del Eterno. Esto es lo que enseña Jesús con estas palabras: Dejad vuestra ofrenda al pie del altar; id primero a reconciliaros con vuestro hermano, si queréis ser agradables al Señor.

LA PAJA Y LA VIGA EN EL OJO

9. *¿Por qué veis una paja en el ojo de vuestro hermano y no veis una viga en vuestro ojo? ¿O cómo decís a vuestro hermano: Dejame sacar la paja de vuestro ojo, si tenéis una viga en el vuestro? Hipócritas, sacad primero la viga de vuestro ojo, y entonces veréis como podréis sacar la paja del ojo de vuestro hermano. (San Mateo, cap. VII, v. 3, 4, 5).*

10. Uno de los defectos de la Humanidad es ver el mal de otro antes de ver el que está en nosotros. Para juzgarse uno mismo, sería preciso poderse mirar en un espejo, transportarse de algún modo fuera de sí y considerarse como otra persona, preguntándose: ¿Qué pensaría si viese haciendo a otro lo que yo hago? Incontestablemente, el orgullo es el que lleva al hombre a disimular sus propios defectos, tanto en lo moral como en lo físico. Este defecto es esencialmente contrario a la caridad, porque la verdadera caridad es modesta, sencilla e indulgente; la caridad orgullosa es un contrasentido, puesto que esos dos sentimientos se neutralizan uno al otro. En efecto, ¿cómo un hombre, bastante vano para creer

en la importancia de su personalidad y en la supremacía de sus cualidades, puede tener al mismo tiempo bastante abnegación para hacer resaltar en otro el bien que podía eclipsarle, en lugar del mal que podría realzarle? Si el orgullo es el padre de muchos vicios, es también la negación de muchas virtudes; lo encontramos en el fondo como móvil de casi todas las acciones. Por esto Jesús se empeñó en combatirlo como el principal obstáculo al progreso.

**NO JUZGUÉIS PARA QUE NO SEÁIS JUZGADOS.
EL QUE ESTÉ SIN PECADO, QUE LE ARROJE
LA PRIMERA PIEDRA.**

11. *No juzguéis, para que no seáis juzgados; porque seréis juzgados según hubiereis juzgado a los otros; y se usará con vosotros la misma medida que hayáis usado con ellos. (San Mateo, cap. VII, v. 1, 2).*

12. *Entonces los escribas y los fariseos le llevaron a una mujer que había sido sorprendida en adulterio, y la pusieron en pie en medio del pueblo, diciendo a Jesús: Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio y Moisés nos mandó, en la ley, apedrear las adúlteras. Sobre esto, ¿cuál es vuestro parecer? Y esto lo decían tentándole para poderle acusar. Mas Jesús, inclinado escribía con el dedo en tierra. Como continuaron interrogándolo, se enderezó y les dijo: El que de vosotros, esté sin pecado, que le arroje la primera piedra. Después, inclinándose de nuevo, continuó escribiendo en la tierra. Pero ellos, oyéndole hablar así, se retiraron uno después de otro, y los más ancianos los primeros; y así, quedó sólo con la mujer, que estaba en medio de la plaza.*

Entonces, enderezándose Jesús, le dijo: Mujer, ¿en dónde están vuestros acusadores? ¿Ninguno os condenó? Dijo ella: ninguno, Señor. Jesús le respondió: ni yo tampoco os condenaré. Id, y en el futuro no pequéis más. (San Juan, cap. VIII, v. del 3 al 11).

13. “El que estuviere sin pecado, que le arroje la primera piedra”, dijo Jesús. Esta máxima hace un deber de la indulgencia, porque no hay nadie que no tenga necesidad de ella para sí mismo.

Ella nos enseña que no debemos juzgar a los otros más severamente de lo que nos juzgaríamos a nosotros mismos, ni condenar en otro lo que en nosotros disculpamos. Antes de censurar una falta a alguien, veamos si la misma reprobación no puede recaer sobre nosotros.

La censura lanzada sobre la conducta de otro puede tener dos motivos: reprimir el mal o desacreditar a la persona cuyos actos se critican; este último motivo no tiene nunca excusa, porque es maledicencia y maldad. Lo primero puede ser laudable, y es un deber en ciertos casos, porque de ello debe resultar un bien, y porque sin esto el mal nunca se reprimiría en la sociedad; además, ¿no debe el hombre ayudar el progreso de su semejante? Así, pues, no sería preciso, tomar en el sentido absoluto este principio: “No juzguéis si no queréis ser juzgados”, porque la letra mata y el espíritu vivifica.

Jesús no podía prohibir que se censurase el mal, puesto que él mismo nos dio el ejemplo, y lo hizo en términos enérgicos; pero quiso decir que la autoridad de la censura está en razón de la autoridad moral del que la pronuncia; hacerse culpable de lo que se condena en otro es abdicar esta autoridad; es, además, apropiarse el derecho de represión. La conciencia íntima, por lo demás, niega todo respeto y toda sumisión voluntaria al que estando investido de algún poder, viola las leyes, y los principios que está encargado de aplicar. *No hay autoridad legítima a los ojos de Dios, sino aquella que se apoya en el ejemplo que da del bien; esto es lo que resalta igualmente de las palabras de Jesús.*

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

PERDÓN DE LAS OFENSAS

14. ¿Cuántas veces perdonaré a mi hermano? Le perdonaréis no siete veces, sino setenta veces siete veces. He aquí una de estas máximas de Jesús que más debe alcanzar vuestra inteligencia y hablar muy alto a vuestro corazón. Comparad estas palabras de misericordia con las de la oración tan sencilla, tan resumida y tan grande en sus

aspiraciones, que Jesús da a sus discípulos, y encontraréis siempre el mismo pensamiento. Jesús, el justo por excelencia, responde a Pedro: Perdonarás, pero sin límites; perdonarás cada ofensa, aunque la ofensa te sea hecha con frecuencia; enseñarás a tus hermanos ese olvido de sí mismo que los hace invulnerables contra el ataque, los malos proceder y las injurias; serás manso y humilde de corazón, no midiendo nunca tu mansedumbre; harás, en fin, lo que deseas que el Padre celestial haga por ti; ¿no tiene Él que perdonarte muy a menudo, y cuenta, acaso, el número de veces que su perdón desciende a borrar tus faltas?

Escuchad, pues, esa respuesta de Jesús y, como Pedro, aplicáosla; perdonad, sed indulgentes, caritativos, generosos y hasta pródigos de vuestro amor. Dad, porque el Señor os restituirá; perdonad, porque el Señor os perdonará; rebajaos porque el Señor os levantará; humillaos, porque el Señor os hará sentar a su derecha.

Id, mis muy amados, estudiad y comentad estas palabras que os dirijo, de parte de Aquél que, desde lo alto de los esplendores celestes, está siempre atento con vosotros, y continúa con amor la tarea ingrata que comenzó hace dieciocho siglos. Perdonad, pues, a vuestros hermanos, como tenéis necesidad de que os perdonen a vosotros. Si sus actos os han perjudicado personalmente, mayor motivo tenéis para ser indulgentes, porque el mérito del perdón es proporcionado a la gravedad del mal, y no habría ninguno en perdonar los errores de vuestros hermanos si sólo os hubiesen hecho pequeñas ofensas.

Espíritas, no olvidéis nunca que tanto en palabras como en acciones, el perdón de las injurias no debe ser una palabra vana. Si os llamáis espíritas, sedlo pues; olvidad el mal que os haya podido hacer y no penséis sino en una cosa: el bien que podéis hacer. El que entró en este camino, no debe apartarse de él ni con el pensamiento, porque sois responsables por vuestros pensamientos, que Dios conoce. Haced, pues, que estéis despojados de todo sentimiento de rencor; Dios sabe lo que permanece en el fondo del corazón de cada uno. *Feliz, pues, aquél que cada noche puede dormirse diciendo: Nada tengo contra mi prójimo.* SIMEÓN, Bordeaux, 1862).

15. Perdonar a los enemigos es pedir perdón para sí mismo: perdonar a los amigos es darles una prueba de amistad; perdonar las ofensas es mostrar que uno se volvió mejor. Perdonad, pues, mis amigos, a fin de que Dios os perdone, porque si sois duros, exigentes, inflexibles y si además tenéis rigor por una ligera ofensa, ¿cómo queréis que Dios olvide que todos los días tenéis mayor necesidad de indulgencia? ¡Oh! Ay de aquél que dice: “Yo nunca perdonaré”, porque pronuncia su propia condenación. ¿Quién sabe, además, si descendiendo de vosotros mismos, no habéis sido el agresor? ¿Quién sabe, si en esa lucha que comienza por un rasguño y acaba por una ruptura, no habréis dado el primer golpe? ¿Si tal vez no se os escapó una palabra ofensiva? ¿Si usasteis de toda la moderación necesaria? Sin duda, vuestro adversario erró al mostrarse muy susceptible, pero esto es una razón para que seáis indulgentes y no merezcáis la censura que le dirigís. Admitamos que hayáis sido realmente el ofendido en alguna circunstancia, ¿quién os dice que no habéis envenenado el asunto con las represalias, y que no hicisteis degenerar en querrela formal lo que fácilmente hubiera podido quedar en el olvido? Si dependía de vosotros el impedir las consecuencias, y no lo hicisteis, sois culpables. Admitamos, en fin, que no tenéis absolutamente ninguna censura que haceros, entonces tendréis mucho más mérito en demostraros clementes.

Mas hay dos maneras muy diferentes de perdonar: hay el perdón de los labios y el perdón del corazón. Muchas personas dicen de sus adversarios: “Yo le perdono”, mientras que interiormente, experimentan un secreto placer del mal que les sucede, diciendo para sí mismas que él sólo tiene lo que merece. Cuántos dicen: “Yo perdono” y añaden: “pero no me reconciliaré nunca; no quiero volver a verlo por el resto de la vida”. ¿Acaso este es el perdón según el Evangelio? No; el verdadero perdón, el perdón cristiano, es aquel que echa un velo sobre el pasado; el único que os será tomado en cuenta, porque Dios no se contenta con las apariencias: sondea el fondo de los corazones y los pensamientos más secretos; no se le engaña con palabras y vanos simulacros. El olvido completo y absoluto de las ofensas es propio

de las grandes almas; el rencor es siempre una señal de bajeza y de inferioridad. No olvidéis que el verdadero perdón se reconoce en los actos mucho más que en las palabras. (PABLO, apóstol, Lyon, 1861).

LA INDULGENCIA

16. Espíritas, hoy queremos hablaros de la indulgencia, de ese sentimiento tan dulce, tan fraternal que todo hombre debe tener para con sus hermanos, pero del cual muy pocos hacen uso.

La indulgencia no ve los defectos de los otros, o si los ve, evita hablar de ellos o de divulgarlos; por el contrario, los oculta con el fin de que sólo él los conozca; y si la malevolencia los descubre, siempre tiene a mano una excusa para paliarlos, es decir: una excusa plausible, seria, y no de aquellas que teniendo el aire de atenuar la falta, la hacen resaltar con pérvida maestría.

La indulgencia nunca se ocupa de los actos malos de los demás, a menos que eso sea para servir, y aun así tiene cuidado de atenuarlos tanto como le es posible. No hace observaciones chocantes, ni tiene censura en los labios, sino consejos, lo más a menudo disfrazados. Cuándo criticáis, ¿qué consecuencias deben sacarse de vuestras palabras? Es que vosotros, los que censuráis, no habréis hecho tal vez lo que reprobáis, y valdréis más que el culpable. ¡Oh, hombres! ¿Cuándo juzgaréis vuestros propios corazones, vuestros propios pensamientos, vuestros propios actos, sin ocuparos de lo que hacen vuestros hermanos? ¿Cuándo abriréis vuestros ojos severos tan sólo para vosotros mismos?

Sed, pues, severos para con vosotros e indulgentes para con los demás. Pensad en el que juzga en última instancia, que ve los pensamientos secretos de cada corazón y que por consiguiente, disculpa las faltas que censuráis, o condena lo que disculpáis, porque conoce el móvil de todos los actos, y que vosotros, que proclamáis tan alto: ¡anatema! Quizás hayáis cometido faltas más graves.

Sed indulgentes, amigos míos, porque la indulgencia atrae, calma, eleva; mientras que el rigor desalienta, aleja e irrita. (JOSÉ, Espíritu protector, Bordeaux, 1863).

17. Sed indulgentes para con las faltas de los otros, cualesquiera que sean; sólo debéis juzgar con severidad vuestras acciones, y el Señor usará de indulgencia para con vosotros, así como vosotros la habréis usado para con los demás.

Sostened a los fuertes animándoles a la perseverancia; fortificad a los débiles mostrándoles la bondad de Dios, que toma en cuenta el menor arrepentimiento; mostrad a todos el ángel del arrepentimiento extendiendo sus blancas alas sobre las faltas de los hombres, velándolas así a los ojos de aquél que no puede ver lo que es impuro. Comprended todos la misericordia infinita de vuestro Padre, y no os olvidéis jamás de decirle con vuestro pensamiento y sobre todo, con vuestros actos: “Perdonad nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido”. Comprended bien el valor de esas sublimes palabras; no sólo su letra es admirable, sino también el compromiso que encierran.

¿Qué pedís al Señor cuando le solicitáis que os perdone? ¿Es sólo el olvido de vuestras ofensas? Olvido que os deja en la nada, porque si Dios se contenta en olvidar vuestras faltas, no castiga, *pero tampoco recompensa*. La recompensa no puede ser el precio del bien que no se ha hecho, y aun menos del mal causado, aun cuando ese mal fuese olvidado. Pidiéndole el perdón de vuestras infracciones, le pedís el favor de sus gracias para no caer más en falta; la fuerza necesaria para entrar en un nuevo camino, camino de sumisión y de amor, en el cual podréis sumar la reparación al arrepentimiento.

Cuando perdonéis a vuestros hermanos, no os contentéis con correr el velo del olvido sobre sus faltas; este velo es, con frecuencia, muy transparente a vuestros ojos; Llevadles el amor al mismo tiempo que el perdón; haced por ellos lo mismo que pediréis a vuestro Padre celeste que haga por vosotros. Sustituid la cólera que mancha, por el amor que purifica. Predicad con el ejemplo esa caridad activa, infatigable, que Jesús os enseñó; predicad como él mismo lo hizo, mientras vivió en la Tierra, visible a los ojos del cuerpo, y la ha predicado también sin cesar desde que sólo es visible a los ojos del espíritu. Seguid a ese divino modelo; marchad en pos de sus pasos; ellos os conducirán al lugar de refugio donde

encontraréis reposo después de la lucha. Como él, cargad todos vosotros vuestra cruz y subid penosamente, pero con ánimo, vuestro calvario: en la cumbre está la glorificación. (JUAN, obispo de Bordeaux, 1862).

18. Queridos amigos, sed severos con vosotros mismos e indulgentes con las debilidades de los otros; también esto es una práctica de la santa caridad que muy pocas personas observan. Todos tenéis malas tendencias a vencer, defectos que corregir, hábitos que modificar; todos tenéis un fardo más o menos pesado a depositar para escalar la cumbre de la montaña del progreso. ¿Por qué, sois tan clarividentes con el prójimo y tan ciegos con relación a vosotros mismos? ¿Cuándo, cesaréis de percibir en el ojo de vuestro hermano la paja que le hiere, sin mirar en el vuestro la viga que os ciega y os hace marchar de caída en caída? Creed en vuestros hermanos los Espíritus: Todo hombre bastante orgulloso para creerse superior en virtud y en mérito, a sus hermanos encarnados, es insensato y culpable, y Dios le castigará en el día de su justicia. El verdadero carácter de la caridad es la modestia y la humildad que consisten en no ver, sino superficialmente, los defectos de otro para interesarse en hacer valer lo que hay en ellos de bueno y virtuoso; porque si el corazón humano es un abismo de corrupción, existe siempre en alguno de sus pliegues más ocultos el germen de algunos buenos sentimientos, chispa brillante de la esencia espiritual.

¡Espiritismo, doctrina consoladora y bendita, felices los que te conocen y se aprovechan de las saludables enseñanzas de los Espíritus del Señor! Para ellos el camino es iluminado y durante todo su curso se pueden leer estas palabras que les indican el medio de alcanzar el fin: caridad práctica, caridad del corazón, caridad para el prójimo como para sí mismo; en una palabra, caridad para todos y amor de Dios sobre todas las cosas, porque el amor de Dios resume todos los deberes, y es imposible amar realmente a Dios sin practicar la caridad, de la que hace una ley para todas las criaturas. (DUFÉTRE, obispo de Nevers. Bordeaux).

19. *Si nadie es perfecto, ¿se sigue de esto que nadie tiene el derecho de corregir al prójimo?*

Seguramente que no, puesto que cada uno de vosotros debe trabajar por el progreso de todos, y sobre todo de aquellos cuya tutela se os ha confiado; pero es una razón para hacerlo con moderación, con un fin útil, y no como se hace la mayor parte de las veces por el placer de denigrar. En este último caso, la censura es una maldad; en el primero, es un deber que la caridad manda cumplir con todas las reservas posibles; y aun la censura que se quiere hacer a otro, debe uno hacérsela a sí mismo al propio tiempo y preguntarse si también la merece. (SAN LUIS, París, 1860).

20. *¿Será reprehensible observar las imperfecciones de los otros, cuando no puede resultar ningún provecho para ellos, aun cuando no las divulgue?*

Todo depende de la intención; ciertamente no está prohibido ver el mal cuando el mal existe; incluso, sería inconveniente en ver por todas partes sólo el bien; esta ilusión perjudicaría el progreso. El error está en hacer resaltar esa observación en detrimento del prójimo, desacreditándole, sin necesidad, en la opinión pública. Sería también reprehensible haciéndolo para complacerse a sí mismo en sus sentimientos de malevolencia y de alegría de encontrar a los otros en falta. Sucede de otro modo cuando echando un velo sobre el mal, para el público, se limita a observarlo para su provecho personal, es decir, para estudiarlo y evitar lo que se censura en los otros. Por lo demás, esta observación, ¿no es acaso útil al moralista? ¿Cómo pintaría los males de la Humanidad si no estudiase los modelos? (SAN LUIS, París, 1860).

21. *¿Hay casos en que sea útil revelar el mal de otro?*

Esta pregunta es muy delicada, y aquí es cuando debe recurrirse a la caridad bien comprendida. Si las imperfecciones de una persona sólo dañan a ella misma, nunca hay utilidad en hacerlas conocer; pero si pueden ocasionar perjuicio a otro es necesario preferir el interés de la mayoría al interés de uno solo. Según las circunstancias, desenmascarar la hipocresía y la mentira puede ser un deber, porque vale más que un hombre caiga y no que varios vengán a ser engañados o sus víctimas. En tal caso, se han de pesar la suma de las ventajas y de los inconvenientes. (SAN LUIS, París, 1860).

CAPÍTULO XI

AMAR AL PRÓJIMO COMO A SÍ MISMO

El mayor mandamiento. – Hacer por los otros lo que quisiéramos que los otros hicieran por nosotros. – Parábola de los acreedores y de los deudores. – Dad a César lo que es de César. *Instrucciones de los Espíritus*: La ley de amor. – El egoísmo. – La fe y la caridad. – Caridad para con los criminales. – ¿Debe exponerse la vida por un malhechor?

EL MAYOR MANDAMIENTO

1. *Los fariseos, sabiendo que él había hecho callar la boca a los saduceos, reuniéronse; y uno de ellos que era doctor de la ley, le vino a hacer esta pregunta para tentarlo: Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento de la ley? Jesús le respondió: Amaréis al Señor nuestro Dios, con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y con todo vuestro Espíritu; éste es el mayor y el primer mandamiento. Y he aquí el segundo, que es semejante a aquél: Amaréis a vuestro prójimo como a vosotros mismos. Toda la ley y los profetas se resumen en estos dos mandamientos. (San Mateo, cap. XXII, v. 34 a 40).*

2. *Haced a los hombres todo lo queréis que ellos hagan por vosotros; porque es la ley y los profetas. (Idem, cap. VI, v. 31).*

Tratad a todos los hombres de la misma forma que quisierais que ellos os trataran. (San Lucas, cap. VI, v. 31).

3. *El reino de los cielos es comparado a un rey, que quiso arreglar cuentas con sus siervos; y habiendo comenzado a hacerlo, se le presentó uno de ellos que le debía diez mil talentos. Pero como no tenía los medios para restituirlos, su señor recomendó que lo vendiesen a él, a su mujer, a sus hijos y todo lo que tenía,*

para satisfacer su deuda. El siervo, arrojándose a sus pies, le suplicó diciendo: Señor, tened un poco de paciencia y yo le restituiré todo. Entonces, el señor de aquel siervo, compadecido, le dejó libre y perdonó la deuda. Mas aquel siervo, luego que salió, encontrando a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, le tomó por la garganta, casi lo ahogó, diciendo: Devuélveme lo que me debes. Y su compañero, arrojándose a sus pies, le suplicó, diciendo: Ten un poco de paciencia y yo te lo devolveré todo. Pero él no quiso escucharlo; se fue e hizo ponerlo en la cárcel, para en ella quedar hasta que le restituyese todo lo que le debía.

Los otros siervos, sus compañeros, viendo lo que pasaba, extremadamente afligidos, fueron a informar a su señor de todo lo que había ocurrido. Entonces, el señor haciéndole venir, le dijo: Siervo malo, os perdoné de todo lo que me debíais, porque me lo rogasteis; ¿no era menester, pues, que tuvieseis piedad de vuestro compañero, como tuve piedad de vos? Y el señor, enojado, lo entregó en manos de los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía.

Así es como nuestro Padre, que está en el cielo, os tratará, si cada uno no perdona desde el fondo de su corazón, a su hermano, por las faltas que le haya cometido. (San Mateo, cap. XVIII, v. 23 a 35).

4. “Amar al prójimo como a sí mismo, hacer por los otros lo que quisiéramos que los otros hiciesen por nosotros”, es la expresión más completa de la caridad, porque resume todos los deberes para con el prójimo. No se puede tener guía más seguro sobre este particular que el tomar por medida de lo que debe hacerse con los otros lo que deseamos que a nosotros se nos haga. ¿Con qué derecho se exigiría a nuestros semejantes mejores procederes de indulgencia, de benevolencia y de devoción, que los que se tiene con ellos? La práctica de estas máximas tiende a la destrucción del egoísmo; cuando los hombres las tomen por normas de su conducta y por base de sus instituciones, comprenderán la verdadera fraternidad y harán reinar entre ellos la paz y la justicia; no habrá ya ni odios ni disensiones, sino unión, concordia y benevolencia mutua.

DAD A CÉSAR LO QUE ES DE CÉSAR

5. *Entonces los fariseos, habiéndose retirado, decidieron entre sí sorprenderle en sus palabras. Mandáronle, pues, sus discípulos con los herodianos, para decirle: Señor, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios por la verdad, sin considerar a quien quiera que sea, porque no consideraréis a la persona de los hombres; decidnos, pues, vuestro consejo sobre esto: ¿a nosotros es permitido pagar tributo a César, o no pagarlo?*

Mas Jesús, conociendo su malicia, les dijo: hipócritas ¿por qué me tentáis? Mostradme la moneda que se da para el tributo. Y habiéndoles ellos presentado una moneda, Jesús les dijo: ¿de quién es esta imagen y esta inscripción? De César, le dijeron. Entonces Jesús les respondió. Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios.

Oyéndole hablar de esa manera, admiraron su respuesta, y, dejándolo, se fueron. (San Mateo, cap. XXII, v. de 15 a 22; San Marcos, cap. XII, v. 13 a 17).

6. La cuestión propuesta a Jesús era motivada por la circunstancia de que teniendo los Judíos horror al tributo impuesto por los romanos, hicieron de ella una cuestión religiosa. Se había formado un partido numeroso con el propósito de rechazar el impuesto; pues, el pago del tributo era, para ellos, una cuestión de irritante actualidad, sin lo cual la pregunta hecha a Jesús: “¿A nosotros es permitido pagar tributo a César, o no pagarlo?” No tendría ningún sentido. Esta pregunta era un lazo; porque según su respuesta, esperaban excitar contra él, ya sea a la autoridad romana, ya a los Judíos disidentes. Pero, “Jesús conociendo su malicia”, evita la dificultad, dándoles una lección de justicia, diciéndoles que diesen a cada uno lo que le era debido. (Véase en la Introducción, el artículo: *Publicanos*).

7. Esta máxima: “Dad a César lo que es de César”, no debe entenderse de una manera restrictiva y absoluta. Como todas las enseñanzas de Jesús, es un principio general resumido bajo una forma práctica y usual, y deducido de una circunstancia particular. Este principio es una consecuencia del que manda a actuar con los

otros como quisiéramos que éstos obrasen con respecto a nosotros; condena todo perjuicio material y moral causado a otro, toda violación de sus intereses; prescribe el respeto de los derechos de cada uno, como cada uno desea que se le respeten los suyos; se extiende al cumplimiento de los deberes contraídos con la familia, la sociedad, la autoridad, lo mismo que con los individuos.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

LA LEY DE AMOR

8. El amor resume completamente la doctrina de Jesús, porque es el sentimiento por excelencia y los sentimientos son los instintos elevados a la altura del progreso realizado. Inicialmente el hombre sólo tiene instintos; más avanzado y corrompido, sólo tiene sensaciones; más instruido y purificado, tiene sentimientos, y el punto delicado del sentimiento es el amor; no el amor en el sentido vulgar del término, sino ese sol interior que condensa y reúne en su ardiente foco todas las aspiraciones y todas las revelaciones sobrehumanas. La ley de amor substituye la personalidad por la fusión de los seres y aniquila las miserias sociales. ¡Feliz aquél que, elevándose sobre su humanidad, quiere con gran amor a sus hermanos que sufran! ¡Feliz aquél que ama, porque no conoce ni la angustia del alma, ni la miseria del cuerpo, sus pies son ligeros y vive como transportado fuera de sí mismo! Cuando Jesús pronunció esta divina palabra –amor–, hizo con ella estremecer a los pueblos, y los mártires, embriagados de esperanza, descendían al circo.

El Espiritismo, a su vez, viene a pronunciar la segunda palabra del alfabeto divino; estad atentos, porque esa palabra levanta la piedra de las tumbas vacías y la *reencarnación*, triunfando sobre la muerte, revela al hombre maravillado su patrimonio intelectual; no es ya a los suplicios que ella le conduce, sino a la conquista de su ser, elevado y transfigurado. La sangre rescató al Espíritu y el Espíritu debe hoy rescatar al hombre de la materia.

He dicho que inicialmente el hombre sólo tiene instintos; aquél, pues, en quién dominan los instintos, está más próximo al

punto de partida que del objetivo. Para avanzar en dirección al objetivo, es preciso vencer los instintos en provecho de los sentimientos, es decir, perfeccionar éstos sofocando los gérmenes latentes de la materia. Los instintos son la germinación y los embriones del sentimiento; llevan consigo el progreso, como la bellota encierra la encina; y los seres menos avanzados son los que desembarazándose solo poco a poco de su crisálida, permanecen esclavizados a los instintos. El Espíritu debe ser cultivado como un campo; toda la riqueza futura depende del trabajo presente, y más que bienes terrestres, os traerá a la gloriosa elevación; entonces será cuando comprendiendo la ley de amor que une a todos los seres, encontraréis en ella las suaves alegrías del alma, que son el preludio de las alegrías celestes. (LÁZARO, París, 1862).

9. El amor es de esencia divina y desde el primero hasta el último, poseís en el fondo del corazón la llama de ese fuego sagrado. Esto es un hecho que pudisteis constatar muchas veces; el hombre más abyecto, más vil y más criminal, siente por un ser o por un objeto cualquiera, un afecto vivo y ardiente, a prueba de todo lo que tendiera a disminuirlo, alcanzando, con frecuencia, proporciones sublimes.

He dicho por un ser o por un objeto cualquiera, porque hay entre vosotros individuos que prodigan los tesoros de amor, de los que sus corazones rebosan, en animales, plantas e incluso sobre objetos materiales: especie de misántropos, quejándose de la Humanidad en general, resistiendo a la tendencia natural de su alma que busca a su alrededor el afecto y la simpatía. Esos rebajan la ley de amor al estado de instinto. Pero, cualquier cosa que hagan, no sabrán sofocar el germen vivaz que Dios, al crearlos, depositó en sus corazones; ese germen se desarrolla y engrandece con la moralidad y la inteligencia, y aunque sea comprimido por el egoísmo, es el origen de santas y dulces virtudes que constituyen los afectos sinceros y duraderos, y os ayudan a vencer la ruta escarpada y árida de la existencia humana.

Hay algunas personas a quienes repugna la prueba de la reencarnación, en el sentido que otros participen de sus afectuosas simpatías, de las que están celosas. ¡Pobres hermanos! Vuestro

afecto os hace egoístas; vuestro amor está limitado a un círculo íntimo de parientes o de amigos y todos los demás os son indiferentes. ¡Pues bien! Para practicar la ley de amor, tal como Dios la entiende, es preciso que lleguéis por grados a amar a todos vuestros hermanos indistintamente. La tarea será larga y difícil, pero se cumplirá: Dios lo quiere y la ley de amor es el primer y el más importante precepto de vuestra nueva doctrina, porque es la que deberá un día, matar el egoísmo, bajo cualquier forma que se presente; porque además del egoísmo personal, hay también el egoísmo de familia, de casta, de nacionalidad. Jesús dijo: “Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos”; pero, ¿cuál es el límite del prójimo? ¿Es, acaso, la familia, la secta, la nación? No, es la Humanidad entera. En los mundos superiores, es el amor recíproco que armoniza y dirige a los Espíritus avanzados que los habitan; y vuestro planeta destinado a un progreso próximo por su transformación social, verá practicar por sus habitantes, esta sublime ley, reflejo de la Divinidad.

Los efectos de la ley de amor son el mejoramiento moral de la raza humana y la felicidad durante la vida terrestre. Los más rebeldes y los más viciosos deberán reformarse cuando vean los beneficios producidos por esta práctica: No hagáis a los otros lo que no quisierais que os hicieran a vosotros, mas hacedles, por el contrario, todo el bien que vosotros podáis hacerles.

No creáis en la esterilidad y endurecimiento del corazón humano; a pesar suyo, cede al amor verdadero; es un imán al que no puede resistir, y el contacto de ese amor vivifica y fecunda los gérmenes de esa virtud que está en vuestro corazón en estado latente. La Tierra, morada de prueba y de exilio, será entonces purificada por ese fuego sagrado y verá practicar la caridad, la humildad, la paciencia, la devoción, la abnegación, la resignación, el sacrificio, virtudes todas hijas del amor. No os canséis, pues, de escuchar las palabras de Juan Evangelista; ya lo sabéis cuando la enfermedad y la vejez suspendieron el curso de sus predicaciones, sólo repetía estas dulces palabras: “Hijitos míos, amaos unos a otros”.

Muy amados hermanos, usen con provecho estas lecciones; su práctica es difícil, pero el alma saca de ellas un bien inmenso.

Creedme, haced el esfuerzo sublime que os pido: “Amaos”, y muy pronto veréis la Tierra transformada convertirse en un Eliseo, donde las almas de los justos vendrán a gozar del reposo. (FÉNELON, Bordeaux, 1861).

10. Mis queridos condiscípulos, los Espíritus que están aquí presentes os dicen por mi voz: Amad bastante, con el fin de ser amados. Este pensamiento es tan justo, que encontraréis en él todo lo que consuela y calma las penas de cada día; o más bien, practicando esta sabia máxima, os elevaréis de tal modo sobre la materia, que os espiritualizaréis antes de vuestro deceso terrestre. Habiendo los estudios espíritas desarrollado en vosotros la comprensión del futuro, tenéis la certidumbre de la ascensión hasta Dios, con todas las promesas que corresponden a las aspiraciones de vuestra alma; también debéis elevaros lo bastante para juzgar sin las limitaciones de la materia, y no condenar a vuestro prójimo antes de haber dirigido vuestro pensamiento a Dios.

Amar, en el sentido profundo de la palabra, es ser leal, probo, concienzudo, para hacer a los otros lo que quisiéramos para nosotros mismos; es buscar alrededor de sí el sentido íntimo de todos los dolores que abruman a vuestros hermanos, para suavizarlos; es mirar la gran familia humana como la suya, porque esta familia la volveréis a encontrar, en cierto período, en mundos más avanzados, y los Espíritus que la componen son, como vosotros, hijos de Dios destinados a elevarse hasta el infinito. Por esto no podéis rehusar a vuestros hermanos lo que Dios os dio libremente, porque por vuestra parte estaríais muy contentos de que vuestros hermanos os diesen de lo que tuvieseis necesidad. A todos los sufrimientos, dadles, pues, una palabra de esperanza y de apoyo, a fin de que seáis todo amor, todo justicia.

Creed que estas sabias palabras: “Amad bastante para que seáis amados”, marcharán; son revolucionarias y siguen un camino fijo, invariable. Mas vosotros que me escucháis, ya habéis ganado mucho, pues sois infinitamente mejores que hace cien años; habéis cambiado de tal modo, con ventaja vuestra, que aceptáis, sin réplica, una multitud de ideas nuevas sobre la libertad y la fraternidad, que en otro tiempo rechazasteis; pues de aquí a cien años aceptaréis

con la misma facilidad las que aún no han podido entrar en vuestro cerebro.

Hoy que el movimiento espírita ha dado un gran paso, ved con que rapidez las ideas de justicia y renovación, contenidas en los dictados de los Espíritus, son aceptadas por la parte mediana del mundo inteligente; es porque esas ideas responden a todo lo que hay de divino en vosotros; es que estáis preparados para una sementera fecunda: la del último siglo, que implantó en la sociedad las grandes ideas de progreso; y como todo se encadena bajo el dedo del Altísimo, todas las lecciones recibidas y aceptadas estarán contenidas en ese cambio universal de amor al prójimo. Por él, los Espíritus encarnados, juzgando y sintiendo mejor, se extenderán las manos desde los confines de vuestro planeta; y se reunirán para entenderse y amarse, para destruir todas las injusticias, todas las causas de mala inteligencia entre los pueblos.

¡Gran pensamiento de renovación por el Espiritismo, también descripto en *El Libro de los Espíritus*! Tú producirás el gran milagro del siglo venidero, el de la reunión de todos los intereses materiales y espirituales de los hombres por la aplicación de esta máxima bien comprendida: “Amad bastante a fin de que seáis amados. (SANSÓN, miembro de la Sociedad Espírita de París, 1863).

EL EGOÍSMO

11. El egoísmo, esta llaga de la Humanidad, debe desaparecer de la Tierra, cuyo progreso moral retarda; al Espiritismo le está reservada la tarea de hacerla subir en la jerarquía de los mundos. El egoísmo es, pues, el objetivo para el cual todos los verdaderos creyentes deben dirigir sus armas, sus fuerzas y su valor; digo valor porque es necesario más valor para vencerse a sí mismo que para vencer a los otros. Que cada uno ponga todo su cuidado en combatirlo en sí, porque ese monstruo devorador de todas las inteligencias, ese hijo del orgullo, es el origen de todas las miserias de este mundo. Es la negación de la caridad y por consiguiente, el más grande obstáculo para la felicidad de los hombres.

Jesús os dio el ejemplo de la caridad y Poncio Pilatos el del

egoísmo; porque mientras el Justo va a recorrer las santas estaciones de su martirio, Pilatos se lava las manos diciendo: ¡Qué me importa! Dijo a los Judíos: Este hombre es justo, ¿por qué queréis crucificarlo? Y sin embargo, deja que le conduzcan al suplicio.

Es a ese antagonismo de la caridad y del egoísmo, a la invasión de esa lepra del corazón humano, que el Cristianismo debe no haber cumplido aún toda su misión. Es a vosotros, nuevos apóstoles de la fe a quienes los Espíritus Superiores esclarecen, a quién incumbe la tarea y el deber de extirpar ese mal, para dar al Cristianismo toda su fuerza y limpiar el camino de las zarzas que le entran su marcha. Extirpad el egoísmo de la Tierra, para que pueda gravitar en la escala de los mundos, porque ya es tiempo de que la Humanidad vista su traje viril y, para eso, es preciso primero extirparlo de vuestro corazón. (EMMANUEL, París, 1861).

12. Si los hombres se amasen mutuamente, la caridad sería mejor practicada; pero para esto sería preciso que os esforzaseis en desembarazaros de esa coraza que cubre vuestros corazones, a fin de ser más sensibles con los que sufren. La dureza mata los buenos sentimientos. Cristo no se negaba a nadie; el que se dirigiese a él, cualquiera que fuese, no era rechazado: la mujer adúltera y el criminal eran socorridos por él; no temía nunca que su propia consideración viniese a sufrir con eso. ¿Cuándo, pues, lo tomaréis como modelo de todas vuestras acciones? *Si la caridad reinase en la Tierra, el malo no tendría predominio; huiría avergonzado, se escondería, porque se encontraría desplazado en todas partes.* Entonces el mal desaparecería, estad bien compenetrados de esto.

Empezad por dar el ejemplo vosotros mismos, sed caritativos con todos indistintamente; esforzaos por no fijaros más en aquellos que os miran con desdén y dejad a Dios el cuidado de toda justicia, porque cada día, en su reino separa la cizaña del trigo.

El egoísmo es la negación de la caridad, y sin caridad no habrá sosiego en la sociedad; digo más, ni seguridad. Con el egoísmo y el orgullo que se dan la mano, habrá siempre un camino para el más sagaz, una lucha de intereses en la que son pisoteados los más santos afectos, donde ni siquiera los lazos de familia son respetados. (PASCAL, Sens, 1862).

LA FE Y LA CARIDAD

13. Os dije últimamente, mis queridos hijos, que la caridad sin la fe no bastaba para mantener, entre los hombres, un orden social capaz de hacerles felices. Debía haber dicho que la caridad es imposible sin la fe. Podréis encontrar, en verdad, impulsos generosos aun en las personas sin religión, pero esa caridad austera que sólo se practica por la abnegación, por el sacrificio constante de todo interés egoísta, sólo la fe puede inspirarla, porque nada aparte de ella nos hace llevar con ánimo y perseverancia la cruz de esta vida.

Sí, hijos míos, en vano el hombre, ávido de placeres, quisiera engañarse sobre su destino en este mundo, sosteniendo que le es permitido el ocuparse de su felicidad. Ciertamente, Dios nos creó para ser felices en la eternidad; sin embargo, la vida terrestre debe únicamente servir para nuestro perfeccionamiento moral, el cual se adquiere más fácilmente con la ayuda de los órganos y del mundo material. Sin contar las vicisitudes ordinarias de la vida, la diversidad de vuestros gustos, de vuestras inclinaciones, de vuestras necesidades, son también un medio de perfeccionaros, ejercitándoos en la caridad. Porque sólo a costa de concesiones y de sacrificios mutuos podréis mantener la armonía entre elementos tan diversos.

Sin embargo, tendríais razón afirmando que la felicidad está destinada al hombre en este mundo, si la buscáis, no en los goces materiales, sino en el bien. La historia de la cristiandad habla de los mártires que iban al suplicio con alegría; hoy, en vuestra sociedad, no es preciso, para ser cristiano, ni el holocausto del mártir, ni el sacrificio de la vida, sino única y sencillamente del sacrificio de vuestro egoísmo, de vuestro orgullo y de vuestra vanidad. Triunfaréis si la caridad os inspira y si la fe os sostiene. (ESPÍRITU PROTECTOR, Cracovia, 1861).

CARIDAD PARA CON LOS CRIMINALES

14. La verdadera caridad es una de las más sublimes

enseñanzas que Dios haya dado al mundo. Entre los verdaderos discípulos de su doctrina, debe existir una fraternidad completa. Debéis amar a los infelices y a los criminales, como a criaturas de Dios a las cuales se les concederá el perdón y la misericordia, si se arrepienten como a vosotros mismos, por las faltas que cometéis contra su ley. Pensad que vosotros sois más reprobables, más culpables que aquellos a quienes rehusáis el perdón y la conmiseración, porque, con frecuencia, ellos no conocen a Dios como vosotros lo conocéis y les será pedido menos que a vosotros.

No juzguéis, ¡oh! No juzguéis, mis queridos amigos, porque el juicio que hicieris os será aplicado aun con más severidad y tenéis necesidad de indulgencia para los pecados que cometéis sin cesar. ¿No sabéis que hay muchas acciones que son crímenes a los ojos del Dios de pureza y que el mundo no las considera ni siquiera como faltas leves?

La verdadera caridad no consiste solamente en la limosna que dais, ni tampoco en las palabras de consuelo con las cuales podéis acompañarla. No, no es esto sólo lo que Dios exige de vosotros. La caridad sublime, enseñada por Jesús, consiste también en la benevolencia concedida siempre y en todas las cosas a vuestro prójimo. Podéis también ejercitar esa sublime virtud con muchos seres que no tienen necesidad de limosnas y a quienes las palabras de amor, de consuelo y de valor, conducirá al Señor.

Además os digo, que los tiempos están próximos, en que la fraternidad reinará en este globo; la ley de Cristo es la que regirá los hombres y ella sola será el freno y la esperanza, y conducirá a las almas a la morada de los bienaventurados. Amaos, pues, como hijos de un mismo padre; no hagáis diferencia entre otros infelices, porque Dios es quien quiere que todos sean iguales; por tanto, no despreciéis a nadie; Dios permite que estén entre vosotros grandes criminales con el fin de que os sirvan de enseñanza. Muy pronto, cuando los hombres fueren conducidos a las verdaderas leyes de Dios, ya no habrá necesidad de esas enseñanzas, *y todos los Espíritus impuros y rebeldes serán dispersados en mundos inferiores, de acuerdo con sus tendencias.*

Debéis a éstos de quienes hablo, el socorro de vuestras

oraciones: esa es la verdadera caridad. No es necesario que digáis de un criminal: “Es un miserable; es menester purgarlo de la Tierra; la muerte que se impone es muy suave para un ser de esa especie”. No, no es así como debéis hablar. Contemplad a Jesús, vuestro modelo; ¿qué diría si viese junto a él a ese infeliz? Le compadecería, le consideraría como a un enfermo muy desdichado y le extendería la mano. Vosotros no podéis hacer eso en realidad, pero, por lo menos, podéis orar por él, asistir a su Espíritu durante los pocos instantes que debe pasar en la Tierra. El arrepentimiento puede conmover su corazón, si oráis con fe. El es vuestro prójimo, y debe tratarse como al mejor entre los hombres; su alma descarriada y rebelde fue creada como la vuestra, para perfeccionarse; ayudadle, pues, a salir del cenagal, y orad por él. (ELIZABETH DE FRANCIA, Havre, 1862).

15. *Un hombre está en peligro de muerte; para salvarle es necesario exponer la vida; pero se sabe que ese hombre es un malhechor; que si escapa, podrá cometer nuevos crímenes. A pesar de eso, ¿se debe uno exponer para salvarle?*

Esta es una cuestión muy grave y que naturalmente se puede presentar al espíritu. Responderé según mi adelantamiento moral, puesto que se trata de saber si se debe exponer la vida por un malhechor. La abnegación es ciega; se socorre a un enemigo, debe, pues, socorrerse a un enemigo de la sociedad, a un malhechor, en una palabra. ¿Creéis que sólo se arrebató a la muerte a este infeliz? Quizá le arrancaréis a toda su vida pasada. Porque, pensad en eso, en esos rápidos instantes que le arrebatan los últimos minutos de la vida, el hombre perdido vuelve sobre su vida pasada, o más bien, esa vida se le presenta delante. Quizá la muerte llegue demasiado pronto para él; la reencarnación podrá ser terrible; ¡lanzaos, pues, hombres! Vosotros a quienes la ciencia espírita ha esclarecido; lanzaos, arrancadle a su condenación y tal vez, entonces, ese hombre que moriría insultándoos, se echará en vuestros brazos. Con todo, no es necesario que os preguntéis si lo haríais o no; pero marchad en su socorro, porque salvándole, obedecéis a esa voz del corazón que os dice: “¡Puedes salvarle, sálvale!” (LAMENNAIS, París, 1862).

CAPÍTULO XII

AMAD A VUESTROS ENEMIGOS

Volver bien por mal. – Los enemigos desencarnados. – Si alguno te golpea la mejilla derecha, ofrécele también la otra. – *Instrucciones de los Espíritus*: La venganza. – El odio. – El duelo.

VOLVER BIEN POR MAL

1. *Aprendisteis que fue dicho: Amaréis a vuestro prójimo y odiaréis a vuestros enemigos. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de nuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el Sol sobre los buenos y sobre los malos, y hace llover sobre los justos y los injustos; porque si amáis sólo a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis tan sólo a vuestros hermanos, ¿hacéis más que los otros? ¿No lo hacen así los publicanos? Yo os digo que si vuestra justicia no fuere más abundante que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. (San Mateo, cap. V, v. 20 y del 43 al 47).*

2. *Si no amáis sino a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? Pues las personas de vida mala, ¿no aman también a los que las aman? Y si no hacéis bien sino a los que os lo hacen, ¿qué recompensa tendréis? Pues las personas de mala vida hacen lo mismo. Y si no prestáis sino a aquellos de quienes esperáis recibir el mismo favor, ¿qué recompensa tendréis? Pues las personas de vida mala se prestan entre sí, para recibir la misma ventaja. Mas, por vosotros, amad a vuestros enemigos, haced bien a todos y dad prestado sin de eso esperar nada, y entonces vuestra recompensa será muy grande, y seréis los hijos del Altísimo, que es bueno para los ingratos y también para los malos. Sed, pues, llenos de*

misericordia, como nuestro Dios esta lleno de misericordia. (San Lucas, cap. VI, V. de 32 a 36).

3. Si el amor al prójimo es el principio de la caridad, amar a los enemigos es su aplicación sublime, porque esta virtud es una de las mayores victorias alcanzadas contra el egoísmo y el orgullo.

Sin embargo, generalmente se equivocan sobre el sentido de la palabra amor en esta circunstancia; Jesús no quiso decir, por esas palabras, que se debía tener por el enemigo la ternura que se tiene a un hermano o a un amigo; la ternura supone confianza, y no se puede tener confianza en aquél que se sabe que nos quiere mal; no se puede tener con él las expansiones de la amistad, porque se sabe que es capaz de abusar de ello; entre personas que desconfían unas de otras, no pueden haber los lazos de simpatía que existen entre aquellas que están en comunión de pensamientos; en fin, no puede tenerse el mismo placer encontrándose con un enemigo que con un amigo.

Este sentimiento es también el resultado de una ley física: la de la asimilación y de la repulsión de los fluidos; el pensamiento malévolos dirige una corriente fluídica cuya impresión es penosa; el pensamiento benévolo nos envuelve de un efluvio agradable; de ahí la diferencia de sensaciones que se experimenta al aproximarse un amigo o un enemigo. Amar a los enemigos, no puede, pues, significar que no debe hacerse ninguna diferencia entre ellos y los amigos; este precepto parece difícil y aun imposible de practicar, porque se cree falsamente que prescribe darles el lugar en el corazón. Si la pobreza de las lenguas humanas obliga a servirse de la misma palabra para expresar diversos grados de sentimientos, la razón debe establecer la diferencia según el caso.

Amar a los enemigos, no es tenerles un afecto que no está en la Naturaleza, porque el contacto de un enemigo hace latir el corazón de muy diferente modo que el de un amigo; es no tener contra ellos ni odio, ni rencor, ni deseo de venganza; es perdonarles *sin segunda intención e incondicionalmente* el mal que nos hacen; es no oponer ningún obstáculo a la reconciliación; es desearles el bien, en vez del mal; es alegrarse en vez de afligirse por el bien que les acontece; es tenderles una mano segura en

caso de necesidad; es abstenerse, *en palabras y acciones* de todo lo que pueda perjudicarles; es, en fin, retribuirles todo el mal con el bien, *sin intención de humillarlos*. Cualquiera que haga esto, cumple las condiciones del mandamiento: Amad a vuestros enemigos.

4. Amar a los enemigos es un absurdo para el incrédulo; aquel para quien la vida presente lo es todo, sólo ve en su enemigo un ser pernicioso que turba su tranquilidad y del cual cree que sólo la muerte puede librarle; de ahí el deseo de venganza; no tiene ningún interés en perdonar si no es para satisfacer su orgullo a los ojos del mundo; aun perdonar, en ciertos casos, le parece una debilidad indigna de él; si no se venga, no deja por eso de conservar rencor y un secreto deseo del mal.

Para el creyente, pero sobre todo para el espírita, la manera de ver es diferente, porque considera el pasado y el futuro, entre los cuales la vida presente es sólo un punto; sabe que por el mismo destino de la Tierra, debe esperar encontrar en ella hombres malvados y perversos; que las maldades a que está expuesto forman parte de las pruebas que debe sufrir y el punto de vista elevado en que se coloca hace que las vicisitudes le sean menos amargas, ya provengan de los hombres o de las cosas; *si no se queja de las pruebas, tampoco debe murmurar de los que son instrumentos de ellas*; si en vez de quejarse, agradece a Dios por probarlo, *debe agradecer también a la mano que le proporciona ocasión de manifestar su paciencia y su resignación*. Este pensamiento lo dispone naturalmente al perdón; siente, además, que cuanto más generoso es, más se engrandece a sus propios ojos y se encuentra fuera del alcance de los golpes malévolos de su enemigo.

El hombre que ocupa un puesto elevado en el mundo, no se encuentra ofendido por los insultos de aquél a quien considera su inferior; lo mismo sucede con el que se eleva en el mundo moral sobre la Humanidad material; comprende que el odio y el rencor le envilecerían y le rebajarían; luego, para ser superior a su adversario, es preciso que tenga el alma más grande, más noble y más generosa.

LOS ENEMIGOS DESENCARNADOS

5. El espírita tiene aún otros motivos de indulgencia para con sus enemigos. Primero, sabe que la maldad no es el estado permanente de los hombres; que se debe a una imperfección momentánea y que del mismo modo que un niño se corrige de sus defectos, el hombre malo reconocerá un día sus malas obras y se volverá bueno.

Sabe también que la muerte sólo le libra de la presencia material de su enemigo, pero que éste puede perseguirle con su odio, aun después de haber dejado la Tierra; que de este modo la venganza falla en su objetivo y por el contrario, tiene por efecto producir una irritación mayor que puede continuar de una existencia a otra. Corresponde al Espiritismo probar por la experiencia y por la ley que rige las relaciones del mundo visible con el mundo invisible, que la expresión: *borrar el odio con sangre*, es radicalmente falsa y lo verdadero es que la sangre conserva el odio, incluso más allá de la tumba; dando, por consiguiente, una razón de ser efectiva y una utilidad práctica al perdón y a la sublime máxima de Cristo: *Amad a vuestros enemigos*. No hay corazón tan perverso que no sea conmovido por los buenos procedimientos, aun inconscientemente; con los buenos procederese se quita, por lo menos, todo pretexto de represalias; de un enemigo puede hacerse un amigo antes y después de su muerte. Con malos procederese se le irrita *y entonces es cuando él mismo sirve de instrumento a la justicia de Dios para castigar al que no perdonó*.

6. Se puede, pues, tener enemigos entre los desencarnados y entre los encarnados; los enemigos del mundo invisible, manifiestan su malevolencia por las obsesiones y las subyugaciones, de las que tantas personas son víctimas y que son una variedad de las pruebas de la vida; tanto esas pruebas como las otras, ayudan al adelantamiento y deben ser aceptadas con resignación y como consecuencia de la naturaleza inferior del globo terrestre; si no hubiese hombres malos, no habría Espíritus malos a su alrededor. Pues, si debemos indulgencia y benevolencia para con los enemigos

encarnados, debemos tenerla por igual para con los que están desencarnados.

En otro tiempo se sacrificaban víctimas sangrientas para apaciguar a los dioses infernales, que no eran otros que los Espíritus malos. A los dioses infernales sucedieron los demonios, que son la misma cosa. El Espiritismo vino a probar que esos demonios no son más que las almas de los hombres perversos que aún no se han despojado de los instintos materiales; *que no se puede apaciguarlos sino por el sacrificio de su odio, es decir, por la caridad;* que la caridad no tiene sólo por efecto impedir que hagan el mal, sino el de conducirles al camino del bien y contribuir a su salvación. Así es que la máxima: *Amad a vuestros enemigos*, no está circunscripta al círculo estrecho de la Tierra y de la vida presente, sino que se integra en la grande ley de la solidaridad y de la fraternidad universal.

SI ALGUNO TE GOLPEA EN LA MEJILLA DERECHA OFRÉCELE TAMBIÉN LA OTRA

7. *Habéis aprendido que fue dicho: ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo que no os resistáis al mal que os quieran hacer; mas, si alguno os golpea en la mejilla derecha, ofrecedle también la izquierda; y si alguno quiere pelear con vosotros para tomar vuestra túnica, dejadle también la capa; y si alguno os obligare a marchar mil pasos con él, haced aun dos mil. Dad al que os pidiere y no rechacéis al que os quiere pedir prestado. (San Mateo, cap. V, v. de 38 a 42).*

8. Los prejuicios del mundo sobre lo que se llama entre los hombres punto de honor, dan esa susceptibilidad sombría, nacida del orgullo y de la exaltación de la personalidad, que lleva al hombre a retribuir injuria por injuria, insulto por insulto, lo que parece justo a aquel cuyo sentido moral no se eleva sobre las pasiones terrestres; por eso la ley mosaica decía: ojo por ojo, diente por diente, ley en armonía con el tiempo en que vivía Moisés: Cristo vino y dijo: Retribuid el mal con el bien. Dijo más: “No resistáis al mal que os quieran hacer; *si alguno te golpea en una mejilla,*

ofrécele también la otra.” Para el orgulloso, esta máxima parece una cobardía, porque no comprende que se necesita más valor para soportar un insulto que para vengarse y esto siempre por esa causa que hace que su visión no se transporte más allá del presente. Pero, ¿es necesario tomar esta máxima al pie de la letra? No más que aquella que dice para arrancar el ojo si éste fuere ocasión de escándalo; llevada adelante con todas sus consecuencias, sería condenar toda represión, aun cuando fuese legal, y dejar el campo libre a los malos quitándoles todo miedo; si no se pusiese un freno a sus agresiones, muy pronto serían víctimas tuyas todos los buenos. El mismo instinto de conservación, que es una ley natural, dice que no es preciso extender con benevolencia el cuello al asesino. Por tanto, con estas palabras, Jesús no prohibió la defensa, sino que *condenó la venganza*. Diciendo que se ofrezca una mejilla cuando la otra fue golpeada, es decir, bajo otra forma, que no es preciso retribuir el mal con el mal; que el hombre debe aceptar con humildad todo lo que tiende a rebajarle su orgullo; que es más glorioso para sí, ser herido que herir, soportar pacientemente una injusticia que él mismo cometer una; que vale más ser engañado que engañar y ser arruinado que arruinar a otros. Esto es al mismo tiempo, la condenación del duelo, que no es otra cosa que una manifestación de orgullo. Sólo la fe en la vida futura y en la Justicia de Dios, que nunca deja el mal impune, puede dar la fuerza de soportar pacientemente los golpes dirigidos contra nuestros intereses y nuestro amor propio; por esto decimos sin cesar: Dirigid vuestras miradas al porvenir, pues cuanto más os elevéis con el pensamiento sobre la vida material, menos os angustiarán las cosas de la Tierra.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

LA VENGANZA

9. La venganza es el último vestigio abandonado por las costumbres bárbaras, que tienden a borrarse de entre los hombres. Como el duelo, es uno de los últimos vestigios de esas costumbres salvajes bajo las cuales se debatía la Humanidad al principio de la

era cristiana. Por eso la venganza es un indicio cierto del estado atrasado de los hombres que se entregan a ella y de los Espíritus que pueden inspirarla aún. Por tanto, mis amigos, ese sentimiento nunca debe hacer vibrar el corazón de quien se diga o afirme ser espírita. Vengarse, vosotros lo sabéis, es de tal modo contrario a esta prescripción de Cristo: “Perdonad a vuestros enemigos”, que el que se rehusa a perdonar, no sólo no es espírita, sino que tampoco es cristiano. La venganza es una inspiración tanto más funesta, cuanto que la falsedad y la bajeza son sus asiduas compañeras; en efecto, el que se entrega a esa fatal y ciega pasión casi nunca se venga a cielo abierto. Cuando es el más fuerte, se precipita como un animal feroz sobre el que llama su enemigo, cuando la vista de éste viene a inflamar su pasión, su cólera y su odio. Pero lo más a menudo, reviste una apariencia hipócrita, disimulando en lo más íntimo de su corazón los malos sentimientos que le animan; toma caminos extraviados, sigue en la sombra a su enemigo, que no abriga desconfianza y espera el momento propicio para herirle sin peligro; se oculta de él espiándole sin cesar; le tiende emboscadas odiosas y llegada la ocasión, le derrama el veneno en la copa. Cuando su odio no llega hasta esos extremos, entonces, le ataca en su honor y en sus afectos; no retrocede ante la calumnia y sus insinuaciones pérfidas, hábilmente sembradas por todas partes, van creciendo por el camino. Por eso, cuando aquél que se persigue se presenta en los lugares donde el sople envenenado pasó, se sorprende de encontrar rostros fríos donde encontraba otras veces los encontraba amigos y benévolos; queda estupefacto cuando las manos que buscaban la suya se niegan ahora a apretarla; en fin, queda anonadado cuando sus más queridos amigos y sus parientes se desvían y huyen de él. ¡Ah! El cobarde que se venga de ese modo es cien veces más culpable que el que va derecho a su enemigo y le insulta cara a cara.

¡Atrás, pues, esas costumbres salvajes! ¡Atrás esos uso de otro tiempo! Todo espírita que pretendiese hoy tener aún el derecho de vengarse, sería indigno de figurar por más tiempo en la falange que tomo por divisa: *¡Fuera de la caridad no hay salvación!* Pero no, no debo abrigar la idea de que un miembro de la gran familia

espírita pueda nunca, en lo sucesivo, ceder al impulso de la venganza, más que para perdonar. (JULES OLIVIER, París, 1862).

EL ODIO

10. Amaos unos a otros y seréis felices. Sobre todo, tomaos la tarea de amar a los que os inspiran indiferencia, odio y desprecio. Cristo, de quién debéis hacer vuestro modelo, os dio ese ejemplo de abnegación; misionero de amor, amó hasta dar su sangre y su vida. El sacrificio que os obliga a amar a los que os ultrajan y os persiguen, es penoso; pero esto es precisamente lo que os hace superiores a ellos; si los odiáis como ellos os odian, no valdréis más que ellos, es la hostia sin mancha ofrecida a Dios en el altar de vuestros corazones, hostia de agradable aroma cuyos perfumes suben hasta Él. Aunque la ley de amor quiera que indistintamente se ame a todos los hermanos, no endurece el corazón contra los malos procederes; por el contrario, la prueba es más penosa, lo sé, puesto que durante mi última existencia, experimenté ese tormento; pero Dios está allá y castiga en esta vida y en la otra a los que faltan a la ley de amor. No os olvidéis, mis queridos hijos, que el amor nos aproxima a Dios y que el odio nos aleja de Él. (FÉNELON, Bordeaux, 1861).

EL DUELO

11. Sólo es verdaderamente grande aquel que considerando la vida como un viaje que debe conducirle a un objetivo, hace poco caso de las asperezas del camino y no se deja desviar un instante del camino recto; con la mirada puesta sin cesar hacia el objetivo, poco le importa que las zarzas y los espinos de la senda le amenacen provocar arañazos; le rozan sin alcanzarle y no obstante, no deja por eso de seguir su curso. Exponer sus días para vengarse de una injuria, es retroceder ante las pruebas de la vida; es siempre un crimen a los ojos de Dios, y si no fuereis engañados como lo sois, por vuestros prejuicios, sería una ridícula y suprema locura a los ojos de los hombres.

En el homicidio por el duelo hay crimen y vuestra misma

legislación lo reconoce; nadie tiene el derecho, en ningún caso, de atentar contra la vida de un semejante; crimen a los ojos de Dios, que os trazó vuestra línea de conducta; aquí más que en cualquier otra parte, sois jueces de vuestra propia causa. Recordaos que se os perdonará según hubiereis perdonado; por el perdón os aproximáis a la divinidad, porque la clemencia es hermana del poder. Mientras que una gota de sangre humana se derrame en la Tierra por la mano de los hombres, el verdadero reino de Dios aún no habrá llegado, este reino de pacificación y de amor que debe desterrar para siempre de este globo la animosidad, la discordia y la guerra. Entonces, la palabra duelo no existirá más en vuestra lengua, sino como un lejano y vago recuerdo de un pasado que se fue; los hombres no conocerán entre ellos otros antagonismos que la noble rivalidad en el bien. (ADOLFO, obispo de Argel, Marmande, 1861).

12. Sin duda, el duelo puede ser una prueba de valor físico, de desprecio por la vida; pero, incontestablemente es prueba de una cobardía moral como el suicidio. El suicida no tiene valor para afrontar las vicisitudes de la vida; el duelista no tiene el de afrontar las ofensas. ¿No os ha dicho Cristo que hay más honor y valor en ofrecer la mejilla izquierda, a quien hirió la derecha, que en vengarse de una injuria? ¿No dijo también a Pedro en el Jardín de los Olivos: “Vuelve tu espada a la vaina, porque el que mate por la espada por la espada perecerá?” Con estas palabras, ¿no condena Jesús para siempre el duelo? En efecto, hijos míos, ¿qué es ese valor nacido de un temperamento violento, sanguíneo y colérico, rugiendo a la primera ofensa? ¿En dónde está, pues, la grandeza de alma de quien, a la menor injuria, quiere lavarla con sangre? ¡Pero que tiemble! Porque siempre en el fondo de su conciencia una voz le gritará: ¡Caín! ¡Caín! ¿Qué hiciste de tu hermano? Me fue preciso verter sangre para salvar mi honor, dirás a esa voz; pero, ella responderá: ¡Quisiste salvar ese honor ante los hombres por algunos instantes que te restan de vida en la Tierra y no pensaste en salvarte ante Dios! ¡Pobre loco! ¡Cuánta sangre, pues, no os pediría Cristo por todos los ultrajes que recibió! No solamente lo habéis herido con espina y lanza, no solo lo habéis atado a un patíbulo infamante, sino que, en medio de la agonía,

pudo oír las burlas que se le prodigaban. ¿Qué reparación os ha pedido después de tantos ultrajes? El último grito del cordero fue una oración por sus verdugos. ¡Oh! Perdonad como él, y orad por los que os ofenden.

Amigos, acordaos de este precepto: “Amaos unos a los otros”, y entonces al golpe dado por el odio responderéis con una sonrisa, y al ultraje, con el perdón. Sin duda el mundo se alzaría furioso y os trataría de cobardes; levantad entonces la cabeza bien alta y mostrad que vuestra frente no temería tampoco en cargarse de espinas, a ejemplo de Cristo, pero que vuestra mano no quiere ser cómplice de un homicidio, que supuestamente autoriza, una falsa apariencia de honra, que no es otra cosa que orgullo y amor propio. ¿Acaso, Dios os dio el derecho de vida y muerte a los unos sobre los otros? No, sólo dio ese derecho a la Naturaleza para reformarse y reconstruirse; pero a vosotros, no permitió que dispongáis de vosotros mismos. Como el suicida, el duelista estará marcado con sangre cuando comparezca, y al uno y al otro el soberano Juez prepara rudos y largos castigos. ¡Si amenazó con su justicia a quien dice a su hermano: *Racca*, cuanto más severa será la pena para el que comparezca ante Él con las manos rojas por la sangre de su hermano! (SAN AGUSTÍN, París, 1862).

13. El duelo es, como antiguamente lo que se llamaba el juicio de Dios, una de esas instituciones bárbaras que rigen aún a la sociedad. Sin embargo, ¿qué diríais, si vieseis sumergir a los dos antagonistas en agua hirviendo o sometidos al contacto de un hierro candente, para dirimir y dar la razón al que soportase mejor la prueba? Llamaríais insensatas esas costumbres. El duelo es aún peor que todo eso. Para el duelista diestro, es un asesinato cometido a sangre fría, con toda la premeditación deseada, porque está seguro del golpe que dará; para el adversario casi seguro de sucumbir en razón de su debilidad y de su inexperiencia, es un suicidio cometido con la más fría reflexión. Ya sé que muchas veces se procura evitar esta alternativa igualmente criminal, atribuyéndola a la suerte. ¿Pero entonces, no se vuelve, acaso, bajo otra forma, al Juicio de Dios de la Edad Media? Y aún en aquella época, era mucho menos culpable; el nombre mismo de *juicio de Dios* indica una fe ingenua,

es verdad, pero en fin, una fe en la justicia de Dios, que no podía dejar sucumbir a un inocente; mientras que en el duelo, se confía en la fuerza brutal, de tal modo que, con frecuencia el ofendido es el que sucumbe.

¡Oh, estúpido amor propio, tonta vanidad y loco orgullo! ¿Cuándo, pues, seréis reemplazados por la caridad cristiana, el amor al prójimo y la humildad, cuyo ejemplo y precepto dio Cristo? Sólo entonces desaparecerán esos monstruosos prejuicios que aún gobiernan a los hombres y que las leyes son impotentes para reprimir; porque no basta prohibir el mal y prescribir el bien, es preciso que el principio del bien y el horror al mal estén en el corazón del hombre. (UN ESPÍRITU PROTECTOR, Bordeaux, 1861).

14. ¿Qué opinión tendrán de mí, decís con frecuencia, si rehusó la reparación que se me ha pedido, o si no la pido a quien me ofendió? Los locos como vosotros, los hombres atrasados, os censurarán; pero los ilustrados con la antorcha del progreso intelectual y moral, dirán que actuasteis de acuerdo con la verdadera sabiduría. Reflexionad un poco; por una palabra, muchas veces dicha sin pensar o muy inofensiva de parte de uno de vuestros hermanos, vuestro orgullo se resiente, le respondéis de una manera áspera y de aquí viene una provocación. Antes de llegar al momento decisivo, ¿os preguntáis si actuáis como cristiano? ¿Qué cuenta daréis a la sociedad si la priváis de uno de sus miembros? ¿Pensáis, acaso, en el remordimiento de haber quitado a una mujer su marido, a una madre su hijo, a los hijos su padre y su sostenedor? Ciertamente, el que ofendió debe reparación; ¿pero no es más honroso para él darla espontáneamente, reconociendo sus errores, que exponer la vida de aquél que tiene derecho a quejarse? En cuanto al ofendido, convengo que alguna vez pueda estar gravemente ofendido, ya en su persona, ya con relación a los que nos rodean; no es sólo el amor propio el que está en juego, el corazón está herido y sufre; pero aparte de que es una estupidez jugarse la vida con un miserable capaz de una infamia, por ventura, ¿muerto éste no subsiste la afrenta cualquiera que sea? La sangre derramada, ¿no

da más publicidad a un hecho, que si es falso debe caer por su propio peso, y si es verdad, no debe ocultarse en el silencio? No queda, pues, sino la satisfacción de la venganza saciada. ¡Ah! Triste satisfacción que, con frecuencia, deja desde esta vida dolorosos remordimientos. Y si es el ofendido el que sucumbe, ¿dónde está la reparación?

Cuando la caridad sea la regla de conducta de los hombres, adecuarán sus actos y sus palabras a esta máxima: “No hagáis a los otros lo que no quisiereis que os hagan”; entonces, sí, desaparecerán todas las causas de disensiones, y con ellas, las de los duelos y de las guerras, que son los duelos de pueblo a pueblo. (FRANCISCO XAVIER, Bordeaux, 1861).

15. El hombre de mundo, el hombre feliz, que por una palabra ofensiva, por una causa fútil, se juega la vida que le viene de Dios, y se juega la vida de su semejante que sólo pertenece a Dios, es cien veces más culpable que el miserable que empujado por la ambición, por la necesidad algunas veces, se introduce en una casa para robar lo que codicia y mata a los que se oponen a su designio. Este último es casi siempre un hombre sin educación, que no tiene más que nociones imperfectas del bien y del mal, mientras que el duelista pertenece casi siempre a la clase más ilustrada; el uno mata brutalmente, el otro con método y finura, lo que hace que la sociedad le excuse. Aún añadido que el duelista es infinitamente más culpable que el infeliz que, cediendo a un sentimiento de venganza, mata en un momento de desesperación. El duelista no tiene la disculpa de que le arrastra la pasión, porque entre el insulto y la reparación hay siempre tiempo para reflexionar; actúa, pues, fríamente y con designios premeditados; todo está calculado y estudiado para matar con más seguridad a su adversario. Es verdad que también expone su vida y esto es lo que rehabilita el duelo a los ojos del mundo, porque se ve en ello un acto de valor y un desprecio de la propia vida, pero, ¿hay verdadero valor cuando se está seguro de sí mismo? El duelo, resto de los tiempos de barbarie, en que el derecho del más fuerte era la ley, desaparecerá cuando se haga más sana apreciación del verdadero

punto de honor, y, a medida que el hombre tenga una fe más viva en la vida futura. (AGUSTÍN, Bordeaux, 1861).

16. Nota. Los duelos van siendo cada vez más raros y si de tiempo en tiempo vemos aún dolorosos ejemplos, el número no puede compararse con el de otro tiempo. Antiguamente, un hombre no salía de su casa sin prevenirse para un encuentro, tomaba todas las precauciones en consecuencia. Una señal característica de las costumbres del tiempo y de los pueblos está en el uso de porte habitual, ostensible u oculto, de armas ofensivas o defensivas; la abolición de ese uso atestigua la suavidad de las costumbres y es curioso seguir la gradación desde la época en que los caballeros no cabalgaban nunca sino cubiertos de hierro y armados de lanza, hasta el uso de una simple espada que vino a ser más bien un distintivo de blasón que un arma agresiva. Otro indicio de las costumbres es que en otro tiempo los combates singulares tenían lugar en plena calle, ante la multitud que se apartaba para dejar el campo libre y que hoy se oculta; hoy, la muerte de un hombre es un acontecimiento que conmueve; antes, no se le daba atención. El Espiritismo vencerá esos últimos vestigios de la barbarie inculcando a los hombres el espíritu de caridad y fraternidad.

CAPÍTULO XIII

QUE VUESTRA MANO IZQUIERDA NO SEPA LO QUE DA VUESTRA MANO DERECHA

Hacer el bien sin ostentación. – Los infortunios ocultos. – El óbolo de la viuda. – Invitar a los pobres y estropeados. – Servir sin esperanza de recompensa. – *Instrucciones de los Espíritus*: La caridad material y la caridad moral. – La beneficencia. – La piedad. – Los huérfanos. – Beneficios pagados con la ingratitud. – Beneficencia exclusiva.

HACER EL BIEN SIN OSTENTACIÓN

1. *Tened cuidado de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que ellos las vean; de otra manera no recibiréis la recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Entonces, cuando diereis limosna, no hagáis tocar la trompeta delante de vosotros, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrados por los hombres. En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa. Mas, cuando hagáis limosna, que vuestra mano izquierda no sepa lo que hace vuestra mano derecha; para que la limosna sea en secreto; y vuestro Padre que ve lo que pasa en secreto, os dé la recompensa. (San Mateo, cap. VI, v. de 1 a 4).*

2. *Habiendo descendido Jesús del monte, una gran multitud de pueblo le siguió; al mismo tiempo, vino a él un leproso que le adoró diciéndole: Señor, si quieres, puedes curarme. Jesús extendiendo la mano, le tocó y le dijo: Yo lo quiero, estás curado; y en ese mismo instante la lepra fue curada. Entonces, Jesús le dijo: Guardaos de hablar de esto a alguno; pero, id y mostráros a los sacerdotes y ofreced la ofrenda que ordenó Moisés, para que eso les sirva de testimonio. (San Mateo, cap. VIII, v. de 1 a 4).*

3. Hacer el bien sin ostentación, es un gran mérito; ocultar la mano que da, es aún más meritorio; es señal incontestable de una gran superioridad moral, porque para ver las cosas desde más alto de lo que se ven vulgarmente, es preciso hacer abstracción de la vida presente e identificarse con la vida futura; en una palabra, es menester colocarse sobre la Humanidad para renunciar a la satisfacción que proporciona el testimonio de los hombres y esperar la aprobación de Dios. El que aprecia más la aprobación de los hombres que la de Dios, prueba que tiene más fe en los hombres que en Dios, y que la vida presente es más, para él, que la vida futura; o que ni siquiera cree en la vida futura; si dice lo contrario, obra como si no creyese en lo que dice.

¡Cuántos hay que sólo prestan un servicio con la esperanza de que el beneficiado publicará por todas partes el beneficio que ha recibido, que a la luz del día darán una gran cantidad y en la obscuridad no darían un centavo! Por esto dijo Jesús: “Los que hacen el bien con ostentación ya recibieron su recompensa”; en efecto, el que busca su glorificación en la Tierra por el bien que ha hecho, ya se pagó a sí mismo; Dios ya no le debe nada; sólo le falta recibir el castigo de su orgullo.

Que la mano izquierda no sepa lo que da la mano derecha, es una figura que caracteriza admirablemente la beneficencia modesta; pero si hay modestia real, hay también modestia simulada, el simulacro de la modestia real; hay personas que ocultan la mano que da, teniendo cuidado de hacer que se vea un poco, mirando si alguno les vio ocultarla. ¡Indigna parodia de las máximas de Cristo! Si los bienhechores orgullosos son despreciados entre los hombres, ¿qué será de ellos cerca de Dios? Estos también recibieron su recompensa en la Tierra. Se le ha visto; están satisfechos de haber sido vistos; esto es todo lo que tendrán.

¿Cuál será, pues, la recompensa de aquel que hace pesar sus beneficios sobre el beneficiario, que le impone de cierto modo, testimonios de reconocimiento y que le hace sentir su posición exaltando el precio de los sacrificios que se impone por él? ¡Oh! Para éste, ni siquiera recompensa terrestre, porque está privado de la dulce satisfacción de oír bendecir su nombre y este es

el primer castigo de su orgullo. Las lágrimas que enjuga en provecho de su vanidad, en vez de subir al cielo, vuelven a caer sobre el corazón del afligido y lo ulceran. El bien que hace es sin provecho para él, puesto que lo reprocha; porque todo beneficio reprochado es una moneda falsa y sin valor.

La beneficencia sin ostentación tiene un doble mérito; porque además de ser una caridad material, es una caridad moral, pues, modera la susceptibilidad del beneficiario y le hace aceptar el beneficio sin que su amor propio sufra con eso, y salvando su dignidad de hombre, porque habrá quien acepte un servicio, pero no recibirá una limosna; así, pues, convertir un servicio en limosna por la manera como es prestado, es humillar al que lo recibe, y hay siempre orgullo y maldad en humillar a alguien. La verdadera caridad, por el contrario, es delicada e ingeniosa para disimular el beneficio, a fin de evitar hasta las menores apariencias que hieren, porque toda ofensa moral aumenta el sufrimiento que nace de la necesidad; sabe encontrar palabras dulces y afables que ponen al obligado en buena posición en presencia de su bienhechor, mientras que la caridad orgullosa, lo aniquila. Lo sublime de la verdadera generosidad, es cuando el bienhechor, cambiando de papel, encuentra el medio de parecer él mismo beneficiado en presencia de aquel a quien presta el servicio. Esto es lo que quieren decir estas palabras: Que la mano izquierda no sepa lo que hace la mano derecha.

LOS INFORTUNIOS OCULTOS

4. En las grandes calamidades, la caridad se manifiesta y se ven generosos impulsos para reparar los desastres; pero al lado de esos desastres generales, hay millares de desastres particulares que pasan desapercibidos, de personas que yacen sobre un camastro sin quejarse. Estos son aquellos infortunios discretos y ocultos que la verdadera generosidad sabe descubrir sin esperar que vengan a pedir asistencia.

¿Quién es esa mujer de maneras distinguidas, ataviada con sencillez aunque cuidada, seguida de una joven vestida también

modestamente? Entra en una casa de sórdida apariencia, en la que es conocida sin duda, porque en la puerta la saludan con respeto. ¿Dónde va? Sube hasta la buhardilla y allí yace una madre de familia en una cama, rodeada de sus hijos pequeños; a su llegada, la alegría brilla en esos semblantes demacrados; es que va a calmar todos esos dolores; lleva consigo lo necesario, sazonado con dulces y consoladoras palabras, que hacen aceptar el beneficio sin vergüenza, porque estos infortunados no son mendigos profesionales; el padre está en el hospital y durante este tiempo, la madre no puede atender todas las necesidades. Gracias a ella, esos pobres niños no soportarán ni hambre ni frío, irán a la escuela bien abrigaditos y el seno de la madre no se agotará para los más pequeños. Si hay un enfermo entre ellos, ningún cuidado material le repugnará. De allí se va al hospital a llevar al padre algunos consuelos y tranquilizarle sobre la suerte de la familia. Al extremo de la calle espera un carruaje, verdadero almacén de todo lo que lleva a sus protegidos, que visita sucesivamente; no les pregunta por su creencia ni por su opinión, porque para ella todos los hombres son hermanos e hijos de Dios. Concluido su paseo, se dice: Comencé bien mi jornada. ¿Cuál es su nombre? ¿Dónde vive? Nadie lo sabe; para los infelices es un nombre que nada descubre, pero es el ángel del consuelo y por la noche, un concierto de bendiciones se eleva para ella hasta el Creador: católicos, judíos, protestantes, todos la bendicen.

¿Por qué ese porte tan sencillo? Es porque no quiere insultar a la miseria con su lujo. ¿Por qué se hace acompañar por su joven hija? Es para enseñarle cómo se debe practicar la beneficencia. La hija también quiere hacer caridad, pero su madre le dice: “¿Qué puedes dar tú, hija mía, si no tienes nada tuyo? Si yo te entrego alguna cosa para pasar a las manos de los otros, ¿qué mérito tendrás? En realidad seré yo la que haga la caridad y tú la que tendrá el mérito; esto no es justo. Cuando vamos a visitar a los enfermos, tú me ayudas a cuidar de ellos; pues el procurarles cuidados ya es alguna cosa. ¿No te parece esto suficiente? Nada hay más sencillo; aprende a hacer obras útiles confeccionando vestidos para estos niños, de este modo tú darás alguna cosa que te pertenezca”. Es así como esa madre, verdaderamente cristiana, forma a su hija según

la práctica de las virtudes enseñadas por Cristo. ¿Es espírita? ¡Qué importa!

En su hogar, es la mujer del mundo, porque su posición lo exige; pero se ignora lo que hace, porque no quiere otra aprobación que la de Dios y de su conciencia. Pero un día, una circunstancia imprevista conduce a su casa a una de sus protegidas, que le ofrecía una labor manual; esta la reconoció y quiso bendecir a su benefactora: “¡Silencio!” Le dijo; no lo digáis a nadie”. Así hablaba Jesús.

EL ÓBOLO DE LA VIUDA

5. Jesús, estando sentado frente al arca de las ofrendas, consideraba de qué manera el pueblo echaba dinero en él, y que muchas personas ricas echaban mucho. Vino también una pobre viuda que en ella echó solamente dos pequeñas monedas. Entonces Jesús habiendo llamado a sus discípulos, les dijo: En verdad os digo, que esta pobre viuda dio más que todos los otros que echaron en el arca; porque todos los otros dieron de su abundancia, mas ésta dio de su indigencia, todo lo que tenía y todo lo que le restaba para vivir. (San Marcos, cap. XII, v. de 41 a 44 – San Lucas, cap. XXI, v. de 1 a 4).

6. Muchas personas lamentan no poder hacer tanto bien como desearían, por falta de recursos suficientes y si desean la fortuna, es, según dicen, para hacer de ella un buen uso. La intención es laudable, sin duda, y puede ser muy sincera en algunas; ¿pero, será cierto que sea en todos completamente desinteresada? ¿No los hay que deseando hacer el bien a los otros, estarían muy contentos en hacérselo a sí mismos, darse algunos goces más, procurarse un poco lo superfluo que les falta, con la condición de dar el resto a los pobres? Esta segunda intención, disimulada, pero que encontrarían en el fondo del corazón si se buscara en él, anula el mérito de la intención, porque la verdadera caridad piensa antes en los otros que en sí mismo. Lo sublime de la caridad, en este caso, sería buscar en su propio trabajo, por el empleo de sus fuerzas, de su inteligencia y de su talento, los

recursos que le faltan para realizar sus intenciones generosas; este sería el sacrificio más agradable al Señor. Pero, lamentablemente, la mayoría sueña con medios más fáciles para enriquecerse de una vez y sin trabajo, corriendo en pos de quimeras, como los descubrimientos de tesoros, una suerte aleatoria y favorable, la recuperación de herencias inesperadas, etc. ¿Qué decir de los que esperan encontrar entre los Espíritus, auxiliares para que les ayuden en las pesquisas de esa naturaleza? Seguramente, ellos no conocen ni comprenden el objeto sagrado del Espiritismo y mucho menos la misión de los Espíritus a quienes Dios permite comunicarse con los hombres; pero también en eso son castigados con las decepciones. (*El libro de los médiums*, números 294 y 295).

Aquellos cuya intención es pura de toda idea personal, deben consolarse de no poder hacer tanto bien como quisieran, con el pensamiento de que el óbolo del pobre que da lo que tiene privándose, pesa más en la balanza de Dios que el oro del rico, que da sin privarse de nada. Sin duda la satisfacción sería grande en poder socorrer largamente la indigencia; pero si no es posible, es preciso someterse y limitarse a hacer lo que se pueda. Además, ¿sólo con oro pueden enjugarse las lágrimas y será preciso permanecer inactivo por no poseerlo? El que quiere sinceramente hacerse útil a sus hermanos, encontrará para eso mil ocasiones; que las busque y las encontrará, sino es de un modo de otro, porque no hay uno sólo que teniendo libre goce de sus facultades, no pueda prestar algún servicio, dar un consuelo, aliviar un sufrimiento físico o moral, o hacer una diligencia útil; a falta de dinero, ¿acaso no tiene cada uno su trabajo, su tiempo, su reposo, de los que puede dar una parte? También es este el óbolo del pobre, el dinero de la viuda.

INVITAR A LOS POBRES Y ESTROPEADOS

7. *Dijo también al que lo había invitado: Cuando deis a almorzar o a cenar, para eso no invitéis a vuestros amigos, ni a vuestros hermanos, ni a vuestros parientes, ni a vuestros vecinos ricos, no sea que ellos os inviten a vosotros enseguida, a su vez, y*

que así devuelvan ellos lo que habían recibido de vosotros. Mas, cuando deis un festín, invitad a los pobres, a los estropeados, cojos y ciegos; y seréis felices porque no tendrán medios con qué retribuiros; porque eso os será retribuido en la resurrección de los justos.

Uno de los que estaban a la mesa, oyendo estas palabras, le dijo: ¡Feliz el que comiere del pan en el reino de Dios! (San Lucas, cap. XIV, v. de 12 a 15).

8. “Cuando deis un festín, dijo Jesús, no invitéis a vuestros amigos, sino a los pobres y estropeados”. Estas palabras absurdas si se toman literalmente, son sublimes si se busca en ellas el espíritu. Jesús no pudo haber querido decir, que en lugar de los amigos era menester reunir en la mesa a los mendigos de la calle; su lenguaje era casi siempre figurado y a hombres incapaces de comprender los delicados matices de su pensamiento, le eran necesarias imágenes fuertes que produjesen el efecto de colores muy vivos. El fondo de su pensamiento se revela en estas palabras: “Y seréis felices porque no tendrán medios con qué retribuiros”; es decir, que no se debe hacer el bien buscando una devolución, sino por el único placer de hacerlo. Par dar una comparación sorprendente dice: Invitad a vuestros festines a los pobres, porque sabéis que éstos, no podrán retribuiros con nada; y por *festines* es menester entender, no la comida propiamente dicha, sino la participación en la abundancia de que disfrutáis.

Sin embargo, estas palabras pueden también tener su aplicación en un sentido más literal. ¡Cuántas personas no invitan a su mesa sino a los que pueden, como dicen, hacerles honor, o que pueden convidarles a su vez! Otras, por el contrario, encuentran satisfacción en recibir a aquellos parientes o amigos que son menos felices; ¿pues quién es que no los tiene entre los suyos? Algunas veces es prestarles un gran servicio sin aparentarlo. Estos, sin ir a reclutar a los ciegos ni a los estropeados, practican la máxima de Jesús, si lo hacen por benevolencia, sin ostentación y si saben disimular el beneficio con una sincera cordialidad.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

LA CARIDAD MATERIAL Y LA CARIDAD MORAL

9. “Amémonos unos a otros y hagamos a los demás lo que quisiéramos que se hiciera por nosotros”. Toda la religión, toda la moral, se encuentran encerradas en estos dos preceptos; si se siguieran en la Tierra, seríais perfectos; ya no habría odios ni disensiones; diré más aún: ya no habría pobreza, porque de lo superfluo de la mesa de cada rico muchos pobres se alimentarían y no veríais ya en los sombríos barrios que habité durante mi última encarnación, a esas pobres mujeres arrastrando consigo a sus desfallecidos hijitos, carentes de todo.

¡Ricos! Pensad un poco en esto; ayudad, con lo mejor que tengáis al infeliz; dad, porque Dios os retribuirá un día el bien que hubiereis hecho, para que encontréis al salir de vuestra envoltura terrestre, un cortejo de Espíritus reconocidos, que os recibirán en el umbral de un mundo más feliz.

¡Si pudieseis saber la alegría que tuve volviendo a encontrar aquí a los que pude favorecer en mi última vida terrena!...

Amad, pues, a vuestro prójimo, amadle como a vosotros mismos, porque ahora ya lo sabéis; ese infeliz que rechazáis tal vez sea un hermano, un padre, un amigo que rechazáis lejos de vosotros y entonces, ¡cuál será vuestra desesperación al reconocerlo en el mundo de los Espíritus!

Deseo que comprendáis bien lo que puede ser la *caridad moral*, la que todos pueden practicar, la que *no cuesta nada* material, y sin embargo, la que es más difícil de poner en práctica.

La caridad moral consiste en soportarnos unos a otros y es lo que menos hacéis en este mundo inferior en donde estáis encarnados por el momento. Creedme, hay un gran mérito, en saber callar para dejar hablar a otro más ignorante y esto es también una especie de caridad. Saber ser sordo cuando una palabra burlona se escapa de una boca acostumbrada a ridiculizar; no ver la sonrisa desdeñosa con que os reciben ciertas personas, que con frecuencia, se creen superiores a vosotros, mientras que en la vida espírita, *la*

sola verdadera, están algunas veces muy lejos de eso; he ahí un mérito, no de humildad sino de caridad, porque el dejar de notar las faltas de otro, es caridad moral.

Sin embargo, esta caridad no debe impedir la otra; pero sobre todo, pensad en no despreciar a vuestro semejante; acordaos de todo lo que os he dicho: es preciso recordar constantemente que, en el pobre desechado tal vez rechacéis a un Espíritu que os ha sido querido y que se encuentra momentáneamente en una posición inferior a la vuestra. He vuelto a ver a uno de los pobres de nuestra Tierra a quien había podido, por mi dicha, favorecer algunas veces y al que a mi vez *imploro ahora*.

Acordaos que Jesús dijo que somos hermanos y pensad siempre en ello antes de rechazar al leproso o al mendigo. Adiós, pensad en los que sufren y rogad. (Hermana Rosalía, París, 1860).

10. Amigos míos, oí decir a muchos de vosotros: ¿Cómo puedo hacer caridad, si con frecuencia no tengo ni siquiera lo necesario?

La caridad, amigos míos, se hace de muchas maneras; podéis hacer la caridad en pensamientos, en palabras y en acciones. En pensamiento: orando por los pobres desamparados que murieron sin que pudieran ver la luz, una oración de corazón les alivia. En palabras, dirigiendo a vuestros compañeros de todos los días algunos consejos buenos; decir a los hombres irritados por la desesperación, por las privaciones y que blasfeman del nombre del Altísimo: “Yo era como vosotros; yo sufría, era infeliz; pero he creído en el Espiritismo y mirad cuán feliz soy ahora”. A los ancianos que os dirán: “Es inútil, estoy al fin de mi camino y moriré como he vivido”: Decidles a éstos: “Dios hace a todos igual justicia, acordaos de los trabajadores de la última hora.” A los niños que viciados ya por las malas compañías, vagan por las calles prestos a sucumbir a las malas tentaciones, decidles: “Dios nos ve, mis queridos hijos”, y no temáis en repetirles con frecuencia, esas dulces palabras; ellas acabarán por germinar en su joven inteligencia y en lugar de pequeños vagabundos, habréis hecho hombres honrados. También esto es una caridad.

Muchos de vosotros decís también: “¡Oh! Somos tan

numerosos en la Tierra que Dios no nos puede ver a todos.” Escuchad bien esto, mis amigos: ¿Cuándo estáis en la cumbre de una montaña, acaso vuestra mirada no abarca los billones de granos de arena que la cubren? ¡Pues bien! Dios os ve del mismo modo; os deja a vuestro libre albedrío, así como vosotros dejáis esos granos de arena ir a la voluntad del viento que los dispersa; sólo que Dios, en su misericordia infinita, ha puesto en el fondo de vuestro corazón un centinela vigilante que se llama *conciencia*. Escuchadla; ella sólo os dará buenos consejos. Algunas veces, la entorpecéis poniéndola al Espíritu del mal; entonces se calla, pero creed que la pobre, abandonada, se hará oír tan pronto como le hayáis dejado percibir la sombra de remordimiento. Escuchadla, interrogadla y muchas veces encontraréis consuelos en los consejos que os dé.

Amigos míos, a cada regimiento nuevo, el general entrega una bandera, y yo os doy esta máxima de Cristo: “Amaos unos a otros”. Practicad esta máxima, agrupaos alrededor de este estandarte y recibiréis de Él la felicidad y el consuelo. (UN ESPÍRITU PROTECTOR, Lyon, 1860).

LA BENEFICENCIA

11. La beneficencia, amigos míos, os dará en este mundo las más puras y más dulces alegrías, las alegrías del corazón que no son turbadas ni por el remordimiento, ni por la indiferencia. ¡Oh! Si pudieseis comprender todo lo que encierra de grande y suave la generosidad de las almas bellas, sentimiento que hace que se mire a otro como a sí mismo y que uno se desnude con alegría para vestir a su hermano. ¡Ojalá, pudieseis, mis amigos, no tener más dulce ocupación que la de hacer felices a los otros! No hay fiestas en el mundo que puedan compararse a esas fiestas alegres, cuando, representantes de la Divinidad, entregáis la alegría a esas pobres familias que sólo conocen de la vida las vicisitudes y amarguras; cuando súbitamente veis esos semblantes marchitos iluminarse de esperanza, porque no tenían pan; a esos infelices y sus hijos, que ignorando que vivir es sufrir, gritaban, lloraban y repetían esas palabras que penetraban como un agudo puñal en el corazón materno: ¡Tengo hambre!... ¡Oh! Comprended cuán deliciosas son

las impresiones de aquel que ve renacer la alegría en donde un momento antes no veía otra cosa que desesperación. ¡Comprended cuales son vuestras obligaciones hacia vuestros hermanos! Marchad, marchad al encuentro del infortunio; marchad a socorrer sobre todo las miserias ocultas, porque éstas son las más dolorosas. Marchad, mis muy amados, y acordaos de estas palabras del Salvador: “¡Cuándo vistiereis a uno de estos pequeños, pensad que es a mí a quien lo hacéis!”

¡Caridad! Palabra sublime que resume todas las virtudes, tu debes conducir a los pueblos a la felicidad; practicándote, se crearán para sí alegrías infinitas para el porvenir y durante su exilio en la Tierra, tú serás su consuelo, el principio de los goces que disfrutarán más tarde cuando se abracen todos juntos en el seno del Dios de amor. Fuiste tú, virtud divina, la que me proporcionaste los únicos momentos de felicidad que disfruté sobre la Tierra. Que mis hermanos encarnados puedan creer la voz del amigo que les habla y les dice: En la caridad debéis buscar la paz del corazón, el contentamiento del alma, el remedio contra las aflicciones de la vida. ¡Oh! Cuando estéis a punto de acusar a Dios, echad una mirada debajo de vosotros; ved cuánta miseria para aliviar; ¡cuántos pobres niños sin familia! ¡Cuántos ancianos sin tener una mano amiga para socorrerlos y cerrarles los ojos cuando la muerte los reclame! ¡Cuánto bien puede hacerse! Oh, no os quejéis; por el contrario, dad gracias a Dios y prodigad a manos llenas vuestra simpatía, vuestro amor, vuestro dinero a todos aquellos que desheredados de los bienes de este mundo, languidecen en el sufrimiento y en el aislamiento. Aquí en este mundo recogeréis alegrías muy suaves y más tarde... ¡sólo Dios lo sabe!... (ADOLFO, obispo de Argel, Bordeaux, 1861).

12. Sed buenos y caritativos, esta es la llave de los cielos que tenéis en vuestras manos; toda la felicidad eterna está encerrada en esta máxima: Amaos unos a otros. El alma no puede elevarse en las regiones espirituales sino por la consagración al prójimo; sólo encuentra felicidad y consuelo en los impulsos de la caridad; sed buenos, sostened a vuestros hermanos, dejad a un lado la horrible plaga del egoísmo; cumplido este deber, se os abrirá el

camino de la felicidad eterna. Por lo demás, ¿quién de entre vosotros no ha sentido latir su corazón, dilatarse su alegría interior al oír contar un bello sacrificio o una obra verdaderamente caritativa? Si sólo buscáis el deleite que proporciona una buena acción, permaneceríais siempre en el camino del progreso espiritual. Los ejemplos no os faltan; lo que falta es la buena voluntad, que es rara. Ved la multitud de hombres de bien cuya piadosa memoria os recuerda la Historia.

¿No os dijo Cristo todo lo que concierne a estas virtudes de caridad y amor? ¿Por qué dejar de lado esas divinas enseñanzas? ¿Por qué se cierran los oídos a esas divinas palabras y el corazón a todas sus dulces máximas? Yo quisiera que se fijase más la atención y hubiese más fe en las lecturas evangélicas, pues se abandona este libro y se ha hecho de él una palabra vacía, una carta cerrada; se echa al olvido ese código admirable y vuestros males provienen del abandono voluntario que hacéis de ese resumen de las leyes divinas. Leed, pues, esas páginas ardientes de la devoción de Jesús, y meditadlas.

Hombres fuertes, ceños; hombres débiles, haced armas de vuestra dulzura, de vuestra fe y tened más persuasión, más constancia en la propagación de vuestra nueva doctrina; sólo hemos venido a daros ánimo para estimular vuestro celo y vuestras virtudes; sólo para esto nos permite Dios que nos manifestemos a vosotros; pero si se quisiese, no habría necesidad sino de la ayuda de Dios y de su propia voluntad; las manifestaciones sólo se han hecho para los ojos cerrados y corazones indóciles.

La caridad es la virtud fundamental que debe sostener todo el edificio de las virtudes terrestres; sin ellas, las otras no existen. Sin la caridad no hay esperanza en un futuro mejor, ni interés moral que nos guíe; sin caridad no hay fe, porque la fe sólo es un rayo puro que hace brillar a un alma caritativa.

La caridad es el áncora eterna de salvación en todos los globos: es la más pura emanación del mismo Creador; es su propia virtud que él da a la criatura. ¿Cómo se querría desconocer a esta suprema bondad? Con este pensamiento, ¿cuál sería el corazón lo bastante perverso para reprimir y expulsar ese sentimiento

enteramente divino? ¿Cuál sería el hijo bastante malo para sublevarse contra ese dulce cariño: la caridad?

No oso hablar de lo que hice, porque los Espíritus tienen también el pudor de sus obras; pero creo que la que he empezado, es una de las que deben contribuir más al alivio de vuestros semejantes. Veo, con frecuencia, que los Espíritus piden por misión continuar mi tarea; veo a mis dulces y queridas hermanas en su piadoso y divino ministerio; las veo practicar la virtud que os recomiendo, con toda la alegría que proporciona esa existencia de abnegación y sacrificios; para mí es una felicidad grande el ver tan honrado su carácter, amada su misión y dulcemente protegida. Hombres de bien, de buena y fuerte voluntad, uníos para continuar la gran obra de propagación de la caridad; vosotros hallaréis la recompensa de esa virtud en su mismo ejercicio; no hay alegría espiritual que ella no dé desde la vida presente. Sed unidos; amaos unos a los otros según los preceptos de Cristo. Así sea. (SAN VICENTE DE PAÚL, París, 1858).

13. Me llamo la caridad, soy la ruta principal que conduce a Dios; seguidme, porque soy el objeto al que debéis todos aspirar.

Hice esta mañana mi caminata habitual y con el corazón angustiado vengo a deciros: ¡Oh! Amigos míos, ¡cuántas miserias, cuántas lágrimas y cuánto tenéis que hacer para enjugarlas todas! He procurado vanamente consolar a las pobres madres, diciéndoles al oído: ¡Ánimo! ¡Hay buenos corazones que velan por vosotras, no os abandonarán, paciencia! Dios está aquí, sois sus amadas, sois sus elegidas. Parece que me oyen y vuelven a mí sus grandes ojos ansiosos; yo leía sobre sus pobres rostros que su cuerpo, ese tirano del Espíritu, tenía hambre y que mis palabras serenaban un poco el corazón, no llenaban su estómago. Repetí otra vez: ¡ánimo, ánimo! Y entonces una pobre madre, joven aún, que amamantaba a su hijito, lo ha tomado en sus brazos y lo ha levantado como rogándome que protegiese a aquel pobre pequeño ser que sólo sacaba de su seno estéril un alimento insuficiente.

En otra parte, amigos míos, vi a pobres ancianos sin trabajo y en breve sin asilo, atormentados por todos los sufrimientos de la necesidad, y avergonzados de su miseria, no atreverse, no habiendo

mendigado nunca, a implorar la piedad de los transeúntes. Con el corazón lleno de compasión, yo que nada tengo, me hice mendiga por ellos y voy por todas partes estimulando la beneficencia e inspirando buenos pensamientos a los corazones generosos y compasivos. Por esto vengo hoy, amigos míos y os digo: allá abajo hay infelices cuya mesa está sin pan, su hogar sin fuego y su lecho sin abrigo. No os digo lo que debéis hacer; deo la iniciativa a vuestros corazones; si yo os dictase vuestra línea de conducta, no tendríais el mérito de vuestra buena acción, sólo os digo: Soy la caridad y os tiendo la mano para vuestros hermanos que sufren.

Mas si pido, también doy, y doy mucho; ¡os invito al gran banquete y os facilito el árbol en que os saciaréis todos! ¡Ved cuán bello es y cómo está cargado de flores y frutos! Id, id; coged todos los frutos de ese hermoso árbol que llaman beneficencia. En el lugar de las ramas que habréis cogido, pondré todas las buenas acciones que hicieris y llevará ese árbol a Dios para que lo cargue de nuevo, porque la beneficencia es inagotable. Seguidme, pues, amigos míos, a fin de que os cuente en el número de los que se alisten a mi bandera; no temáis, yo os conduciré al camino de la salvación, porque yo soy la *Caridad*. (CARITAS, martirizada en Roma, Lyon, 1861).

14. Hay varias maneras de hacer la caridad, que muchos entre vosotros confunden con la limosna; sin embargo, hay una gran diferencia. La limosna, amigos míos, algunas veces es útil porque alivia a los pobres; pero casi siempre es humillante para el que la hace y para el que la recibe. La caridad, por el contrario, une al bienhechor y al beneficiado, y además ¡se disfraza de tantos modos! Se puede ser caritativo incluso con los parientes, con los amigos, siendo indulgentes los unos con los otros, perdonándose sus debilidades, teniendo cuidado de no herir el amor propio de nadie: para vosotros, espíritas, en la manera de actuar con aquellos que no piensan como vosotros; conduciendo a los menos esclarecidos a creer y eso sin chocar, sin contradecir sus convicciones, conduciéndoles suavemente a nuestras reuniones donde podrán escucharnos y donde sabremos encontrar la parte

sensible del corazón por donde debemos penetrar. Este es uno de los modos de hacer caridad.

Escuchad ahora la caridad con los pobres, con esos desheredados del mundo, pero recompensados por Dios, si saben aceptar sus miserias sin murmurar, lo que depende de vosotros. Voy a hacerme comprender por medio de un ejemplo.

Veo varias veces a la semana una reunión de señoras de todas las edades; como sabéis para nosotras todas son hermanas. ¿Qué hacen ellas? Trabajan de prisa, de prisa; sus dedos son ágiles; ¡ved como sus rostros están radiantes y como los corazones laten unidos! Pero, ¿cuál es su objetivo? Ven que se aproxima el invierno, que será rudo para las familias pobres; las hormigas no han podido reunir durante el verano el grano necesario para su provisión, y la mayor parte de los efectos están empeñados; las pobres madres se inquietan y lloran pensando en sus hijitos que este invierno tendrán frío y hambre. ¡Pero paciencia, pobre mujeres! Dios ha inspirado a otras más afortunadas que vosotras; se han reunido y os confeccionan vestidos; después, uno de estos días, cuando la nieve haya cubierto la tierra y cuando murmuréis diciendo: “Dios no es justo”, porque esta es la palabra habitual de los que sufren, entonces veréis aparecer a uno de los hijos de esas buenas trabajadoras que se constituyeron en operarias de los pobres; sí, es para vosotras que ellas trabajan así y vuestra murmuración se cambiará en bendiciones, porque en el corazón de los infelices el amor sigue de muy cerca al odio.

Como todas esas trabajadoras necesitan ánimo, veo que las comunicaciones de los Espíritus les llegan de todos lados; los hombres que forman parte de esa sociedad, ayudan con su concurso, haciendo una de esas lecturas que tanto agradan; y nosotros, para recompensar el celo de todos y de cada uno en particular, prometemos a esas obreras laboriosas buena clientela que les pagará al contado en bendiciones, única moneda de curso en el cielo, asegurándoles, además y sin miedo de adelantarnos demasiado, que no les faltará. (CARITAS, Lyon, 1861).

15. Queridos amigos, todos los días oigo decir entre vosotros: “Soy pobre, no puedo hacer caridad”; y cada día veo que os falta

la indulgencia para vuestros semejantes; nada les perdonáis y os constituís en jueces, con frecuencia severos, sin preguntaros si estaríais satisfechos de que se hiciera otro tanto con vosotros. ¿Acaso la indulgencia no es también caridad? Los que sólo podéis hacer la caridad indulgente, hacedla al menos, pero hacedla con grandeza. Con relación a la caridad material, voy a contaros una historia del otro mundo.

Dos hombres acaban de morir; Dios había dicho: Mientras esos dos hombres vivieren, serán colocadas en un saco cada una de sus buenas acciones, y a su muerte, se pesarán los sacos. Cuando estos dos hombres llegaron a su última hora, Dios se hizo llevar los dos sacos; el uno era grande, ancho, bien lleno, resonaba el metal que lo llenaba; el otro era pequeño y tan delgado, que se veían los escasos cuartos que contenía; cada uno de estos hombres reconoció el suyo. He aquí el mío, dijo el primero, lo reconozco, he sido rico y di mucho. He aquí el mío, dijo el otro; siempre fui pobre, ¡ay de mí! Casi no tenía nada para compartir. Pero, ¡oh sorpresa! Puestos los dos sacos en la balanza, el más grande se volvió ligero y el más pequeño pesó tanto que dominó en mucho el otro lado de la balanza. Entonces Dios dijo al rico: Distes mucho, es verdad, pero diste por ostentación y para ver figurar tu nombre en todos los templos del orgullo, y dando no te has privado de nada; ve a la izquierda y puedes estar contento si tu limosna se toma en cuenta por alguna cosa. Después dijo al pobre: Tú has dado muy poco, amigo mío; pero cada una de las monedas que están en la balanza, representa una privación para ti; si no has hecho limosna, has hecho caridad y lo mejor es que la has hecho naturalmente, sin pensar que se tomaría en cuenta; tú has sido indulgente, no has juzgado a tu semejante, al contrario, disculpaste todas sus acciones; pasa a la derecha y ve a recibir tu recompensa. (UN ESPÍRITU PROTECTOR, Lyon, 1861).

16. La mujer rica y feliz que no tiene necesidad de emplear su tiempo en los trabajos del hogar, ¿no podría consagrar algunas horas a los trabajos útiles para sus semejantes? Que con lo superfluo de sus goces compre con qué cubrir a los infelices que tiritan de frío; que confeccione con sus delicadas manos, gruesos y cálidos

vestidos; que ayude a la madre a cubrir el niño que va a nacer; si su hijo queda por eso, con algunas prendas de menos, el del pobre estará más caliente. Trabajar para los pobres es trabajar en la viña del Señor.

Y tú, pobre trabajadora que no tienes lo superfluo, pero que quieres en tu amor por tus hermanos, dar también un poco de lo que posees, da algunas horas de tu jornada, de tu tiempo, de tu único tesoro; confecciona esas cosas elegantes que tientan a los ricos; vende el trabajo de tu velada, y podrás de este modo, proporcionar a tus hermanos tu parte de alivio; quizás tendrás algunos adornos menos, pero darás zapatos a los que van descalzos.

Y vosotras, mujeres entregadas a Dios, trabajad también en su obra, pero que vuestros trabajos delicados y costosos no se hagan sólo para adornar vuestras capillas, para llamar la atención sobre vuestra destreza y paciencia; trabajad, hijas mías y que el precio de vuestro trabajo sea consagrado al alivio de vuestros hermanos en Dios; los pobres son sus hijos muy queridos y trabajar para ellos, es glorificarle. Sed para ellos la Providencia que dice: A las aves del cielo, Dios da alimento. Que el oro y el dinero que se tejen bajo vuestros dedos se transformen en ropas y en alimentos para los que carecen de ellas. Haced esto y vuestro trabajo será bendecido.

Y todos vosotros que podéis producir, dad, dad vuestro genio, dad vuestras inspiraciones, dad vuestro corazón, que Dios bendecirá. Poetas, literatos que sólo sois leídos por las personas de sociedad, satisfacéd sus ocios, pero que el producto de algunas de vuestras obras se consagre al consuelo de los infelices; pintores, escultores, artistas de todos los géneros, que vuestra inteligencia venga también en ayuda de vuestros hermanos; con eso no tendréis menos gloria, pero habrá algunos sufrimientos menos.

Todos vosotros podéis dar; a cualquier clase que pertenezcáis, tenéis alguna cosa que podéis compartir; lo que quiera que sea que Dios os haya dado, debéis una parte al que le falte lo necesario, porque en su lugar, estaríais muy contentos de que otro repartiese lo suyo con vosotros. Vuestros tesoros de la Tierra serán un poco menores, pero vuestros tesoros en el cielo serán más abundantes;

allí recogeréis un céntuplo de lo que hubiereis sembrado en buenas obras en este mundo. (JUAN, Bordeaux, 1861).

LA PIEDAD

17. La piedad es la virtud que más os aproxima a los ángeles, es hermana de la caridad que os conduce hacia Dios. ¡Ah! Dejad que vuestro corazón se enterezca ante las miserias y sufrimientos de vuestros semejantes; vuestras lágrimas son bálsamo que derramáis sobre sus heridas, y cuando por una dulce simpatía, conseguís volverles la esperanza y la resignación, ¡qué satisfacción no experimentáis! Es verdad que ese encanto tiene cierta amargura, porque nace al lado de la desdicha; pero si no tiene la acritud de los goces mundanos, ni las punzantes decepciones del vacío que estas dejan tras de sí; hay una suavidad penetrante que alegra el alma. La piedad, la piedad bien sentida, es amor; el amor es abnegación; la abnegación es el olvido de sí mismo y este olvido es la abnegación a favor del infeliz, es la virtud por excelencia, es la que practicó toda su vida el Divino Mesías, y que enseñó en su doctrina tan sublime y tan santa. Cuando esta doctrina vuelva a su pureza primitiva, cuando sea admitida por todos los pueblos, dará la felicidad a la Tierra, haciendo, al fin, reinar en ella la concordia, la paz y el amor.

El sentimiento más propio para hacerlos progresar dominando vuestro egoísmo y vuestro orgullo, el que dispone vuestra alma a la humildad, a la beneficencia y al amor al prójimo, ¡es la piedad! Esa piedad que conmueve hasta vuestras entrañas ante los sufrimientos de vuestros hermanos, y que os hace tender una mano segura y os arranca simpáticas lágrimas. Por tanto, no sofoquéis jamás en vuestros corazones esa emoción celeste, no hagáis como esos egoístas endurecidos que se alejan de los afligidos, porque la vista de su miseria turbaría un instante su alegre existencia; temed el quedar indiferentes cuando pudierais ser útiles. La tranquilidad comprada al precio de una indiferencia culpable, es la tranquilidad del Mar Muerto, que oculta en el fondo de sus aguas el fango fétido y la corrupción.

¡La piedad, sin embargo, está lejos de causar la turbación y el fastidio de que se espanta el egoísta! Sin duda, el alma experimenta, al contacto de la desdicha ajena y concentrándose en sí misma, un estremecimiento natural y profundo, que hace vibrar todo vuestro ser y os afecta penosamente; pero la compensación será grande cuando conseguís restituir el valor y la esperanza a un hermano infeliz a quien entenece la presión de una mano amiga y cuya mirada, húmeda a la vez de emoción y de reconocimiento, se vuelve dulcemente hacia vosotros antes de fijarse en el cielo para darle gracias por haberle mandado un Consolador, un apoyo. La piedad es la melancólica, pero celeste precursora de la caridad, la primera entre las virtudes, cuya hermana es y cuyos beneficios prepara y ennoblece. (MIGUEL, Bordeaux, 1862).

LOS HUÉRFANOS

18. ¡Hermanos míos, amad a los huérfanos, pues, si supierais cuán triste es estar sólo y abandonado, sobre todo en la infancia! Dios permite que haya huérfanos para exhortarnos a servirles de padres. ¡Qué divina caridad la de ayudar a una pobre criatura abandonada, la de impedir que sufra hambre y frío, la de dirigir su alma con el fin de que no se pierda en el vicio! El que tiende la mano al niño abandonado, es agradable a Dios porque comprende y practica su ley. Pensad también que el niño que socorréis os ha sido con frecuencia muy amado en otra encarnación y si pudieseis acordaros, no sería caridad, sino un deber. Así, pues, amigos míos, todo ser que sufre es vuestro hermano y tiene derecho a vuestra caridad, no a esa caridad que hiere el corazón, no a esa limosna que quema la mano del que la recibe, porque vuestros óbolos a menudo son muy amargos. ¡Cuántas veces los rehusarían, si la enfermedad y la desnudez no les esperasen en casa! Dad con delicadeza; agregad al beneficio el más precioso de todos; una buena palabra, una caricia, una sonrisa de amigo; evitad ese tono de protección que hiere de nuevo al corazón que sangra y pensad que haciendo el bien, trabajáis para vosotros y los vuestros. (UN ESPÍRITU FAMILIAR, París, 1860).

BENEFICIOS PAGADOS CON LA INGRATITUD

19. *¿Qué debemos pensar de las personas que habiéndoseles pagado sus beneficios con ingratitudes, ya no hacen bien por miedo de encontrar nuevamente ingratos?*

Estas personas tienen más de egoísmo que caridad; porque hacer el bien sólo para recibir muestras de reconocimiento es no hacerlo con desinterés y el beneficio desinteresado es el único agradable a Dios. También son orgullosas porque se complacen en la humildad del beneficiado que viene a poner el reconocimiento a sus pies. El que busca en la Tierra la recompensa del bien que hace, no la recibirá en el cielo; pero Dios tendrá en cuenta al que no la busca en la Tierra.

Es necesario ayudar a los débiles siempre, aunque antes se sepa que aquellos a quienes se hace bien, no quedarán agradecidos. Sabed que si aquel a quien prestáis un servicio olvida el beneficio, Dios os lo tomará más en cuenta que si fuiseis recompensados por el reconocimiento de vuestro obligado. *Dios permite que algunas veces os paguen con ingratitudes para probar vuestra perseverancia en hacer el bien.*

Por otra parte, ¿qué sabéis vosotros si este favor olvidado por el momento, reportará más tarde buenos frutos? Por el contrario, estad seguros de que es una semilla que germinará con el tiempo. Lamentablemente, vosotros sólo veis el presente, y trabajáis para vosotros y no para los demás. Las buenas obras acaban por ablandar los corazones más endurecidos; puede que sean menospreciados en este mundo, pero cuando el Espíritu se desembarace de su envoltura carnal, se acordará, y este recuerdo será su castigo; entonces le pesará su ingratitud y querrá reparar su falta, pagar su deuda en otra existencia, aceptando una menudo una vida de abnegación hacia su bienhechor. Así, sin llegar a sospecharlo, habréis contribuido a su adelantamiento moral y reconoceréis más tarde toda la verdad de esta máxima: Una buena obra jamás se pierde. Pero habréis trabajado también para vosotros, porque tendréis el mérito de haber hecho el bien con desinterés y sin dejaros desanimar por las decepciones.

¡Ah! Mis amigos, si conocieseis todos los lazos que en la vida presente os unen a vuestras existencias anteriores, si pudieseis abarcar la multitud de relaciones que aproximan los seres unos a otros para su progreso mutuo, admiraríais mucho más aún la sabiduría y la bondad del Creador, que os permite volver a vivir para llegar hasta Él. (GUÍA PROTECTOR, Sens, 1862).

BENEFICENCIA EXCLUSIVA

20. *La beneficencia, ¿es bien entendida cuando es exclusiva entre las personas de una misma opinión, de una misma creencia, o de un mismo partido?*

No; es menester, sobre todo, abolir el espíritu de secta y de partido, porque todos los hombres son hermanos. El verdadero cristiano sólo ve hermanos en sus semejantes, y antes de socorrer al que está necesitado, no consulta ni la creencia ni la opinión, cualquiera que ella sea. ¿Seguiría acaso el precepto de Jesucristo, que dice que también debemos amar a los enemigos, si rechazase a un infeliz, porque éste tuviese otra fe que la suya?

Que lo socorra, pues, sin pedirle cuenta de su conciencia, porque si es un enemigo de la religión, es el medio de hacérsela amar; rechazándole se la haría aborrecer. (SAN LUIS, París, 1860).

CAPÍTULO XIV

**HONRAD A VUESTRO PADRE Y
A VUESTRA MADRE**

Piedad filial. – ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? – Parentesco corporal y parentesco espiritual. – *Instrucciones de los Espíritus*: La ingratitud de los hijos y los lazos de familia.

1. *Vosotros sabéis los mandamientos: No cometeréis adulterio; no mataréis; no hurtaréis; no prestaréis falsos testimonios; no haréis mal a nadie; honrad a vuestro padre y a vuestra madre. (San Marcos, cap. X, v. 19; San Lucas, cap. XVIII, v. 20; San Mateo, cap. XIX, v. 19).*

2. *Honrad a vuestro padre y a vuestra madre, para que viváis largo tiempo sobre la tierra que el Señor vuestro Dios os dará. (Decálogo; Éxodo, cap. XX, v. 12).*

PIEDAD FILIAL

3. El mandamiento: “Honrad a vuestro padre y a vuestra madre”, es una consecuencia de la ley general de caridad y de amor al prójimo, porque no se puede amar al prójimo sin amar a su padre y a su madre; pero la palabra *honrad* encierra un deber más respecto a ellos: el de la piedad filial. Dios ha querido manifestar con esto que al amor es preciso añadir el respeto, las atenciones, la sumisión y la condescendencia, lo que implica la obligación de cumplir respecto a ellos, de un modo más riguroso aún, todo lo que la caridad manda con respecto al prójimo. Este deber se extiende, naturalmente, a las personas que están en el lugar de padre y de madre, y que por ello tienen tanto más mérito cuanto menos obligatoria es su abnegación. Dios castiga siempre de un modo riguroso, toda violación a este mandamiento.

Honrar a su padre y a su madre no es sólo respetarles; es también asistirles en sus necesidades, procurarles el descanso en su vejez y rodearles de solicitud como lo han hecho con nosotros en nuestra infancia.

Sobre todo con respecto a los padres sin recursos, es como se demuestra la verdadera piedad filial. ¿Cumplen ese mandamiento, aquellos que creen hacer un gran esfuerzo dándoles apenas lo necesario para que no se mueran de hambre, cuando ellos no se privan de nada, relegándoles en los más ínfimos aposentos de la casa, por no dejarles en la calle, mientras reservan para sí, lo mejor y más cómodo? Felices aun cuando no lo hacen de mala voluntad y no les obligan a comprar el tiempo que les queda de vida, cargándoles con las fatigas domésticas. ¿Corresponde, a los padres viejos y débiles sean los servidores de los hijos jóvenes y fuertes? ¿Acaso su madre les regateó su leche cuando estaban en la cuna? ¿Contó sus vigiliadas cuando estaban enfermos y sus pasos para procurarles aquello que les faltaba? No, no es sólo lo estrictamente necesario lo que los hijos deben a sus padres pobres; deben también darles las pequeñas dulzuras de lo superfluo, las amabilidades, los cuidados delicados, que sólo son el interés de lo que ellos han recibido y el pago de una deuda sagrada. Sólo ahí está la piedad filial aceptada por Dios.

Pues, ¡ay de aquél que olvida lo que debe a los que le han sostenido en su debilidad, que con la vida material le dieron la vida moral, a los que muchas veces se impusieron duras privaciones para asegurar su bienestar! ¡Ay del ingrato! Porque será castigado por la ingratitud y el abandono; será herido en sus más caros afectos, *algunas veces desde la vida presente* y más ciertamente en otra existencia, en la que sufrirá lo que ha hecho sufrir a los otros.

Es verdad que ciertos padres olvidan los deberes y no son para sus hijos lo que deben ser; pero a Dios corresponde castigarlos y no a sus hijos; éstos no deben censurarles, porque tal vez ellos mismos mereciesen que fuese así. Si la caridad establece como ley el devolver bien por mal, ser indulgente con

las imperfecciones de otro, no maldecir a su prójimo, olvidar y perdonar los agravios, y hasta amar a los enemigos, ¡cuánto mayor es esta obligación con respecto a los padres! Los hijos, pues, deben tomar por regla de conducta para con estos últimos, todos los preceptos de Jesús concernientes al prójimo y decir que todo proceder vituperable con los extraños, lo es más con los allegados, y lo que tal vez no fuese sino una falta en el primer caso, puede llegar a ser un crimen en el segundo, porque, entonces, a la falta de caridad se agrega la ingratitud.

4. Dios dijo: “Honrad a vuestro padre y a vuestra madre para que seáis de larga vida sobre la Tierra, que el Señor vuestro Dios os dará.” ¿Por qué, pues, promete como recompensa la vida en la Tierra y no la vida celeste? La explicación está en estas palabras: “Que Dios os dará”, suprimidas en la forma moderna del Decálogo, lo que desnaturaliza el sentido. Para comprender estas palabras, es menester referirse a la situación y a las ideas de los hebreos de la época en que fueron dichas; ellos no comprendían aún la vida futura, porque su vida no se extendía más allá de la vida corporal; debían, pues, conmoverse más por lo que veían que por lo que no veían; por esto Dios les habla en un lenguaje a sus alcances y como a los niños, les da en perspectiva lo que puede satisfacerles. Entonces estaban en el desierto; la tierra que Dios les *dará* era la Tierra Prometida, objeto de sus aspiraciones; no deseaban nada más, y Dios les dijo que vivirían mucho tiempo en ella, es decir, que la poseerían por mucho tiempo si observaban sus mandamientos.

Mas, al advenimiento de Jesús, sus ideas estaban más desarrolladas; había llegado el momento de darles un alimento menos grosero, iniciarlos en la vida espiritual, diciéndoles: “Mi reino no es de este mundo; es en él, y no en la Tierra, que recibiréis la recompensa de vuestras buenas obras.” Con estas palabras, la Tierra Prometida material se transforma en patria celeste; también, cuando los llama a la observancia del mandamiento: “Honrad a vuestro padre y a vuestra madre” no es más la tierra lo que les promete, sino el cielo. (Cap. II y III).

¿QUIÉN ES MI MADRE Y QUIÉNES SON MIS HERMANOS?

5. *Y habiendo llegado a la casa, en ella se reunió una multitud tan grande de gente que ni siquiera podían tomar su alimento. Sus parientes, habiendo sabido de eso, vinieron para apoderarse de él, porque decían que había perdido el espíritu.*

Entonces, viniendo su madre y sus hermanos, quedándose en la parte de fuera, mandaron a llamarle. El pueblo estaba sentado a su alrededor y le dijo: Vuestra madre y vuestros hermanos están allá fuera llamándoos. Mas él respondió: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y mirando a los que estaban alrededor de sí: He aquí, dijo, mi madre y mis hermanos; porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, este es mi hermano, mi hermana y mi madre. (San Marcos, cap. III, v. 20, 21 y de 31 a 35; San Mateo, cap. XII, v. de 46 a 50).

6. Ciertas palabras parecen extrañas en boca de Jesús, y contrastan con su bondad y su inalterable benevolencia para todos. Los incrédulos no dejaron de hacer de eso un arma, diciendo que se contradecía él mismo. Un hecho irrecusable es que su doctrina tiene por base esencial, por piedra angular, la ley de amor y caridad; no podía, pues, destruir por un lado lo que establecía por otro; de donde es menester sacar esta rigurosa consecuencia: que si ciertas máximas están en contradicción con el principio, es porque las palabras que se le atribuyen han sido mal expresadas, mal comprendidas, o que no son suyas.

7. Causa sorpresa, y con razón, ver, en esa circunstancia a Jesús mostrar tanta indiferencia con sus parientes y de alguna manera renegar a su madre.

Por lo que toca a sus hermanos, se sabe que nunca tuvieron simpatía por él; Espíritus poco avanzados, no habían comprendido su misión; su conducta, a sus ojos, era extravagante y sus enseñanzas no les habían conmovido, puesto que no hubo ningún discípulo entre ellos; incluso, parecía que compartían, hasta un cierto punto, de las prevenciones de sus enemigos; por lo demás, es cierto que le acogían más como extraño que como hermano, cuando se

presenta a su familia y San Juan dice positivamente, (Cap. VII, v.5): “que no creían en él.”

En cuanto a su madre, nadie podría negar su ternura por su hijo; pero también es preciso convenir que ella no parecía haberse hecho una idea muy justa de su misión, porque no se la vio jamás seguir sus enseñanzas, ni darle testimonio como lo hizo Juan Bautista; la solicitud materna era en ella el sentimiento dominante. Con respecto a Jesús, el suponer que negó a su madre, sería desconocer su carácter; tal pensamiento no podía animar al que dijo: *Honrad a vuestro padre y a vuestra madre*. Es, pues, preciso buscar otro sentido a sus palabras, casi siempre veladas, bajo la forma alegórica.

Jesús no descuidaba ninguna ocasión de dar una enseñanza; aprovechó, pues, la que le ofreció la llegada de su familia, para establecer la diferencia que existe entre el parentesco corporal y el parentesco espiritual.

PARENTESCO CORPORAL Y PARENTESCO ESPIRITUAL

8. Los lazos de sangre no establecen, necesariamente, los lazos entre los Espíritus. El cuerpo procede del cuerpo, pero el Espíritu no procede del Espíritu, porque el Espíritu existía antes de la formación del cuerpo; no es el padre quien crea el Espíritu de su hijo, pues no hace más que darle una envoltura corporal; pero debe ayudar a su desarrollo intelectual y moral para hacerlo progresar.

Los Espíritus que se encarnan en una misma familia, sobre todo entre parientes próximos, muchas veces son Espíritus simpáticos unidos por relaciones anteriores, que se manifiestan por su afecto durante la vida terrestre; pero puede suceder también que estos Espíritus sean completamente extraños unos de otros, divididos por antipatías igualmente anteriores, que se traducen de la misma forma por su antagonismo en la Tierra, para servirles de prueba. Los verdaderos lazos de familia no son, pues, los de consanguinidad, sino los de la simpatía y de la comunión de pensamientos que unen a los Espíritus *antes, durante y después* de

su encarnación. De donde se sigue que dos seres de padres diferentes, pueden ser más hermanos por el Espíritu que si lo fueran por la sangre; pueden atraerse, buscarse, gozar juntos, mientras que dos hermanos consanguíneos pueden rechazarse, como se ve todos los días; problema moral que sólo el Espiritismo podía resolver por la pluralidad de las existencias. (Cap. IV, n° 13).

Hay, pues, dos clases de familia: *las familias por lazos espirituales y las familias por lazos corporales*; las primeras son duraderas, se fortalecen por la purificación y se perpetúan en el mundo de los Espíritus, a través de las diversas emigraciones del alma; las segundas son frágiles como la materia, se extinguen con el tiempo y muchas veces se disuelven moralmente, desde la vida actual. Fue eso lo que Jesús quiso hacer comprender, diciendo a sus discípulos: He aquí a mi madre y a mis hermanos, es decir, mi familia por los lazos del Espíritu, porque cualquiera que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, es mi hermano, mi hermana y mi madre.

La hostilidad de sus hermanos está claramente expresada en lo que relata San Marcos, puesto que dice: se proponían apoderarse de él bajo el pretexto de que *había perdido el espíritu*. Al anunciarle su llegada, conociendo sus sentimientos con respecto a él, era natural que dijera, hablando de sus discípulos desde el punto de vista espiritual: “He aquí a mis verdaderos hermanos”; su madre se encontraba con ellos y generaliza la enseñanza, lo que no implica de ninguna manera que pretendiese que su madre según el cuerpo, no le era nada según el espíritu y que no tuviese por ella sino indiferencia; su conducta, en otras circunstancias, probó suficientemente lo contrario.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

LA INGRATITUD DE LOS HIJOS Y LOS LAZOS DE FAMILIA

9. La ingratitud es uno de los frutos más inmediatos del egoísmo; subleva siempre los corazones honrados; pero la de los hijos con respecto a sus padres tiene un carácter más odioso aún; espe-

cialmente, es bajo este punto de vista que vamos a encararla para analizarle las causas y los efectos. Aquí, como por todas partes, el Espiritismo viene aclarando uno de los problemas del corazón humano.

Cuando el Espíritu deja la Tierra, lleva consigo las pasiones o las virtudes inherentes a su naturaleza, y en el espacio, va perfeccionándose o quedándose estacionado, hasta que quiera ver la luz. Algunos, pues, partieron llevándose consigo odios poderosos y deseos de venganza insatisfechos; pero algunos de aquellos más avanzados que los otros, les es permitido entrever algo de la verdad; reconocen los funestos efectos de sus pasiones y entonces toman buenas resoluciones; comprenden que para ir a Dios sólo hay una santa y seña: *caridad*; pues no hay caridad sin olvido de los ultrajes y las injurias; no hay caridad con odios en el corazón y sin perdón.

Entonces, por un esfuerzo inaudito, miran a los que detestaron en la Tierra; pero a su vista se despierta su animosidad; se rebelan a la idea de perdonar, aún más que a la de renunciarse a sí mismos, y sobre todo, a la de amar a aquellos que tal vez destruyeron su fortuna, su honor y su familia. Sin embargo, el corazón de esos infelices está conmovido; titubean y vacilan agitados por estos sentimientos contrarios; si la buena resolución vence, piden a Dios, imploran a los buenos Espíritus que les den fuerza en el momento más decisivo de la prueba.

En fin, después de algunos años de meditación y de oraciones, el Espíritu aprovecha una carne que se prepara en la familia de aquél que detestó, y pide a los Espíritus encargados de transmitir las órdenes supremas el ir a cumplir en la Tierra los destinos de esa carne que acaba de formarse. ¿Cuál será, pues, su conducta en esa familia? Dependerá, más o menos, de la persistencia de sus buenas resoluciones. El contacto incesante de los seres que odió, es una prueba terrible, bajo la cual sucumbe algunas veces, si su voluntad no es muy fuerte. Así, según triunfe la buena o mala resolución, será amigo o enemigo de aquellos entre los cuales está llamado a vivir. Así se explican esos odios, esas repulsiones instintivas que se notan en ciertos niños y que ningún acto anterior parece justificar; nada, en efecto, en esta existencia ha podido provocar esta antipatía; para comprenderla es preciso echar una mirada al pasado.

¡Oh, espíritas! Comprended hoy el gran papel de la Humanidad; comprended que cuando producís un cuerpo, el alma que se encarna en él viene del espacio para progresar; sabed vuestros deberes y poned todo vuestro amor en aproximar esta alma a Dios; esta es la misión que os está confiada y por la que recibiréis la recompensa, si la cumplís fielmente. Vuestros cuidados, la educación que le daréis, ayudarán a su perfeccionamiento y a su bienestar futuro. Pensad que a cada padre y a cada madre, Dios preguntará: “¿Qué habéis hecho del niño confiado a vuestra guarda?” Si permaneció atrasado por vuestra falta, vuestro castigo será el verle entre los Espíritus que sufren, mientras dependía de vosotros haberlo hecho feliz. Entonces vosotros mismos, atormentados por los remordimientos, pediréis reparar vuestra falta; solicitaréis una nueva encarnación, para vosotros y para él, en la cual lo rodearéis de cuidados más esclarecidos, y él, lleno de reconocimiento, os rodeará con su amor.

No desechéis, pues, al niño que en la cuna rechaza a su madre, ni al que os paga con ingratitudes; no es la casualidad la que lo hizo así, y os lo dio. Una intuición imperfecta del pasado se revela, y de esto podéis juzgar si uno o el otro ha odiado mucho o ha sido muy ofendido; que uno u otro ha venido para perdonar o para expiar. ¡Madres!, Abrazad, pues, al hijo que os causa tristeza, y decíos: Uno de nosotros dos es culpable. Mereced las alegrías divinas que Dios atribuye a la maternidad, enseñando a ese niño que él está en la Tierra para perfeccionarse, amar y bendecir. Mas ¡ay! Muchos de entre vosotros, en lugar de arrancar por la educación los malos principios innatos de existencias anteriores, entretenéis y desarrolláis estos mismos principios por una culpable debilidad o por negligencia; y, más tarde vuestro corazón ulcerado por la ingratitud de vuestros hijos, será para vosotros, desde esta vida, el comienzo de vuestra expiación.

La tarea no es tan difícil como podríais creerlo; no exige la ciencia del mundo; lo mismo puede cumplirla el ignorante como el sabio, y el Espiritismo viene a facilitarla, haciendo conocer la causa de las imperfecciones del corazón humano.

Desde la cuna, el niño manifiesta los instintos buenos o malos

que trae de su existencia anterior; es preciso aplicarse a estudiarlos; todos los males tienen su principio en el egoísmo y en el orgullo; vigilad, pues, las menores señales que revelan el germen de esos vicios y empeñaos en combatirlos, sin esperar que echen raíces profundas; haced como el buen jardinero, que arranca los malos vástagos a medida que los ve apuntar en el árbol. Si dejáis desarrollar el egoísmo y el orgullo, no os asombréis de ser más tarde pagados por la ingratitud. Cuando los padres han hecho todo lo que debían para el adelantamiento moral de sus hijos, si no pueden conseguir su objeto, no pueden hacerse cargos y su conciencia puede estar tranquila; pero al pesar muy natural que experimentan por el mal éxito de sus esfuerzos, Dios reserva un grande, un inmenso consuelo, por la *certeza* de que sólo es un atraso y que les será permitido acabar en otra existencia la obra empezada en ésta, y que un día el hijo ingrato les recompensará con su amor. (Cap. XIII, número 19).

Dios no hace las pruebas superiores a las fuerzas del que las pide; no permite sino las que se pueden cumplir; sino se triunfa, no es la posibilidad que le falta, sino la voluntad, porque, ¿cuántos hay que en lugar de resistir a las malas tentaciones, se complacen en ellas? Para estos están reservados los llantos y los gemidos en sus existencias posteriores; pero admirad la bondad de Dios, que nunca cierra la puerta al arrepentimiento. Llega un día en que el culpable se cansa de sufrir o en que su orgullo al fin se ha dominado y entonces Dios abre sus brazos paternos al hijo pródigo que se echa a sus pies. *Las grandes pruebas, entendedme bien, son casi siempre indicio de un fin de sufrimientos y de un perfeccionamiento del Espíritu, cuando son aceptadas por amor a Dios.* Este es un momento supremo y sobre todo entonces, es importante no fallar murmurando, si no se quiere perder el fruto y tener que empezar otra vez. En lugar de quejaros, dad gracias a Dios, que os ofrece la ocasión de vencer para daros el premio de la victoria. Entonces, cuando al salir del torbellino del mundo terrestre entréis en el de los Espíritus, seréis aclamados en él como el soldado que sale victorioso del combate.

De todas las pruebas, las más penosas son las que afectan al

corazón; hay quien soporta con valor la miseria y las privaciones materiales y sucumbe bajo el peso de la tristeza doméstica, mortificado por la ingratitud de los suyos. ¡Oh! ¡Esto es una aguda agonía! Pero, ¿qué puede mejor, en estas circunstancias, revelar el valor moral que el conocimiento de las causas del mal y la certeza de que si hay extrema aflicción, no hay desesperaciones eternas, porque Dios no puede querer que su criatura sufra siempre? ¿Qué cosa hay más consoladora y que dé más valor que ese pensamiento de que depende sólo de sí, de sus propios esfuerzos, abreviar el sufrimiento, destruyendo en sí las causas del mal? Pero, para esto, es preciso no detener las miradas a la Tierra y no ver sólo una existencia; es preciso elevarse, dominar el infinito del pasado y del futuro; entonces la gran justicia de Dios se revela a vuestras miradas y esperaréis con paciencia, porque entendéis lo que os parecían monstruosidades en la Tierra; las heridas que recibís en ellas sólo os parecen arañazos. Con este golpe de vista echado al conjunto, los lazos de familia aparecen bajo su verdadera luz; estos no son ya los lazos frágiles de la materia que reúnen sus miembros, sino lazos duraderos del espíritu que se consolidan purificándose, en lugar de romperse con la reencarnación.

Los Espíritus a quienes la semejanza de gustos, la identidad del progreso moral y el afecto conducen a reunirse, forman familias; estos mismos Espíritus, en sus emigraciones terrestres, se buscan para agruparse como lo hacen en el espacio; de aquí nacen las familias unidas y homogéneas, y si en sus peregrinaciones se separan momentáneamente, se volverán a encontrar más tarde, felices con los nuevos progresos. Pero como no deben trabajar sólo para sí, Dios permite que Espíritus menos adelantados vengán a encarnarse entre ellos, para tomar consejos y buenos ejemplos en provecho de su adelantamiento; a veces causan perturbaciones, pero esta es la prueba, esta es la tarea. Acogedles, pues, como a hermanos; venid en su ayuda y más tarde, en el mundo de los Espíritus, la familia se felicitará por haber salvado del naufragio a los que, a su vez, podrán salvar a otros. (SAN AGUSTÍN, París, 1862).

CAPÍTULO XV

FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACIÓN

Lo que es necesario para salvarse. Parábola del buen samaritano. – El mayor mandamiento. – Necesidad de la caridad según San Pablo. – Fuera de la Iglesia no hay salvación. – Fuera de la verdad no hay salvación. – *Instrucciones de los Espíritus*: Fuera de la caridad no hay salvación.

**LO QUE ES NECESARIO PARA SALVARSE.
PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO.**

1. *Cuando el Hijo del hombre viniere en su majestad, acompañado de todos los ángeles, se sentará sobre el trono de su gloria; y estando todas las naciones reunidas ante él, apartará los unos de los otros, como un pastor aparta las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda.*

Entonces, el Rey dirá a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de nuestro Padre, poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; tuve necesidad de hospedarme y me hospedasteis; estuve desnudo y me cubristeis; estuve enfermo y me visitasteis; estuve en la cárcel y me vinisteis a ver.

Entonces, los justos le responderán: Señor, ¿cuándo fue que os vimos hambriento y os dimos de comer, o con sed y os dimos de beber? ¿Cuándo fue que os vimos sin techo y os hospedamos, o desnudo y os vestimos? ¿Cuándo fue que os vimos enfermos o en la cárcel y os vinimos a visitar? Y el Rey les responderá: En verdad os digo, cuántas veces lo hicisteis con relación a uno de estos más pequeños de mis hermanos, fue a mí mismo a quien lo hicisteis.

Y dirá, después, a aquellos que estén a su izquierda: Apartaos

de mí, malditos, id para el fuego eterno, que ha sido preparado para el diablo y para sus ángeles; porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; tuve necesidad de hospedarme y no me hospedasteis; estuve desnudo y no me cubristeis; estuve enfermo y en la cárcel y no me visitasteis.

Entonces, ellos también le responderán: Señor, ¿cuándo fue que os vimos con hambre, con sed, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel y dejamos de asistirlos? Mas, él les responderá: En verdad os digo, todas las veces que dejasteis de asistir a uno de éstos más pequeños, dejasteis de asistirme a mí.

Y entonces estos irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna. (San Mateo, cap. XXV, v. de 31 a 46).

2. *Entonces, un doctor de la ley, habiéndose levantado, le dijo por tentarle: Maestro, ¿qué es preciso que yo haga para poseer la vida eterna? Jesús le respondió: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella? Él le respondió: Amaréis al Señor vuestro Dios, de todo vuestro corazón, de toda vuestra alma, de todas vuestras fuerzas y de todo vuestro espíritu, y a vuestro prójimo como a vosotros mismos. Jesús le dijo: Respondisteis muy bien, haced eso y viviréis.*

Mas este hombre, queriendo parecer que era justo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Y Jesús tomando la palabra, le dijo:

Un hombre, que bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de ladrones que lo despojaron, lo cubrieron de heridas y se fueron, dejándole medio muerto. Aconteció, enseguida, que un sacerdote descendía por el mismo camino y habiéndole visto, pasó del otro lado. Un levita, que iba también por el mismo lugar, viéndole, pasó también de largo. Mas un Samaritano, que viajaba, llegando al lugar donde estaba ese hombre, viéndole se movió de compasión por él. Pues, acercándose, echó aceite y vino en sus heridas y las vendó; poniéndolo sobre su caballo, lo condujo a una hospedería y cuidó de él. Al día siguiente, sacó dos monedas y las dio al hospedero, diciendo: ten mucho cuidado con este hombre y cuanto gastes de más, yo te lo daré cuando regrese.

¿Cuál de estos tres os parece que fue el prójimo de aquél que cayó en manos de los ladrones? El doctor le respondió: Aquél que usó de misericordia con él. Id, pues, le dijo Jesús y haced lo mismo. (San Lucas, cap. X, v. de 25 a 37).

3. Toda la moral de Jesús se resume en la caridad y en la humildad, es decir, en las dos virtudes contrarias al egoísmo y al orgullo. En todas sus enseñanzas, manifiesta que estas virtudes son el camino de la eterna felicidad. Bienaventurados, dice, los pobres de espíritu, es decir los humildes, porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los que tienen el corazón puro; bienaventurados los que son mansos y pacíficos; bienaventurados los que son misericordiosos; amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos; haced a los otros lo que quisierais que hiciesen con vosotros; amad a vuestros enemigos; perdonad las ofensas, si quisierais ser perdonados; haced el bien sin ostentación; juzgaos vosotros mismos antes de juzgar a los otros. Humildad y caridad, esto es lo que no cesa de recomendar y de lo que Él mismo da el ejemplo; orgullo y egoísmo, esto es lo que no cesa de combatir; pero hace más aún que recomendar la caridad, la coloca claramente y en términos explícitos como la condición absoluta de la felicidad futura.

En el cuadro que presenta Jesús del juicio final, es menester, como en otras muchas cosas, separar la parte figurada y la alegórica. A los hombres a quienes hablaba, aún incapaces de comprender las cosas puramente espirituales, debía presentar imágenes materiales, sorprendentes y capaces de impresionar; para que fuesen mejor aceptadas no debía apartarse mucho de las ideas vigentes, en cuanto a la forma, reservando siempre para el porvenir la verdadera interpretación de sus palabras y de los puntos sobre los cuales no podía explicarse con claridad. Mas al lado de la parte accesoria y figurada del cuadro, hay una idea dominante: la de la felicidad que espera al justo y de la desdicha reservada al malo.

En este juicio supremo, ¿cuáles son los considerandos de la sentencia? ¿Sobre qué desea informarse? ¿Acaso pregunta el juez si se cumplió esta o aquella formalidad, observando más o menos tal o cual práctica exterior? No, el no inquiere sino sobre una cosa:

la práctica de la caridad, y sentencia diciendo: Vosotros que asististeis a vuestros hermanos, pasad a la derecha; vosotros que fuisteis duros con ellos, pasad a la izquierda. ¿Se informa de la ortodoxia de la fe? ¿Hace una distinción entre el que cree de un modo y el que cree de otro? No; porque Jesús coloca al Samaritano, considerado como hereje, pero que tiene amor al prójimo, sobre el ortodoxo que falta a la caridad. Jesús no sólo hizo de la caridad una de las condiciones para la salvación, sino la condición única; si se hubiesen de cumplir otras, las hubiera expresado. Si coloca la caridad en primera línea entre las virtudes, es porque implícitamente encierra todas las otras: la humildad, la dulzura, la benevolencia, la indulgencia, la justicia, etc., y porque es la negación absoluta del orgullo y del egoísmo.

EL MAYOR MANDAMIENTO

4. *Mas los fariseos, sabiendo que él había hecho callar a los saduceos, reunieronse; y uno de ellos, que era doctor de la ley, le hizo esta pregunta para tentarle: Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento de la ley? Jesús le respondió: Amaréis al Señor, vuestro Dios, de todo vuestro corazón, de toda vuestra alma y de todo vuestro espíritu. Este es el mayor y el primer mandamiento. Y este es el segundo que es semejante a aquel: Amaréis a vuestro prójimo como a vosotros mismos. Toda la ley y los profetas están contenidos en estos dos mandamientos. (San Mateo, cap. XXII, v. de 34 a 40).*

5. Caridad y humildad: tal es, pues, el único camino de la salvación; egoísmo y orgullo, tal es el de la perdición. Este principio está formulado en términos precisos en estas palabras: “Amaréis a Dios con toda vuestra alma y a vuestro prójimo como a vosotros mismos, toda la ley y los profetas están contenidos en estos dos mandamientos”. Y para que no haya equivocación sobre la interpretación del amor a Dios y al prójimo, añade: “Este es el segundo mandamiento, que es semejante al primero”; es decir, que no se puede verdaderamente amar a Dios sin amar al prójimo, ni amar al prójimo sin amar a Dios; por tanto, todo lo que se hace contra el prójimo, se hace contra Dios. No pudiendo amar a Dios,

sin practicar la caridad con el prójimo, todos los deberes del hombre se encuentran resumidos en esta máxima: “FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACIÓN”.

NECESIDAD DE LA CARIDAD, SEGÚN SAN PABLO

6. *Aunque hablase yo todas las lenguas de los hombres, e inclusive la lengua de los ángeles, sino tuviese caridad, sería como un bronce resonante y un címbalo retumbante; y aun cuando tuviese el don de profecía y penetrara todos los misterios y poseyera una ciencia perfecta de todas las cosas; aunque tuviese toda la fe posible, hasta transportar las montañas, si no tuviese caridad, yo, nada sería. Y aun cuando hubiese distribuido mis bienes para alimentar a los pobres, y hubiese entregado mi cuerpo para ser quemado, si no tuviese caridad, todo eso no me serviría de nada.*

La caridad es paciente; es dulce y bienhechora; la caridad no es envidiosa; no es temeraria y precipitada; no se llena de orgullo; no es desdeñosa; no busca sus propios intereses; no se melindrea y no se irrita con nada; no sospecha mal; no se regocija con la injusticia; mas se regocija con la verdad; todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera y todo lo sufre.

Ahora, estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, permanecen; mas, entre ellas, la más excelente es la caridad. (San Pablo, Primera Epístola a los Corintios, cap. XIII, v. 1 a 7 y 13).

7. San Pablo comprendió de tal forma esta verdad que dice: *Aunque tuviese yo el lenguaje de los ángeles; aun cuando tuviese el don de profecía y penetrase todos los misterios; aun cuando tuviese toda la fe posible, hasta transportar las montañas, si no tuviese caridad, yo nada sería. Entre estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, la más excelente es la caridad.*” Coloca de este modo sin equívoco, la caridad sobre la fe, porque la caridad está al alcance de todo el mundo, del ignorante y del sabio, del rico y del pobre y es independiente de toda creencia particular.

E hizo más: definió la verdadera caridad; la mostró no sólo en la beneficencia, sino en el conjunto de todas las cualidades del corazón, en la bondad y en la benevolencia con respecto al prójimo.

FUERA DE LA IGLESIA NO HAY SALVACIÓN. FUERA DE LA VERDAD NO HAY SALVACIÓN

8. En tanto que la máxima: *Fuera de la caridad no hay salvación*, se apoya sobre un principio universal y abre a todos los hijos de Dios acceso a la felicidad suprema, el dogma: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*, se apoya, no en la fe fundamental en Dios y en la inmortalidad del alma, fe común a todas las religiones, sino en la fe especial en dogmas particulares; es exclusivo y absoluto; en vez de unir a los hijos de Dios, los divide; en lugar de excitarlos al amor de sus hermanos, alimenta y sanciona la irritación entre los sectarios de los diferentes cultos, que se consideran recíprocamente como malditos en la eternidad, aun cuando fuesen parientes o amigos en este mundo; desconociendo la gran ley de igualdad ante la tumba, los separa hasta en el campo del reposo. La máxima: *Fuera de la caridad no hay salvación*, es la consagración del principio de la igualdad ante Dios y de la libertad de conciencia; con esta máxima por regla todos los hombres son hermanos, y cualquiera que sea el modo de adorar a Dios, se tienden la mano y oran unos por los otros. Con el dogma: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*, se lanzan el anatema, se persiguen y viven como enemigos; el padre no ora por el hijo, ni el hijo por su padre, ni el amigo por el amigo; sino que se creen recíprocamente condenados para siempre. Este dogma es, pues, esencialmente contrario a las enseñanzas de Cristo y a la ley evangélica.

9. *Fuera de la verdad no hay salvación*, sería el equivalente de: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*, y es también exclusivista, porque no hay una sola secta que no pretenda tener el privilegio de la verdad. ¿Qué hombre es el que puede vanagloriarse de poseerla por completo, cuando el círculo de los conocimientos se ensancha sin cesar y cuando las ideas se rectifican cada día? La verdad absoluta pertenece tan sólo a los Espíritus de orden más elevado, y la Humanidad terrestre no podría pretenderla, porque no le es dado el saberlo todo; sólo puede aspirar a una verdad relativa y proporcionada

a su adelantamiento. Si Dios hubiese hecho de la posesión de la verdad absoluta, la condición expresa de la felicidad futura, eso sería una sentencia de proscripción general; mientras que la caridad, aun en su acepción más amplia, puede ser practicada por todos. El Espiritismo, de acuerdo con el Evangelio, admitiendo que la salvación es independiente de la creencia, con tal que se observe la ley de Dios, no dice: *Fuera del Espiritismo no hay salvación*; y como no pretende enseñar aún toda la verdad, tampoco dice: *Fuera de la verdad no hay salvación*, máxima que dividiría en vez de unir y perpetuaría el antagonismo.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACIÓN

10. Hijos míos, en la máxima: *Fuera de la caridad no hay salvación*, están contenidos los destinos de los hombres en la Tierra y en el cielo; en la Tierra, porque a la sombra de ese estandarte, vivirán en paz; en el cielo, porque los que la hayan practicado encontrarán gracia ante el Señor. Esta divisa es la antorcha celeste, la columna luminosa que guía al hombre en el desierto de la vida para conducirlo a la Tierra Prometida, y brilla en el cielo como una aureola santa en la frente de los elegidos, y en la Tierra está grabada en el corazón de aquellos a quienes Jesús dirá: Pasad a la derecha, vosotros los bendecidos de mi Padre. Les reconoceréis por el perfume de caridad que esparcen a su alrededor. Nada expresa mejor el pensamiento de Jesús, nada resume mejor los deberes del hombre, que esta máxima de orden divino; el Espiritismo no podía probar mejor su origen que dándola por regla, porque es el reflejo del más puro Cristianismo; con semejante guía el hombre no se perderá jamás. Aplicaos, pues, amigos míos, a comprender su sentido profundo y sus consecuencias, y a buscar en ellas vosotros mismos todas las aplicaciones. Someted todas vuestras acciones al control de la caridad, y vuestra conciencia os contestará; no solamente os evitará el hacer el mal, sino que os llevará a hacer el bien: porque no basta una virtud negativa, es menester una virtud

activa; para hacer el bien es necesario la acción de la voluntad; para no hacer mal, basta muchas veces la inercia y la negligencia.

Amigos míos, agradeced a Dios que os permitió que pudieseis gozar de la luz del Espiritismo; no porque los que la poseen pueden ser los únicos que se salven, sino porque, ayudándoos a comprender mejor las enseñanzas de Cristo, hace de vosotros mejores cristianos. Haced, pues, que al veros se pueda decir, que verdadero espírita y verdadero cristiano, son una sola cosa y una misma cosa; porque todos los que practican la caridad, son los discípulos de Jesús, cualquiera que sea el culto a que pertenezcan. (PABLO, apóstol, París, 1860).

CAPÍTULO XVI

NO SE PUEDE SERVIR A DIOS Y A LAS RIQUEZAS

Salvación de los ricos. – Guardarse de la avaricia. – Jesús en la casa de Zaqueo. – Parábola del mal rico. – Parábola de los talentos. – Utilidad providencial de la fortuna. – Pruebas de la riqueza y de la miseria. – Desigualdad de las riquezas. – *Instrucciones de los Espíritus*: La verdadera propiedad. – Empleo de la fortuna. – Desprendimiento de los bienes terrestres. – Transmisión de la fortuna.

SALVACIÓN DE LOS RICOS

1. *Nadie puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. (San Lucas, cap. XVI, v. 13).*

2. *Entonces, un joven se acercó a él y le dijo: Maestro bueno ¿qué bien debo hacer para tener la vida eterna? Jesús le respondió: ¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. ¿Cuáles mandamientos? Le preguntó. Jesús le dijo: No matarás; no cometerás adulterio; no hurtarás; no dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo.*

El joven le respondió: He guardado todos esos mandamientos, desde mi juventud; ¿qué más me falta? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; después, ven y sígueme.

El joven, oyendo estas palabras, se fue muy triste, porque tenía muchos bienes. Y Jesús dijo a sus discípulos: En verdad os digo que es muy difícil que un rico entre en el reino de los cielos. Otra vez os digo: Es más fácil que un camello pase por el ojo de

GUARDARSE DE LA AVARICIA

una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos. (1). (*San Mateo, cap. XIX, v. de 16 a 24; San Lucas, cap. XVIII, v. de 18 a 25; San Marcos, cap. X, v. de 17 a 25).*)

3. *Entonces, un hombre le dijo, en medio de la multitud: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia que nos corresponde. Mas Jesús le dijo: ¡Hombre! ¿Quién me ha puesto para juzgarlos o establecer vuestras partes? Después les dijo: Tengan cuidado en guardarse de toda avaricia; porque en cualquier abundancia que el hombre esté, su vida no depende de los bienes que posea.*

Y le dijo enseguida esta parábola. Había un hombre rico, cuyas tierras habían producido extraordinariamente; y él mantenía dentro de sí, estos pensamientos: ¿qué haré, porque no tengo lugar en donde guardar mi cosecha? Dijo él, he aquí lo que haré: derribaré mis graneros y los construiré mayores, y allí guardaré toda mi cosecha y todos mis bienes; y diré a mi alma: Alma mía, tienes muchos bienes reservados para varios años; reposa, come, bebe, ostenta. Mas Dios al mismo tiempo dijo a este hombre: ¡Qué insensato eres! Tu alma será tomada esta misma noche: y ¿para quién será lo que has acumulado?

Eso es lo que sucede al que amontona tesoros para sí mismo, y no es rico ante Dios. (San Lucas, cap. XII, v. de 13 a 21).

JESÚS EN CASA DE ZAQUEO

4. *Jesús habiendo entrado en Jericó, pasaba por la ciudad; y había un hombre llamado Zaqueo, jefe de los publicanos y muy rico, que, queriendo ver a Jesús, para conocerlo, no podía por causa de la multitud, porque era muy pequeño; por eso corrió adelante y se subió a un sicómoro para verle, porque él debía*

(1) Esta figura atrevida puede parecer un poco forzada, porque no se ve la relación que existe entre un camello y una aguja. Esto proviene de que en hebreo, la misma palabra significa “cable y camello”. En la traducción se le da esta última acepción; es probable que fuese la primera la que estaba en el pensamiento de Jesús: al menos es más natural.

pasar por allí; Jesús, habiendo llegado a ese lugar, miró hacia arriba y habiéndole visto, le dijo: Zaqueo, apresúrate en descender, porque es preciso que yo me aloje hoy en tu casa. Zaqueo descendió al instante y lo recibió con alegría. Viendo esto, todos murmuraban diciendo: Él fue a alojarse en casa de un hombre de vida mala. (Véase en la Introducción, el artículo: Publicanos).

Mas Zaqueo, presentándose al Señor, le dijo: Doy la mitad de mis bienes a los pobres; y si hice daño a alguno, en lo que quiera que sea, lo retribuiré cuadruplicado. Sobre esto Jesús le dijo: Esta casa recibió hoy la salvación, porque este hombre también es hijo de Abraham; porque el Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que se había perdido. (San Lucas, cap. XIX, v. de 1 a 10).

PARÁBOLA DEL MAL RICO

5. Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino, y que se trataba con esplendidez todos los días. Había, también, un pobre llamado Lázaro, que yacía a su puerta, todo cubierto de llagas, que deseaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; pero nadie se las daba y aun los perros venían a lamerle las llagas. Aconteció que ese pobre murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico murió también y tuvo el infierno por sepulcro. Y cuando estaba en los tormentos, alzó los ojos al cielo y vio de lejos a Abraham y a Lázaro en su seno; y gritando dijo estas palabras: Padre Abraham, ten piedad de mí y envíame a Lázaro, que moje la punta de su dedo en agua para refrescar mi lengua, porque sufro tormentos extremos en esta llama.

Mas Abraham le respondió: Hijo mío, acuérdate que recibiste tus bienes en vida y Lázaro no tuvo sino males; por eso él está ahora en la consolación y tú en los tormentos.

Además de eso, hay un gran abismo entre nosotros y vosotros; de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros no pueden, como tampoco ninguno puede pasar para acá del lugar en que estáis.

El rico le dijo: Te suplico, pues, padre Abraham, que le envíes a casa de mi padre, en donde tengo cinco hermanos, para que les

testifique de estas cosas, temiendo que vengan ellos también a parar, a este lugar de tormentos. Abraham le replicó: Ellos tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen. – No, padre Abraham, pues si alguno de los muertos los buscara, ellos harían penitencia. Abraham le respondió: – Si ellos no escuchan ni a Moisés ni a los profetas, no creerían tampoco en ellos, aunque alguno de los muertos resucitase. (San Lucas, cap. XVI, v. de 19 a 31).

PARÁBOLA DE LOS TALENTOS

6. El Señor obra como un hombre que, debiendo hacer un largo viaje fuera del país, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. Y habiendo dado cinco talentos a uno, dos a otro y uno a otro, luego partió. Aquel, pues, que había recibido cinco talentos se fue; habiendo negociado con su dinero, ganó otros cinco. Aquel que había recibido dos, de la misma manera ganó otros dos. Pero aquel que sólo había recibido uno, fue a cavar en la tierra y allí escondió el dinero de su señor. Mucho tiempo después, habiendo retornado el señor de esos siervos, los llamó a cuentas. Y aquel que había recibido cinco talentos, vino y le presentó otros cinco, diciéndole: Señor, me habéis colocado cinco talentos en las manos, he aquí otros cinco que gané. Su señor le respondió: Bueno y fiel servidor, porque fuiste fiel en poca cosa, os pondré sobre muchas otras; entrad en el gozo de vuestro Señor. Aquel que había recibido dos talentos vino luego a presentarsele, y dijo: Señor, me habéis colocado dos talentos en las manos, he aquí otros dos que gané. Su señor le respondió: Bueno y fiel servidor, porque fuiste fiel en poca cosa, os pondré sobre muchas otras; ve y entra en el gozo de vuestro Señor. Aquel que sólo había recibido un talento, vino enseguida y le dijo: Señor, sé que sois un hombre duro, que segáis donde no sembrasteis, y recogéis donde nada habéis empleado; por eso, como yo temía, escondí vuestro talento en la tierra; he aquí, restituyo lo que es vuestro. Pero su señor le respondió: Siervo malo y perezoso, sabías que siego en donde no siembro, y que recojo donde nada empleé, debíais, pues, colocar mi dinero en manos de los banqueros, para que a mi regreso, retirase con intereses lo que era mío. Que se le tome, pues, el talento que tiene,

y se le dé a aquel que tiene diez talentos; porque se dará a todos aquellos que ya tienen, y ellos acumularán más bienes; pero, para aquel que no tiene, se le quitará aun lo que parece que tiene; y que se eche a ese siervo inútil en las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes. (San Mateo, cap. XXV, v. de 14 a 30).

UTILIDAD PROVIDENCIAL DE LA FORTUNA

7. Si la riqueza fuese un obstáculo absoluto para la salvación de los que la poseen, como pudiera inferirse de ciertas palabras de Jesús interpretadas según la letra y no según el espíritu, Dios, que la da, habría puesto en las manos de algunos un instrumento de perdición sin recursos, idea que repugna a la razón. La riqueza es, sin duda, una prueba muy difícil, más peligrosa que la miseria por sus consecuencias, por las tentaciones que da y la fascinación que ejerce; es el supremo excitante del orgullo, del egoísmo y de la vida sensual; es el lazo más poderoso que une al hombre a la Tierra y desvía sus pensamientos del cielo; produce tal vértigo, que se ve muchas veces que el que pasa de la miseria a la fortuna olvida muy pronto su primera posición, a los que la compartían y a los que le han ayudado, y se vuelve insensible, egoísta y vano. Pero de que haga el camino difícil, no se sigue que lo haga imposible, y que no pueda convertirse en un medio de salvación en las manos de aquel que sepa servirse de ella, así como ciertos venenos pueden restablecer la salud, si se emplean a propósito y con discernimiento.

Cuando Jesús dijo al joven que le interrogó sobre los medios de ganar la vida eterna: “Despójate de todos tus bienes y sígueme”, no entendía establecer como principio absoluto que cada uno deba deshacerse de lo que posee, y que la salvación sólo se alcanza a este precio, sino mostrar que *el apego a los bienes terrestres es un obstáculo para la salvación*. En efecto, este joven se creía en paz porque había observado ciertos mandamientos, y sin embargo, retrocede ante la idea de abandonar sus bienes; su deseo de obtener la vida eterna no iba hasta ese sacrificio.

La proposición que le hizo Jesús era una prueba decisiva para descubrir el fondo de su pensamiento; podía, sin duda, ser un perfecto hombre honesto según el mundo, no hacer mal a nadie, no maldecir

a su prójimo, no ser vano ni orgulloso, honrar a su padre y a su madre; pero no tenía la verdadera caridad, porque su virtud no iba hasta la abnegación. Esto es lo que Jesús quiso demostrar; era una aplicación del principio: Fuera de la caridad no hay salvación.

La consecuencia de estas palabras tomadas en su acepción rigurosa, sería la abolición de la fortuna como nociva a la felicidad futura y como origen de una multitud de males en la Tierra; sería, además, la condenación del trabajo que puede obtenerla; consecuencia absurda que conduciría al hombre a la vida salvaje, y que por eso mismo, estaría en contradicción con la ley del progreso, que es una ley de Dios.

Si la riqueza es el origen de muchos males, si excita tantas malas pasiones y si provoca también tantos crímenes, no debe culparse a la cosa, sino al hombre que abusa de ella, como abusa de todos los dones de Dios; con el abuso hace pernicioso lo que podría serle más útil; es la consecuencia del estado de inferioridad del mundo terrestre. Si la riqueza no debiese producir sino el mal, Dios no la habría puesto en la Tierra; corresponde al hombre extraer de ella el bien. Si no es un instrumento directo del progreso moral, es, sin contradicción, un poderoso elemento de progreso intelectual.

En efecto, el hombre tiene por misión trabajar para el perfeccionamiento material del globo; debe desbravarlo, sanearlo y disponerlo para que un día reciba toda la población que corresponde a su extensión; para alimentar a esa población que crece sin cesar, es preciso aumentar la producción; si la producción de una región es insuficiente, es necesario ir a buscarla más lejos. Por eso mismo, las relaciones de pueblo a pueblo se hacen necesarias, y para hacerlas más fáciles es menester destruir los obstáculos materiales que las separan y hacer las comunicaciones más rápidas. Para esos trabajos que son obra de los siglos, el hombre a tenido que sacar los materiales hasta de las entrañas de la tierra; buscó en la Ciencia los medios de ejecutarlos con más seguridad y con más rapidez; pero para realizarlo le fueron necesarios recursos. La necesidad le hizo crear la riqueza, como le hizo descubrir la ciencia. La actividad indispensable para estos mismos trabajos, aumenta y desarrolla su inteligencia; esa inteligencia que él concentra primero en la satisfacción de las

necesidades materiales, le ayudará más tarde a comprender las grandes verdades morales. Siendo la riqueza el primer medio de ejecución, sin ella no habría grandes trabajos, no habría actividad, no habría estímulo, ni pesquisas. Con razón, pues, está considerada como un elemento del progreso.

DESIGUALDAD DE LAS RIQUEZAS

8. La desigualdad de las riquezas es uno de esos problemas que en vano se quieren resolver, si sólo se considera la vida actual. La primera cuestión que se presenta, es esta: ¿Por qué todos los hombres no son igualmente ricos? No lo son por una razón muy sencilla: *porque no son igualmente, activos y laboriosos para adquirir, ni moderados y previsivos para conservar*. Además, está matemáticamente demostrado que la fortuna, igualmente repartida, daría a cada cual una parte mínima e insuficiente; que suponiendo hecha esta repartición, el equilibrio se rompería en poco tiempo por la diversidad de caracteres y de aptitudes; que suponiéndola posible y duradera, teniendo cada uno apenas lo necesario para vivir, daría por resultado el agotamiento de todos los grandes trabajos que concurren al progreso y al bienestar de la Humanidad; que suponiendo que se diese a cada uno lo necesario, no habría ya el aguijón que empuja a los grandes descubrimientos y a las empresas útiles. Si Dios la concentra en ciertos puntos, es para que desde allí se esparza en cantidad suficiente, según las necesidades.

Admitiendo esto, se pregunta por qué Dios la da a personas incapaces de hacerla fructificar para el bien de todos. Esta es también una prueba de la sabiduría y de la bondad de Dios. Dando al hombre el libre albedrío, quiso que llegase por su propia experiencia a diferenciar el bien del mal, y que la práctica del bien fuese el resultado de sus esfuerzos y de su propia voluntad. No debe ser conducido fatalmente ni al bien ni al mal, pues sin esto solo sería un instrumento pasivo e irresponsable, como los animales. La fortuna es un medio para probarle moralmente; pero como al mismo tiempo es un poderoso medio de acción para el progreso, Dios no quiere que quede por mucho tiempo improductiva, y por esto *la cambia de manos incesantemente*. Cada uno debe poseerla

para ensayarse a servirse de ella, y probar el uso que sabe hacer de ella; pero como hay imposibilidad material de que todos la tengan al mismo tiempo, como por otra parte, si todos la poseyesen, nadie trabajaría y el mejoramiento del globo sufriría las consecuencias, *cada uno la posee a su vez*: el que hoy no la tiene, la tuvo ya o la tendrá en otra existencia, y el que la tiene ahora, podrá no tenerla mañana. Hay ricos y pobres, porque siendo Dios justo, cada uno debe trabajar cuando le toca su turno; la pobreza es para unos la prueba de la paciencia y de la resinación; la riqueza es para otros la prueba de la caridad y de la abnegación.

Se deplora con razón el lamentable uso que ciertas personas hacen de su fortuna, las innobles pasiones que provoca la codicia, y se pregunta si Dios es justo en dar riqueza a tales personas. Cierto es que si el hombre sólo tuviera una existencia, nada justificaría semejante repartición de los bienes de la Tierra; pero si en lugar de limitar la vista a la vida presente, se considera el conjunto de las existencias, se verá que todo se equilibra con justicia. El pobre, pues, no tiene motivo de acusar a la Providencia, ni de envidiar a los ricos; y los ricos tampoco lo tienen para glorificarse por lo que poseen. Si abusan de ella, no será ni con decretos, ni con leyes suntuarias, que se remediará el mal; las leyes pueden cambiar momentáneamente el exterior, pero no pueden cambiar el corazón; por esto sólo pueden tener una duración temporal, y siempre son seguidas de una reacción desmedida. El origen del mal está en el egoísmo y en el orgullo; los abusos de toda naturaleza cesarán por sí mismos cuando los hombres se sometan a la ley de caridad.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

LA VERDADERA PROPIEDAD

9. El hombre no posee en propiedad sino lo que puede llevarse de este mundo. Lo que encuentra cuando llega y lo que deja cuando se va, lo goza mientras permanece en la Tierra; pero, puesto que es forzado a abandonarlo, sólo tiene el usufructo y no la posesión real. ¿Qué posee pues? Nada de lo que es para uso del cuerpo, todo lo que es de uso del alma: la inteligencia, los conocimientos, las cualidades

morales, esto es lo que trae y lo que se lleva, lo que nadie tiene el poder de quitarle, lo que le servirá más en el otro mundo que en este; de él depende el ser más rico cuando se va que cuando llega, porque de lo que haya adquirido en bien, depende su posición futura. Cuando un hombre va a un país lejano, arregla su equipaje con los objetos que pueda usar en el país; pero no se carga con aquellos que le serían inútiles. Haced, pues, lo mismo para la vida futura y haced provisión de todo lo que podrá servir en ella.

Al viajero que llega a una posada, se le da una bella habitación si puede pagarla; al que tiene poca cosa, se le da una menos confortable; en cuanto al que no tiene nada, duerme en la paja. Esto sucede al hombre a su llegada al mundo de los Espíritus: su ubicación está subordinada a lo que posee; pero no se paga con oro. No se le preguntará: ¿Cuánto teníais en la Tierra? ¿Qué posición ocupabais en ella? ¿Erais príncipe o artesano? Pero sí se le preguntará: ¿Qué traéis de ella? No se le calculará el valor de sus bienes ni de sus títulos, sino la suma de sus virtudes; pues con esta cuenta, el artesano puede ser más rico que el príncipe. En vano alegará que antes de su partida, pagó su entrada con oro, pues se le responderá: Aquí no se compran los puestos sino que se ganan con el bien que se hizo; con el dinero terrestre, pudiste comprar campos, casas, palacios; aquí todo se paga con las cualidades del corazón. ¿Sois rico de estas cualidades? Sed bienvenidos y podéis ir a la primera clase donde os esperan todas las felicidades; ¿Sois pobre de ellas? Id a la última en la que seréis tratado en razón de lo que tenéis. (PASCAL, Ginebra, 1860).

10. Los bienes de la Tierra pertenecen a Dios, que los da según su voluntad, no siendo el hombre más que un usufructuario, el administrador más o menos íntegro e inteligente. Es tan poca la propiedad individual del hombre, que Dios burla a menudo todas sus previsiones, y la fortuna escapa al que cree poseerla con los mejores títulos.

Puede que digáis que así se comprende para la fortuna hereditaria, pero que no es lo mismo con la que uno adquiere por su trabajo. Sin ninguna duda, si hay una fortuna legítima es ésta, cuando

ha sido adquirida honestamente, porque *sólo se adquiere legítimamente una propiedad cuando para poseerla no se ha hecho daño a nadie*. Pues, se pedirá cuenta de una moneda mal adquirida en perjuicio de otro. Pero, ¿del hecho de que un hombre deba su fortuna a sí mismo, se desprende que pueda llevarse más cuando se muera? Los cuidados que toma para transmitirla a sus descendientes, ¿no son superfluos muchas veces? Porque si Dios no quiere que la herencia les llegue a las manos, nada podrá prevalecer contra su voluntad. ¿Puede, acaso, usar y abusar de ella durante su vida sin tener que dar cuenta? No; permitiéndole adquirirla, Dios ha podido recompensarle durante esta vida sus esfuerzos, su valor, su perseverancia; pero si sólo la hace servir para satisfacción de sus sentidos o de su orgullo; si viene a ser una causa de caída entre sus manos, mejor fuera para él que no la poseyese; pierde por un lado lo que ganó por otro, anulando el mérito de su trabajo; y cuando deje la Tierra, Dios le dirá que ya recibió su recompensa. (M., ESPÍRITU PROTECTOR, Bruselas, 1861).

EMPLEO DE LA FORTUNA

11. No podéis servir a Dios y a las riquezas; acordaos bien de esto, vosotros a quienes domina el amor del oro, que venderíais el alma para poseer tesoros porque pueden elevaros sobre los demás hombres y daros los goces de las pasiones; no ¡no podéis servir a Dios y a las riquezas! Sí, pues, sentís vuestra alma dominada por la codicia de la carne, daos prisa en sacudir el yugo que os abrumba, porque Dios, justo y severo, os dirá: ¿Qué has hecho ecónomo infiel de los bienes que te confié? Este poderoso móvil de las buenas obras, sólo lo has hecho servir para tu satisfacción personal.

¿Cuál es, pues, el mejor empleo de la fortuna? Buscad en estas palabras: “Amaos los unos a los otros”, la solución del problema; ahí está el secreto para emplear bien las riquezas. El que está animado del amor al prójimo, tiene trazada su línea de conducta, pues el empleo agradable a Dios, es la caridad; no esa caridad fría y egoísta que consiste en repartir a su alrededor lo superfluo de una existencia dorada, sino esa caridad llena de amor que busca al desdichado y lo levanta sin humillarlo. Rico, da de lo que te es

superfluo; haz más aún. Da un poco de lo que te es necesario, porque esto aún es superfluo, pero da con sabiduría. No rechaces al quejumbroso con miedo de ser engañado; busca el origen del mal; consuela primero, infórmate enseguida y ve si el trabajo, los consejos, el mismo afecto, no serán más eficaces que tu limosna. Esparce a tu alrededor, con el bienestar, el amor a Dios, el amor al trabajo y el amor al prójimo. Coloca tus riquezas en un fondo que nunca te faltará y te dará grandes intereses: las buenas obras. La riqueza de la inteligencia debe servirte tanto como la del oro; difunde a tu alrededor los tesoros de la instrucción; y esparce entre tus hermanos los tesoros de tu amor y ellos fructificarán. (CHÉVERUS. Bordeaux, 1861).

12. Cuando considero cuán breve es la vida, quedo dolorosamente impresionado por vuestra incesante preocupación, cuyo objeto es vuestro bienestar material; mientras que dais tan poca importancia y consagráis poco o ningún tiempo a vuestro perfeccionamiento moral, que os debe aprovechar para la eternidad. Se creería al ver la actividad que desplegáis, que se trata de una cuestión del más alto interés para la Humanidad, mientras que casi siempre se trata de esforzaros para satisfacer necesidades exageradas: la vanidad, o el entregaros a excesos. ¡Cuántas penas, cuidados y tormentos se inflige, cuántas noches sin sueños para aumentar una fortuna a menudo más que suficiente! Para colmo de ceguedad, no es raro ver aquellos a quienes un amor inmoderado a la fortuna y a los goces que ella proporciona, sujeta a un trabajo penoso, enorgullucerse de una existencia llamada de sacrificio y de mérito, como si trabajasen para los otros y no para ellos mismos. ¡Insensatos! ¡Creéis realmente que os serán tomados en cuenta los cuidados y los esfuerzos cuyo móvil son el egoísmo, la ambición o el orgullo, mientras que descuidáis vuestro porvenir, lo mismo que los deberes de la solidaridad fraternal impuestos a todos los que gozan de la ventaja de la vida social! No habéis pensado sino en vuestro cuerpo; su bienestar y sus goces eran el único objeto de vuestra solicitud egoísta; por el que muere habéis descuidado vuestro Espíritu que vivirá siempre. Así, ese señor tan estimado y acariciado se ha vuelto vuestro tirano; manda a vuestro Espíritu que se hizo su esclavo. ¿Era este el objeto de la existencia que Dios os había dado? (UN ESPÍRITU PROTECTOR. Cracovia, 1861).

13. Siendo el hombre el depositario, el gerente de los bienes que Dios pone en sus manos, se le pedirá una cuenta severa del empleo que haya hecho de ellos, en virtud de su libre albedrío. El mal uso consiste en hacerlos servir sólo para su satisfacción personal; al contrario, el uso es bueno siempre que resulta un bien cualquiera para otro; el mérito es proporcional al sacrificio que se impone. La beneficencia sólo es un modo de emplear la fortuna; alivia la miseria actual, apacigua el hambre, guarda del frío y da asilo a aquél que no lo tiene; pero un deber también imperioso y meritorio consiste en precaver la miseria; ésta es, sobre todo, la misión de las grandes fortunas, por los trabajos de todas clases que pueden hacer ejecutar; y aun cuando redundase en su provecho legítimo, no existiría menos el bien porque el trabajo desarrolla la inteligencia y realza la dignidad del hombre siempre deseoso de poder decir que se ganó el pan que come, mientras que la limosna humilla y degrada. La fortuna concentrada en una sola mano debe ser como una fuente de agua viva que esparce la fecundidad y el bienestar a su alrededor. ¡Oh, vosotros, ricos, si la empleáis según las miras del Señor, vuestro corazón será el primero que saciará su sed en esa fuente bendita! Tendréis en esta vida los inefables goces del alma, en vez de los goces materiales del egoísta que dejan el vacío en el corazón. Vuestro nombre será bendecido en la Tierra, y cuando la dejéis el soberano Señor os dirigirá la palabra de los talentos: “Oh, buen y fiel servidor, participad de los goces de vuestro Señor”. En esta parábola, el servidor que esconde en la Tierra el dinero que le ha sido confiado, ¿no es la imagen de los avaros entre cuyas manos la fortuna es improductiva? Aun cuando Jesús habla principalmente de las limosnas, es porque en aquel tiempo y en aquel país donde él vivía, no se conocían los trabajos que las artes y la industria crearon después, y en los cuales la fortuna puede ser empleada útilmente para el bien general. A todos aquellos que pueden dar poco o mucho, les diré pues: Dad limosna cuando sea necesario, pero tanto como sea posible, convertidla en salario, a fin del que la reciba no se avergüence. (FÉNELON, Argel, 1860).

DESPRENDIMIENTO DE LOS BIENES TERRESTRES

14. Vengo, hermanos míos y amigos, a traerlos mi óbolo para

ayudaros a marchar con valor por el camino del perfeccionamiento en que habéis entrado. Nosotros nos debemos unos a otros; sólo por una unión sincera y fraternal entre Espíritus y encarnados será posible la regeneración.

Vuestro amor a los bienes terrestres es una de las mayores trabas para vuestro adelantamiento moral y espiritual; por ese apego a la posesión, suprimís vuestras facultades afectivas concentrándolas todas en las cosas materiales. Sed sinceros. ¿Acaso la fortuna da una felicidad inmaculada? Cuándo vuestros cofres están llenos, ¿no hay siempre un vacío en vuestro corazón? En el fondo de este cesto de flores, ¿no hay siempre un reptil escondido? Comprendo que un hombre que por un trabajo asiduo y honroso, ganó la fortuna, experimente una satisfacción muy justa, sin embargo; de esta satisfacción natural que Dios aprueba, a un apego que absorbe todos los otros sentimientos y paraliza los impulsos del corazón, hay mucha distancia, tanta distancia como de la sórdida avaricia a la prodigalidad exagerada; dos vicios entre los cuales Dios ha colocado la caridad, santa y saludable virtud, que enseña al rico a dar sin ostentación para que el pobre reciba sin bajeza.

Ya venga la fortuna de vuestra familia, ya la hayáis ganado con vuestro trabajo, hay una cosa que nunca debéis olvidar, y es que todo viene de Dios y todo vuela a Dios. Nada os pertenece en la Tierra, ni siquiera vuestro pobre cuerpo; la muerte os despoja de él, como de todos los bienes materiales; sois depositarios y no propietarios; no os engañéis acerca de esto; Dios os ha prestado y debéis restituírselo, y lo que os presta es con la condición de que al menos lo superfluo revierta para aquellos que no tienen lo necesario.

Uno de vuestros amigos os presta una suma; por poco que seáis honrado procuraréis devolvérsela y le quedaréis agradecido. ¡Pues bien! He aquí la posición de todo hombre rico; Dios es el amigo celeste que le ha prestado la riqueza; sólo pide para él, el amor y el reconocimiento; pero exige que a su vez el rico dé también a los pobres, que son sus hijos tanto como él.

El bien que Dios os confió excita en vuestros corazones una ardiente y loca codicia; ¿habéis reflexionado, cuando os apegáis sin moderación a una fortuna perecedera y pasajera como vosotros, que

vendrá el día en que deberéis dar cuenta al Señor de lo que recibís de él? ¿Olvidáis que por la riqueza estáis revestidos del carácter sagrado de ministros de la caridad en la Tierra para ser dispensadores inteligentes? ¿Qué sois, pues, cuándo usáis en vuestro único provecho lo que se os ha confiado, sino depositarios infieles? ¿Qué resulta de este olvido voluntario de vuestros deberes? La muerte inflexible e inexorable viene a romper el velo bajo el cual os ocultáis, y os fuerza a dar vuestras cuentas al mismo amigo que os ayudara, y que en ese momento, se reviste, para vosotros, con la toga de juez.

En vano procuraréis haceros ilusión en la Tierra, dando el colorido de virtud a lo que muchas veces sólo es egoísmo; llamando economía y previsión a lo que solo es ambición y avaricia; o generosidad a lo que sólo es prodigalidad en provecho vuestro. Un padre de familia, por ejemplo, se abstendrá de hacer caridad, economizará, amontonará oro sobre oro, y esto, dice, para dejar a sus hijos lo mejor posible y evitarles el que sucumban en la miseria; es muy justo y paternal convengo en ello, y no puede censurársele por esto; pero, ¿es éste siempre el único móvil que le guía? No es con frecuencia un compromiso con su conciencia para justificar a sus propios ojos y a los ojos del mundo su apego personal a los bienes terrestres? Entretanto, admitido que el amor paternal sea el único móvil, ¿es éste un motivo para olvidar a sus hermanos ante Dios? Cuando él mismo ya tiene lo superfluo, ¿dejará a los hijos en la miseria porque tendrán un poco menos de este superfluo? ¿No es esto darles una lección de egoísmo y endurecer sus corazones? ¿No es ahogar en ellos el amor al prójimo? Padres y madres estáis en un gran error si creéis por esto aumentar el afecto de vuestros hijos por vosotros; enseñándoles a ser egoístas para los otros les enseñáis a serlo con vosotros mismos.

Cuando un hombre ha trabajado bastante y con el sudor de su frente ha acumulado bienes, le oiréis decir a menudo que cuando el dinero se ha ganado se conoce mejor su valor; nada es más verdadero. ¡Pues bien! Que ese hombre que confiesa conocer el valor del dinero, haga caridad según sus medios, y tendrá más mérito que aquel que, nacido en la abundancia, ignora las rudas fatigas del trabajo. Pero si este hombre que recuerda sus penas, sus trabajos, es egoísta y duro para los pobres, es mucho más culpable que los

otros; porque, cuanto más conoce por sí mismo los dolores ocultos de la miseria, más debe procurar aliviarlos en los otros.

Infelizmente hay siempre en el hombre que posee, un sentimiento tan fuerte que lo apega a la fortuna: es el orgullo. No es raro ver al hombre que ha medrado aturdir al infeliz que implora su asistencia con la narración de sus trabajos y de su saber, en vez de venir a ayudarlo, acaba por decir: “Haga lo que yo hice”. Según él, la bondad de Dios no ha intervenido para nada en su fortuna; sólo atribuye el mérito a sí mismo; su orgullo pone una venda en sus ojos y le tapa los oídos; no comprende que con toda su inteligencia y su destreza, Dios puede derrumbarle con una sola palabra.

Despilfarrar su fortuna no es el desprendimiento de los bienes terrestres, sino negligencia e indiferencia; el hombre depositario de esos bienes no tiene derecho de dilapidarlos o de confiscarlos para su solo provecho; la prodigalidad no es generosidad, sino muchas veces una forma de egoísmo; aquel que bote oro a manos llenas para satisfacer una fantasía, no daría una moneda para prestar un servicio. El desprendimiento de los bienes terrestres consiste en apreciar la fortuna en su justo valor, en saber servirse de ella para los otros y no para sí, en no sacrificar por ella los intereses de la vida futura, en perderla sin murmurar, si le place a Dios retirársela. Si por reveses imprevistos, venís a ser otro Job, decid como él: “Señor, vos me la disteis, vos me la habéis quitado; que se haga vuestra voluntad.” Este es el verdadero desprendimiento. En primer lugar sed sumisos; tened fe en Aquel que habiéndosla dado y quitado, puede volvéros la; resistid con valor el abatimiento y la desesperación que paralizan vuestras fuerzas; no olvidéis jamás, cuando Dios os castiga, que al lado de la mayor prueba coloca siempre un consuelo. Pero pensad, sobre todo, que hay bienes infinitamente más preciosos que los de la Tierra, y este pensamiento os ayudará a desprenderos de estos últimos. El poco valor que se atribuye a una cosa hace que sea menos sensible su pérdida. El hombre que tiene apego a los bienes de la Tierra es como un niño que sólo ve el momento presente; aquél que no siente apego por ellos es como el adulto que ve las cosas más importantes, porque comprende estas palabras proféticas del Salvador: “Mi reino no es de este mundo”.

El Señor no ordena despojarse de lo que se posee para reducirse a una mendicidad voluntaria y convertirse en una carga para la

sociedad; actuar así sería comprender mal el desprendimiento de los bienes terrestres; es un egoísmo de otro género, porque es descargarse de la responsabilidad que la fortuna hace pesar sobre el que la posee. Dios la da a quien mejor le parece para administrarla en provecho de todos; el rico tiene, pues, una misión, misión que puede hacer bella y provechosa para él; rechazar la fortuna cuando Dios os la da, es renunciar al beneficio del bien que se puede hacer administrándola con sabiduría. Saber pasar sin ella cuando no se tiene, saberla emplear útilmente cuando la posee, saber sacrificarla cuando eso es necesario, es actuar según los designios del Señor. Aquél a quien llegue lo que se llama en el mundo una buena fortuna, exclame: ¡Dios mío, vos me enviáis una nueva tarea; dadme fuerzas para cumplirla según vuestra santa voluntad!

He aquí, mis amigos, lo que quería enseñaros en cuanto al desprendimiento de los bienes terrestres; resumiré diciendo: Sabed contentaros con poco. Si sois pobres, no envidiéis a los ricos, porque la fortuna no es necesaria para la felicidad; si sois ricos, no olvidéis que estos bienes se os han confiado y que deberéis justificar su empleo como en una cuenta de tutela. No seáis depositarios infieles haciéndolos servir para la satisfacción de vuestro orgullo y de vuestra sensualidad; no os creáis con el derecho de disponer únicamente para vosotros de lo que sólo es un préstamo y no un don nativo. Si no sabéis devolver, no tenéis el derecho de pedir, y acordaos que el que da a los pobres paga la deuda que ha contraído con Dios. (LACORDAIRE, Constantina, 1863).

15. *El principio en virtud del cual el hombre es sólo el depositario de la fortuna que Dios le permite gozar durante la vida, ¿le quita el derecho de transmitirla a sus descendientes?*

El hombre puede transmitir perfectamente, después de su muerte, aquello que ha usufructuado durante la vida, porque el efecto de este derecho está siempre subordinado a la voluntad de Dios, que puede, cuando quiere, impedir a sus descendientes gozar de él; es así como se ven desmoronar fortunas que parecían sólidamente establecidas. La voluntad del hombre para mantener su fortuna en su descendencia es, pues, impotente, lo que no le quita el derecho de transmitir el préstamo que ha recibido, puesto que Dios lo retirará cuando lo juzgue conveniente. (SAN LUIS, París, 1860).

CAPÍTULO XVII

SED PERFECTOS

Caracteres de la perfección. – El hombre de bien. – Los buenos espíritas. – Parábola del sembrador. – *Instrucciones de los Espíritus*: El deber. – La virtud. – Los superiores y los inferiores. – El hombre en el mundo. – Cuidar el cuerpo y el Espíritu.

CARACTERES DE LA PERFECCIÓN

1. *Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian y orad por los que os persiguen y calumnian; porque si sólo amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si tan sólo saludáis a vuestros hermanos, ¿qué hacéis más que los otros? ¿No hacen esto mismo los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos, como nuestro Padre celestial es perfecto. (San Mateo, cap. V, v. 44, 46, 47 y 48).*

2. Puesto que Dios posee la perfección infinita, esta máxima: “Sed pues, vosotros perfectos, como nuestro Padre celestial es perfecto”, tomada literalmente supondría la posibilidad de alcanzar la perfección absoluta. Si le fuese dable a la criatura ser tan perfecta como el Creador, sería igual a Él, lo que es inadmisibile. Pero los hombres a quienes se dirigía Jesús no habrían comprendido esta diferencia, y por esto se limita a presentarle un modelo y les dice que se esfuercen para alcanzarlo.

Es, pues, preciso, entender por estas palabras la perfección relativa de la que la Humanidad es susceptible y que más la aproxima a la Divinidad. ¿En qué consiste esta perfección? Jesús lo dijo: “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian,

orad por los que os persiguen”. Él muestra, así, que la esencia de la perfección es la caridad en su más alta acepción, porque ella implica la práctica de todas las demás virtudes.

En efecto, si se observan los resultados de todos los vicios y aun de los simples defectos, se reconocerá que no hay ninguno que no altere, más o menos, el sentimiento de la caridad, porque todos tienen su principio en el egoísmo y en el orgullo, que son su negación; porque todo aquello que sobreexcita el sentimiento de la personalidad, destruye, o al menos debilita, los elementos de la verdadera caridad, que son: la benevolencia, la indulgencia, la abnegación y la devoción. El amor al prójimo, llevado hasta el amor de los enemigos, no pudiéndose aliar con ningún defecto contrario a la caridad, es, por lo mismo, siempre el indicio de la mayor o menor superioridad moral; de donde resulta que el grado de perfección está en razón directa de la extensión de ese amor; por esto Jesús, después de haber dado a sus discípulos las reglas de la caridad en lo que tienen de más sublime, les dijo: “Sed, pues, vosotros perfectos, así como nuestro Padre Celestial es perfecto”.

EL HOMBRE DE BIEN

3. El verdadero hombre de bien es el que practica la ley de justicia, de amor y de caridad en su mayor pureza. Si interroga a la conciencia sobre sus propios actos, se pregunta a sí mismo si no violó esta ley; si no ha hecho mal y si hizo todo el bien *que podía*; si despreció voluntariamente alguna ocasión de ser útil; si alguien tiene quejas de él; en fin, si hizo a otro lo que hubiera querido que hicieran por él.

Tiene fe en Dios, en su bondad, en su justicia y en su sabiduría; sabe que nada sucede sin su permiso y se somete, en todas las cosas, a su voluntad.

Tiene fe en el futuro; por esto coloca los bienes espirituales sobre los bienes temporales.

Sabe que todas las vicisitudes de la vida, todos los dolores, todas las decepciones, son pruebas o expiaciones y las acepta sin murmurar.

El hombre poseído del sentimiento de caridad y de amor al prójimo, hace el bien por el bien, sin esperanza de recompensa, retribuye el mal con el bien, toma la defensa del débil contra el fuerte y sacrifica siempre su interés a la justicia.

Encuentra satisfacción en los beneficios que esparce, en los servicios que presta, en los felices que hace, en las lágrimas que enjuga y en los consuelos que da a los afligidos. Su primer impulso es pensar en los otros antes que pensar en sí, buscar el interés de los demás antes que el suyo propio. El egoísta, al contrario, calcula los provechos y las pérdidas de toda acción generosa.

Es bueno, humano y benévolo para con todos, sin preferencia de razas ni de creencias, porque mira a todos los hombres como hermanos.

Respeta en los demás todas las convicciones sinceras y no anatematiza a los que no piensan como él.

En todas las circunstancias la caridad es su guía; dice que el que causa perjuicio a otro con palabras malévolas, que hiere la susceptibilidad de otro por su orgullo y desdén, que no retrocede ante la idea de causar una inquietud, una contrariedad, aun cuando sea ligera, pudiendo evitarla, falta al deber de amor al prójimo y no merece la clemencia del Señor.

No tiene odio, ni rencor, ni deseo de venganza; a ejemplo de Jesús, perdona y olvida las ofensas y sólo se acuerda de los beneficios; porque sabe que se le perdonará así como él hubiere perdonado.

Es indulgente con las debilidades ajenas, porque sabe que él mismo tiene necesidad de indulgencia y se acuerda de estas palabras de Cristo: Que el que esté sin pecado le lance la primera piedra.

No se complace en buscar los defectos ajenos, ni en ponerlos en evidencia. Si la necesidad le obliga, busca siempre el bien que puede atenuar el mal.

Estudia sus propias imperfecciones y trabaja sin cesar para combatir las. Todos sus esfuerzos tienden a poder decir de sí mismo al día siguiente, que hay en él alguna cosa mejor que en la víspera.

No procura hacer valer su espíritu ni su talento a expensas de otro; por el contrario, busca todas las ocasiones de hacer resaltar las ventajas de los demás.

No se envanece ni con la fortuna, ni con las ventajas personales, porque sabe que todo lo que se le ha dado, puede serle retirado.

Usa, pero no abusa, de los bienes que le son concedidos, porque sabe que es un depósito del cuál deberá dar cuenta y que el empleo más perjudicial que pudiese hacer de ellos para sí mismo, es hacerlos servir para satisfacción de sus pasiones.

Si el orden social colocó hombres bajo su dependencia, les trata con bondad y benevolencia, porque son sus iguales delante de Dios; usa de su autoridad para elevarles la moral y no para abrumarles por su orgullo, evitando lo que puede hacer más penosa su posición subalterna.

El subordinado, por su parte, comprende los deberes de su posición y procura cumplirlos religiosamente. (Cap. XVII, número 9).

El hombre de bien, en fin, respeta en su semejante todos los derechos que dan las leyes de la Naturaleza como quisiera que los suyos fuesen respetados.

Esta no es la relación de todas las cualidades que distinguen al hombre de bien; pero cualquiera que se esfuerce en poseerlas, está en camino de poseer las demás.

LOS BUENOS ESPÍRITAS

4. El Espiritismo bien comprendido, pero, sobre todo, bien sentido, conduce forzosamente a los resultados expresados anteriormente, que caracterizan al verdadero espírita como al verdadero cristiano, que son la misma cosa. El Espiritismo no creó ninguna moral nueva; facilita a los hombres la inteligencia y la práctica de la moral de Cristo, dando una fe sólida y esclarecida a los que dudan o vacilan.

Pero muchos de los que creen en los hechos de las

manifestaciones, no comprenden ni sus consecuencias, ni su alcance moral; o, si los comprenden, no se las aplican a sí mismos. ¿A qué se debe esto? ¿A falta de precisión de la doctrina? No, porque no contiene ni alegorías ni figuras que puedan dar lugar a falsas interpretaciones; su esencia misma es la claridad y esto es lo que constituye su fuerza, porque va directo a la inteligencia. Nada tiene de misteriosa y sus iniciados no están en posesión de ningún secreto oculto para el vulgo.

Para comprenderla, ¿es preciso una inteligencia fuera de lo común? No, porque se ven hombres de una capacidad notoria que no la comprenden, mientras que inteligencias vulgares y aun de jóvenes apenas salidos de la adolescencia, comprenden sus matices más delicados con admirable precisión. Esto depende de que la parte de algún modo *material* de la ciencia, sólo requiere vista para observar, mientras que la parte *esencial* requiere cierto grado de sensibilidad que se puede llamar la *madurez del sentido moral*, madurez independiente de la edad y del grado de instrucción, porque es inherente al desarrollo, en un sentido especial, del Espíritu encarnado.

En algunos, los lazos de la materia son aún muy tenaces para permitir al Espíritu desprenderse de las cosas de la Tierra; la niebla que los rodea les quita la vista del infinito; por esto no rompen fácilmente ni sus gustos, ni sus costumbres, ni comprenden nada mejor de lo que ellos poseen; la creencia en los Espíritus es para ellos un simple hecho, pero modifica muy poco o nada, sus tendencias instintivas; en una palabra, sólo ven un rayo de luz insuficiente para conducirles y darles una aspiración poderosa y capaz de vencer sus inclinaciones. Se apegan más a los fenómenos que a la moral, que les parece banal y monótona; piden sin cesar a los Espíritus que les inicien en nuevos misterios, sin preguntar si se han hecho dignos de entrar en los secretos del Creador. Estos son los espíritas imperfectos, de los cuales algunos se quedan en el camino o se alejan de sus hermanos en creencia, porque retroceden ante la obligación de reformarse, o reservan sus simpatías para los que participan de sus debilidades o de sus prevenciones. Sin embargo, la aceptación del principio de la

doctrina es un primer paso que les hará el segundo más fácil en otra existencia.

El que puede con razón ser calificado de verdadero y sincero espírita, está en un grado superior de adelantamiento moral; el Espíritu que domina más completamente la materia, le da una percepción más clara del porvenir; los principios de la doctrina hacen vibrar en él las fibras que permanecen mudas en los primeros; en una palabra, *fue tocado en el corazón*; su fe es también a toda prueba. Uno es como el músico que se conmueve con ciertos acordes, mientras que el otro sólo comprende los sonidos. *Se reconoce al verdadero espírita por su transformación moral y por los esfuerzos que hace para dominar sus malas inclinaciones*; mientras el uno se complace en un horizonte limitado, el otro, que comprende alguna cosa mejor, se esfuerza para librarse de él y lo consigue cuando tiene una voluntad firme.

PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

5. En aquel mismo día, saliendo Jesús de casa, se sentó a la orilla del mar; y se reunió a su alrededor una gran multitud de personas, por eso, subió a un barco, en donde se sentó, estando el pueblo en la ribera; y les dijo muchas cosas por parábolas, hablando de esta manera:

El sembrador, salió a sembrar, y mientras sembraba, una parte de las semillas cayó junto al camino, y vinieron las aves del cielo y las comieron.

Otra cayó en lugares pedregosos, en donde no había mucha tierra; y luego nació porque la tierra donde estaba no tenía profundidad. Mas el sol, habiéndose elevado enseguida, la quemó y como no tenía raíz, secó.

Otra cayó en el espinar y las espinas, cuando crecieron, la ahogaron.

Otra, en fin, cayó en tierra buena y dio fruto, algunos granos rindiendo ciento por uno, otros sesenta y otros treinta.

El que tenga oídos para oír, oiga. (San Mateo, cap. XIII, v. De 1 a 9).

Escuchad, pues, vosotros, la parábola del sembrador.

Todo aquel que escucha la palabra del reino y no le da importancia, viene el espíritu maligno y le arrebató lo que había sembrado en su corazón; es aquel que recibió la semilla junto al camino.

Aquel que recibió la semilla en medio de las piedras, es el que oye la palabra y por lo pronto la recibe con gozo; pero no tiene en sí raíz, antes es de poca duración; y cuando sobrevienen los obstáculos y las persecuciones, por causa de la palabra, la toma pronto por objeto de escándalo y de caída.

Aquel que recibe la semilla entre espinas, es el que oye la palabra; pero pronto los cuidados de este siglo y la ilusión de las riquezas ahogan en él esa palabra y la vuelven sin fruto.

Más aquél que recibe la semilla en una buena tierra, es aquél que escucha la palabra, que le presta atención y da fruto rindiendo ciento, sesenta o treinta por uno. (San Mateo, cap. XIII, v. de 18 a 23).

6. La parábola del sembrador representa perfectamente los cambios que existen en la manera de aprovecharse de las enseñanzas del Evangelio. En efecto, ¡Cuántas personas hay para las cuales es sólo letra muerta, que, semejante a la semilla caída en las piedras, no producen ningún fruto!

Encuentra una aplicación no menos justa en las diferentes categorías de espíritas. ¿Acaso no es éste el emblema de aquellos que sólo se concretan a fenómenos materiales y no sacan de ellos ninguna consecuencia, porque sólo ven un objeto de curiosidad? ¿De aquellos que sólo buscan la brillantez en las comunicaciones de los Espíritus y no las toman con interés sino cuando satisfacen su imaginación, pero que después de haberlas oído están tan fríos e indiferentes como antes? ¿Qué encuentran los consejos muy buenos y los admiran, pero los aplican a los demás y no a ellos mismos? ¿De aquellos, en fin, para quienes estas instrucciones son como la semilla que cayó en tierra buena y produce frutos?

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

EL DEBER

7. El deber es la obligación moral, primero con respecto a sí mismo y enseguida con respecto a los otros. El deber es la ley de la vida, se encuentra en los más ínfimos detalles, lo mismo que en los actos elevados. No quiero hablar aquí sino del deber moral y no del que imponen las profesiones.

En el orden de sentimientos, el deber es muy difícil de ser cumplido, porque se encuentra en antagonismo con las seducciones del interés y del corazón; sus victorias no tienen testigos y sus derrotas no tienen represión. El deber íntimo del hombre está entregado a su libre albedrío: el aguijón de la conciencia, esta guardiana de la probidad interior, le advierte y le sostiene, pero, con frecuencia permanece impotente ante los sofismas de la pasión. El deber del corazón, fielmente observado, eleva al hombre; pero este deber ¿cómo se precisa? ¿En dónde empieza? ¿En dónde se para? *El deber comienza precisamente en el punto en que amenazáis la felicidad o la tranquilidad de vuestro prójimo y termina en el límite que no quisierais ver traspasar para vosotros.*

Dios creó a todos los hombres iguales para el dolor; pequeños o grandes, ignorantes o ilustrados, sufren por las mismas causas, a fin de que cada uno juzgue sanamente el mal que puede hacer. No existe el mismo criterio para el bien, infinitamente más variado en sus expresiones. *La igualdad ante el dolor es una sublime previsión de Dios, que quiere que sus hijos, instruidos por la experiencia común, no cometan el mal arguyendo la ignorancia de sus efectos.*

El deber es el resumen práctico de todas las especulaciones morales; es una bravura del alma que desafía todas las agonías de la lucha; es austero y flexible y pronto a doblarse a las diversas complicaciones, permaneciendo inflexible ante las tentaciones. *El hombre que cumple su deber, ama a Dios más que a las criaturas y a las criaturas más que a sí mismo;* es, a la vez, juez y esclavo de su propia causa.

El deber es el más bello laurel de la razón; depende de ella

como el hijo depende de su madre. El hombre debe amar el deber, no porque le preserve de los males de la vida, a los cuales la Humanidad no puede substraerse, sino porque da al alma el vigor necesario para su desarrollo.

El deber crece e irradia bajo una forma más elevada en cada una de las etapas superiores de la Humanidad; la obligación moral no cesa nunca de la criatura hacia Dios: debe reflejar las virtudes del Eterno, que no acepta un esbozo imperfecto, porque quiere que la belleza de su obra resplandezca ante Él. (LÁZARO, París, 1863).

LA VIRTUD

8. La virtud, en su más alto grado, encierra el conjunto de todas las cualidades esenciales que constituyen el hombre de bien. Ser bueno, caritativo, laborioso, sobrio y modesto, son las cualidades del hombre virtuoso. Infelizmente, estas cualidades están muchas veces acompañadas de pequeñas enfermedades morales que les quitan el brillo y las atenúan. El que exhibe su virtud no es virtuoso, puesto que le falta la cualidad principal: la modestia y tiene el vicio más contrario: el orgullo. A la virtud verdaderamente digna de ese nombre, no le gusta exhibirse, es adivinada, se oculta en la obscuridad y huye de la admiración de las multitudes: San Vicente de Paúl era virtuoso; el digno sacerdote de Ars era virtuoso y muchos otros poco conocidos del mundo, pero conocidos de Dios. Todos esos hombres de bien ignoraban ellos mismos que fuesen virtuosos; se dejaban llevar por la corriente de sus santas inspiraciones y practicaban el bien con el desinterés más completo y un entero olvido de sí mismos.

Es a la virtud comprendida y practicada así, que yo os invito, hijos míos; es esa la virtud verdaderamente cristiana y verdaderamente espírita que os convido a que os consagréis; pero apartad de vuestros corazones el pensamiento de orgullo, de la vanidad y del amor propio que deslustran todas estas hermosas cualidades. No imitéis a ese hombre que se presenta como modelo y él mismo glorifica sus cualidades a todos los oídos complacientes.

Esta virtud de ostentación, oculta, muy a menudo, una multitud de torpezas y odiosas falsedades.

En principio, el hombre que se exalta a sí mismo, que levanta una estatua a su propia virtud, solo por este hecho aniquila todo el mérito efectivo que pueda tener. Pero ¿qué diré de aquél cuyo valor consiste en parecer lo que no es? Quiero admitir que el hombre que hace el bien, sienta en el fondo de su corazón una satisfacción muy íntima, pero desde que esa satisfacción se manifieste para recoger elogios, degenera en amor propio.

¡Oh, todos vosotros a quienes la fe espírita ha calentado con sus rayos y que sabéis cuán lejos está el hombre de la perfección, no os entreguéis nunca a semejante insensatez! La virtud es una gracia que yo deseo a todos los espíritas sinceros, pero les diré: Más vale menos virtud con la modestia, que mucha con el orgullo. Fue por el orgullo que las sucesivas humanidades se perdieron y por la humildad que deberán redimirse un día. (FRANCISCO NICOLÁS MADELEINE, París, 1863).

LOS SUPERIORES Y LOS INFERIORES

9. La autoridad, lo mismo que la fortuna, es una delegación de la que se pedirá cuenta al que está revestido de ella; no creáis que se le haya dado para proporcionarle el vano placer de mandar, ni como lo creen falsamente la mayoría de los poderosos de la Tierra, como un derecho, una propiedad. Dios, sin embargo, les prueba muy bien que no es ni lo uno ni lo otro, puesto que la retira cuando le place. Si fuese un privilegio unido a la persona, sería inalienable. Nadie puede, pues, decir que una cosa le pertenece, cuando se le puede quitar sin su consentimiento. Dios la da a título de *misión* o de prueba, cuando así le conviene y la retira del mismo modo.

Todo aquel que es depositario de la autoridad, sea cual fuere su extensión, desde el señor sobre su servidor, hasta el soberano sobre su pueblo, no puede negar que tiene el encargo de almas; él responderá de la buena o mala dirección que habrá dado a sus subordinados y las faltas que éstos podrán cometer, los vicios a los

cuales serán arrastrados a consecuencia de esta dirección o de los *malos ejemplos*, recaerán sobre él, mientras que recogerá los frutos de su solicitud para conducirles al bien. Todo hombre tiene en la Tierra una misión grande o pequeña; cualquiera que sea, siempre se le ha dado para el bien; es, pues, faltar si la falsea en su principio.

Si Dios pregunta al rico: ¿Qué has hecho de la fortuna que debía ser entre tus manos un manantial que esparciese la fecundidad a tu alrededor? Preguntará también al que posee una autoridad cualquiera: ¿Qué uso has hecho de esa autoridad? ¿Qué males has evitado? ¿Qué progresos realizasteis? Si te he dado subordinados, no ha sido para que de ellos hicieras esclavos de tu voluntad, ni instrumentos dóciles de tus caprichos o de tu avaricia; te hice fuerte y te confié a los débiles para sostenerles y ayudarles a subir hacia mí.

El superior que está penetrado de las palabras de Cristo, no desprecia a ninguno de aquellos que están a sus órdenes, porque sabe que sus distinciones sociales nada instituyen ante Dios. El Espiritismo les enseña que si hoy obedecen, han podido mandar o mandarán más tarde y entonces serán tratados como él haya tratado a los otros.

Si el superior tiene deberes que cumplir, el inferior los tiene también por su parte, que no son menos sagrados. Si este último es espírita, su conciencia le dirá aun mejor que no está dispensado de ellos, aun cuando su jefe no cumpliera con los suyos, porque sabe que no se debe retribuir el mal con el mal y que las faltas de unos no autorizan las faltas de otros. Si sufre en su posición, dice que seguramente lo ha merecido, porque el mismo ha podido abusar en otro tiempo de su autoridad y debe sentir, a su vez, los inconvenientes de lo que ha hecho sufrir a los otros. Si se ve forzado a sufrir esa posición por no encontrar otra mejor, el Espiritismo le enseña a resignarse como una prueba de su humildad necesaria a su adelantamiento. Su creencia le guía en su conducta; actúa como quisiera que sus subordinados actuaran con él, si fuera el jefe. Por esto mismo es más escrupuloso con el cumplimiento de sus obligaciones, porque comprende que toda negligencia en el trabajo que se le ha confiado es un perjuicio para el que le remunera y a

quien debe su tiempo y sus cuidados; en una palabra, está solícito, por el cumplimiento del deber que le da su fe y la certeza de que toda desviación del camino derecho, es una deuda que será preciso pagar tarde o temprano. (FRANCISCO NICOLÁS MADELEINE, Cardenal MORLOT, París, 1863).

EL HOMBRE EN EL MUNDO

10. Un sentimiento de piedad debe siempre animar el corazón de aquellos que se reúnen bajo la mirada del Señor e imploran la asistencia de los buenos Espíritus. Purificad, pues, vuestros corazones; no dejéis permanecer en ellos ningún pensamiento mundano o fútil; elevad vuestro espíritu hacia aquellos a quienes llamáis, a fin de que, encontrando en vosotros las disposiciones necesarias, puedan esparcir con profusión la semilla que debe germinar en vuestros corazones, y producir en ellos frutos de caridad y de justicia.

Sin embargo, no creáis que exhortándoos sin cesar a la oración y a la evocación mental, os induzcamos a vivir una vida mística que os mantenga fuera de las leyes de la sociedad en donde estáis condenados a vivir. No, vivid con los hombres de vuestra época, como deben vivir los hombres y sacrificaos a las necesidades, aun a las frivolidades del día; pero sacrificaos con un sentimiento de pureza que pueda santificarlas.

Fuisteis llamados a estar en contacto con Espíritus de naturaleza diferente, con caracteres opuestos; no choquéis con ninguno de aquellos con quienes os encontréis. Sed alegres, sed felices, pero con la alegría que da una buena conciencia y con la felicidad del heredero del cielo que cuenta los días que le aproximan a su herencia.

La virtud no consiste en revestirse de un aspecto severo y lúgubre, ni rechazar los placeres que vuestras condiciones humanas permiten; basta dedicar todos los actos de vuestra existencia al Creador que dio esta vida; basta que cuando empecéis o acabéis una obra, dirijáis vuestro pensamiento al Creador y pidáis, por un impulso del alma, ya sea su protección para salir bien, ya sea su

bendición para la obra terminada. Cualquier cosa que hicieréis, debéis remontaros al origen de todas las cosas; no hagáis nada sin que la memoria de Dios venga a purificar y santificar vuestros actos.

La perfección está enteramente, como ha dicho Cristo, en la práctica de la caridad absoluta; pero los deberes de la caridad se extienden a todas las posiciones sociales, desde la más pequeña hasta la más grande. El hombre que viviese sólo, no tendría con quien ejercer la caridad; únicamente en el contacto de sus semejantes y en las luchas más penosas, encuentra esta ocasión. El que se aísla, pues, se priva voluntariamente del más poderoso medio de perfección; no teniendo en quien pensar, su vida es la del egoísta. (Cap. V, número 26).

No imaginéis, pues, que para vivir en comunicación constante con nosotros, para vivir bajo la mirada del Señor, sea preciso revestir el cilicio y cubrirse de cenizas; no, no, lo repito; sed felices según las necesidades de la Humanidad, pero que en vuestra felicidad no entre jamás ni un pensamiento, ni un acto que pueda ofenderlo o hacer bajar la frente de los que os aman y dirigen. Dios es amor y bendice a los que aman santamente. (UN ESPÍRITU PROTECTOR, Bordeaux, 1863).

CUIDAR EL CUERPO Y EL ESPÍRITU

11. La perfección moral, ¿consiste en la maceración de cuerpo? Para resolver esta cuestión me apoyo en los principios elementales, y comienzo por demostrar la necesidad de cuidar el cuerpo, que, según las alternativas de salud y de enfermedad influye de una manera muy importante sobre el alma, que es preciso considerar como cautiva de la carne. Para que esta prisionera viva, se divierta y conciba aun las ilusiones de la libertad, el cuerpo debe estar sano, dispuesto, vigoroso. Sigamos la comparación: Helos, pues, a ambos, en perfecto estado, ¿qué deben hacer para mantener el equilibrio entre sus aptitudes y sus necesidades tan diferentes?

He aquí dos sistemas que se enfrentan: el de los ascetas, que quieren abatir el cuerpo y el de los materialistas, que quieren rebajar el alma; dos violencias, que son casi tan insensatas una como la otra. Al lado de esos grandes partidos hormiguea la numerosa tribu de los indiferentes, que sin convicción y sin pasión, aman con tibieza y gozan con economía. ¿En dónde está pues, la sabiduría? ¿En dónde está, pues, la ciencia de vivir? En ninguna parte; y este gran problema quedaría enteramente por resolver, si el Espiritismo no viniese en ayuda de los investigadores demostrándoles las relaciones que existen entre el cuerpo y el alma, y diciendo que, puesto que son necesarios el uno a la otra, es preciso cuidarlos a ambos. Amad, pues, vuestra alma, pero cuidad también el cuerpo, instrumento del alma; desconocer las necesidades que están indicadas por la propia Naturaleza, es desconocer la ley de Dios. No le castigéis por las faltas que vuestro libre albedrío le ha hecho cometer y de las que tampoco tiene responsabilidad, como no la tiene el caballo mal dirigido, por los accidentes que causa. ¿Seréis, acaso, más perfectos, si martirizando vuestro cuerpo no sois menos egoístas, orgullosos y poco caritativos con vuestro prójimo? No; la perfección no consiste en esto; está enteramente en las reformas que haréis sufrir a vuestro Espíritu; doblegadlo, sometedlo, humilladle, mortificadle; éste es el medio de hacerle dócil a la voluntad de Dios y el único que conduce a la perfección. (GEORGES, ESPÍRITU PROTECTOR, París, 1863).

CAPÍTULO XVIII

MUCHOS SON LOS LLAMADOS Y
POCOS LOS ESCOGIDOS

Parábola del festín de bodas. – La puerta estrecha. – Los que dicen: ¡Señor! ¡Señor! No entrarán todos en el reino de los cielos. – Se pedirá mucho al que haya recibido mucho. – *Instrucciones de los Espíritus*: Se dará al que ya tiene. – Se reconoce al cristiano por sus obras.

PARÁBOLA DEL FESTÍN DE BODAS

1. *Jesús, hablando aún por parábolas, les dijo: El reino de los cielos es semejante a un rey que, queriendo realizar las bodas de su hijo, envió a sus servidores para llamar a nupcias a los que fueron invitados; pero ellos se rehusaron a venir. Envío aún a otros servidores con órdenes de decir, de su parte, a los convidados: He preparado mi comida; hice matar mis toros y todo lo que había engordado; todo está dispuesto, venid a las bodas. Mas ellos no se preocuparon y se fueron, unos a su casa de campo y otros a sus negocios. Los otros se apoderaron de sus servidores y los mataron después de hacerles varios ultrajes. El rey, sabiendo de eso, se enojó y habiendo enviado sus ejércitos, exterminó a esos homicidas y quemó su ciudad.*

Entonces, dijo a sus servidores: El festín de bodas está preparado; pero los que habían sido llamados no fueron dignos de él. Id, pues, en las encrucijadas y llamad para las nupcias a cualquiera que encontréis. Sus servidores, entonces, saliendo por las calles, congregaron a cuantos hallaron, buenos y malos; y el salón de bodas se llenó de personas, que se sentaron a la mesa.

El rey entró enseguida para ver los que estaban a la mesa, y

habiendo visto un hombre que no estaba vestido con la ropa de bodas, le dijo: Amigo mío: ¿cómo has entrado aquí no teniendo la ropa nupcial? Y ese hombre se quedó mudo. Entonces, el rey dijo a sus siervos: Atadle de manos y pies y echadle en las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes; porque hay muchos llamados y pocos escogidos. San Mateo, cap. XXII, v. de 1 a 14).

2. El incrédulo se burla de esta parábola que le parece de una puerilidad ingenua, porque no comprende que se pusiesen tantas dificultades para asistir a un festín y aún menos que los invitados llevasen la resistencia hasta la masacre de los enviados del señor de la casa. “Las parábolas, dice, son sin duda figuras, pero es preciso que no traspasen los límites de lo verosímil”.

Lo mismo puede decirse de todas las alegorías y de las fábulas más ingeniosas, si no se las despoja de su envoltura para buscar en ellas el sentido oculto. Jesús sacaba las suyas de los usos más vulgares de la vida, y las adaptaba a las costumbres y al carácter del pueblo al cual hablaba; la mayor parte tiene por objeto hacer penetrar en las masas la idea de la vida espiritual; muchas veces el sentido sólo parece ininteligible porque no se parte de este punto de vista.

En esta parábola, Jesús compara el reino de los cielos, donde todo es alegría y felicidad, a un festín. Por los primeros invitados hace alusión a los Hebreos, que Dios llamó primero al conocimiento de su ley. Los enviados del Señor son los profetas que venían a exhortarles para que siguieran el camino de una verdadera felicidad; pero sus palabras fueron poco escuchadas; sus advertencias fueron despreciadas; y aun varios fueron masacrados, como los servidores de la parábola. Los invitados que se excusan diciendo que tienen que cuidar sus campos y sus negocios son el símbolo de las personas de mundo que, absortos por las cosas terrestres, son indiferentes para las celestes.

Era una creencia entre los Judíos de entonces, que su nación debía adquirir la supremacía sobre todas las otras. En efecto, Dios, ¿no había prometido a Abraham que su posteridad cubriría toda la Tierra? Pero siempre tomando la forma por el fondo, creían en una dominación efectiva y material.

Antes de la venida de Cristo, a excepción de los Hebreos, todos los pueblos eran idólatras y politeístas. Si algunos hombres

superiores al vulgo concibieron la idea de la unidad divina, esta idea quedó en el estado de sistema personal, pero en ninguna parte fue aceptada como verdad fundamental, a no ser por algunos iniciados que escondían sus conocimientos bajo un velo misterioso, impenetrable para las masas. Los Hebreos fueron los primeros que practicaron públicamente el monoteísmo, y a ellos transmitió Dios su ley, primero por Moisés, después por Jesús; fue de este pequeño foco que partió la luz que debía esparcirse por todo el mundo, triunfar del paganismo y dar a Abraham una posteridad *espiritual* “tan numerosa como las estrellas del firmamento”. Pero los Judíos, rechazando la idolatría, habían desatendido la ley moral, para adherirse a la práctica más fácil de las formas exteriores. El mal llegó a su colmo; la nación dominada estaba fragmentada por las fracciones y dividida por las sectas; la misma incredulidad había penetrado hasta el santuario. Entonces apareció Jesús, enviado para llamarlos a la observancia de la ley y abrirles los nuevos horizontes de la vida futura; invitados los *primeros* al gran banquete de la fe universal, rechazaron la palabra del celeste Mesías y le hicieron perecer; así perdieron el fruto que hubieran podido recoger de su iniciativa.

Sería injusto, sin embargo, acusar al pueblo entero de este estado de cosas; la responsabilidad incumbe principalmente a los fariseos y a los saduceos, que perdieron la nación por el orgullo y fanatismo de unos y por la incredulidad de los otros. A éstos, sobre todo, compara Jesús con los invitados que rehusaron la comida. Después añade: “El Señor, viendo esto, hizo convidar a todos aquellos que se encontraron en las encrucijadas de las calles, buenos y malos”; él quería decir con esto que la palabra iba a ser predicada a todos los otros pueblos, paganos e idólatras, y que aceptándola éstos, serían admitidos al festín en el puesto de los primeros invitados.

Pero no basta ser invitado; no basta llevar el nombre de cristiano ni sentarse a la mesa para tomar parte en el celeste banquete; es menester, ante todo y como expresa condición, estar revestido con la ropa nupcial, es decir, tener la pureza de corazón y practicar la ley según el espíritu; y esta ley está completa en estas palabras: *Fuera de la caridad no hay salvación*. Pero entre todos aquellos que oyen la palabra divina, ¡cuán pocos hay que la guardan y la practican!

¡Cuán pocos se hacen dignos de entrar en el reino de los cielos! Por esto dijo Jesús: *Habrá muchos llamados y pocos escogidos*.

LA PUERTA ESTRECHA

3. *Entrad por la puerta estrecha, porque la puerta de la perdición es ancha, y el camino que a ella conduce es espacioso, y hay muchos que entran por ella. ¡Cómo es pequeña la puerta de la vida! ¡Cómo es angosto el camino que a ella conduce! ¡Y cuán pocos son los que la encuentran! (San Mateo, cap. VII, v. 13 y 14).*

4. *Alguien le hizo esta pregunta: Señor; ¿habrá quienes se salven? Él le respondió: Haced esfuerzos por entrar por la puerta angosta, porque os aseguro que muchos procurarán entrar por ella y no podrán. Y cuando el padre de familia hubiere entrado y cerrado la puerta y que vosotros estando del lado de afuera, comenzareis a tocar diciendo: Señor, ábranos; y él os responderá: No sé de dónde sois. Entonces comenzaréis a decir: Comimos y bebimos en vuestra presencia y vos enseñasteis en nuestras plazas públicas. Y él os responderá: No sé de dónde sois; apartaos de mí, todos vosotros los que cometéis iniquidad.*

Será entonces, que habrá llanto y crujir de dientes, cuando veréis a Abraham y a Isaac y a Jacob, y todos los profetas que estarán en el reino de Dios, y que vosotros seréis arrojados fuera. Vendrán del Oriente y del Occidente, del Aquilón y del Austro, los que tendrán lugar en el festín del reino de Dios. Entonces, aquellos que son los últimos serán los primeros, y aquellos que son los primeros, serán los últimos. (San Lucas, cap. XIII, v. de 23 a 30).

5. La puerta de la perdición es ancha, porque las malas pasiones son numerosas y el camino del mal es frecuentado por la mayoría. La de la salvación es estrecha, porque el hombre que quiere trasponerla debe hacer grandes esfuerzos sobre sí mismo para vencer sus malas tendencias, y pocos se resignan a ello; este es el complemento de la máxima: *Hay muchos llamados y pocos escogidos*.

Tal es el estado actual de la Humanidad terrestre, porque siendo la Tierra un mundo de expiación, el mal domina; cuando sea transformada, el camino del bien será más frecuentado. Estas palabras, deben, pues, entenderse en el sentido relativo y no en

sentido absoluto. Si tal debiese ser el estado natural de la Humanidad, Dios hubiera condenado voluntariamente a la perdición a la inmensa mayoría de sus criaturas; suposición inadmisibles desde el momento en que se reconoce que Dios es todo justicia y todo bondad.

Pero, ¿de qué acciones malas se hubiera hecho culpable esta Humanidad para merecer una suerte tan triste, en su presente y en su futuro, si toda estuviese relegada en la Tierra y si el alma no hubiese tenido otras existencias? ¿Por qué tantos inconvenientes sembrados en su camino? ¿Por qué esta puerta tan estrecha por la que sólo puede entrar el menor número, si la suerte del alma está fijada para siempre después de la muerte? Así es que con la unidad de existencia, se está incesantemente en contradicción consigo mismo y con la justicia de Dios. Con la anterioridad del alma y la pluralidad de los mundos, el horizonte se ensancha; se esclarecen los puntos más oscuros de la fe; el presente y el porvenir son solidarios con el pasado, y sólo entonces es cuando puede comprenderse todo el fondo, toda la verdad y toda la sabiduría de las máximas de Cristo.

LOS QUE DICEN: ¡SEÑOR! ¡SEÑOR! NO ENTRARÁN TODOS EN EL REINO DE LOS CIELOS

6. *Los que dicen: ¡Señor! ¡Señor! No entrarán todos en el reino de los cielos; pero sólo entrará aquel que hace la voluntad del Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor! ¡Señor! ¿No profetizamos en tu nombre? ¿No expulsamos los demonios en tu nombre y no hicimos muchos milagros en tu nombre? Entonces, yo les diré claramente: Apartaos de mí, vosotros los que hacéis obras de iniquidad. (San Mateo, cap. VII, v. 21, 22 y 23).*

7. *Pues, todo aquel que oye estas palabras y las practica será comparado a un hombre sabio que construyó su casa sobre la roca; luego que la lluvia cayó y que los ríos transbordaran, que los vientos soplaran y se abatieran sobre esta casa, ella no cayó porque estaba fundada sobre la roca. Mas, todo aquel que oye estas palabras que yo digo, y no las practica, será semejante a un hombre insensato que construyó su casa sobre la arena; y luego*

que la lluvia cayó, que los ríos transbordaran, que los vientos soplaran y se abatieran sobre esta casa, ella se derrumbó y su ruina fue grande. (San Mateo, cap. VII, v. de 24 a 27. – San Lucas, cap. VI, v. de 46 a 49).

8. *Aquel, pues, que quebrantare uno de esos mandamientos muy pequeños y que enseñare a los hombres a quebrantarlos, será considerado en el reino de los cielos como el último; mas aquel que los ponga en práctica y los enseñe, será grande en el reino de los cielos. (San Mateo, cap. V, v.19).*

9. Todos los que proclaman la misión de Jesús, dicen: ¡Señor! ¡Señor! ¿Pero de qué sirve llamarle Maestro o Señor si no le siguen los preceptos? ¿Acaso son cristianos los que le honran por actos exteriores de devoción, y veneran al mismo tiempo el orgullo, el egoísmo, la ambición y todas sus pasiones? ¿Son, acaso, sus discípulos aquellos que pasan días rogando, y, sin embargo, no son ni mejores, ni más caritativos, ni más indulgentes para con sus semejantes? No, porque así como los fariseos, tienen la oración en los labios y no en el corazón. Con la forma se pueden imponer a los hombres, pero no a Dios. En vano dirán a Jesús: “Señor, nosotros profetizamos, es decir enseñamos en tu nombre; expulsamos los demonios en tu nombre; bebimos y comimos contigo”; él les responderá: “No sé quienes sois; apartaos de mí, vosotros que cometéis iniquidades, vosotros que desmentís vuestras palabras con vuestras acciones, que calumniáis a vuestro prójimo, que despojáis a las viudas y cometéis adulterio; apartaos de mí, vosotros cuyo corazón destila hiel y odio, vosotros que derramáis la sangre de vuestros hermanos en mi nombre, que hacéis correr las lágrimas en vez de enjugarlas. Para vosotros habrá lágrimas y crujir de dientes, porque el reino de Dios es para aquellos que son dóciles, humildes y caritativos. No esperéis doblar la justicia del Señor con la multiplicidad de vuestras palabras y de vuestras genuflexiones; el único camino que tenéis abierto para encontrar la gracia ante Él es la práctica sincera de la ley de amor y de caridad”.

Las palabras de Jesús son eternas, porque son la verdad. No sólo son la salvaguardia de la vida celeste, sino que también la garantía de la paz, de la tranquilidad y de la estabilidad en las cosas

de la vida terrestre; por esto todas las instituciones humanas, políticas, sociales y religiosas, que se apoyen en estas palabras, serán estables como la casa que se construye sobre la roca; los hombres las conservarán porque encontrarán en ellas su felicidad; pero aquellos que las violaren, serán como la casa construida sobre la arena; el viento de las revoluciones y el río del progreso las arrastrarán.

SE PEDIRÁ MUCHO AL QUE HAYA RECIBIDO MUCHO

10. *El servidor que supo la voluntad de su señor y que, todavía, no estuviere preparado y no hubiere hecho lo que se esperaba de él, será castigado rudamente; mas el que no supo su voluntad y que hizo cosas dignas de castigo, será menos punido. Mucho se pedirá a aquel a quien mucho le fue dado, y se pedirá mayores cuentas a aquel a quien se hayan confiado más cosas. (San Lucas, cap. XII, v. 47 y 48).*

11. *Yo vine a este mundo para hacer juicio, para que vean los que no ven y los que ven se vuelvan ciegos. Algunos fariseos, que estaban con él, oyeron estas palabras y le dijeron: Nosotros, pues, ¿somos también ciegos? Jesús les respondió: Si fuereis ciegos, no tendríais pecado; mas ahora decís que veis y por esto vuestro pecado permanece en vosotros. (San Juan, cap. IX, V. 39, 40 y 41).*

12. Estas máximas, sobre todo, encuentran su aplicación en la enseñanza de los Espíritus. Cualquiera que conozca los preceptos de Cristo, seguramente es culpable si no los practica; pero como el Evangelio que los contiene no está esparcido sino en las sectas cristianas, entre éstas, ¡cuántas personas hay que no lo leen, y cuántas hay que no los comprenden entre las que los leen! Resulta de esto que las mismas palabras de Jesús son perdidas para el mayor número.

La enseñanza de los Espíritus que reproduce estas máximas bajo diferentes formas, que las desarrolla y comenta para ponerlas al alcance de todos, tiene de particular que no está circunscripta, y que todos, letrados e iletrados, creyentes e incrédulos, cristianos o no, puedan recibirla, puesto que los Espíritus se comunican por todas partes; ninguno de los que la reciben directa o indirectamente pueden pretextar ignorancia; no pueden excusarse ni con su falta

de instrucción ni con la obscuridad de su sentido alegórico. Aquel, pues, que no las aprovecha para su adelantamiento, que las admira como cosas interesantes y curiosas sin que su corazón se conmueva, que no es ni menos vano, ni menos orgulloso, ni menos egoísta, ni menos apegado a los bienes materiales, ni mejor para su prójimo, es tanto más culpable cuanto más medios tiene de conocer la verdad.

Los médiums que obtienen comunicaciones buenas son aún más reprobables si persisten en el mal; porque con frecuencia escriben su propia condenación y, si no estuviesen ciegos por el orgullo, reconocerían que es a ellos que los Espíritus se dirigen. Pero en lugar de tomar para ellos las lecciones que escriben, o que ven escribir, su único pensamiento es aplicarlas a los otros, realizando de este modo estas palabras de Jesús: “Veis una paja en el ojo de vuestro vecino y no veis la viga que está en el vuestro”. (Cap. X, número 9).

Por estas otras palabras: “Si fuereis ciegos no tendríais pecado”, Jesús entiende que la culpabilidad está en razón de las luces que uno posee; así, pues, los fariseos que tenían la pretensión de ser y que en efecto eran la parte más ilustrada de la nación, eran más reprobables a los ojos de Dios que el pueblo ignorante. Lo mismo sucede hoy.

A los espíritas, pues se les pedirá mucho, porque han recibido mucho; pero también se dará mucho a los que hubieren aprovechado.

El primer pensamiento de todo espírita sincero, debe ser el de buscar, en los consejos dados por los Espíritus, si hay alguna cosa que le concierne.

El Espiritismo viene a multiplicar el número de los *llamados*; por la fe que proporciona, también multiplicará el número de los *escogidos*.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

SE DARÁ AL QUE YA TIENE

13. *Sus discípulos, acercándose, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? Y, respondiéndoles, dijo: Es porque para*

vosotros fue dado conocer los misterios del reino de los cielos, mas, para ellos, no les fue dado. Porque todo aquel que ya tiene aun se le dará, y estará en la abundancia; mas aquel que no tiene, se le quitará lo que tiene. Por eso les hablo por parábolas; porque viendo no ven y oyendo no oyen, ni entienden. Y la profecía de Isaías se cumple en ellos, cuando dijo: Escucharéis con vuestros oídos y no oiréis; miraréis con vuestros ojos y no veréis. (San Mateo, cap. XIII, v. de 10 a 14).

14. *Prestad mucha atención a lo que vais a oír; porque se servirá para con vosotros de la misma medida de la cual os servís para con los otros, y aun os será dado más; porque se dará a aquel que ya tiene, y para aquel que no tiene, se le quitará lo que tiene. (San Marcos, cap. IV, v. 24, 25).*

15. “Se da a aquel que ya tiene y se quita a aquel que no tiene”. Meditad estas grandes enseñanzas, que muchas veces os han parecido paradojas. El que ha recibido es aquel que posee el sentido de la palabra divina; la ha recibido porque ha procurado hacerse digno y el Señor, en su amor misericordioso, anima los esfuerzos que se dirigen al bien. Estos esfuerzos, sostenidos y perseverantes, atraen las gracias del Señor; es un imán que atrae para sí las mejoras progresivas y las gracias abundantes que os hacen fuertes para escalar al monte santo, en cuya cúspide está el descanso después del trabajo.

“Se quitará al que nada tiene, o que tiene poco”. Tomad esto como una oposición figurada. Dios no retira a sus criaturas el bien que se dignó hacerles. ¡Hombres ciegos y sordos! Abrid vuestras inteligencias y vuestros corazones, ved por vuestro espíritu, oíd por vuestra alma y no interpretéis de una manera tan groseramente injusta las palabras de aquel que ha hecho resplandecer, a vuestros ojos, la justicia del Señor. No es Dios el que quita al que había recibido poco, sino el mismo Espíritu que, pródigo y negligente, no sabe conservar lo que tiene y aumentar fecundándolo, el óbolo caído en su corazón.

El que no cultiva el campo que el trabajo de su padre le ha ganado y él hereda, ve cubrir este campo de hierbas parásitas. ¿Es, acaso, su padre el que vuelve a tomar las cosechas que no ha querido preparar? Si ha dejado perder el grano destinado al campo para

fructificar por falta de cuidado, ¿debe acusar a su padre si no produce nada? No, no; en vez de acusar al que todo lo había preparado para él, de volverle a tomar sus dones, que acuse al verdadero autor de sus miserias, y entonces, arrepentido y activo, se ponga a la obra con ánimo; que roture el suelo ingrato con el esfuerzo de su voluntad; que lo labore a fondo con la ayuda del arrepentimiento y de la esperanza; que eche en él con confianza el grano que haya elegido como bueno entre los malos, que lo riegue con su amor y su caridad, y Dios, el Dios de amor y de caridad, dará al que ya haya recibido. Entonces verá sus esfuerzos coronados por el éxito, y un grano producirá ciento, y otro mil. Valor, labriegos; tomad vuestros rastrillos y vuestros arados; labrad vuestros corazones y arrancad de ellos la cizaña; sembrad el grano que el Señor os ha confiado, y el rocío del amor le hará producir frutos de caridad. (UN ESPÍRITU AMIGO, Bordeaux, 1862).

SE RECONOCE AL CRISTIANO POR SUS OBRAS

16. “Los que me dicen: ¡Señor! ¡Señor! No entrarán todos en el reino de los cielos, mas sólo aquel que hace la voluntad del Padre, que está en los cielos”.

Escuchad estas palabras del Señor, todos los que rechazáis la Doctrina Espírita como una obra del demonio. Abrid vuestros oídos, pues el momento de escuchar ha llegado.

¿Basta llevar la librea del Señor para ser un fiel servidor? ¿Basta decir: “Soy cristiano”, para seguir a Cristo? Buscad a los verdaderos cristianos y los reconoceréis por sus obras. “Un buen árbol no puede dar mal fruto, ni un mal árbol puede dar buen fruto. Todo árbol que no da buenos frutos es cortado y echado al fuego”. He aquí las palabras del Maestro; discípulos de Cristo, comprendedlas bien. ¿Cuáles son los frutos que debe producir el árbol del Cristianismo, árbol poderoso cuyo ramaje espeso cubre con su sombra, una parte del mundo, pero que no ha abrigado aún a todos los que deben agruparse a su alrededor? Los frutos del árbol de la vida son frutos de vida, de esperanza y fe. El Cristianismo, tal como lo ha hecho desde muchos siglos, predica siempre esas divinas

virtudes; procura esparcir sus frutos, pero, ¡cuán pocos los cogen! El árbol es siempre bueno, pero los jardineros son malos. Han querido formarlo según sus propias ideas, han querido modelarlo según sus necesidades, y lo han podado achicado y mutilado; sus ramas estériles no darán malos frutos, pues no producen nada más. El viajero sediento que se detiene bajo su sombra para buscar el fruto de la esperanza que debe restituirle la fuerza y el valor, sólo divisa ramas infecundas que hacen presentir la tempestad. En vano busca el fruto de vida en el árbol de la vida: las hojas caen secas, la mano del hombre de tanto manosearlas las quemó.

¡Abrid, pues, vuestros oídos y vuestros corazones, muy amados míos! Cultivad este árbol de vida cuyos frutos dan vida eterna. El que lo plantó os invita a cuidarlo con amor y vosotros le veréis aún dar con abundancia sus frutos divinos. Dejadlo tal como Cristo os lo dio; no lo mutiléis; su sombra inmensa quiere extenderse por todo el Universo; no recortéis sus ramas; sus frutos bienhechores caen en abundancia para sostener al viajero sediento que quiere alcanzar el objetivo; no recojáis estos frutos para encerrarlos y dejarlos podrir y que no sirvan para nadie. “Hay muchos llamados y pocos escogidos”; es que hay acaparadores para el pan de vida, como los hay muchas veces para el pan material. No os encaminéis tras ellos; el árbol que produce buenos frutos debe distribuirlos para todos. Marchad, pues, a buscar a aquellos que están sedientos; conducidles bajo las ramas del árbol y compartid con ellos el abrigo que os ofrece. “No se cogen uvas de los espinas”. Hermanos míos; alejaos, pues, de aquellos que os llaman para presentaros los abrojos del camino y seguid a aquellos que os conducen a la sombra del árbol de vida.

El divino Salvador, el justo por excelencia, lo ha dicho y sus palabras: “Aquellos que me dicen: ¡Señor! ¡Señor!, No entrarán todos en el reino de los cielos, sino sólo aquellos que hacen la voluntad de nuestro Padre, que está en los cielos”.

Que el Señor de bendiciones os bendiga; que el Dios de luz os ilumine; que el árbol de vida derrame sobre vosotros sus frutos con abundancia. Creed y orad. (SIMEÓN, Bordeaux, 1863).

CAPÍTULO XIX

LA FE TRANSPORTA MONTAÑAS

Poder de la fe. – La fe religiosa. – Condición de la fe inalterable. – Parábola de la higuera seca. – *Instrucciones de los Espíritus*: – La fe madre de la esperanza y de la caridad. – La fe divina y la fe humana.

PODER DE LA FE

1. *Cuando vino hasta el pueblo, un hombre se acercó a Él, se arrodilló a sus pies y le dijo: Señor ten piedad de mi hijo, que está lunático y sufre mucho, porque cae a menudo en el fuego y a menudo en el agua. Yo lo presenté a tus discípulos, pero no pudieron curarlo. Y Jesús respondió diciendo: ¡Oh raza incrédula y depravada! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os sufriré? Traedme a ese niño. Y Jesús, habiendo amenazado al demonio, él salió del niño, que fue curado en el mismo instante. Entonces los discípulos vinieron a Jesús aparte y le dijeron: ¿Por qué no pudimos expulsar ese demonio? Jesús les respondió: Fue por causa de vuestra incredulidad. Porque en verdad os digo: si tuviereis fe como un grano de mostaza diríais a esa montaña: Transportate de aquí para allá y ella se transportaría, y nada os sería imposible. (San Mateo, cap. XVII, v. de 14 a 19).*

2. En el sentido propio, es cierto que la confianza en nuestras propias fuerzas nos hace capaces de ejecutar cosas materiales que no se pueden hacer cuando dudamos de nosotros mismos; pero aquí es menester entender estas palabras sólo en el sentido moral. Las montañas que la fe transporta, son las dificultades, las resistencias, en una palabra, la mala voluntad que hay entre los

hombres, aun cuando se trata de las mejores cosas; los prejuicios de la rutina, el interés material, el egoísmo, el ciego fanatismo y las pasiones orgullosas, son otras tantas montañas que interceptan a la Humanidad. La fe robusta da la perseverancia, la energía y los recursos que hacen vencer los obstáculos, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes cosas; la que vacila da la incertidumbre y la perplejidad, de la cual se aprovechan aquellos a quienes se quiere combatir; no busca los medios de vencer porque cree no poder vencer.

3. En otra acepción, se llama fe a la confianza que se tiene en el cumplimiento de una cosa; la certeza de alcanzar un objeto da una especie de lucidez, que hace ver en el pensamiento el término hacia el cual se dirige y los medios de alcanzarlo, de suerte que el que la posee marcha, por decirlo así, con seguridad. En uno y en otro caso, puede hacer alcanzar grandes cosas.

La fe sincera y verdadera es siempre serena; da la paciencia que sabe esperar, porque teniendo su punto de apoyo en la inteligencia y en la comprensión de las cosas, está segura de llegar al fin; la fe dudosa siente su propia debilidad; cuando está estimulada por el interés, se vuelve furibunda, y cree suplir la fuerza por la violencia. La calma en la lucha es siempre una señal de fuerza y de confianza; la violencia, por el contrario, es una prueba de debilidad y duda de sí mismo.

4. Es menester guardarse de confundir la fe con la presunción. La verdadera fe se aviene con la humildad; el que la posee pone su confianza en Dios más que en sí mismo, porque sabe que, siendo un simple instrumento de la voluntad de Dios, nada puede sin Él, y por esto los buenos Espíritus vienen en su ayuda. La presunción más bien es orgullo que fe, y el orgullo es siempre castigado, más o menos tarde, por los engaños y los fracasos que sufre.

5. El poder de la fe recibe una aplicación directa y especial en la acción magnética; por ella el hombre actúa sobre el fluido, agente universal; modifica sus cualidades y le da una impulsión, por decirlo así, irresistible. Por esto, el que a un gran poder fluídico normal une una fe ardiente, puede, por la sola voluntad dirigida al bien, operar esos fenómenos extraños de curaciones y otros que en

otro tiempo pasaban por prodigios y, sin embargo, sólo son consecuencia de una ley natural. Tal es el motivo porque Jesús dijo a sus apóstoles: si no habéis curado, es porque no teníais fe.

LA FE RELIGIOSA. CONDICIÓN DE LA FE INALTERABLE

6. Desde el punto de vista religioso, la fe es la creencia en los dogmas particulares que constituyen las diferentes religiones; todas las religiones tienen sus artículos de fe. Bajo este aspecto, la fe puede ser *razonada o ciega*. La fe ciega, no examinando nada, acepta sin comprobación lo mismo lo falso que lo verdadero, y choca a cada paso contra la evidencia y la razón; empujada hasta el exceso, produce el *fanatismo*. Cuando la fe se apoya en el error, se destruye, tarde o temprano; la que tiene por base la verdad, es la única segura del futuro, porque no tiene nada que temer del progreso de las luces, toda vez que *es verdadero en la obscuridad, lo es igualmente en plena luz*. Cada religión pretende estar en la exclusiva posesión de la verdad; *preconizar la fe ciega sobre un punto de creencia, es confesar su impotencia en demostrar que se tiene razón*.

7. Se dice vulgarmente que *la fe no se prescribe*; de aquí viene que muchas personas digan que si no tienen fe, no es culpa suya. Sin duda la fe no se prescribe, y lo que es aún más justo: *la fe no se impone*. No, no se impone, pero se adquiere, y no hay nadie a quien se rehuse el poseerla, aun entre los más refractarios. Hablamos de verdades espirituales fundamentales, y no de ésta o de aquella creencia particular. No es la fe la que debía ir a ellos, sino ellos al encuentro de la fe, y si la buscan con sinceridad la encontrarán. Tened pues, por seguro, que los que dicen: “Quisiéramos creer, pero no podemos”, lo dicen de boca y no con el corazón, porque diciendo esto se tapan los oídos. Sin embargo, las pruebas abundan a su alrededor; ¿por qué rehusan verlas? En unos es negligencia; en otros miedo de verse obligado a cambiar de costumbres; en la mayor parte es el orgullo que rehusa conocer un poder superior, porque les sería preciso inclinarse ante él.

En ciertas personas, la fe parece de algún modo innata; sólo

una chispa basta para desarrollarla. Esta facilidad en asimilarse las verdades espíritas es una señal evidente del progreso anterior; en otros, al contrario, sólo penetra con dificultad, señal no menos evidente de una naturaleza atrasada. Los primeros ya creyeron y comprendieron; traen al *renacer*, la intuición de lo que sabían: su educación está hecha; los segundos tienen que aprenderlo todo; su educación está por hacer; ella se hará, y si no se concluye en esta existencia se concluirá en otra.

La resistencia del incrédulo, es preciso convenir en ello, con frecuencia, se vincula menos a él que a la manera como se presentan las cosas. A la fe es preciso una base, y esta base es la inteligencia perfecta de lo que se debe creer; para creer no basta *ver*; es necesario, sobre todo, *comprender*. La fe ciega no es ya de este siglo; es precisamente el dogma de la fe ciega que hace hoy el mayor número de incrédulos, porque quiere imponerse y exige la abdicación de una de las más preciosas prerrogativas del hombre: el razonamiento y el libre albedrío. Es esa fe contra la cual se obstina el incrédulo, y de la cual es cierto cuando se dice que no se impone; no admitiendo pruebas, deja en el espíritu un vacío, de donde nace la duda. La fe razonada, la que se apoya en los hechos y en la lógica, no deja en pos de sí ninguna obscuridad; se cree porque se está cierto, y no se está cierto hasta que se ha comprendido; esta es la razón porque no cede, *porque no hay fe inalterable sino aquella que puede enfrentar, cara a cara, a la razón en todas las épocas de la Humanidad*.

A este resultado conduce el Espiritismo, y por esto triunfa de la incredulidad, siempre que no encuentra oposición sistemática e interesada.

PARÁBOLA DE LA HIGUERA SECA

8. *Cuando salieron de Betania, tuvo hambre; y viendo a lo lejos una higuera, fue a ver si podía encontrar alguna cosa en ella, y habiéndose acercado nada halló sino hojas, porque no era tiempo de higos. Entonces, Jesús dijo a la higuera: Que nadie coma de ti ningún fruto; lo que sus discípulos oyeron. Al otro día,*

pasando por la higuera, vieron que ella se había secado hasta la raíz. Y Pedro, acordándose de las palabras de Jesús, le dijo: Maestro, ved como la higuera que habéis maldecido quedó seca. Jesús, tomando la palabra, le dijo: Tened fe en Dios. En verdad os digo, que cualquiera que dijera a esa montaña: Quitate de ahí y échate en el mar, y eso sin dudas en el corazón, mas creyendo firmemente que todo lo que haya dicho acontecerá, lo verá, en efecto, acontecer. (San Marcos, cap. XI, v. 12 a 14 y de 20 a 23).

9. La higuera seca es el símbolo de las personas que sólo son buenas en apariencia, pero que en realidad no producen nada bueno; oradores que tienen más brillo que solidez; sus palabras tienen el barniz de la superficie; agradan a los oídos, pero cuando se les analiza nada substancial se encuentra para el corazón; después de haberlas escuchado, se pregunta qué provecho se sacó de eso.

Es también el emblema de todas las personas que tienen los medios de ser útiles y no lo son; de todas las utopías, de todos los sistemas vacíos, de todas las doctrinas sin base sólida. Lo que falta la mayor parte de las veces es la verdadera fe, la fe fecunda, la fe que conmueve las fibras del corazón, en una palabra, la fe que transporta montañas. Son árboles que tienen hojas, pero no dan frutos; por esto Jesús les condena a la esterilidad, porque vendrá un día que secarán de raíz; es decir, que todos los sistemas, todas las doctrinas que no hayan producido ningún bien para la Humanidad, caerán en la nada; que todos los hombres voluntariamente inútiles, por falta de haber puesto en práctica todos los recursos que tenían, serán tratados como la higuera seca.

10. Los médiums son los intérpretes de los Espíritus, supliendo los órganos materiales que les faltan a éstos para transmitirnos sus instrucciones; por esto están dotados de facultades a este efecto. En estos tiempos de renovación social, tienen una misión particular; son los árboles que deben dar el alimento espiritual a sus hermanos, multiplicándose para que el pasto sea abundante; se encuentran por todas partes, en todos los países, en todas las clases de la sociedad, entre los ricos y entre los pobres, entre los grandes y los pequeños, a

fin de que no haya desheredados, y para probar a los hombres que *todos son llamados*. Mas si desvían de su fin providencial la facultad preciosa que les fue concedida, si la hacen servir para cosas fútiles o perniciosas, si la ponen al servicio de intereses mundanos, si en vez de frutos saludables los dan malsanos, si rehusan que sea provechosa para otros, si ellos mismos no se aprovechan de ella mejorándose, son como la higuera estéril; Dios les retirará un don que se volvió inútil en sus manos: la semilla que no saben hacer fructificar, y les dejará que sean presa de los malos Espíritus.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

LA FE, MADRE DE LA ESPERANZA Y DE LA CARIDAD

11. La fe, para ser provechosa, debe ser activa; no se debe entorpecer. Madre de todas las virtudes que conducen a Dios, debe velar con atención el desarrollo de las hijas que nacen de ella.

La esperanza y la caridad son una consecuencia de la fe; estas tres virtudes son una trinidad inseparable. ¿No es acaso la fe, la que da la esperanza de que se verán cumplidas las promesas del Señor? Porque si no tenéis fe, ¿qué esperaréis? ¿No es la fe la que da el amor? Porque si no tenéis fe, ¿qué reconocimiento tendréis y, por consiguiente, qué amor?

Divina inspiración de Dios, despierta la fe todos los nobles instintos que conducen al hombre al bien; es la base de la regeneración. Es necesario que esta base sea fuerte y duradera, porque si la menor duda la hace vacilar, ¿qué será del edificio que construyáis encima? Levantad, pues, este edificio sobre cimientos sólidos; que vuestra fe sea más fuerte que los sofismas y las burlas de los incrédulos, porque la fe que no enfrenta al ridículo de los hombres, no es la verdadera fe.

La fe sincera es arrebatadora y contagiosa; se comunica a los que no la tenían, y aun a los que no querían tenerla; encuentra palabras persuasivas que van al alma, mientras que la fe aparente

sólo tiene palabras sonoras que dejan frío e indiferencia; predicad con el ejemplo de vuestra fe para dar con ella a los hombres; predicad con el ejemplo de vuestras obras para hacerles ver el mérito de la fe; predicad con vuestra esperanza indestructible para hacerles ver la confianza que fortifica y lleva a enfrentar todas las vicisitudes de la vida.

Tened, pues, fe en todo lo que ella tiene de bueno y hermoso, en su pureza y en su racionalidad. No admitáis la fe sin control, hija ciega de la ceguera. Amad a Dios, pero sabed porque lo amáis; creed en sus promesas, pero sabed porque creéis en ellas; seguid nuestros consejos, pero enteraos del fin que os mostramos y de los medios que os traemos para alcanzarlo. Creed y esperad sin desfallecer nunca: los milagros son obra de la fe. (JOSÉ, ESPÍRITU PROTECTOR, Bordeaux, 1862).

LA FE DIVINA Y LA FE HUMANA

12. La fe, en el hombre, es el sentimiento innato de su destino futuro; es la conciencia que tiene de sus facultades inmensas, cuyo germen fue depositado en él, primero en estado latente, y que debe hacer germinar y crecer por su voluntad activa.

Hasta el presente la fe no ha sido comprendida sino bajo el aspecto religioso, porque Cristo la preconizó como palanca poderosa, y porque no se vio en él sino al jefe de una religión. Pero Cristo, que realizó verdaderos milagros, mostró, por estos mismos milagros, lo que puede el hombre cuando tiene fe, es decir, *la voluntad de querer*; y la certeza que esta voluntad puede cumplirse. Los apóstoles, a su ejemplo, ¿no hicieron también milagros? Pues, ¿qué eran estos milagros sino efectos naturales cuya causa era desconocida a los hombres de entonces, pero que en gran parte se explican hoy y se comprenderán completamente por el estudio del Espiritismo y del Magnetismo?

La fe es humana o divina, según como el hombre aplica sus facultades a las necesidades terrestres o a sus aspiraciones celestes y futuras. El hombre de genio que persigue la realización de alguna gran empresa, triunfa si tiene fe, porque siente en él que debe y

puede realizarlo, y esta certeza le da una fuerza inmensa. El hombre de bien que creyendo en su futuro celeste quiere llenar su vida de nobles y bellas acciones, saca de la fe, en la certeza de la felicidad que le espera, la fuerza necesaria, también con esto se realizan los milagros de la caridad, de la devoción y de la abnegación. En fin, con la fe no hay malas inclinaciones que no lleguen a vencerse.

El magnetismo es una de las más grandes pruebas del poder de la fe puesta en acción: por la fe cura y produce esos fenómenos extraños que en otro tiempo se calificaban de milagros.

Lo repito: la fe es *humana y divina*; si todos los encarnados estuviesen bien persuadidos de la fuerza que tienen en sí, si quisiesen poner su voluntad al servicio de esta fuerza, serían capaces de realizar lo que hasta el presente se han llamado prodigios, y que sólo son un desarrollo de las facultades humanas. (UN ESPÍRITU PROTECTOR, París, 1863).

CAPÍTULO XX

LOS OBREROS DE LA ÚLTIMA HORA

Instrucciones de los Espíritus: Los últimos serán los primeros. – Misión de los espíritas. – Los obreros del Señor.

1. *El reino de los cielos es semejante a un padre de familia que salió muy de mañana a ajustar obreros para trabajar en su viña; habiendo concertado con los trabajadores que ellos tendrían una moneda por su jornada, los envió a la viña. Saliendo cerca de la hora tercera del día, vio a otros que estaban en la plaza ociosos, y les dijo: Id también vosotros para mi viña y os daré lo que fuere razonable; y ellos para allá se fueron. Salió, aún, en la sexta y en la novena hora del día, e hizo lo mismo. Y saliendo en la décima primera hora halló otros que estaban sin hacer nada y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día sin trabajar? Es – dijeron – porque ninguno nos ajustó. Y les dijo: Id también vosotros a mi viña.*

Cuando llegó la tarde, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros y págales comenzando desde los últimos hasta los primeros. Aquellos, pues, que habían venido sólo cuando estaba cerca la décima primera hora, recibieron cada uno una moneda. Los que fueron ajustados primero, llegando su vez, creyeron que se les daría más, pero no recibieron sino una moneda cada uno; y recibéndola murmuraban contra el padre de familia diciendo: Éstos últimos sólo trabajaron una hora y los has hecho iguales a nosotros, que cargamos el peso del día y del calor.

Mas, en respuesta, dijo a uno de ellos: Amigo, no te hice injusticia; ¿no concertaste conmigo una moneda por tu jornada?

Toma lo que te pertenece y vete; pues quiero dar a este último tanto como a ti. ¿Acaso no me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?

Así, los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos, porque muchos son llamados, más pocos escogidos. (San Mateo, cap. XX, v. de 1 a 16. Véase también: Parábola del festín de bodas, cap. XVIII, número 1).

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

LOS ÚLTIMOS SERÁN LOS PRIMEROS

2. El obrero de la última hora tiene derecho al salario, pero es menester que su voluntad haya estado a disposición del señor que debía emplearlo, y que este retraso no sea fruto de su pereza o de su mala voluntad. Tiene derecho al salario, porque desde el alba, esperaba impacientemente a que, al fin, lo llamarían al trabajo; era trabajador, sólo le faltaba trabajo.

Pero si hubiese rehusado el trabajo todas las horas del día, si hubiese dicho: Tengamos paciencia, el reposo me es agradable; cuando suene la última hora, será tiempo de pensar en el salario de la jornada: ¿por qué tengo necesidad de molestarme por un patrón que no conozco, a quien no quiero? Cuanto más tarde, será mejor. Éste, amigos míos, no hubiera encontrado el salario del obrero, sino el de la pereza.

¡Qué será, pues, de aquel que, en lugar de permanecer simplemente en la inacción, haya empleado las horas destinadas al trabajo del día en cometer actos culpables; que haya blasfemado de Dios, vertido sangre de sus hermanos, puesto la turbación en las familias, arruinado a los hombres de buena fe, abusado de la inocencia, que se haya, en fin, arrastrado en todas las ignominias de la Humanidad!; ¿Qué será, pues, de aquél? ¿Le bastará decir en la última hora: Señor, yo he empleado mal el tiempo; tómame hasta concluir el día, aunque haga poco, muy poco de mi tarea, y dame el salario del trabajador de buena voluntad? No, no; le dirá el Señor: no tengo trabajo para ti

por ahora, tú has malgastado el tiempo; has olvidado lo que has aprendido; ya no sabes trabajar en mi viña. Empieza otra vez a aprender, y cuando estés mejor dispuesto, vendrás a mí y te abriré mi vasto campo y podrás trabajar en él todas las horas del día.

Buenos espíritus, muy amados míos, vosotros sois todos obreros de la última hora. Muy orgulloso fuera el que dijese: Comencé el trabajo en la aurora y no la concluiré hasta que el día decline. Todos vosotros habéis venido cuando se os ha llamado, un poco más temprano o un poco más tarde para la encarnación cuya cadena lleváis; ¡pero cuántos siglos hace desde que el Señor os llamó a su viña sin que hayáis querido entrar en ella! He aquí el momento de recibir el salario; emplead bien esta hora que os resta, y no olvidéis jamás que vuestra existencia, tan larga como os parece, sólo es un momento fugitivo en la inmensidad de los tiempos que forman para vosotros la eternidad. (CONSTANTINO, ESPÍRITU PROTECTOR, Bordeaux, 1863).

3. A Jesús le gustaba la sencillez de los símbolos y en su varonil lenguaje, los obreros llegados a la primera hora son los profetas, Moisés, y todos los iniciadores que marcaron las etapas del progreso continuadas a través de los siglos por los apóstoles, los mártires, los Padres de la Iglesia, los sabios, los filósofos, en fin, los espíritus. Éstos, los últimos en llegar, fueron anunciados y predichos desde la aurora del Mesías, y recibirán la misma recompensa. Últimos en llegar, los espíritus aprovechan los trabajos intelectuales de sus antecesores, porque el hombre debe heredar del hombre, y sus trabajos, y sus resultados son colectivos: Dios bendice la solidaridad. Muchos de ellos vuelven a vivir hoy, o volverán a vivir mañana, para acabar la obra que empezaron en otro tiempo; más de un patriarca, más de un profeta, más de un discípulo de Cristo, más de un propagador de la fe cristiana, se encuentran entre ellos, pero más esclarecidos, más adelantados, trabajando no ya en la base sino en el coronamiento del edificio; su salario será, pues, proporcionado al mérito del trabajo.

La reencarnación, este hermoso dogma, eterniza y

precisa la filiación espiritual. El Espíritu llamado a prestar cuenta de su mandato terrestre, comprende la continuidad de la tarea interrumpida, pero siempre retomada. Ve y siente que atrapó en el vuelo el pensamiento de sus antepasados; vuelve a entrar en la lid, maduro por la experiencia, para avanzar aún más; y todos, trabajadores de la primera y de la última hora, vueltos los ojos hacia la profunda justicia de Dios, ya no murmuran y le adoran.

Tal es uno de los verdaderos sentidos de esta parábola que encierra, como todas las que Jesús dirigió al pueblo, el germen del futuro, y también, bajo todas las formas, bajo todas las imágenes, la revelación de esa magnífica unidad que armoniza todas las cosas en el Universo, de esa solidaridad que vincula a todos los seres presentes, al pasado y al futuro. (HENRI HEINE, París, 1863).

MISIÓN DE LOS ESPÍRITAS

4. ¿No oís ya agitarse la tempestad que debe dominar al viejo mundo y sumergir en la nada la suma de las iniquidades terrestres? ¡Ah! Bendecid al Señor, vosotros que habéis puesto vuestra fe en su soberana justicia y como nuevos apóstoles de la creencia revelada por la voces proféticas superiores, id a predicar el dogma nuevo de la *reencarnación* y de la elevación de los Espíritus, según hayan cumplido bien o mal su misión y soportado sus pruebas terrestres.

¡No os amedrentéis! Las lenguas de fuego están sobre vuestras cabezas. ¡Oh! Verdaderos adeptos del Espiritismo, ¡vosotros sois los elegidos de Dios! Id y predicad la palabra divina. Ha llegado la hora en que debéis sacrificar, para su propagación, vuestras costumbres, vuestros trabajos y vuestras ocupaciones fútiles. Id y predicad. Los Espíritus de lo alto, están con vosotros. Ciertamente hablaréis a personas que no querrán escuchar la voz de Dios, porque esta voz les recuerda sin cesar la abnegación; predicaréis el desinterés a los avaros, la abstinencia a los viciosos y la mansedumbre a los tiranos domésticos y a los déspotas:

palabras perdidas, ya lo sé; pero, ¡qué importa! Es preciso regar con vuestros sudores el terreno que debéis sembrar, porque no fructificará y no producirá sino con los esfuerzos reiterados de la azada y del arado evangélico. ¡Id y predicad!

Sí, todos vosotros, hombres de buena fe, que creéis en vuestra inferioridad y miráis los mundos diseminados por el infinito, marchad en cruzada contra la injusticia y la iniquidad. Id y destruid ese culto del becerro de oro que cada día se hace más y más invasor. ¡Id, Dios os conduce! Hombres sencillos e ignorantes, vuestras lenguas se soltarán, y hablaréis como no habla ningún orador. Id y predicad, y las poblaciones atentas recogerán felices vuestras palabras de consuelo, de fraternidad, de esperanza y de paz.

¡Qué importan las trampas que serán colocadas en vuestro camino! Sólo los lobos caerán en las trampas de los lobos, porque el pastor sabrá defender sus ovejas contra los verdugos inmoladores.

Id, hombres grandes ante Dios, que más felices que Santo Tomás, creéis sin pedir ver y aceptáis los hechos de la mediumnidad, aun cuando vosotros no hayáis podido obtenerlos de vosotros mismos; id, el Espíritu de Dios os conduce.

¡Marcha, pues, adelante, falange imponente por tu fe! Y los grandes batallones de incrédulos se desvanecerán ante vos, como las nieblas de la mañana a los primeros rayos del sol naciente.

La fe es la virtud que levanta las montañas, os dijo Jesús, pero más pesadas que las más pesadas montañas, yacen en el corazón de los hombres la impureza y todos los vicios de ella. Partid, pues, con valor para levantar esa montaña de iniquidades que las generaciones futuras no deben conocer sino como una leyenda, como vosotros no conocéis tampoco sino muy imperfectamente el período de los tiempos anteriores a la civilización pagana.

Sí, las conmociones morales y filosóficas van a manifestarse en todos los puntos del globo; la hora se aproxima en que la luz divina se presentará sobre los dos mundos.

Id, pues, y llevad la palabra divina: a los grandes que la desdeñarán, a los sabios que pedirán pruebas, a los pequeños y sencillos que la aceptarán, porque sobre todo entre estos mártires del trabajo, en esta expiación terrestre, encontraréis el fervor y la fe. Id, éstos recibirán con cánticos de acción de gracias, cantando alabanzas a Dios, el consuelo santo que les lleváis, y se inclinarán agradeciendo la parte que les corresponde de sus miserias terrestres.

¡Qué vuestra falange se arme, pues, de resolución y de valor! ¡Manos a la obra! El arado está preparado; la tierra espera, es preciso trabajar.

Id y agradeced a Dios por la tarea gloriosa que os confió; pero meditad que entre los llamados al Espiritismo, muchos se extraviaron; mirad vuestro derrotero y seguid el camino de la verdad.

Pregunta: Si muchos de los llamados al Espiritismo se extraviaron, ¿cuál es la señal para reconocer a los que están en el buen camino?

Respuesta: Los reconoceréis en los principios de verdadera caridad que profesarán y practicarán; los reconoceréis por el número de afligidos que habrán consolado; los reconoceréis por su amor al prójimo, por su abnegación, por su desinterés personal; los reconoceréis, en fin, en el triunfo de sus principios, porque Dios quiere el triunfo de su ley; los que siguen sus leyes son sus elegidos y él les dará la victoria, pero abatirá a los que falsean el espíritu de esa ley y hacen de ella un medio para satisfacer su vanidad y su ambición. (ERASTO, ángel guardián del médium, París, 1863).

LOS OBREROS DEL SEÑOR

5. Tocáis el tiempo del cumplimiento de las cosas anunciadas para la transformación de la Humanidad. ¡Felices serán los que hayan trabajado en el campo del Señor con desinterés y sin otro móvil que la caridad! Sus jornales de trabajo serán pagados al céntuplo de lo que hayan esperado. Felices los que hayan dicho a

sus hermanos: “Hermanos, trabajemos juntos y unamos nuestros esfuerzos, a fin de que el Señor cuando llegue, encuentre la obra terminada”. Porque el Señor les dirá: “¡Venid a mí, vosotros que sois buenos servidores, que callasteis vuestros celos y vuestras discordias para no perjudicar la obra! ¡Pero, ay de aquellos que, por sus disensiones, hayan retardado la hora de la cosecha, porque la tempestad vendrá y serán arrebatados por el torbellino! Ellos gritarán: “¡Gracia! ¡Gracia!” Pero el Señor les dirá: Por qué pedís gracia, vosotros que no habéis tenido piedad de vuestros hermanos, y que os habéis rehusado a tenderles la mano, vosotros que abatisteis al débil en lugar de sostenerle? ¿Por qué pedís gracia, vosotros que habéis buscado vuestra recompensa en los goces de la Tierra y en las satisfacciones de vuestro orgullo? Vosotros habéis recibido ya vuestra recompensa tal como la pretendíais; no pidáis más: las recompensas celestes son, para los que no hayan pedido las recompensas de la Tierra.

Dios hace en este momento un nuevo censo de sus servidores fieles, y ha señalado con su dedo a los que no tienen sino la apariencia de la devoción, a fin de que no usurpen más el salario de los servidores valerosos, porque a los que no retrocedan ante su tarea, les va a confiar los puestos más difíciles en la gran obra de la regeneración por el Espiritismo, y estas palabras se cumplirán: “Los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros en el reino de los cielos” (EL ESPÍRITU DE VERDAD, París, 1862).

CAPÍTULO XXI

HABRÁ FALSOS CRISTOS Y FALSOS PROFETAS

Por el fruto se conoce el árbol. – Misión de los profetas. – Prodigios de los falsos profetas. – No creáis a todos los Espíritus. – *Instrucciones de los Espíritus*: Los falsos profetas. – Caracteres del verdadero profeta. – Los falsos profetas de la erradicidad. – Jeremías y los falsos profetas.

POR EL FRUTO SE CONOCE EL ÁRBOL

1. *El árbol que produce frutos malos, no es bueno, y el árbol que produce frutos buenos no es malo; porque cada árbol se conoce por sus frutos. No se cogen higos del espino, y no se vendimian uvas de las zarzas. El hombre de bien saca las cosas buenas del buen tesoro de su corazón, y el malo saca las malas del mal tesoro de su corazón, porque la boca habla de lo que está lleno el corazón. (San Lucas, cap. VI, v. 43, 44 y 45).*

2. *Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros cubiertos de pieles de ovejas y que por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los reconoceréis. ¿Se pueden coger uvas de los espinas o higos de las zarzas? Así todo árbol que es bueno produce frutos buenos y todo árbol que es malo produce frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos y un árbol malo no puede producir frutos buenos. Todo árbol que no produce frutos buenos será cortado y echado al fuego. Los conoceréis, pues, por sus frutos. (San Mateo, cap. VII, v. de 15 a 20).*

3. *Guardaos de que alguno os engañe; porque vendrán*

muchos en mi nombre y dirán: “Yo soy el Cristo”, y a muchos seducirán.

Se levantarán muchos falsos profetas que seducirán a muchas personas; y porque la iniquidad será abundante, la caridad de muchos se resfriará. Mas será salvo el que perseverare hasta el fin.

Entonces, si alguno os dijere: El Cristo está aquí, o está allí, no lo creáis; porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas que harán grandes prodigios y cosas sorprendentes, hasta seducir, si fuere posible, a los mismos escogidos. (San Mateo, cap. XXIV, v. 4, 5, 11, 12, 13, 23, 24. San Marcos, cap. XIII, v. 5, 6, 21, 22).

MISIÓN DE LOS PROFETAS

4. Se atribuye vulgarmente a los profetas el don de revelar el porvenir, de manera que las palabras *profecías* y *predicciones* se tornaron sinónimas. En el sentido evangélico, la palabra *profeta* tiene una significación más extensa; se llama así a todo enviado de Dios con misión de instruir a los hombres y revelarles las cosas ocultas y los misterios de la vida espiritual. Un hombre puede, pues, ser profeta sin hacer predicciones, y ésta era la idea de los Judíos en los tiempos de Jesús; por eso cuando fue conducido ante el gran sacerdote Caifás, los escribas y los ancianos, estando reunidos le escupieron el rostro, le dieron puñetazos y bofetones, diciendo: “Cristo, profetízanos y di quién te ha pegado”. Sin embargo, sucedió que los profetas tuvieron la ciencia anticipada del porvenir, sea por intuición, sea por revelación providencial, a fin de dar advertencias a los hombres; habiéndose realizado estos acontecimientos, el don de pronosticar el porvenir ha sido mirado como uno de los atributos de la cualidad de profeta.

PRODIGIOS DE LOS FALSOS PROFETAS

5. “Se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, que harán grandes prodigios y cosas sorprendentes para seducir hasta los

mismos elegidos”. Estas palabras dan el verdadero sentido de la palabra prodigio. En la acepción teológica, los prodigios y los milagros son fenómenos excepcionales, fuera de las leyes de la Naturaleza. Siendo las leyes de la Naturaleza *únicamente* obra de Dios, sin duda puede derogarlas si eso le place, pero el simple buen sentido dice que no puede haber dado a los seres inferiores y perversos un poder igual al suyo y aun menos el derecho de deshacer lo que ha hecho. Jesús no puede haber consagrado tal principio. Pues si según el sentido que se da a estas palabras, el Espíritu del mal tiene el poder de hacer prodigios tales que los mismos elegidos sean engañados, resultaría que, pudiendo hacer lo que Dios hace, los prodigios y los milagros no son privilegio exclusivo de los enviados de Dios, y nada prueban, puesto que nada distingue los milagros de los santos, de los milagros de los demonios. Así, es preciso buscar un sentido más racional a estas palabras.

A los ojos del vulgo ignorante, todo fenómeno cuya causa es desconocida pasa por sobrenatural, maravilloso y milagroso; una vez conocida la causa, se reconoce que el fenómeno, por extraordinario que parezca, no es otra cosa que la aplicación de una ley natural. Así es que el círculo de los hechos sobrenaturales se retrae a medida que se amplía el de la Ciencia. En todos los tiempos los hombres han aceptado, en provecho de su ambición, de su interés y de su dominación, ciertos conocimientos que poseían, a fin de adquirir el prestigio de un poder supuestamente sobrehumano o de una pretendida misión divina. Estos son falsos Cristos y falsos profetas; la difusión de los conocimientos les aniquila el crédito, por eso su número disminuye a medida que los hombres se ilustran. El hecho de obrar aquello que a los ojos de ciertas personas pasa por prodigios, no es, pues, señal de la misión divina, puesto que puede ser resultado de los conocimientos que cada uno puede adquirir, o de las facultades orgánicas especiales que el más indigno puede poseer, lo mismo que el más digno. El verdadero profeta se reconoce por caracteres más serios y exclusivamente morales.

NO CREÁIS A TODOS LOS ESPÍRITUS

6. *Amados míos*, no creáis a todos los Espíritus, *más probad si*

los Espíritus son de Dios; porque muchos falsos profetas se levantaron en el mundo. (San Juan, Primera Epístola, cap. IV, v. 1).

7. Los fenómenos espíritas, lejos de dar crédito a los falsos Cristos y a los falsos profetas, como algunos exageran en decirlo, por el contrario, vienen a darle el golpe de gracia. No pidáis al Espiritismo ni milagros ni prodigios, porque declara formalmente que no los produce; así como la física, la química, la astronomía, la geología, vinieron a revelar las leyes del mundo material, él viene a revelar las otras leyes desconocidas, las que rigen las relaciones del mundo corporal y del mundo espiritual, y como sus hermanas mayores de Ciencia, no son menos leyes naturales, y dan la explicación de cierto orden de fenómenos incomprensibles hasta este día, destruyendo lo que quedaba aún en el dominio de lo maravilloso. Aquellos, pues, que estuviesen tentados a explotar esos fenómenos en su provecho, haciéndose pasar por mesías de Dios, no podrían abusar por mucho tiempo de la credulidad y muy pronto serían desenmascarados. Por lo demás, así como se ha dicho ya, esos fenómenos solos nada prueban: la misión se prueba por los efectos morales, que no es dado a cualquiera producirlos. Este es uno de los resultados del desarrollo de la ciencia espírita; averiguando la causa de ciertos fenómenos, levanta el velo de muchos misterios. Los que prefieren la obscuridad a la luz, son los únicos interesados en combatirla; pero la verdad es como el Sol: disipa las más densas nieblas.

El Espiritismo viene a revelar otra categoría mucho más peligrosa de falsos Cristos y de falsos profetas, que se encuentran, no entre los hombres, sino entre los desencarnados: es la de los Espíritus embusteros, hipócritas, orgullosos y pretendidos sabios que de la Tierra han pasado a la erraticidad y toman nombres venerados para procurar, gracias a la máscara con que se cubren, recomendar ideas, con frecuencia muy extravagantes y absurdas. Antes que las relaciones mediúnicas fuesen conocidas, ejercían su acción de un modo menos ostensible: por la inspiración, la mediumnidad inconsciente, auditiva o parlante. El número de los que en diversas épocas, pero sobre todo en estos últimos tiempos, se han presentado por alguno de los antiguos profetas, por Cristo,

por María, madre de Cristo, y aun por Dios, es considerable. San Juan previene contra ellos cuando dice: “Amados míos, no creáis en todos los Espíritus, mas probad si los Espíritus son de Dios; porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo.” El Espiritismo da los medios de probarles, indicando los caracteres en que se reconocen los buenos Espíritus, caracteres *siempre morales y jamás materiales* (1). Sobre todo, es en el discernimiento entre los buenos y malos Espíritus que pueden ser aplicadas estas palabras de Jesús: “Se conoce la clase de árbol por su fruto; un buen árbol no puede producir malos frutos, y un mal árbol no puede producir buenos frutos”. Se juzga a los Espíritus por la calidad de sus obras, como un árbol por la calidad de sus frutos.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

LOS FALSOS PROFETAS

8. Si os dijieran: “Cristo está aquí”, no vayáis, sino por el contrario, preveníos porque los falsos profetas serán numerosos. ¿No veis las hojas de la higuera que comienzan a blanquear? ¿No veis sus numerosos brotes esperando la época de la floración, y Cristo no os dijo: Por el fruto se conoce el árbol? Pues, si los frutos son amargos, juzgáis que el árbol es malo; pero si son dulces y saludables, decís: Nada puro puede salir de un mal tronco.

Es así, hermanos míos, como debéis juzgar; son las obras las que debéis examinar. Si los que se dicen estar revestidos del poder divino están acompañados de todas las señales de semejante misión, es decir, si poseen en el más alto grado las virtudes cristianas y eternas: la caridad, el amor, la indulgencia, la bondad que concilia todos los corazones; si, en apoyo de las palabras, unen los actos, entonces podréis decir: Realmente son éstos los enviados de Dios.

Mas desconfiad de las palabras hipócritas, desconfiad de los

(1) Véase, sobre la distinción de los Espíritus, *El libro de los médiums*, cap. XXIV y siguientes.

escribas y de los fariseos que oran en las plazas públicas vestidos con largos ropajes. ¡Desconfiad de aquellos que pretenden tener el único monopolio de la verdad!

No, no; Cristo no está allí, porque los que él envía a propagar su santa doctrina y a regenerar a su pueblo, serán, a ejemplo del Maestro, mansos y humildes de corazón sobre todas las cosas; aquellos que deben por sus ejemplos y sus consejos, salvar a la Humanidad que corre para su perdición y vaga en las sendas tortuosas, éstos serán, sobre todo, modestos y humildes. Todo el que revele un átomo de orgullo, huid de él como de una lepra contagiosa que corrompe todo lo que toca. Acordaos de que *cada criatura lleva en su frente, sobre todo en sus actos, el sello de su grandeza o de su decadencia.*

Id, pues, mis muy amados hijos, marchad sin vacilaciones, sin prejuicios, por la bendita senda que emprendisteis. Id, id siempre sin temor, apartad con valor todo lo que podría poner trabas a vuestra marcha hasta el objetivo eterno. Viajeros, no estaréis mucho tiempo en las tinieblas y en los dolores de pruebas, si dejareis a vuestros corazones buscar esa dulce doctrina que os viene a revelar las leyes eternas, y a satisfacer todas las aspiraciones de vuestra alma en cuanto a lo desconocido. Desde el presente, podéis dar cuerpo a esas sílfides fugaces que veis pasar en vuestros sueños, y que, efímeras, sólo podían encantar a vuestro Espíritu, pero nada decían a vuestro corazón. Ahora, amados míos, la muerte desapareció para dar lugar al ángel radiante que conocéis, ¡al ángel del reencuentro y de la reunión! Ahora vosotros, que habéis cumplido bien la tarea impuesta por el Creador, nada tenéis que temer de su justicia, porque él es el padre y perdona a sus hijos extraviados que claman misericordia. Continudad, pues, avanzad sin cesar; que vuestra divisa sea la del progreso, la del progreso continuo en todas las cosas, hasta que lleguéis, en fin, a ese término feliz en donde esperan todos aquellos que os precedieron. (LUIS, Bordeaux, 1861).

CARACTERES DEL VERDADERO PROFETA

9. *Desconfiad de los falsos profetas.* Esta recomendación es

útil en todos los tiempos, pero, sobre todo, en los momentos de transición en que, como en éste, se elabora una transformación de la Humanidad, porque entonces una multitud de ambiciosos y de intrigantes se convierten en reformadores y mesías. Contra estos impostores es preciso mantenerse en guardia, y es deber de todo hombre honrado desenmascararlos. Sin duda, preguntaréis, cómo se puede reconocerles: he aquí sus señales.

No se confía el mando de un ejército, sino a un general hábil y capaz de dirigirlo; ¿creéis, pues, que Dios sea menos prudente que los hombres? Estad seguros de que él no confía las misiones importantes sino a los que son capaces de llenarlas, porque las grandes misiones son cargas muy pesadas que aplastarían al hombre muy débil para cargarlas. Como en todas las cosas, el maestro debe saber más que el aprendiz; ¡para hacer avanzar a la Humanidad moral e intelectualmente son necesarios hombres superiores en inteligencia y en moralidad! Por eso son siempre Espíritus muy adelantados, que han hecho ya sus pruebas en otras existencias, los que se encarnan con este objeto; porque si no son superiores al medio en el que deben obrar, su acción será nula.

Sentado esto, deducid que el verdadero misionero de Dios debe justificar su misión por su superioridad, por sus virtudes, por su grandeza, por el resultado y por la influencia moralizadora de sus obras. Sacad también la consecuencia de que si por su carácter, por sus virtudes, por su inteligencia, está fuera del papel que quiere representar, o del personaje bajo cuyo nombre se ampara, es sólo un histrión de baja esfera, que ni siquiera sabe copiar su modelo.

Otra consideración es necesaria, y es que la mayor parte de los verdaderos misioneros de Dios, lo ignoran; cumplen aquello para lo cual fueron llamados por la fuerza de su genio, secundados por la fuerza oculta que les inspira y les dirige con su desconocimiento, pero sin propósito premeditado. En una palabra, *los verdaderos profetas se revelan por sus actos: son adivinados; mientras que los falsos profetas se colocan, ellos mismos, como los enviados de Dios;* el primero es humilde y modesto; el segundo

es orgulloso y lleno de sí mismo; habla con altanería, y como todos los mentirosos, siempre teme no ser creído.

Se han visto de estos impostores presentarse como los apóstoles de Cristo, otros como el mismo Cristo, y, lo más vergonzoso para la Humanidad, es que hayan encontrado gentes bastante crédulas para dar fe a semejantes torpezas. Sin embargo, una consideración muy simple debería abrir los ojos del más ciego, y es que si Cristo se volviese a encarnar en la Tierra, vendría con todo su poder y todas sus virtudes, a menos que se admitiese, lo que sería absurdo, que hubiese degenerado; pues lo mismo que si quitaseis a Dios uno sólo de sus atributos no tendríais Dios; si quitaseis una sola de las virtudes de Cristo, no tendríais ya Cristo. Los que se presentan como Cristo, ¿acaso tienen todas sus virtudes? Esta es la cuestión; mirad, escudriñad sus pensamientos y sus actos, reconoceréis que sobre todo les faltan, las cualidades distintivas de Cristo: la humildad y la caridad, mientras que tienen lo que él no tenía: la ambición y el orgullo. Notad, además, que hay en este momento y en diferentes países, varios pretendidos Cristos, como hay varios pretendidos Elías, San Juan o San Pedro, y que necesariamente no pueden ser todos verdaderos. Tened por cierto que éstas son personas que explotan la credulidad y encuentran cómodo el vivir a expensas de aquellos que les escuchan.

Desconfiad, pues, de los falsos profetas, sobre todo en un tiempo de renovación, porque muchos impostores se llamarán enviados de Dios; se procuran una vana satisfacción en la Tierra, pero una terrible justicia les espera; podéis tenerlo por seguro. (ERASTO, París, 1862).

LOS FALSOS PROFETAS DE LA ERRATICIDAD

10. Los falsos profetas no están sólo entre los encarnados; están también, y en mayor número, entre los Espíritus orgullosos que, bajo la falsa apariencia de amor y de caridad, siembran la desunión y retrasan la obra de emancipación de la Humanidad, lanzando de por medio sus sistemas absurdos que hacen aceptar a los médiums; y para fascinar mejor a aquellos que quieren engañar

y para dar más peso a sus teorías, se apropian sin escrúpulo de nombres que sólo con respeto pronuncian los hombres.

Son ellos quienes siembran los fermentos de antagonismo entre los grupos, que les inducen a aislarse los unos de los otros y a mirarse con malos ojos. Sólo esto bastaría para desenmascararlos; porque obrando de este modo ellos mismos dan el más formal desmentido a lo que pretenden ser. Ciegos, pues, son los hombres que se dejan atrapar en un lazo tan grosero.

Pero hay muchos otros medios de reconocerles. Los Espíritus del orden al cual dicen pertenecer deben ser no sólo muy buenos, sino también, eminentemente racionales. ¡Pues bien! Pasad sus sistemas por el tamiz de la razón y del buen sentido, y veréis lo que quedará de ellos. Convenid, pues, conmigo, que todas las veces que un Espíritu indica como remedio a los males de la Humanidad, o como medios de alcanzar su transformación, cosas utópicas e impracticables, medidas pueriles y ridículas, cuando formula un sistema que se contradice con las más vulgares nociones de la ciencia, sólo puede ser un Espíritu ignorante y mentiroso.

Por otra parte, creed bien que si la verdad no es siempre apreciada por los individuos, lo es siempre por el buen sentido de las masas, y esto es también un criterio. Si dos principios se contradicen, tendréis la medida de su valor intrínseco buscando al que tenga más eco y simpatía: *sería ilógico, en efecto, que una doctrina que viese disminuir el número de sus partidarios, fuese más verdadera que la que los viese aumentar.* Dios, queriendo que la verdad llegue para todos, no la confina a un círculo restringido: la hace surgir en diferentes puntos con el fin de que por todas partes la luz esté al lado de las tinieblas.

Rechazad sin piedad a todos esos Espíritus que se presentan como consejeros exclusivos predicando la división y el aislamiento. Casi siempre son Espíritus vanidosos y mediocres que procuran imponerse a los hombres débiles y crédulos prodigándoles alabanzas exageradas, a fin de fascinarles y tenerle bajo su dominio. Son generalmente Espíritus ávidos de poder que, siendo déspotas públicos o privados cuando vivían, quieren tener aún víctimas para

tiranizar después de su muerte. En general, *desconfiad de las comunicaciones que tienen un carácter de misticismo y extrañeza, o que prescriben ceremonias o actos extravagantes;* entonces hay siempre un motivo legítimo de sospecha.

Por otra parte, debéis creer también que cuando debe revelarse una verdad a la Humanidad, se comunica, por decirlo así, instantáneamente a todos los grupos serios que poseen médiums serios, y no a éstos o aquéllos con exclusión de los demás. Nadie es médium perfecto, si está obseso, y hay obsesión manifiesta cuando un médium sólo es apto para recibir las comunicaciones de un Espíritu especial, por más elevado, que él mismo quiera ponerse. En consecuencia, todo médium, todo grupo que se creyera privilegiado por las comunicaciones que sólo ellos pueden recibir, y que, por otra parte, están sujetos a prácticas que rayan en superstición, están indudablemente bajo el peso de una obsesión de las más caracterizadas, sobre todo cuando el Espíritu dominador se vanagloria de un nombre que todos, Espíritus y encarnados, debemos honrar y respetar, y no dejar comprometer a toda hora.

Es incontestable que sometiendo al crisol de la razón y de la lógica todos los datos y todas las comunicaciones de los Espíritus, será fácil rechazar el absurdo y el error. Un médium puede estar fascinado, un grupo engañado; pero el control severo de los otros grupos, el conocimiento adquirido y la elevada autoridad moral de los jefes de los grupos, las comunicaciones de los principales médiums, que reciben un sello de lógica y de autenticidad de nuestros mejores Espíritus, harán rápidamente justicia a esos dictados mentirosos y astutos, emanados de una turba de Espíritus engañadores o malos. (ERASTO, discípulo de San Pablo, 1862).

(Véase en la Introducción el párrafo II: *Comprobación universal de la enseñanza de los Espíritus.* Y en **El libro de los médiums**, el cap. XXIII, *De la obsesión*).

JEREMÍAS Y LOS FALSOS PROFETAS

11. *He aquí lo que dice el Señor de los ejércitos: No escuchéis*

las palabras de los profetas que os profetizan y os engañan. Ellos divulgan las visiones de sus corazones, y no lo que aprendieron de la boca del Señor. Dicen aquellos que me blasfeman: El Señor dijo: vosotros tendréis paz; y a todos aquellos que caminan en la corrupción de sus corazones: No os alcanzará el mal. ¿Mas quién, entre ellos, asistió al consejo de Dios? ¿Quién vio y oyó lo que dijo? Yo no enviaba esos profetas y ellos corrían por sí mismos; yo no les hablaba y ellos profetizaban de su cabeza. Yo oí lo que dijeron esos profetas que profetizaron la mentira en mi nombre, diciendo: Soñé, soñé. ¿Hasta cuando esa imaginación estará en el corazón de los profetas que profetizan la mentira, y cuyas profecías sólo son engaños de sus corazones? Si, pues, ese pueblo, o un profeta, o un sacerdote os interroga y os dice: ¿Cuál es la carga del Señor? Les diréis: Vosotros mismos sois la carga y yo la echaré muy lejos de mí, dice el Señor. (JEREMÍAS, cap. XXIII, v. 16, 17, 18, 21, 25, 26, 33).

Sobre este pasaje del profeta Jeremías es que voy a conversar con vosotros, amigos míos. Dios, hablando por su boca, dijo: “Ellos divulgan las visiones de sus corazones”. Estas palabras indican claramente que ya en aquella época los charlatanes y los exaltados abusaban del don de profecía y lo explotaban. Abusaban, por consiguiente, de la fe simple y casi siempre ciega del pueblo, profetizando *por dinero* las cosas buenas y agradables. Esta especie de engaño era bastante generalizada en la nación judía, y es fácil de comprender que el pobre pueblo, en su ignorancia, estaba en la imposibilidad de distinguir los buenos de los malos, y era siempre más o menos engañado por esos supuestos profetas, que sólo eran impostores o fanáticos. No hay nada más significativo que estas palabras: “Yo no envié a esos profetas y ellos corrieron por su cuenta; yo no les hablé y ellos profetizaron”. Más adelante, dice: “Yo oí a esos profetas que profetizan la mentira en mi nombre diciendo: Soñé, soñé” indica de este modo uno de los medios empleados para explotar la confianza que se tenía en ellos. La multitud, siempre crédula, no pensaba averiguar la veracidad de sus sueños o de sus visiones; encontraba esto muy natural e invitaba siempre a los profetas a que hablasen.

Después de las palabras del profeta, escuchad los sabios consejos del apóstol San Juan, cuando dice: “No creáis a todo Espíritu, mas probad si los Espíritus son de Dios”, porque entre los invisibles hay también los que se complacen en embaucar cuando tienen ocasión, si bien los más burlados son los médiums cuando no toman bastantes precauciones. Este es, sin duda, uno de los mayores escollos contra los cuales se estrellan muchos, sobre todo cuando son novatos en Espiritismo. Para ellos es una prueba de la que no pueden triunfar sino con gran prudencia. Aprended, pues, antes que nada, a distinguir los buenos de los malos Espíritus, para que vosotros mismos no vengáis a ser falsos profetas. (LUOZ, Espíritu, protector, Karlsruhe, 1861).

CAPÍTULO XXII

NO SEPARÉIS LO QUE DIOS HA UNIDO

Indisolubilidad del matrimonio. – Divorcio.

INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO

1. Los fariseos se llegaron también a él para tentarlo, diciéndole: *¿Es permitido a un hombre devolver a su mujer por cualquier cosa que sea? Él les respondió: ¿No leísteis que el que creó al hombre desde el principio, macho y hembra los creó? Y que fue dicho: Por esta razón, el hombre dejara a su padre y a su madre, y se ayuntará a una mujer y no serán más los dos sino una sola carne. Así, no serán más dos, mas una sola carne. Que el hombre, pues, no separe lo que Dios unió.*

Mas dijeronle: ¿Por qué, pues, Moisés ordenó que se le diese a la mujer una carta de separación y que fuese devuelta? Él les respondió: Fue por causa de la dureza de vuestros corazones que Moisés os permitió devolver a vuestras mujeres; mas al principio no era así. También os digo que cualquiera que devuelva a su mujer, salvo por causa de adulterio y se casa con otra, comete adulterio; y que el que se casa con la que otro devolvió, comete también adulterio. (San Mateo, cap. XIX, v. de 3 a 9).

2. Nada hay inmutable sino lo que viene de Dios; todo lo que es obra de los hombres está sujeto a cambios. Las leyes de la Naturaleza son las mismas en todos los tiempos y en todos los países; las leyes humanas cambian según los tiempos, los lugares y el progreso de la inteligencia. En el matrimonio, lo que es de orden divino es la unión de los

sexos para realizar la renovación de los seres que mueren; pero, las condiciones que regulan esta unión son de un orden tan humano, que no hay en todo el mundo, ni aun en la misma cristiandad, dos países en los que sean absolutamente las mismas, y que ni siquiera hay uno en que no haya sufrido cambios con el tiempo; resulta de esto que para la ley civil lo que es legítimo en un país y en una época, es adulterio en otro país y en otro tiempo; y esto porque la ley civil tiene por objeto el regular los intereses de la familia, y porque estos intereses varían según las costumbres y las necesidades locales; así es, por ejemplo, que en ciertos países sólo el matrimonio religioso es legítimo; en otros es menester, además, el matrimonio civil, y en otros, en fin, sólo el matrimonio civil basta.

3. Pero en la unión de los sexos, al lado de la ley divina material, común a todos los seres vivientes, hay otra ley divina, inmutable como todas las leyes de Dios, exclusivamente moral, y que es la ley de amor. Dios quiso que los seres estuviesen unidos, no sólo por los lazos de la carne, sino por los del alma, a fin de que el afecto mutuo de los esposos se trasmitiese a sus hijos, y que fuesen dos en vez de uno, para amarles, cuidarles y hacerles progresar. En las condiciones ordinarias del matrimonio, ¿se ha tomado siempre en cuenta esta ley de amor? De ningún modo; lo que se consulta no es el afecto de los dos seres que un mutuo sentimiento atrae el uno hacia al otro, puesto que muy a menudo se rompe este afecto; lo que se busca no es la satisfacción del corazón, sino la del orgullo, de la vanidad, de la ambición, en una palabra, de todos los intereses materiales; cuando todo está bien, según esos intereses, se dice que el matrimonio es conveniente, y cuando las bolsas están muy repletas, se dice que los esposos se corresponden, y deben ser muy felices.

Pero ni la ley civil, ni los compromisos que ella hace contraer, pueden suplir a la ley de amor, si esta ley no preside a semejante unión; resulta de esto que muchas veces *lo que se ha unido por la fuerza, se separa por sí mismo*; que el juramento que se pronuncia al pie del altar se torna un perjurio si se ha dicho como una fórmula banal; de aquí las uniones infelices, que concluyen por ser

criminales; doble desgracia que se evitaría si en las condiciones del matrimonio, no se hiciese abstracción de la única ley que lo sanciona a los ojos de Dios: la ley de amor. Cuando Dios dijo: “Vosotros seréis una sola carne”; y cuando Jesús dijo: “No separéis lo que Dios ha unido”, eso debe entenderse de la unión según la ley inmutable de Dios, y no según la ley variable de los hombres.

4. ¿Es, pues, superflua la ley civil y es menester volver a los matrimonios según la Naturaleza? Ciertamente que no; la ley civil tiene por objeto regular las relaciones sociales y los intereses de las familias, según las exigencias de la civilización, y por esto es útil, necesaria, pero variable; debe ser previsor, porque el hombre civilizado no puede vivir como un salvaje, pero nada, absolutamente nada, se opone a que sea el corolario de la ley de Dios; los obstáculos para el cumplimiento de la ley divina dimanar de los prejuicios y no de la ley civil. Estos prejuicios, si bien que están aún latentes, han perdido ya su fuerza en los pueblos civilizados, y desaparecerán con el progreso moral, que abrirá, en fin, los ojos sobre el sinnúmero de males, faltas y aun crímenes que resultan de las uniones contraídas con la sola mira de intereses materiales. Entonces se preguntará si no es más humano, más caritativo y más moral unir indisolublemente el uno con el otro a dos seres que no pueden vivir juntos, que darles la libertad y si la perspectiva de una cadena indisoluble acaso no aumenta el número de las uniones irregulares.

EL DIVORCIO

5. El divorcio es una ley humana que tiene por objeto separar legalmente lo que estaba separado de hecho; no es contraria a la ley de Dios, puesto que sólo reforma lo que los hombres han hecho y puesto que sólo es aplicable en los casos en que no se ha tomado en cuenta la ley divina; si fuese contraria a esta ley, la misma Iglesia se vería forzada a considerar como prevaricadores a aquellos de sus jefes que de su propia autoridad y en nombre de la religión, en más de una circunstancia ha impuesto el divorcio; doble prevaricación entonces, puesto que era sólo con la mira de intereses temporales, y no para satisfacer la ley de amor.

Pero el mismo Jesús, no consagró la indisolubilidad absoluta del matrimonio. ¿No dijo que: “A causa de la dureza de vuestro corazón, Moisés os permitió devolver a vuestras mujeres?” Lo que significa que desde el tiempo de Moisés, no siendo el afecto mutuo el único objeto del matrimonio, la separación podría ser necesaria. Pero agrega: “esto no fue así desde el principio”; es decir, que en el origen de la Humanidad, cuando los hombres no estaban aún pervertidos por el egoísmo y por el orgullo, y vivían según la ley de Dios, las uniones fundadas en la simpatía y no en la vanidad y la ambición, no daban lugar al repudio.

Va más lejos y especifica el caso en que el repudio puede tener lugar: el adulterio; pero, el adulterio no existe donde reina un afecto recíproco y sincero. Es verdad que prohíbe a todo hombre el casarse con una mujer repudiada, pero es preciso tener en cuenta las costumbres y el carácter de los hombres de su tiempo. La ley mosaica, en este caso, prescribía la lapidación; queriendo abolir un uso bárbaro, sería preciso entre tanto una penalidad, y la halló en la ignominia que debía imprimir la interdicción de un segundo matrimonio. De algún modo era una ley civil substituyendo a otra ley civil, pero que, como todas las leyes de esa naturaleza, debía sufrir la prueba del tiempo.

CAPÍTULO XXIII
MORAL EXTRAÑA

Quien no aborrece a su padre y a su madre. – Dejar padre, madre e hijos. – Deja a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos. – No vine a traer la paz, sino la división.

QUIEN NO ABORRECE A SU PADRE Y A SU MADRE

1. *Una gran multitud del pueblo iba caminando con Jesús, y volviéndose les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre y a su madre, su mujer y sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y todo aquel que no cargue su cruz y venga en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo. (San Lucas, cap. XIV, v. 25, 26, 27, 33).*

2. *Aquel que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí. (San Mateo, cap. X, v. 37).*

3. Ciertas palabras, muy extrañas, por cierto, contrastan de un modo tan raro en la boca de Cristo, que instintivamente se rechaza su sentido literal, y la sublimidad de su doctrina no sufre con eso ningún perjuicio. Escritas después de su muerte, puesto que ningún Evangelio se escribió cuando vivía, es lícito creer que, en este caso, el fondo de su pensamiento no fue bien expresado, o, lo que no es menos probable, que el sentido primitivo haya sufrido alguna alteración pasando de uno a otro idioma. Bastaría que la primera vez se cometiera un error, para

que se haya repetido en las reproducciones, como se ve, con tanta frecuencia en los hechos históricos.

La palabra *aborrece*, en la frase de San Lucas: *Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre y a su madre*, está comprendida en este caso; pues no hay nadie que haya tenido la idea de atribuirle a Jesús; sería pues superfluo discutirla, y aún más procurar justificarla. Primero sería preciso saber si la pronunció, y en la afirmativa, saber si en el idioma en que se expresaba tenía esta palabra el mismo valor que en el nuestro. En este pasaje de San Juan: “Aquel que *aborrece* su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna”, es cierto que no expresa la idea que le atribuimos.

El idioma hebreo no era rico y muchas palabras tenían diferentes significaciones. Tal es, por ejemplo, la que en el Génesis designó las fases de la creación, y que servía para expresar un periodo de algún tiempo y la revolución diurna; de ahí, más tarde, su traducción para la palabra *día*, y la creencia de que el mundo fue obra de seis veces veinticuatro horas. Tal es, también, la palabra, que significa *camello* y *cable*, porque los cables se hacían de pelos de camello, fue traducida por *camello*, en la alegoría del agujero de la aguja. (Cap. XVI, número 2). (1)

Además, es necesario tomar en cuenta las costumbres y el carácter de los pueblos, que tanto influyen en el genio particular de sus idiomas; sin este conocimiento, el sentido verdadero de ciertas palabras pasa desapercibido; de un idioma a otro, la misma palabra tiene más o menos energía; puede ser una injuria o una

Non odit, en latín, **Kaī** o **miseī** en griego, no quiere decir **aborrecer**, sino **amar menos**. Lo que expresa el verbo griego **misein**, el verbo hebreo, del cual debió servirse Jesús, lo dice mejor aún; no sólo no significa **aborrecer** sino **amar menos**, o **no amar tanto como al otro**. En el dialecto siríaco, del cual se dice que Jesús hacía uso a menudo, esta significación es aún más clara. En este sentido se dice en el Génesis (cap. XXIX, v. 30 y 31): “Y Jacob amó también a Raquel más que a Lía, y Jehová, viendo que Lía era **aborrecida**...” Es evidente que el verdadero sentido es **menos amada**, y así es como debe traducirse. En muchos otros pasajes hebreos, y sobre todo siríacos, el mismo verbo se emplea en el sentido de **no amar tanto como a otro**, y sería un contrasentido traducirlo por **aborrecer**, que tiene otra acepción bien determinada. El texto de San Mateo, borra además, esta dificultad. (Nota de M. Pezzani).

blasfemia en uno, e insignificante en el otro, según la idea que se le atribuye; en un mismo idioma ciertas palabras pierden su significado después de algunos siglos; por esto una traducción rigurosamente literal no siempre expresa perfectamente el pensamiento, y, para ser exacto, es necesario emplear algunas veces, no las palabras correspondientes, sino sus equivalentes o perífrasis.

Estas advertencias encuentran una aplicación especial en la interpretación de las Santas Escrituras, y de los Evangelios en particular. Si no se toma en cuenta el medio en que vivía Jesús se queda expuesto a equivocarse sobre el valor de ciertas expresiones y de ciertos hechos, a consecuencia del hábito que se tiene de comparar a los otros a sí mismo. Por esta razón, es preciso, pues, separar de la palabra *abhorrecer* la acepción moderna como contraria al espíritu de la enseñanza de Jesús. (Véase también el cap. XIV, números 5 y siguientes).

DEJAR PADRE, MADRE E HIJOS

4. *Todo aquel que hubiere dejado, por mi nombre, su casa, o sus hermanos, o sus hermanas, o su padre, o su madre, o su mujer, o sus hijos, o sus tierras, por eso recibirá ciento por uno, y tendrá por herencia la vida eterna. (San Mateo, cap. XIX, v. 29).*

5. *Entonces Pedro le dijo: Por nosotros, ved que todo hemos dejado, y os hemos seguido. Jesús les dijo: En verdad os digo, que ninguno dejará por el reino de Dios o su casa, o su padre y su madre, o sus hermanos, o su mujer, o sus hijos, que no reciba desde este mundo, mucho más, y en siglo venidero, la vida eterna. (San Lucas, cap. XVIII, v. 28, 29 y 30).*

6. *Otro le dijo: Señor, yo te seguiré, pero déjame primero disponer de lo que tengo en mi casa. Jesús le respondió: Todo aquel que teniendo la mano puesta en el arado, mira hacia atrás, no está apto para el reino de Dios. (San Lucas, cap. IX, v. 61 y 62).*

Sin discutir las palabras, es preciso buscar aquí el pensamiento, que evidentemente era éste: “Los intereses de la vida futura sobrepujan a todos los intereses y a todas las consideraciones

humanas”, porque está de acuerdo con el fondo de la doctrina de Jesús, mientras que la idea de renunciar a la familia sería la negación.

¿Acaso no tenemos a la vista la aplicación de estas máximas, en el sacrificio de los intereses y de los afectos de la familia por la patria? ¿Se censura a un hijo por dejar a su padre, su madre, a sus hermanos, a su mujer y a sus hijos, para marchar en defensa de su país? ¿No se le reconoce, por el contrario, un mérito por abandonar las comodidades del hogar doméstico, los lazos de amistad, para cumplir con un deber? Hay, pues, deberes que se sobreponen a otros deberes. ¿No impone la ley la obligación a la hija de dejar a sus padres para seguir a su esposo? El mundo está lleno de casos en que las más penosas separaciones son necesarias, pero no por eso se rompen los afectos; la distancia no disminuye ni el respeto, ni la solicitud que se debe a los padres, ni la ternura por los hijos. Se ve, pues, que aun tomadas literalmente, a excepción de la palabra *abhorrecer*, esas palabras no serían la negación del mandamiento que prescribe honrar padre y madre, ni el sentimiento de ternura paternal, y con más fuerte razón si son tomadas en cuanto al espíritu. Ellas tenían por finalidad mostrar, por medio de una hipérbole, cuán imperioso era el deber de ocuparse de la vida futura. Por otra parte, deberían ser menos chocantes en un pueblo y en una época en que a consecuencia de las costumbres, los lazos de familia tenían menos fuerza que en una civilización moral más avanzada; más débiles estos lazos en los pueblos primitivos, se fortifican con el desarrollo de la sensibilidad y del sentido moral. La misma separación es necesaria al progreso; sucede en las familias como en las razas, que se bastardean si no hay cruzamiento y si no se injertan las unas con las otras; es una ley de la Naturaleza, tanto en interés del progreso moral como físico.

Esas cosas no son examinadas aquí sino desde el punto de vista terrestre; el Espiritismo nos las hace ver de más alto, enseñándonos que los verdaderos lazos de afecto son los del Espíritu y no los del cuerpo; que esos lazos no se rompen, ni

por la separación, ni aun por la muerte del cuerpo; que se fortalecen en la vida espiritual por la purificación del Espíritu; verdad consoladora que da una gran fuerza para soportar las vicisitudes de la vida. (Cap. IV, número 18, cap. XIV, número 8).

DEJA A LOS MUERTOS EL CUIDADO DE ENTERRAR A SUS MUERTOS

7. *Él dijo a otro: Sígueme; y él le respondió: Señor, permíteme ir antes a enterrar a mi padre. Jesús le respondió: Deja a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos; y tú ve y anuncia el reino de Dios. (San Lucas, cap. IX, v. 59 y 60).*

8. ¿Qué pueden significar estas palabras: “Deja a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos?” Las consideraciones precedentes muestran primero que, en las circunstancias en que fueron pronunciadas no podían expresar una reprobación contra el que miraba como un deber de piedad filial el ir a enterrar a su padre; pero encierran un sentido profundo que sólo un conocimiento más completo de la vida espiritual podía comprender.

En efecto: la vida espiritual es la vida verdadera, es la vida normal del Espíritu; su existencia terrestre sólo es transitoria y pasajera; es una especie de muerte comparada al esplendor y a la actividad de la vida espiritual. El cuerpo no es otra cosa que una vestidura grosera que reviste momentáneamente al Espíritu, verdadera cadena que lo sujeta a la gleba de la Tierra, y de la cual se siente feliz de estar libre. El respeto que se tiene por los muertos no es por la materia, sino por el recuerdo del Espíritu ausente; es análogo al que se tiene por los objetos que le pertenecieron, que él tocó y que los que le han amado guardan como reliquias. Esto es lo que aquel hombre no podía comprender por sí mismo; Jesús se lo enseña diciendo: No os inquietéis con el cuerpo; pensad antes en el Espíritu; id a enseñar el reino de Dios; id a decir a los hombres que su patria no está en la Tierra, sino en el cielo, en donde se encuentra la verdadera vida.

NO VINE A TRAER LA PAZ, SINO LA DIVISIÓN

9. *No penséis que vine a traer la paz a la Tierra; yo no vine a traer la paz, sino la espada, porque vine a separar al hombre de su padre, la hija de su madre y la nuera de su suegra; y el hombre tendrá por enemigos a los de su casa. (San Mateo, cap. X, v. 34, 35, 36).*

10. *Vine a echar fuego en la Tierra; ¿Y qué deseo sino que se encienda? Debo ser bautizado con un bautismo y ¿cómo me siento apesadumbrado hasta que se cumpla!*

¿Creéis que vine a traer la paz en la Tierra? No, os lo aseguro, mas, al contrario, la división; porque de hoy en adelante, si se encuentran cinco personas en una casa, estarán divididas las unas contra las otras; tres contra dos, y dos contra tres. El padre estará en división con su hijo, y el hijo con su padre; la madre con la hija, y la hija con la madre; la suegra con la nuera y la nuera con la suegra. (San Lucas, cap. XII, v. de 49 a 53).

11. ¿Fue Jesús, la personificación de la dulzura y de la bondad, el que no cesó de predicar el amor al prójimo, el que pudo decir: Yo no vine a traer la paz, sino la espada, yo vine a separar al hijo de su padre, el esposo de la esposa, yo vine a echar fuego sobre la Tierra, y tengo prisa de que se encienda? ¿Acaso estas palabras no están en contradicción manifiesta con su enseñanza? ¿No es blasfemia atribuirle el lenguaje de un conquistador sanguinario y devastador? No, no hay blasfemia ni contradicción en estas palabras, porque fue él mismo quien las pronunció y ellas atestiguan su alta sabiduría; sólo que su forma, un poco equívoca, no expresa exactamente su pensamiento, lo que hizo que se desechase su sentido verdadero; tomadas literalmente tenderían a transformar su misión, enteramente pacífica, en una misión de perturbaciones y discordias, consecuencia absurda que el buen sentido hace apartar, porque Jesús no podría contradecirse. (Cap. XIV, número 6).

12. Toda idea nueva forzosamente encuentra oposición,

y no hay una sola que no se haya establecido sin luchas, puesto que en semejante caso, la resistencia está siempre en razón de la importancia de los resultados *previstos*, porque cuanto más grande es, más intereses lastima. Si es notoriamente falsa, y se juzga sin consecuencia, nadie se preocupa con ella y la dejan pasar sabiendo que no tiene vitalidad. Pero si es verdadera, si descansa sobre una base sólida, si se entrevé futuro para ella, un secreto presentimiento advierte a sus antagonistas que es un peligro para ellos y para el orden de cosas en cuyo sostenimiento están interesados; por eso, caen sobre ella y sus partidarios.

La medida de la importancia y de los resultados de una idea nueva se encuentra, así, en la emoción que causa al surgir, en la violencia de la oposición que suscita y en el grado y persistencia de la cólera de sus adversarios.

13. Jesús venía a proclamar una doctrina que minaba por sus bases los abusos en que vivían los fariseos, los escribas y los sacerdotes de su tiempo; así le hicieron morir, creyendo matar la idea matando al hombre; pero la idea sobrevivió porque era verdadera; creció porque estaba en los designios de Dios, y salida de un pueblo oscuro de la Judea fue a plantar su bandera en la misma capital del mundo pagano, en presencia de sus enemigos más encarnizados, de los que tenían más interés en combatirla porque echaba por el suelo creencias seculares que muchos sostenían más bien por interés que por convicción. Allí esperaban a sus apóstoles las luchas más terribles; las víctimas fueron innumerables, pero la idea creció siempre y salió triunfante, porque se sobreponía, como verdadera, a sus predecesoras.

14. Es preciso notar que el Cristianismo llegó cuando el Paganismo estaba en decadencia, y se debatía contra las luces de la razón. Era practicado aún en cuanto a la forma, pero la creencia había desaparecido; sólo el interés personal la sostenía. Pero, el interés es tenaz; nunca cede a la evidencia, irritándose tanto más cuanto más perentorios son los razonamientos que se le oponen y le demuestran mejor su error; sabe bien que está en él, mas esto no

le conmueve, porque la verdadera fe no está en su alma; lo que más teme es la luz que abre los ojos a los ciegos; este error le es de provecho, y por eso se aferra a él y lo defiende.

¿Sócrates no había también emitido una doctrina análoga, hasta cierto punto, a la de Cristo? ¿Por qué, pues, no prevaleció en esa época, en uno de los pueblos más inteligentes de la Tierra? Es que el tiempo no había llegado aún; él sembró en una tierra que no estaba trabajada; el Paganismo aún no se había *gastado*. Cristo recibió su misión providencial en el tiempo propicio. Todos los hombres de su tiempo no estaban, ni mucho menos, a la altura de las ideas cristianas, pero había una aptitud más general para asimilarlas, porque se comenzaba a sentir el vacío que las creencias vulgares dejaban en el alma. Sócrates y Platón habían abierto el camino y predispuesto a los Espíritus. (Véase en la Introducción, párrafo IV, *Sócrates y Platón, precursores de la idea cristiana y del Espiritismo*).

15. Infelizmente los adeptos de la nueva doctrina no se entendieron sobre la interpretación de las palabras del Maestro, la mayor parte cubiertas con el velo de las alegorías y de la figura; de ahí nacieron, desde el principio, las numerosas sectas, que pretendían, todas, tener la verdad exclusiva, y que dieciocho siglos no pudieron poner de acuerdo. Olvidando el más importante de los divinos preceptos, aquel del que Jesús había hecho la piedra angular de su edificio y la condición expresa de la salvación: la caridad, la fraternidad y el amor al prójimo, esas sectas se anatematizaron mutuamente y se arrojaron unas contra otras, destruyendo las más fuertes a las más débiles, ahogándolas en sangre, en los tormentos y en las llamas de las hogueras. Los cristianos vencedores del Paganismo, de perseguidos se hicieron perseguidores; fue a hierro y fuego como plantaron en ambos mundos la cruz del cordero sin mancha. Es un hecho constatado que las guerras religiosas fueron las más crueles e hicieron más víctimas que las guerras políticas, y que en ninguna de éstas se han cometido más actos de atrocidad y barbarie que en aquéllas.

¿Eso fue culpa de la doctrina de Cristo? No, ciertamente,

porque condena formalmente toda violencia. ¿Acaso dijo alguna vez a sus discípulos: id y matad, masacrad, quemad a aquellos que no piensan como vosotros? No, porque les dijo todo lo contrario: Todos los hombres son hermanos, y Dios es soberanamente misericordioso; amad a vuestro prójimo, amad a vuestros enemigos y haced bien a los que os persiguen. Les dijo más: El que mata por la espada, perecerá por la espada. La responsabilidad no está, pues, en la doctrina de Jesús, sino de los que la interpretaron falsamente e hicieron de ella un instrumento para servir a sus pasiones; de aquellos que ignoraron estas palabras: Mi reino no es de este mundo.

Jesús, en su profunda sabiduría, preveía lo que iba a suceder; pero estas cosas eran inevitables, por ser inherentes a la inferioridad de la naturaleza humana, que no podía transformarse repentinamente. Era preciso que el Cristianismo pasase por esta larga y cruel prueba de dieciocho siglos para manifestar todo su poder, porque a pesar de todo el mal cometido en su nombre, salió puro de ella; jamás se le ha puesto en tela de juicio; la censura siempre recayó sobre los que abusaron de él; a cada acto de intolerancia se ha dicho siempre: Si el Cristianismo fuese mejor comprendido y mejor practicado, no hubiera sucedido esto.

16. Cuando Jesús dijo: No creáis que vine a traer la paz, sino la división, su pensamiento era este:

“No creáis que mi doctrina se establezca pacíficamente; traerá luchas sangrientas, a las que mi nombre servirá de pretexto, porque los hombres no me habrán comprendido o no me habrán querido comprender; los hermanos separados por su creencia sacarán la espada uno contra otro, y la división reinará entre los miembros de una misma familia que no tendrán la misma fe. Yo vine a prender el fuego en la Tierra, como se prende fuego en un campo para destruir las malas yerbas, y por mi parte quiero que arda para que la purificación sea más pronta, porque de este conflicto saldrá triunfante la verdad; a la guerra sucederá la paz, al odio de los partidos, la fraternidad universal, a las tinieblas del fanatismo, la luz de la fe razonada. Entonces, cuando el campo estuviere preparado, yo os enviaré *el*

Consolador, el Espíritu de Verdad, que vendrá a restablecer todas las cosas; es decir, que haciendo conocer el verdadero sentido de mis palabras, que los hombres, ya más ilustrados, podrán por fin comprender, pondrán fin a la lucha fratricida que divide a los hijos de un mismo Dios. Cansados, por último, de un combate sin consecuencias, que arrastra tras de sí la desolación y lleva la turbación hasta el seno de las familias, los hombres reconocerán en dónde están sus verdaderos intereses para este mundo y para el otro; verán de que lado están los amigos y los enemigos de su tranquilidad. Entonces todos se agruparán bajo una misma bandera; la de la caridad, y las cosas se restablecerán en la Tierra, según la verdad y los principios que os enseñé”.

17. El Espiritismo viene a realizar, en el tiempo predicho, las promesas de Cristo; sin embargo, esto no puede hacerse sin destruir los abusos; como Jesús, encuentra a su paso el orgullo, el egoísmo, la ambición, la avaricia y el ciego fanatismo, que acosados en sus últimas trincheras, intentan cortar el camino y le suscitan trabas y persecuciones; por esto le es necesario también combatir; pero el tiempo de las luchas y de las persecuciones sangrientas ha pasado, las que se tendrán que sufrir serán enteramente morales, y su término se aproxima; las primeras han durado siglos; éstas durarán apenas algunos años, porque la luz, en lugar de salir de un solo foco, sale de todos los puntos del globo y abrirá más pronto los ojos a los ciegos.

18. Aquellas palabras de Jesús deben, pues, entenderse en el sentido que manifestaban la cólera que él preveía que su doctrina iba a levantar, los conflictos momentáneos que iban a ser su consecuencia, las luchas que tendrían que sostenerse antes de establecerse, como sucedió con los Hebreos antes de entrar en la Tierra Prometida y no como un designio premeditado de su parte, de sembrar el desorden y la confusión. El mal debería venir de los hombres y no de él. Es como el médico que vino a curar, pero cuyos remedios provocan una crisis saludable removiendo los humores peligrosos del enfermo.

CAPÍTULO XXIV

NO PONGÁIS LA CANDELA DEBAJO DEL CELEMÍN

Candela debajo del celemín. Por qué Jesús habla por parábolas. – No vayáis a los Gentiles. – Los sanos no tienen necesidad de médico. – El valor de la fe. – Cargar la cruz. Quien quiera salvar la vida, la perderá.

**CANDELA DEBAJO DEL CELEMÍN.
POR QUÉ JESÚS HABLA POR PARÁBOLAS.**

1. *No se enciende una candela para ponerla debajo del celemín; mas se pone sobre el candelero para que alumbré a todos los que están en la casa. (San Mateo, cap. V, v. 15).*

2. *No hay nadie que, después de haber encendido una candela, la cubra con una vasija o la ponga debajo de la cama; mas la ponga sobre el candelero, para que, los que entren, vean la luz; porque no hay nada secreto que no haya de ser descubierto, ni nada oculto que no haya de ser conocido y manifestado públicamente. (San Lucas, cap. VIII, v. 16 y 17).*

3. *Sus discípulos, acercándose, le dijeron: ¿Por qué les habláis por parábolas? Respondiéndoles dijo: Porque a vosotros, os es dado saber los misterios del reino de los cielos: mas a ellos no les es dado. Yo les hablo por parábolas porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden. Y la profecía de Isaías se cumple en ellos, cuando dijo: Escucharéis con vuestros oídos y no oiréis; miraréis con vuestros ojos y no veréis. Porque el corazón de este pueblo está entorpecido y sus oídos se quedaron sordos, y cerraron sus ojos de modo que sus ojos no vean, que sus oídos no oigan,*

que su corazón no comprenda, y que estando convertidos, yo los sane. (San Mateo, cap. XIII, v. de 10 a 15).

4. Nos asombramos cuando oímos decir a Jesús que no se debe dejar la luz bajo el celemín, mientras que él mismo oculta sin cesar el sentido de sus palabras bajo el velo de la alegoría que no puede ser comprendida por todos. Él lo explica diciendo a sus apóstoles: Les hablo por parábolas, porque no están en estado de comprender ciertas cosas; ven, miran, oyen y no comprenden; decírselo todo sería inútil en este momento; pero a vosotros os lo digo, porque os es dado comprender estos misterios. Trataba, pues, con el pueblo, como se hace con los niños cuyas ideas no están aún desarrolladas. Con eso indica el verdadero sentido de la máxima: “No se pone la candela debajo del celemín, mas sobre el candelero, para que, los que entren, la vean”. No significa que sea necesario revelar todas las cosas inconsideradamente: toda enseñanza debe ser proporcionada a la inteligencia de aquel a quien se dirige, porque hay personas a quienes una luz muy viva las deslumbra sin darles claridad.

Lo mismo sucede con los hombres en general que con los individuos; las generaciones tienen su infancia, su juventud y su vejez; cada cosa debe venir a su tiempo, pues el grano sembrado fuera de estación no fructifica. Mas lo que la prudencia manda a ocultar momentáneamente, debe descubrirse más o menos tarde, porque llegados a cierto grado de desarrollo, los hombres buscan, ellos mismos, la luz viva; la obscuridad les pesa. Habiéndoles dado Dios la inteligencia para comprender y guiarse en las cosas de la Tierra y del cielo, quieren razonar su fe; entonces es cuando no se debe poner la candela debajo del celemín, porque *sin la luz de la razón, la fe se debilita.* (Cap. XIX, número 7).

5. Si, pues, en su sabia previsión, la Providencia sólo revela verdades gradualmente, las revela siempre que la Humanidad está madura para recibir las; las tiene reservadas, pero no debajo del celemín. En cambio los hombres que están en posesión de estas

verdades, la mayor parte del tiempo sólo las ocultan al vulgo con la idea de dominar; verdaderamente ellos son los que ponen la luz debajo del celemín. Así todas las religiones tuvieron sus misterios, cuyo examen prohibieron; pero mientras esas religiones van quedando retrasadas, la Ciencia y la inteligencia han marchado y rasgado el velo misterioso; el vulgo se ha vuelto adulto y ha querido penetrar en el fondo de las cosas, y entonces rechazó de su fe lo que era contrario a la observación.

No puede haber misterios absolutos y Jesús está en lo cierto cuando dijo que no hay nada secreto que no deba ser conocido. Todo lo que esta oculto será revelado un día, y lo que el hombre no puede comprender aún en la Tierra, le será sucesivamente revelado en los mundos más avanzados, y cuando estuviere purificado; en este mundo, él está aún en tinieblas.

6. Se pregunta: ¿qué provecho pudo el pueblo sacar de esa multitud de parábolas cuyo sentido estaba oculto para él? Se debe observar que Jesús no se expresó con parábolas, sino sobre las partes de alguna forma abstractas de su doctrina; pero habiendo hecho de la caridad hacia el prójimo y de la humildad la condición expresa de la salvación, todo lo que dijo con respecto a esto está perfectamente claro, explícito y sin ambigüedad. Debía ser así, porque era la regla de conducta, regla que todo el mundo debía comprender para poder observarla; era lo esencial para la multitud ignorante a la cual se limitaba a decir: He aquí lo que es preciso hacer para ganar el reino de los cielos. Sobre las otras partes, sólo desarrollaba su pensamiento a sus discípulos, estando éstos más adelantados, moral e intelectualmente. Jesús había podido iniciarles en las verdades más abstractas; por esto dijo: *A los que ya tienen, aún se les dará más.* (Cap. XVIII, número 15).

Sin embargo, aun con sus apóstoles les dejó en la vaguedad sobre muchos puntos, cuya completa comprensión estaba reservada para tiempos ulteriores. Fueron estos puntos los que dieron lugar a interpretaciones tan diversas, hasta que la Ciencia por un lado y el Espiritismo por otro, han venido a revelar las nuevas leyes de la naturaleza, que han hecho comprender su verdadero sentido.

7. El Espiritismo viene hoy a hacer luz sobre una porción de puntos oscuros; sin embargo, no la hace desconsideradamente. Los Espíritus proceden en sus instrucciones con una admirable prudencia; sólo sucesiva y gradualmente han abordado las diferentes partes conocidas de la doctrina y del mismo modo serán reveladas las otras a medida que llegue el tiempo de hacerlas salir de la obscuridad. Si la hubiesen presentado completa al principio, sólo hubiera sido accesible a un reducido número; hubiera asustado hasta a los que no estaban preparados, y esto hubiera sido un obstáculo para su propagación. Pues, si los Espíritus no lo dicen aún todo ostensiblemente, no es porque haya en la doctrina misterios reservados para los privilegiados, ni que pongan la candela debajo del celemín, sino porque cada cosa debe venir en tiempo oportuno. Dejan que una idea madure y se propague antes de presentar otra, *y que preparen su aceptación los acontecimientos.*

NO VAYÁIS A LOS GENTILES

8. *Jesús envió sus doce (los apóstoles), después de haberles dado las siguientes instrucciones: No vayáis a los Gentiles, y no entréis en las ciudades de los Samaritanos; mas id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel: y en los lugares donde fuereis, predicad diciendo que el reino de los cielos está cerca.* (San Mateo, cap. X, v. 5, 6 y 7).

9. Jesús prueba en muchas circunstancias, que sus miras no están circunscriptas al pueblo judío, sino que abarcan a toda la Humanidad. Pues, si dijo a sus apóstoles que no fuesen entre los Paganos, no fue porque desdeñase la conversión de éstos, lo que hubiera sido poco caritativo, sino porque los Judíos, que creían en la unidad de Dios y esperaban al Mesías, estaban preparados, por las leyes de Moisés y de los Profetas, a recibir su palabra. Entre los Paganos, faltando la base, todo estaba por hacer, y los apóstoles aún no estaban bastante ilustrados para tan pesada tarea; por esto les dijo: Id al rebaño descarriado de la casa de Israel, es decir, id a sembrar en un terreno ya desmontado, sabiendo bien que la conversión de los Gentiles vendría a su tiempo. En efecto, más tarde los apóstoles fueron a plantar la cruz en el mismo centro del paganismo.

10. Estas palabras pueden aplicarse a los adeptos y a los propagadores del Espiritismo. Los incrédulos sistemáticos, los escarnecedores obstinados, los adversarios interesados, son, para ellos, lo que los Gentiles eran para los apóstoles. A ejemplo de éstos, que busquen primero los prosélitos entre las personas de buena voluntad, de aquellos que desean la luz, en quienes se encuentra un germen fecundo y el número es grande; sin perder su tiempo con aquellos que rehusan ver y oír y se resisten tanto más por orgullo, cuanto más valor se quiere dar a su conversión. Más vale abrir los ojos a cien ciegos, que desean ver claro, que a uno que se complace en la obscuridad, porque es aumentar el número de los adeptos de una causa en más grande proporción. Dejar a los otros tranquilos no es indiferencia, sino una buena política; ya les tocará su turno cuando serán dominados por la opinión general y cuando oirán sin cesar repetir la misma cosa a su alrededor; entonces creerán aceptar la idea voluntariamente y por sí mismos, y no bajo la presión de un individuo. Además, ocurre con las ideas lo mismo que con las semillas: no pueden germinar antes de la época y tan sólo en terreno preparado; por eso, es mejor esperar el tiempo propicio y cultivar primero las que germinan, para evitar que aborten las otras precipitándolas demasiado.

En tiempo de Jesús, y a consecuencia de las ideas limitadas y materiales de la época, todo estaba circunscripto y localizado; la casa de Israel era un pequeño pueblo y los Gentiles eran los pueblos pequeños que existían a su alrededor; hoy las ideas se universalizan y se espiritualizan. La nueva luz no es un privilegio de ninguna nación; para ella no existen barreras; tiene su hogar por todas partes y todos los hombres son hermanos. Mas los Gentiles tampoco son un pueblo, más bien es una opinión que se encuentra en todas partes y en la cual la verdad triunfa poco a poco, como el Cristianismo ha triunfado del paganismo. Ya no se le combate con armas de guerra, sino con el poder de la idea.

LOS SANOS NO TIENEN NECESIDAD DE MÉDICO

11. *Estando Jesús a la mesa, en la casa de ese hombre*

(Mateo), vinieron muchos publicanos y personas de vida mala, que se sentaron a la mesa con Jesús y sus discípulos; y viendo esto los fariseos, dijeron a sus discípulos: ¿Por qué vuestro Maestro come con los publicanos y personas de vida mala? Mas Jesús, oyéndoles, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico sino los enfermos. (San Mateo, cap. IX, v. 10, 11 y 12).

12. Jesús se dirigía, sobre todo, a los pobres y a los desheredados, porque éstos son los que tienen más necesidad de consuelos; a los ciegos dóciles y de buena fe porque quieren ver y no a los orgullosos que creen poseer toda la luz y no tener necesidad de nada. (Véase en la Introducción: *Publicanos y Peajeros*).

Estas palabras, como tantas otras, encuentran su aplicación en el Espiritismo. Algunos se admiran de que la mediumnidad sea concedida, a veces, a personas indignas y capaces de hacer mal uso de ella; parece, dicen, que una facultad tan preciosa debería ser atributo exclusivo de los más merecedores.

Digamos primero que la mediumnidad se vincula a una disposición orgánica de la cual todo hombre puede estar dotado, como la de ver, oír y hablar. De todas puede abusar el hombre en virtud de su libre albedrío, y si Dios no hubiese concedido la palabra, por ejemplo, sino a los que son incapaces de decir cosas malas, habría más mudos que parlantes. Dios dio al hombre las facultades y lo deja libre para usarlas, pero castiga siempre al que abusa de ellas.

Si el poder de comunicarse con los Espíritus se hubiese dado sólo a los más dignos, ¿cuál osaría pretenderlo? Además, ¿en dónde estaría el límite de la dignidad y de la indignidad? La mediumnidad es dada sin distinción a fin de que los Espíritus puedan llevar la luz a todas partes, a todas las clases de la sociedad, así entre los pobres como entre los ricos; a los sabios para fortalecerlos en el bien y a los viciosos para corregirlos. ¿Acaso estos últimos no son los enfermos que tienen necesidad de médico? ¿Por qué Dios que no quiere la muerte del pecador, le privaría del socorro que puede sacarle del cenagal? Los Espíritus buenos vienen, pues, en su ayuda, y los consejos que

recibe directamente son de tal naturaleza que le impresionan con más viveza que si los recibiera por otros caminos. Dios, en su bondad, para ahorrarle el trabajo de ir a buscar la luz más lejos, se la pone en la mano; ¿no es mucho más culpable si no la considera? ¿Puede excusarse con la ignorancia cuando él mismo haya escrito, visto con sus ojos, oído con sus oídos y pronunciado por su boca, su propia condenación? Si no se aprovecha entonces es cuando es castigado con la pérdida o la desmoralización de su facultad, apoderándose de ella los malos Espíritus para observarle y engañarle, sin perjuicio de las aflicciones reales con que Dios castiga a sus servidores indignos y a los corazones endurecidos por el orgullo y el egoísmo.

La mediumnidad no implica necesariamente intercambio habitual con los Espíritus superiores; es sencillamente una *aptitud* para servir de instrumento más o menos flexible a los Espíritus en general. El buen médium no es, pues, el que comunica fácilmente, sino aquel que es simpático a los buenos Espíritus y sólo está asistido por ellos. Es tan sólo en este sentido que la excelencia de las cualidades morales tiene tanto poder sobre la mediumnidad.

EL VALOR DE LA FE

13. *Todo aquel que me confesare y me reconociere delante de los hombres, yo lo reconoceré y confesaré también, yo mismo, delante de nuestro Padre que está en los cielos; y todo aquel que me negare delante de los hombres, yo lo negaré también, yo mismo, delante de nuestro Padre que está en los cielos. (San Mateo, cap. X, v. 32 y 33).*

14. *Si alguno se avergonzare de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre se avergonzará también de él, cuando viniere con su gloria y con la de su Padre y de los santos ángeles. (San Lucas, cap. IX, v. 26).*

15. El valor de la opinión se ha tenido siempre en estima por los hombres, porque es un mérito de desafiar los peligros, las persecuciones, las contradicciones e incluso los simples sarcasmos a que se expone casi siempre el que no teme confesar muy alto las

ideas que no son de todo el mundo. En esto, como en todo, el mérito está en razón de las circunstancias y de la importancia del resultado. Siempre hay debilidad en retroceder ante las consecuencias de su opinión y regenerarla, pero hay casos en que es una cobardía tan grande como huir en el momento del combate.

Jesús señala esta cobardía desde el punto de vista especial de su doctrina, diciendo que si alguno se avergonzare de sus palabras, también él se avergonzará de él; que él negará al que le niegue; que el que le confesara ante los hombres le reconocerá ante nuestro Padre que está en los cielos; en otros términos: *aquellos que tuvieron miedo de confesarse discípulos de la verdad, no son dignos de ser admitidos en el reino de la verdad*. Perderán el beneficio de su fe, porque es una fe egoísta que guardan para ellos mismos, pero que la ocultan por miedo de que les ocasione perjuicio en este mundo, mientras que aquellos que colocando la verdad sobre sus intereses materiales la proclaman abiertamente, trabajan al mismo tiempo para su futuro y el de los otros.

16. Así será con los adeptos del Espiritismo, puesto que su doctrina no es otra que el desarrollo y aplicación de la del Evangelio; a ellos se dirigen también las palabras de Cristo. Siembran en la Tierra lo que recogerán en la vida espiritual; allí recogerán los frutos de su valor o de su debilidad.

CARGAR LA CRUZ. QUIEN QUIERA SALVAR LA VIDA, LA PERDERÁ.

17. *Seréis muy felices, cuando los hombres os aborrecieren, os apartaren, os injuriaren y desecharen vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Regocijaos en aquel día y exultaos de alegría, porque una grande recompensa os está reservada en el cielo, porque fue así que vuestros padres trataran a los profetas. (San Lucas, cap. VI, v. 22 y 23).*

18. *Llamando a sí al pueblo y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, renuncie a sí mismo, cargue su cruz y sígame; porque aquel que quiera salvarse a sí mismo se*

perderá; y aquel que se pierda por amor a mí y por el Evangelio, se salvará. Porque, ¿qué aprovechará a un hombre ganar todo el mundo y perderse a sí mismo? (San Marcos, cap. VIII, v. 34 a 36. San Lucas, cap. IX, v. 23, 24, 25. San Mateo, cap. X, v. 38 y 39. San Juan, cap. XII, v. 24,25).

19. Regocijaos, dijo Jesús, cuando los hombres os aborrecieren y os persiguieren por mi causa, porque por eso seréis recompensados en el cielo. Estas palabras pueden ser traducidas así: Sed felices cuando los hombres, por su mala voluntad hacia vosotros, os proporcionen la ocasión de probar la sinceridad de vuestra fe, porque el mal que os hacen se vuelve en provecho vuestro. Compadecedles, pues, por su ceguera, y no los maldigáis.

Después añade: “Que el que quiera seguirme cargue su cruz”; es decir, que sobrelleve con ánimo las tribulaciones que su fe le proporcionará; porque el que quiera salvar su vida y sus bienes renegando de mí, perderá las ventajas del reino de los cielos, mientras que aquellos que hubieren perdido todo en este mundo, aun la vida, para el triunfo de la verdad, recibirán en la vida futura el premio de su valor, de su perseverancia y de su abnegación; pero a aquellos que sacrifican los bienes celestes a los goces terrestres, Dios dice: Ya recibisteis vuestra recompensa.

CAPÍTULO XXV

BUSCAD Y HALLARÉIS

Ayúdate y el cielo te ayudará. – Contemplad las aves del cielo. – No os acongojéis por la posesión del oro.

AYÚDATE Y EL CIELO TE AYUDARÁ

1. *Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; tocad a la puerta y se os abrirá; porque todo aquel que pide, recibe, el que busca halla, y se abrirá al que toque a la puerta.*

También, ¿cuál es el hombre, entre vosotros, que da una piedra al hijo que le pide pan? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? Si, pues, siendo malos, como sois, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos, ¿con cuánta más fuerte razón vuestro Padre, que está en los cielos, dará los verdaderos bienes a los que se lo pidan? (San Mateo, cap. VII, v. 7 a 11).

2. Bajo el punto de vista terrestre, la máxima: *Buscad y hallaréis*, es análoga a esta otra: *Ayúdate y el cielo te ayudará*. Es el principio de la *ley del trabajo* y por consecuencia, de la *ley del progreso*, porque el progreso es hijo del trabajo y el trabajo pone en acción las fuerzas de la inteligencia.

En la infancia de la Humanidad, el hombre sólo aplica su inteligencia a buscar el alimento y los medios de preservarse de la intemperie y defenderse de sus enemigos; pero Dios le ha dado más que al animal: *el deseo incesante de mejorar*. Este deseo es el que le impulsa a buscar los medios para mejorar su posición y le conduce a los descubrimientos, a las invenciones y al perfeccionamiento de la ciencia, porque la ciencia le proporciona lo que le falta. A través de sus investigaciones, su inteligencia aumenta y su moral se purifica;

a las necesidades del cuerpo suceden las necesidades del espíritu; después del alimento material, es preciso el alimento espiritual; es así como el hombre pasa del estado salvaje al de civilización.

Pero como el progreso que el hombre cumple individualmente, durante la vida, es muy poco, y aun imperceptible en un gran número, ¿cómo podría, pues, progresar la Humanidad, sin la preexistencia y la *reexistencia* del alma? Si las almas se fuesen todos los días para no volver jamás, la Humanidad se renovaría sin cesar con elementos primitivos, teniendo que hacerlo todo; no habría, pues, razón para que el hombre estuviese más adelantado hoy que en las primeras edades del mundo, puesto que en cada nacimiento, todo el trabajo intelectual estaría para empezar. El alma, por el contrario, volviendo con su progreso hecho y adquiriendo cada vez alguna cosa más, pasa así gradualmente de la barbarie a la *civilización material* y de ésta a la *civilización moral*. (Véase el cap. IV, número 17).

3. Si Dios hubiese librado al hombre del trabajo del cuerpo, sus miembros estarían atrofiados; si le hubiese librado del trabajo de la inteligencia, su espíritu habría permanecido en la infancia, en estado de instinto del animal; por esto hizo del trabajo una necesidad y le dijo: *Busca y hallarás, trabaja y producirás*; de esta manera serás hijo de tus obras, tendrás el mérito de ellas y serás recompensado según lo que hubiereis hecho.

4. Es debido a la aplicación de este principio que los Espíritus no vienen a ahorrar al hombre el trabajo de las investigaciones, trayéndoles descubrimientos e invenciones enteramente hechos y prontos a producir, de modo que no tenga que hacer otra cosa que tomar lo que se le pondría en la mano, sin tener el trabajo de bajar para recoger, ni menos el de pensar. Si así fuese, el más perezoso pudiese enriquecerse, y el más ignorante ser sabio a poca costa, y el uno y el otro atribuirse el mérito de lo que no habrían hecho. No, *los Espíritus no vienen a librar al hombre de la ley del trabajo, sino a enseñarle el objeto que debe conseguir y el camino que a él conduce, diciéndole: Marcha y llegarás*. Encontrarás piedras a tu paso, pero procura quitarlas por ti mismo, pues te damos la fuerza

necesaria si quieres aprovecharte de ella. (*El libro de los médiums*, cap. XXVI, números 291 y siguientes).

5. Desde el punto de vista moral, las palabras de Jesús significan: Pedid la luz que debe iluminar vuestro camino y os será dada; pedid la fuerza para resistir el mal y la tendréis; pedid la asistencia de los buenos Espíritus, y vendrán a acompañaros y como el ángel de Tobías, os servirán de guías; pedid buenos consejos y nunca os serán rehusados; tocad a nuestra puerta y se os abrirá; pero pedid sinceramente, con fe, fervor y confianza; presentaos con humildad y no con arrogancia; sin esto seréis abandonados a vuestras propias fuerzas y los mismos desengaños que tengáis serán el castigo de vuestro orgullo.

Tal es el sentido de estas palabras: Buscad y hallaréis; tocad y se os abrirá.

CONTEMPLAD LAS AVES DEL CIELO

6. *No juntéis tesoros en la Tierra, donde la herrumbre y los gusanos los corroen, donde los ladrones los desentierran y roban; mas formad tesoros en el cielo, donde ni la herrumbre, ni los gusanos los corroen, porque dónde está vuestro tesoro, allí está también vuestro corazón.*

Por tanto os digo: no os acongojéis por saber dónde hallaréis que comer para el sustento de vuestra vida, ni dónde encontraréis ropa para cubrir vuestro cuerpo; ¿acaso la vida no es más que el alimento y el cuerpo más que la ropa?

Contemplad las aves del cielo; ellas no siembran ni siegan y no amontonan nada en los graneros, mas vuestro Padre celestial las alimenta; ¿no sois vosotros mucho más que ellas? Y, entre vosotros, ¿quién es el que puede, con todos sus cuidados, añadir a su estatura la altura de un codo?

¿Por qué, también, os preocupáis por la ropa? Observad como crecen los lirios de los campos; ellos no trabajan ni hilan; y, sin embargo, yo os digo que ni siquiera Salomón, con toda su gloria jamás se vistió como uno de ellos. Pues, si Dios tiene el cuidado

de vestir de esa manera la hierba de los campos, que hoy es y mañana será echada en el fuego, ¡Cuánto más cuidado tendrá en vestiros, oh hombres de poca fe!

No os angustiéis, pues diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos? Como hacen los paganos que buscan todas estas cosas; porque nuestro Padre sabe que de ellas tenéis necesidad.

Buscad, pues, primeramente, el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas os serán dadas por añadidura. Por eso no os angustiéis por el día de mañana, porque el día de mañana cuidará de sí mismo. A cada día basta su propio mal. (San Mateo, cap. VI, v. de 19 a 21 y de 25 a 34).

7. Estas palabras, tomadas literalmente, serían la negación de toda previsión, de todo trabajo y por consiguiente de todo progreso. Con semejante principio, el hombre se reduciría a una pasividad expectante; sus fuerzas físicas e intelectuales estarían inactivas; si tal hubiese sido su condición normal, la Tierra, nunca hubiera salido de su estado primitivo y si de ello hiciera su ley actual, no tendría otra cosa que hacer que vivir sin hacer nada. No pudo ser ese el pensamiento de Jesús, porque estaría en contradicción con lo que dijo en otra parte y con las mismas leyes de la Naturaleza. Dios creó al hombre sin ropa y sin abrigo, pero le ha dado la inteligencia para fabricarlos. (Cap. XIV, número 6; cap. XXV, número 2).

No se debe, pues, ver en estas palabras sino una poética alegoría de la Providencia, que nunca abandona a los que ponen en ella su confianza, pero quieren que trabajen por su parte. Si no viene siempre en su ayuda para un socorro material, inspira las ideas con las cuales se encuentran los medios de salir de la dificultad. (Cap. XXVII, número 8).

Dios conoce nuestras necesidades y las provee según lo que se necesita; pero el hombre, insaciable en sus deseos, no siempre sabe contentarse con lo que tiene; no le basta lo necesario, le es preciso lo superfluo, y entonces la Providencia le abandona a sí mismo; con frecuencia, es infeliz por su culpa y por haber

desconocido la voz que le advertía en su conciencia, Dios le deja sufrir las consecuencias con el fin de que eso le sirva de lección para el futuro. (Cap. V número 4).

8. La Tierra producirá lo suficiente para alimentar a todos sus habitantes; cuando los hombres sepan administrar los bienes que da según las leyes de justicia, de caridad y de amor al prójimo; cuando la fraternidad reine entre los diversos pueblos, como entre las provincias de un mismo imperio, lo superfluo momentáneo de uno suplirá a la insuficiencia momentánea del otro y cada uno tendrá lo necesario. El rico se considerará entonces como el hombre que teniendo una gran cantidad de semillas, que si las siembra, producirán el céntuplo para él y para los otros; pero si él sólo se come las semillas, si malgasta y deja perder lo sobrante de lo que coma, nada producirán, y no habrá para todos y si las guarda en su granero, los gusanos las comerán; por esto ha dicho Jesús; no acumuléis tesoros en la Tierra, que son perecederos, mas formad tesoros en el cielo, porque son eternos. En otros términos; no deis más importancia a los bienes materiales que a los bienes espirituales y sabed sacrificar los primeros en provecho de los segundos. (Cap. XVI, número 7 y siguientes).

No es con leyes que se decreta la caridad y la fraternidad; si no están en el corazón, el egoísmo las sofocará siempre; hacerlas penetrar en él es la tarea del Espiritismo.

NO OS ACONGOJÉIS POR LA POSESIÓN DEL ORO

9. *No os acongojéis por la posesión del oro, o de la plata, o de otra moneda en vuestra bolsa. No preparéis ni una alforja para el camino, ni dos ropas, ni calzado, ni bastón, porque el que trabaja es digno de ser alimentado.*

10. *En cualquier ciudad o aldea que entréis informaos quien es digno de alojaros y permaneced con él hasta que salgáis. Cuando entréis en la casa, saludadla diciendo: que la paz sea en esta casa. Si esa casa de ella fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella; y si no fuere digna, vuestra paz se volverá a vosotros.*

Cuando alguno no os quisiere recibir, ni escuchar vuestras

palabras, sacudid, cuando salgáis de esa casa o de esa ciudad, el polvo de vuestros pies. En verdad os digo, en el día del juicio, Sodoma y Gomorra serán tratadas con menor rigor que esa ciudad. (San Mateo, cap. X, v. de 9 a 15).

11. Estas palabras que Jesús dirigió a sus apóstoles, cuando los enviaba por primera vez para anunciar la buena nueva, nada tenían de extraño en aquella época: eran conformes a las costumbres patriarcales del Oriente, en que al viajero se le recibía siempre en la tienda. Pero entonces los viajeros eran raros; en los pueblos modernos, el aumento de la circulación llevó a crear nuevas costumbres; las de los pueblos antiguos sólo se encuentran en las comarcas retiradas, en donde no ha penetrado aún el movimiento; y si Jesús volviese hoy, ya no podría decir a sus apóstoles: Poneos en marcha sin provisiones.

Además del sentido propio, estas palabras tienen un sentido moral muy profundo. Jesús enseñaba así a sus discípulos a confiar en la Providencia; pues no teniendo nada, no podrían tentar la ambición de aquellos que los recibiesen; era una manera de distinguir a los caritativos de los egoístas; por eso, les dice: “Informaos de quien es digno de alojaros”; es decir, que es bastante humano como para hospedar al viajero que no tiene con que pagar, porque aquellos son dignos de escuchar vuestras palabras; los reconoceréis por su caridad.

En cuanto a los que no quisieran recibirles ni escucharles, ¿Dijo, acaso, a sus apóstoles que les maldijeran, que se les impusieran, que usaran de violencia y apremio para convertirlos? No, sino que se fueran sencillamente a otra parte y buscasen a las personas de buena voluntad.

Así mismo dice hoy el Espiritismo a sus adeptos. No violentéis ninguna conciencia; no forcéis a nadie a dejar su creencia para adoptar la vuestra; no anatematicéis a los que no piensan como vosotros; acoged a los que acudan a vosotros y dejad en paz a los que os rechazan. Acordaos de las palabras de Cristo: en otro tiempo el cielo se tomaba por la violencia, hoy por la dulzura. (Cap. IV, números 10 y 11).

CAPÍTULO XXVI

DAD GRATUITAMENTE LO QUE HABÉIS RECIBIDO GRATUITAMENTE

Don de curar. – Oraciones pagadas. – Mercaderes echados del templo. – Mediumnidad gratuita.

DON DE CURAR

1. *Restituid la salud a los enfermos, resucitad a los muertos, curad los leprosos, expulsad los demonios.* Dad gratuitamente lo que habéis recibido gratuitamente. (San Mateo, cap. X, v. 8).

2. “Dad gratuitamente lo que habéis recibido gratuitamente”, dijo Jesús a sus discípulos; por este precepto prescribe que no se haga pagar lo que uno mismo no ha pagado, y lo que ellos habían recibido gratuitamente era la facultad de curar a los enfermos y echar a los demonios, es decir, a los malos Espíritus; este don les fuera dado gratuitamente por Dios para alivio de los que sufren y para ayudar a la propagación de la fe, diciéndoles que no hicieran de él ningún negocio, ni un objeto de especulación, ni un medio de vivir.

ORACIONES PAGADAS

3. *Él dijo, después, a sus discípulos, en presencia de todo el pueblo que lo escuchaba: Guardaos de los escribas que ostentan paseando con largas túnicas, que gustan ser saludados en las plazas públicas y de ocupar las primeras sillas en las sinagogas y los primeros lugares en las fiestas; que bajo el pretexto de largas oraciones, devoran las casas de las viudas. Esas personas recibirán,*

por eso, una condenación más rigurosa. (San Lucas, cap. XX, v. 45, 46 y 47. San Marcos, cap. XII, v. 38,39 y 40. San Mateo, cap. XXIII, v. 14).

4. También dijo Jesús: No hagáis pagar vuestras oraciones; no hagáis como los escribas, que “*bajo el pretexto de largas oraciones, devoran la casa de las viudas*”; es decir, acaparan las fortunas. La oración es un acto de caridad, un impulso del corazón y hacer pagar por la que se dirige a Dios por otro, es transformarse en intermediario asalariado; pues entonces la oración no es más que una fórmula cuya duración está proporcionada a la cantidad que produce. Luego, una de dos: Dios mide o no sus gracias por el número de palabras; si son necesarias muchas, ¿por qué se dicen pocas o ninguna al que no puede pagar? Esto es una falta de caridad; si una sola basta, lo que sobra es inútil y entonces ¿por qué se hace pagar? Esto es una prevaricación.

Dios no vende los beneficios que concede; ¿por qué aquel, que ni siquiera es distribuidor, ni puede garantizar la obtención de ellos, hace pagar una súplica tal vez sin resultado? Dios no puede subordinar un acto de clemencia, de bondad o de justicia que se solicite de su misericordia, a una cantidad de dinero; de otro modo resultaría que si la cantidad no se pagó o es insuficiente, la justicia, la bondad y la clemencia de Dios estarían en suspenso. La razón, el buen sentido y la lógica, dicen que Dios, la perfección absoluta, no puede delegar a criaturas imperfectas el derecho a poner precio a su justicia. La justicia de Dios es como el Sol, que está para todos, lo mismo para el pobre que para el rico. Si se considera como inmoral el tráfico que se hace con las gracias de un soberano de la Tierra, ¿sería lícito vender las del soberano del Universo?

Las oraciones pagadas tienen otro inconveniente; el que las compra se cree muchas veces dispensado de orar, porque se considera en paz cuando ha dado su dinero. Se

sabe, además, que los Espíritus se conmueven sólo por el fervor del pensamiento que se interesa por ellos; y ¿qué fervor puede tener aquel que encarga a un tercero que ore por él, pagando? ¿Cuál es el fervor de este tercero cuando delega su mandato a otro, éste a otro y así sucesivamente? ¿No es esto reducir la eficacia de la oración al valor de una moneda corriente?

MERCADERES ECHADOS DEL TEMPLO

5. *Ellos vinieron, después, a Jerusalén, y Jesús habiendo entrado en el templo comenzó a expulsar aquellos que allí vendían y compraban; derrumbó las mesas de los cambistas y los asientos de los que vendían palomas; no permitió que nadie transportase ningún utensilio por el templo. También, les instruyó diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oraciones por todas las naciones? Y, sin embargo hicisteis de ella una cueva de ladrones. Los príncipes de los sacerdotes, oyendo eso, buscaban un medio de perderle; porque le tenían miedo, puesto que todo el pueblo estaba muy admirado de su doctrina. (San Marcos, cap. XI, v. de 15 a 18; San Mateo, cap. XXI, v. 12 y 13).*

6. Jesús expulsó a los mercaderes del templo, condenando así, el tráfico de las cosas santas *bajo cualquier forma que sea*. Dios no vende, ni su bendición, ni su perdón, ni la entrada en el reino de los cielos; luego el hombre no tiene el derecho de hacerlos pagar.

MEDIUMNIDAD GRATUITA

7. Los médiums modernos –porque los apóstoles poseían también la mediumnidad– han recibido igualmente de Dios un don gratuito: el de ser los intérpretes de los Espíritus para la instrucción de los hombres, para mostrarles el camino del bien y conducirles a la fe, y no para vender palabras que no les pertenecen, porque no son producto *de su concepción, ni de sus investigaciones, ni de su trabajo personal*. Dios quiere que la luz alcance a todos; y no quiere que el más pobre quede desheredado y pueda decir: No

tengo fe porque no he podido pagarla; no tuve el consuelo de recibir el ánimo y los testimonios de afecto de los que lloro, porque soy pobre. He aquí, por qué la mediumnidad no es un privilegio, sino que se halla en todas partes y hacerla pagar sería, pues, desviarla de su finalidad providencial.

8. Todo el que conozca las condiciones en que se comunican los buenos Espíritus y su repulsión por todo lo que es de interés y de egoísmo, sabe cuán poca cosa se necesita para alejarles, no podrá jamás admitir que los Espíritus superiores estén a disposición de cualquiera que llegue y les llame, a tanto por sesión, pues el buen sentido rechaza tal pensamiento. ¿Acaso no sería también una profanación evocar a precio de plata a los seres que respetamos o que queremos? Sin duda que de este modo pueden obtenerse manifestaciones, pero, ¿quién podría garantizarles la sinceridad? Los Espíritus ligeros, mentirosos, traviosos y toda la multitud de Espíritus inferiores, muy poco escrupulosos, vienen constantemente y están siempre dispuestos a responder a lo que se les pregunta, sin que les importe mucho decir la verdad. El que quiera comunicaciones serias, debe primero pedir las seriamente, después compenetrarse bien de la naturaleza de las simpatías del médium con los seres del mundo espiritual. La primera condición para adquirir la benevolencia de los buenos Espíritus es la humildad, la devoción, la abnegación y el desinterés *moral y material* más absoluto.

9. Al lado de la cuestión moral, se presenta una consideración efectiva no menos importante, que tiene relación con la misma naturaleza de la facultad. La mediumnidad sería no puede ser y no será jamás, una profesión, no sólo porque sería desacreditada moralmente y muy pronto comparada a los que dicen la buena ventura, sino porque se opone a ella un obstáculo material: es una facultad esencialmente movible, fugitiva y variable, con cuya permanencia nadie puede contar. Sería, pues, para el explotador, un recurso siempre incierto, que podría faltarle en el momento en que le sería más necesario. Otra cosa sucede con un talento adquirido por el estudio y el trabajo y que por lo mismo, siendo una propiedad, naturalmente se permite sacar

partido de él. Pero la mediumnidad no es ni un arte ni un talento, por lo cual no puede ser una profesión; sólo existe por el concurso de los Espíritus; si esos Espíritus llegasen a faltar, ya no hay mediumnidad; la aptitud puede subsistir, pero el ejercicio está anulado. Así es que no hay ningún médium en el mundo que pueda garantizar la obtención de un fenómeno espírita en un momento dado. Explotar la mediumnidad, es pues, disponer de una cosa que realmente no se tiene, y afirmar lo contrario sería engañar al que la pagara; hay más aún y es que no es de *sí mismo* que se dispone, sino de los Espíritus, de las almas de los muertos, cuyo concurso es puesto en venta; ese pensamiento repugna instintivamente. Fue ese tráfico, degenerado en abuso y explotado por el charlatanismo, la ignorancia, la credulidad y la superstición, que motivó la prohibición de Moisés. El Espiritismo moderno, comprendiendo lo formal del asunto, por el descrédito que echó sobre esta explotación, elevó a la mediumnidad a la categoría de misión. (Véase *El libro de los médiums*, cap. XXVIII, y *El Cielo y el Infierno*, cap. XII).

10. La mediumnidad es una cosa santa que debe ser practicada santa y religiosamente. Si hay una clase de mediumnidad que requiere esta condición y de un modo aún más absoluto, es la mediumnidad curativa. El médico da el fruto de sus estudios, que ha hecho a costa de sacrificios, con frecuencia penosos; el magnetizador da su propio fluido y muchas veces su salud: éstos pueden poner precio a sus facultades; pero el médium de curación, sólo transmite el fluido saludable de los buenos Espíritus, y por lo tanto no tiene el derecho de venderlo. Jesús y los apóstoles, aunque pobres, no hacían pagar las curaciones que operaban.

Así, pues, todo el que no tenga de qué vivir, que busque recursos por otra parte y no en la mediumnidad; que no consagre a ello, si fuere necesario, sino el tiempo de que pueda disponer materialmente. Los Espíritus le tendrán en cuenta su consagración y sacrificios, mientras que se apartan de los que esperan hacer de ellos un medio para escalar.

CAPÍTULO XXVII

PEDID Y SE OS DARÁ

Cualidades de la oración. – Eficacia de la oración. – Acción de la oración. Transmisión del pensamiento. – Oraciones inteligibles. – De la oración para los muertos y para los Espíritus que sufren. – *Instrucciones de los Espíritus*: Modo de orar. – Alegría de la oración.

CUALIDADES DE LA ORACIÓN

1. *Cuando oréis, no os asemejéis a los hipócritas, que se complacen en orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos por los hombres. En verdad os digo, ellos recibieron su recompensa. Mas cuando quisieréis orar, entrad en vuestro aposento y estando cerrada la puerta, orad a nuestro Padre en secreto; y nuestro Padre que ve lo que pasa en secreto, os recompensará.*

No cuidéis orar mucho en vuestras oraciones, como lo hacen los gentiles, que piensan sea por la multitud de palabras que serán oídos. No os volváis, pues, semejantes a ellos, porque nuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis. (San Mateo, cap. VI, v. 5 a 8).

2. *Cuando os presentéis para orar, si tuviereis alguna cosa contra alguno, perdonadle, para que nuestro Padre, que está en los cielos, os perdone también los pecados. Si vosotros no perdonareis, nuestro Padre, que está en los cielos, tampoco perdonará vuestros pecados. (San Marcos, cap. XI, v. 25 y 26).*

3. *Él contó también esta parábola a unos que confiaban en sí mismos, como si fuesen justos y despreciaban a los otros.*

Dos hombres subieron al templo a orar; el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios mío, gracias os doy porque no soy como los otros hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana y doy el diezmo de todo lo que poseo.

Mas el publicano, por el contrario, manteniéndose distante, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo; mas golpeaba su pecho diciendo: Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador.

Os digo que éste regresó justificado entre los suyos y no el otro; porque cualquiera que se enaltece será humillado y cualquiera que se humilla será enaltecido. (San Lucas, cap. XVIII, v. 9 a 14).

4. Las cualidades de la oración están claramente definidas por Jesús; cuando oréis dice él, no os pongáis en evidencia; orad en secreto y no afectéis rogar mucho, porque no será por la multitud de palabras que seréis oídos, sino por su sinceridad; antes de orar, si tenéis alguna cosa contra alguien, perdonádsela, porque la oración no podría ser agradable a Dios sino sale de un corazón purificado de todo sentimiento contrario a la caridad; en fin, orad con humildad, como el publicano y no con orgullo como el fariseo: examinad vuestros defectos y no vuestras cualidades, y si os comparáis con otros, buscad lo que hay de malo en vosotros. (Cap. X, números 7 y 8).

EFICACIA DE LA ORACIÓN

5. *Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis y os será concedido. (San Marcos, cap. XI, v. 24).*

6. Hay personas que niegan la eficacia de la oración fundándose en el principio de que, conociendo Dios nuestras necesidades, es superfluo exponérselas. Aun añaden que, encadenándose todo en el Universo por leyes eternas, nuestro votos no pueden cambiar los decretos de Dios.

Sin ninguna duda, hay leyes naturales e inmutables que

Dios no puede derogar a capricho de cada uno; pero de esto a creer que todas las circunstancias de la vida están sometidas a la fatalidad, es grande la distancia. Si fuese así, el hombre sólo sería un instrumento pasivo, sin libre albedrío y sin iniciativa. En esta hipótesis no habría más que doblar la cabeza al golpe de los acontecimientos, sin procurar evitarlos y por lo tanto, no se hubiera procurado desviar el rayo. Dios no le ha dado el discernimiento y la inteligencia para no servirse de ellos, ni la voluntad para no querer, ni la actividad para estar en la inacción. Siendo libre el hombre para obrar en un sentido o en otro, sus actos tienen para sí y para los otros, consecuencias subordinadas a lo que hace o deja de hacer; hay acontecimientos que por su iniciativa escapan forzosamente a la fatalidad sin que por esto se destruyan la armonía de las leyes universales, como el avance o el retraso de las agujas de un péndulo no destruye la ley del movimiento, sobre la cual está establecido el mecanismo. Dios puede acceder a ciertas súplicas sin derogar la inmutabilidad de las leyes que rigen el conjunto, quedando siempre su acción subordinada a su voluntad.

7. Sería ilógico deducir de esta máxima: “Todas las cosas que pidieréis orando, creed que las recibiréis”, que basta pedir para obtener y sería injusto acusar a la Providencia porque no concede todo pedido que le es hecho, pues ella sabe, mejor que nosotros, lo que es para nuestro bien. Hace lo mismo que un padre prudente que rehusa a su hijo las cosas contrarias al interés de éste. Generalmente el hombre sólo ve el presente; mas si el sufrimiento es útil para su futura felicidad, Dios le dejará que sufra, como el cirujano deja sufrir al enfermo en la operación que debe conducirle a la curación.

Lo que Dios le concederá, si se dirige a Él con confianza, es valor, paciencia y resignación. También le concederá los medios para que él mismo salga del conflicto, con ayuda de las ideas que le sugiere por medio de los buenos Espíritus, dejándoles de este modo todo el mérito; Dios asiste a los que se ayudan a sí mismos, según esta máxima: “Ayúdate y el cielo te ayudará”, y no a

aquellos que todo esperan de un socorro extraño, sin hacer uso de sus propias facultades; pero, generalmente se prefiere ser socorrido por un milagro, sin hacer nada. (Cap. XXV, números 1 y siguientes).

8. Pongamos un ejemplo. Un hombre se ha perdido en el desierto y sufre una sed horrible; siéntese desfallecer y se deja caer en el suelo; entonces, ruega a Dios que le asista y espera; pero ningún ángel viene a traerle agua. Sin embargo, un buen Espíritu le ha *sugerido* el pensamiento de levantarse, seguir uno de los senderos que se presentan ante él, y entonces por un movimiento maquinal, reúne sus fuerzas, se levanta y marcha a la ventura. Llega a una colina y descubre a lo lejos un arroyuelo, y ante esta vista, recobra ánimo. Si tiene fe exclamará: “Gracias, Dios mío, por el pensamiento que me habéis inspirado y por la fuerza que me habéis dado”. Si no tiene fe, dirá: “¡Qué buen pensamiento *he tenido!* ¡Qué *suerte tuve* de haber tomado el camino de la derecha más bien que el de la izquierda! ¡La casualidad, verdaderamente, nos sirve bien algunas veces! ¡Cuánto me felicito por mi valor en no dejarme abatir!”

Pero, se dirá, ¿por qué el buen Espíritu no le dijo claramente: “Siga esta senda y al extremo encontrarás lo que necesitas?” ¿Por qué no se le manifestó, para guiarle y sostenerle en su abatimiento? De este modo, quedaría convencido de la intervención de la Providencia. Primero, fue para enseñarle que es preciso ayudarse a sí mismo y hacer uso de sus propias fuerzas. Además, por tal incertidumbre, Dios pone a prueba su confianza y sumisión a su voluntad. Este hombre estaba en la situación de un niño que cae y si ve a alguno, grita y espera que le vayan a levantar; si no ve a nadie, hace esfuerzos y se levanta sólo.

Si el ángel que acompañó a Tobías le hubiese dicho: “Soy el enviado de Dios para guiarte en tu viaje y preservarte de todo peligro”, Tobías no hubiera tenido ningún mérito; confiando en su compañero, no tendría ni siquiera necesidad de pensar; por esto el ángel no se dio a conocer hasta el regreso.

ACCIÓN DE LA ORACIÓN. TRANSMISIÓN DEL PENSAMIENTO

9. La oración es una invocación; por ella un ser se pone en comunicación mental con otro ser al que se dirige. Puede tener por objeto hacer un pedido, dar gracias o glorificar. Se puede orar para sí mismo, para otro, para los vivos y para los muertos. Las oraciones dirigidas a Dios son oídas por los Espíritus encargados de la ejecución de su voluntad, y las que se dirigen a los buenos Espíritus son transmitidas a Dios. Cuando se ora a otros seres y no a Dios, sólo es con el título de intermediarios, de intercesores, porque nada se puede hacer sin la voluntad de Dios.

10. El Espiritismo hace comprender la acción de la oración, explicando el modo de transmisión del pensamiento, ya sea cuando el ser a quien se ruega venga a nuestro llamamiento, o cuando nuestro pensamiento llega a él. Para formarse una idea de lo que sucede en esta circunstancia, es necesario imaginarse que todos los seres, encarnados y desencarnados, sumergidos en el fluido universal que ocupa el espacio, como aquí en este mundo lo estamos en la atmósfera. Ese fluido recibe el impulso de la voluntad; es el vehículo del pensamiento, como el aire lo es del sonido, con la diferencia de que las vibraciones del aire están circunscriptas, mientras que las del fluido universal se extienden al infinito. Luego, cuando el pensamiento se dirige hacia un ser cualquiera que está en la Tierra o en el espacio, de encarnado a desencarnado, o de desencarnado a encarnado, se establece una corriente fluídica entre los dos, la cual trasmite el pensamiento como el aire trasmite el sonido.

La energía de la corriente está en razón del vigor del pensamiento y de la voluntad. Por eso, la oración es oída por los Espíritus, en cualquier lugar que se encuentren, como los Espíritus se comunican entre sí, como nos transmiten sus inspiraciones y como se establecen relaciones a distancia entre los encarnados.

Esta explicación, es sobre todo, para aquellos que no comprenden la utilidad de la oración puramente mística; no tiene

como objetivo materializar la oración, sino con el fin de hacer comprensible su efecto, mostrando que puede tener una acción directa y efectiva. Por esto, no queda menos subordinada a la voluntad de Dios, juez supremo de todas las cosas y el único que puede hacer su acción efectiva.

11. Por la oración, el hombre llama el concurso de los buenos Espíritus, que vienen a sostenerle en sus buenas resoluciones y a inspirarle buenos pensamientos; adquiere de esta forma, la fuerza moral necesaria para vencer las dificultades y volver a entrar en el camino recto si se apartó de él, así como también puede desviar de sí los males que se atrae con sus propias faltas. Un hombre, por ejemplo, ve su salud deteriorada por los excesos que cometió, arrastrando hasta el fin de sus días una vida de sufrimientos; ¿tiene acaso, derecho a quejarse si no consigue la curación? No, porque podría haber encontrado en la oración la fuerza necesaria para resistir las tentaciones.

12. Si se dividiesen los males de la vida en dos partes, una compuesta de aquellos que el hombre no puede evitar y la otra de las tribulaciones cuya primera causa es él mismo por su incuria y sus excesos (Capítulo V, número 4), se vería que ésta sobrepasa de mucho en número a la primera. Es, pues, evidente, que el hombre es el autor de la mayor parte de sus aflicciones, y que se las ahorraría si obrase siempre con sabiduría y prudencia.

No es menos cierto que estas miserias son el resultado de nuestras infracciones a las leyes de Dios, y que si observásemos puntualmente esas leyes, seríamos perfectamente felices. Si no traspasáramos el límite de lo necesario en la satisfacción de nuestras necesidades, no tendríamos las enfermedades que son consecuencia de los excesos y las vicisitudes que esas enfermedades ocasionan. Si pusiéramos límite a nuestra ambición, no temeríamos la ruina. Si no quisiéramos subir más alto de lo que podemos, no temeríamos caer. Si fuésemos humildes, no sufriríamos las decepciones del orgullo humillado. Si practicáramos la ley de caridad, no maldeciríamos ni seríamos envidiosos, ni celosos, y evitaríamos las querellas y las disensiones. Si no hiciéramos mal a nadie, no temeríamos las venganzas, etc.

Admitamos que el hombre no pueda nada sobre los otros males; que toda oración sea superflua para preservarse de ellos; ¿no sería ya mucho el que pudiera evitar todos los que provienen de sí mismo? Pues aquí la acción de la oración se concibe fácilmente, porque tiene por objeto evocar la inspiración saludable de los buenos Espíritus, pidiéndoles fuerza para resistir a los malos pensamientos, cuya ejecución puede ser funesta. En este caso *no es que nos apartan del mal, sino que nos desvían a nosotros mismos del pensamiento que puede causar ese mal; en nada entran los decretos de Dios ni suspenden el curso de las leyes de la naturaleza; sólo nos impiden infringir estas leyes dirigiendo nuestro libre albedrío;* pero lo hacen sin nuestro conocimiento, de manera oculta, para no encadenar nuestra voluntad. El hombre se encuentra entonces, en la posición de aquél que solicita buenos consejos y los pone en práctica, pero que siempre es libre de seguirlos o no. Dios quiere que sea así para que tenga la responsabilidad de sus actos y le deja el mérito de la elección entre el bien y el mal. Esto es lo que el hombre siempre está seguro de obtener si lo pide con fervor y es a lo que sobre todo pueden aplicarse estas palabras: “Pedid y se os dará”.

La eficacia de la oración, incluso reducida a esta proporción, ¿acaso, no tendría un resultado inmenso? Estaba reservado al Espiritismo el probarnos su acción por la revelación de los intercambios que existen entre el mundo corporal y el mundo espiritual. Pero no se limitan a esto sus efectos.

La oración es recomendada por todos los Espíritus; renunciar a la oración es desconocer la bondad de Dios; es renunciar para sí mismo a su asistencia, y para otros al bien que puede hacerseles.

13. Accediendo Dios al pedido que se le dirige, con frecuencia, tiene la mira de recompensar la intención, la devoción y la fe del que ora; por este motivo la oración del hombre de bien tiene más mérito a los ojos de Dios y es siempre más eficaz, porque el hombre vicioso y malo no puede orar con el fervor y la confianza que sólo se logra con el sentimiento de la verdadera piedad. Del corazón del egoísta, de aquel que ora sólo con los labios, no pueden salir sino *palabras*, pero no los impulsos de la

caridad que dan a la oración todo su poder. Eso es tan comprensible, que, por un movimiento instintivo, la persona se recomienda con preferencia a las oraciones de aquellos cuya conducta se cree sean agradables a Dios, porque son más escuchados.

14. Si la oración ejerce una especie de acción magnética, podría creerse que su efecto está subordinado a la potencia fluidica, pero no es así. Puesto que los Espíritus ejercen esta acción sobre los hombres, suplen cuando es necesario la insuficiencia del que ora, ya obrando directamente *en su nombre*, sea dándole momentáneamente una fuerza excepcional, cuando se le juzga digno de este favor, o cuando la cosa pueda ser útil.

El hombre que no se cree bastante bueno para ejercer una influencia saludable, no por esto debe abstenerse de rogar por otro, con el pensamiento de que no es digno de ser escuchado. La conciencia de su inferioridad es una prueba de su humildad siempre agradable a Dios, que toma en cuenta la intención caritativa que le anima. Su fervor y su confianza en Dios son un primer paso para la vuelta al bien, en el cual los Espíritus son felices de poderle alentar. La oración que no se escucha es la del *orgulloso que sólo tiene fe en su poder y en sus méritos, creyendo poder substituirse a la voluntad del Eterno.*

15. El poder de la oración está en el pensamiento; no se concreta a las palabras, ni al lugar, ni al momento que se hace. Se puede, pues, orar en todas partes y a todas horas, estando solo o acompañado. La influencia del lugar o del tiempo está en relación de las circunstancias que pueden favorecer el recogimiento. *La oración en común, tiene una acción más poderosa, cuando todos aquellos que oran se asocian de corazón a un mismo pensamiento y tienen un mismo objeto*, porque es como si muchos levantasen la voz juntos y unísonos; pero, ¿qué importaría estar reunidos en gran número, si cada uno obrase aisladamente y por su propia cuenta personal! Cien personas reunidas pueden orar como egoístas, mientras que dos o tres, unidas en común aspiración, orarán como verdaderos hermanos en Dios y su oración tendrá más fuerza que la de los otras cien. (Cap. XXVIII, números 4 y 5).

ORACIONES INTELIGIBLES

16. *Si no entiendo lo que significan las palabras, yo seré bárbaro para aquel a quien hablo y aquel que me habla será bárbaro para mí. Si oro en una lengua que no entiendo, mi corazón ora, pero mi inteligencia está sin fruto. Si no alabareis a Dios sino con el corazón, ¿cómo un hombre, entre los que no entienden sino su propia lengua, dirá Amén, al final de vuestra acción de gracias, pues no sabe lo que habéis dicho? No es que vuestra acción no sea buena, mas los otros de ella no están edificadas. (San Pablo, Primera Epístola a los Corintios, cap. XIV, v. 11, 14, 16 y 17).*

17. La oración sólo tiene valor por el pensamiento al que se vincula, y es imposible unir el pensamiento a lo que no se comprende, porque lo que no se comprende no puede conmover el corazón. Para la inmensa mayoría, las oraciones en un lenguaje incomprensible sólo son un conjunto de palabras que nada dicen al espíritu. Para que la oración conmueva, es preciso que cada palabra despierte una idea y si no se comprende no puede despertar ninguna. Se repite como una simple fórmula, suponiéndole más o menos virtud según el número de veces que se repite; muchos oran por deber y otros por costumbre; por esto creen haber cumplido su deber cuando han dicho una oración un número de veces determinado, siguiendo tal o cual orden. Dios lee en el fondo del corazón y ve el pensamiento y la sinceridad, sería rebajarle creerle más sensible a la forma que al fondo. (Cap. XXVIII, número 2).

DE LA ORACIÓN PARA LOS MUERTOS Y PARA LOS ESPÍRITUS QUE SUFREN

18. La oración es reclamada por los Espíritus que sufren; les es útil, porque viendo que piensan en ellos, se sienten menos abandonados y son menos infelices. Pero la oración tiene sobre ellos una acción más directa; les levanta el ánimo, les excita el deseo de elevarse por el arrepentimiento y la reparación, y puede desviarles del pensamiento del mal; en este sentido es como pueden aliviarse y aun abreviarse sus sufrimientos. (Véase *El Cielo y el Infierno*, Segunda parte: Ejemplos).

19. Ciertas personas no admiten la oración por los muertos, porque en su creencia sólo hay para el alma dos alternativas: ser salvada o condenada a las penas eternas, y en uno y en otro caso la oración sería inútil. Sin discutir el valor de esta creencia, admitamos por un instante la realidad de las penas eternas e irremisibles, y que nuestras oraciones sean impotentes para ponerles un término. Nosotros preguntamos si, en esta hipótesis, es lógico, caritativo y cristiano desechar la oración por los condenados. Estas oraciones, por impotentes que sean para salvarles, ¿no son para ellos una señal de piedad que puede aliviar su sufrimiento? ; en la Tierra, cuando un hombre está condenado para siempre, aun cuando no tenga ninguna esperanza de obtener gracia, ¿se prohíbe a una persona caritativa que vaya a sostener sus cadenas para aligerarle el peso? Cuando alguno es atacado por un mal incurable, porque no ofrece ninguna esperanza de curación, ¿ha de abandonársele sin ningún consuelo? Pensad que entre los condenados puede encontrarse una persona querida, un amigo, tal vez un padre, una madre o un hijo, y porque, según vosotros, no podría esperar gracia, ¿rehusaríais darle un vaso de agua para calmar su sed, un bálsamo para curar sus heridas? ¿No haréis por él lo que haríais por un prisionero? ¿Rehusaríais darle un testimonio de amor, un consuelo? No; esto no sería cristiano. Una creencia que reseca el corazón no puede aliarse con la de un Dios que coloca en primer lugar entre los deberes el amor al prójimo.

La no eternidad de las penas no implica la negación de una penalidad temporal, porque Dios, en su justicia, no puede confundir el bien con el mal; así, pues, negar en este caso la eficacia de la oración, sería negar la eficacia del consuelo, de la reanimación y de los buenos consejos; sería negar la fuerza que logramos de la asistencia moral de los que nos quieren bien.

20. Otros se fundan en una razón más engañosa, en la inmutabilidad de los decretos divinos y dicen: Dios no puede cambiar sus decisiones por la demanda de sus criaturas, pues sin esto nada sería estable en el mundo. El hombre, pues, nada tiene que pedir a Dios; sólo tiene que someterse y adorarle.

En esta idea hay una falsa aplicación de la inmutabilidad de la ley divina, o más bien, ignorancia de la ley en lo que concierne a la penalidad futura. Esta ley la han revelado los Espíritus del Señor, hoy que el hombre está en disposición de comprender lo que, en la fe, está conforme o es contrario a los atributos divinos.

Según el dogma de la eternidad absoluta de las penas, no se le toman en cuenta al culpable ni su remordimiento, ni su arrepentimiento; para él todo deseo de mejorarse es superfluo, puesto que está condenado al mal perpetuamente. Si está condenado por un tiempo determinado, la pena cesará cuando el tiempo haya expirado; pero, ¿quién asegura que, entonces, él habrá cambiado para mejores sentimientos? ¿Quién dice que, a ejemplo de muchos de los condenados de la Tierra, a su salida de la cárcel no será tan malo como antes? En el primer caso, sería mantener en el dolor del castigo a un hombre que se volviera bueno; en el segundo, agradecer al que continuase culpable. La ley de Dios es más previsora que esto; siempre justa, equitativa y misericordiosa, no fija duración a la pena, cualquiera que sea; se resume así:

21. “El hombre sufre siempre la consecuencia de sus faltas; no hay una sola infracción a la ley de Dios que no tenga su castigo.

La severidad del castigo es proporcionada a la gravedad de la falta.

La duración del castigo por cualquier falta que sea, *es indeterminada y está subordinada al arrepentimiento del culpable y su retorno al bien*; la pena dura tanto como la obstinación en el mal; sería perpetua si la obstinación fuera perpetua; es de corta duración si el arrepentimiento es pronto.

Desde que el culpable clame por misericordia, Dios lo oye y le envía la esperanza. Pero el simple remordimiento de haber hecho mal no basta; pues falta la reparación; por esto el culpable está sometido a nuevas pruebas, en las cuales puede, siempre por su voluntad, hacer el bien y reparar el mal que ha hecho.

Así, el hombre, es constantemente el árbitro de su propia

suerte; pudiendo abreviar su suplicio o prolongarlo indefinidamente. Su felicidad o su desgracia dependen de su voluntad de hacer el bien.”

Tal es la ley; ley *inmutable* y conforme a la bondad y a la justicia de Dios.

El Espíritu culpable e infeliz puede, de este modo, salvarse a sí mismo; la ley de Dios le dice con qué condición puede hacerlo. Con frecuencia, lo que le falta es voluntad, fuerza y valor; si con nuestras oraciones lo inspiramos, si lo sostenemos y lo animamos, y con nuestros consejos le damos las luces que le faltan, *en lugar de solicitar a Dios que derogue su ley, venimos a ser los instrumentos para la ejecución de su ley de amor y de caridad*, de la cual participamos nosotros mismos, dando una prueba de caridad. (Véase *El Cielo y el Infierno*, Primera parte, Cap. IV, VII y VIII).

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

MODO DE ORAR

22. El primer deber de toda criatura humana, el primer acto que debe señalar para ella el retorno a la vida activa de cada día, es la oración. Casi todos vosotros rezáis, pero ¡cuán pocos saben orar! ¡Qué importan al Señor las frases que juntáis maquinalmente, porque tenéis esta costumbre, que es un deber que llenáis y que, como todo deber, os pesa!

La oración del cristiano, del *Espírita*, de cualquier culto que sea, debe ser hecha desde que el Espíritu ha vuelto a tomar el yugo de la carne. Debe elevarse a los pies de la majestad divina, con humildad, con profundidad, en un arrebatado de gratitud por todos los beneficios concedidos hasta ese día y por la noche que se ha pasado, durante la cual os ha sido permitido, si bien inconscientemente, volver al lado de vuestros amigos, de vuestros guías, para absorber con su contacto más fuerza y perseverancia. Debe elevarse humilde a los pies del Señor, para recomendarle vuestra debilidad, pedirle su apoyo, su indulgencia y su misericordia. Debe ser profunda, porque vuestra alma es la que

debe elevarse hacia el Creador, la que debe transfigurarse como Jesús en el Tabor, y volverse blanca y radiante de esperanza y amor.

Vuestra oración debe encerrar la súplica de las gracias que os sean necesarias, pero de una necesidad real. Es, pues, inútil pedir al Señor que abrevie vuestras pruebas y que os dé los goces y la riquezas; pedidle que os conceda los bienes más preciosos de la paciencia, de la resignación y de la fe. No digáis lo que muchos entre vosotros: “No vale la pena orar, porque Dios no me escucha”. ¿Qué le pedís a Dios la mayoría de las veces? ¿Habéis pensado muchas veces en pedirle vuestro mejoramiento moral? ¡Oh! No, muy pocas; más bien pensáis en pedirle *el éxito de vuestras empresas terrestres*, y exclamasteis: “Dios no se ocupa de nosotros; si se ocupara no habría tantas injusticias”. ¡Insensatos! ¡Ingratos! Si descendieseis al fondo de vuestra conciencia, casi siempre encontraríais en vosotros mismos el origen de los males de que os quejáis. Pedid, pues, ante todo, vuestro progreso y veréis que torrente de gracias y consuelos se esparcirá sobre vosotros. (Capítulo V, número 4).

Debéis orar sin cesar, sin que por esto os retiréis a vuestro aposento o que os pongáis de rodillas en plazas públicas. La oración del día es el cumplimiento de vuestros deberes, de todos vuestros deberes sin excepción, cualquiera que sea su naturaleza. ¿No es un acto de amor hacia el Señor el que asistáis a vuestros hermanos en cualquier necesidad moral o física? ¿No es hacer un acto de reconocimiento, elevar vuestro pensamiento hacia Él, cuando una alegría os llega, cuando se evita un accidente, cuando una contrariedad sólo os aflora, si decís con el pensamiento: *Bendito seáis, Padre mío?* ¿No es un acto de contrición el humillaros ante el Juez Supremo cuando sentís que habéis fallado, aunque sólo sea de pensamiento, al decirle: *Perdóname, Dios mío, porque he pecado (por orgullo, por egoísmo o por falta de caridad); dadme fuerzas para que no falte más y el valor necesario para reparar la falta?*

Esto es independiente de las oraciones regulares de la mañana y de la noche, y de los días que a ella consagréis; pero, como veis, la oración puede hacerse siempre sin interrumpir en lo más mínimo vuestros trabajos; por el contrario, los santifican.

Y creed bien que uno sólo de estos pensamientos, saliendo del corazón, es más escuchado por nuestro Padre Celestial que largas oraciones dichas por costumbre, a menudo sin causa determinada, *y a las cuales conduce maquinalmente la hora convenida.* (V. Monod, Bordeaux, 1862).

ALEGRÍA DE LA ORACIÓN

23. Venid los que queréis creer: los Espíritus celestes acuden y vienen a anunciaros cosas grandes; Dios, hijos míos, abre sus tesoros para ofreceros todos sus beneficios. ¡Hombres incrédulos! ¡Si supieseis cuánto bien hace la fe al corazón y cómo conduce el alma al arrepentimiento y a la oración! La oración ¡ah! ¡Cómo son conmovedoras las palabras que salen de la boca que ora! La oración es un rocío divino que destruye, el excesivo calor de las pasiones; hija primogénita de la fe, nos lleva al sendero que conduce a Dios. En el recogimiento y la soledad, estáis con Dios; para vosotros no hay ya misterios, ellos se os revelan. Apóstoles del pensamiento, para vosotros es la vida; vuestra alma se desprende de la materia y recorre esos mundos infinitos y etéreos que los pobres humanos desconocen.

Marchad, marchad por los caminos de la oración y oiréis las voces de los ángeles. ¡Qué armonía! No más los ruidos confusos y la entonación aguda de la Tierra; son las liras de los arcángeles; son las voces dulces y suaves de los serafines, más ligeras que las brisas de la mañana, cuando juguetean en los follajes de vuestros grandes bosques. ¡Entre cuántas delicias no caminaréis! ¡Vuestro lenguaje no podrá definir esa felicidad; cuánto más entre por todos los poros, tanto más vivo y refrescante es el manantial de donde se bebe! ¡Dulces voces, embriagadores perfumes que el alma siente y saborea cuando se lanza a esas esferas desconocidas y habitadas por la oración! Sin mezcla de carnales deseos, todas las aspiraciones son divinas. También vosotros orad, como el Cristo, llevando su cruz desde el Gólgota al Calvario; llevad vuestra cruz y sentiréis las dulces emociones que pasaban por su alma, aunque cargado con un madero infamante; iba a morir, pero para vivir de la vida celeste en la morada de su Padre. (San Agustín, París, 1861).

CAPÍTULO XXVIII

COLECCIÓN DE ORACIONES ESPÍRITAS

Preámbulo

1. Los Espíritus siempre dijeron: “La forma no es nada, el pensamiento lo es todo. Orad, cada uno según vuestras convicciones y del modo que más os conmueva, pues un buen pensamiento vale más que numerosas palabras extrañas al corazón”.

Los Espíritus no prescriben ninguna fórmula absoluta de oraciones; cuando las dan es con el fin de fijar las ideas, y, sobre todo, para llamar la atención sobre ciertos principios de la Doctrina Espírita. Es también con el objetivo de ayudar a las personas que tienen dificultades para expresar sus ideas, porque las hay que no creerían haber orado en realidad si sus pensamientos no hubiesen sido formulados.

La colección de oraciones que contiene este capítulo es una selección de las que fueron dictadas por los Espíritus en diferentes circunstancias; ellos dictaron otras y en otros términos, apropiadas a ciertas ideas o a casos especiales; pero poco importa la forma, si el pensamiento fundamental es el mismo. El objeto de la oración es elevar nuestra alma a Dios; la diversidad de las fórmulas no debe establecer ninguna diferencia entre los que creen en Él y aún menos entre los adeptos del Espiritismo, porque Dios las acepta todas cuando son sinceras.

No debe considerarse esta colección como un formulario absoluto, sino como una variedad entre las instrucciones que dan los Espíritus. Es una aplicación de los principios de la moral evangélica, desarrollados en este libro, y un complemento a sus dictados sobre los deberes para con Dios y el prójimo, en donde se recuerdan todos los principios de la Doctrina.

El Espiritismo reconoce como buenas las oraciones de todas las cultos, cuando son dictadas por el corazón y no con los labios; no impone ni censura ninguna de ellas; Dios es muy grande, según él, para rechazar la voz que le implora o que canta sus alabanzas, porque lo hace de un modo antes que de otro. *Todo el que anatematizase las oraciones que no están en su formulario, probaría que desconoce la grandeza de Dios.* Creer que Dios se vincula a una fórmula, es atribuirle la pequeñez y las pasiones de la humanidad.

Una condición esencial de la oración, según San Pablo (cap. XXVII, número 16), es que sea inteligible, a fin de que pueda hablar a nuestro espíritu; por eso; no basta que se diga en un lenguaje que lo comprenda el que ora, pues hay oraciones en lenguaje vulgar que no dicen mucho más al pensamiento que si estuviesen en lengua extraña, y por lo mismo no se dirigen al corazón; las raras ideas que encierran son, con frecuencia, sofocadas por la superabundancia de palabras y por el misticismo del lenguaje.

La principal cualidad de la oración es el ser clara, sencilla y concisa, sin frases inútiles, ni lujo de epítetos pomposos; cada palabra debe tener su importancia, revelar una idea, conmover una fibra, en una palabra, *debe hacer reflexionar*; sólo con esta condición la plegaria puede alcanzar su objetivo; no siendo así, *sólo es ruido*. Ved también con qué aire de distracción y con qué volubilidad se dicen la mayor parte de las veces; se ven mover los labios, pero en la expresión de la fisonomía y aun en el timbre de la voz, se reconoce un acto maquinal, puramente exterior, al cual permanece indiferente el alma.

Las oraciones reunidas en esta colección están divididas en cinco categorías: Oraciones generales; Oraciones para sí mismo; Oraciones por los vivos; Oraciones por los muertos; Oraciones especiales por los enfermos y obsesos.

Con la finalidad de llamar más particularmente la atención sobre el objeto de cada oración y hacer comprender mejor su importancia, todas ellas van precedidas de una instrucción preliminar, especie de exposición de motivos, con el título de *Prefacio*.

I – ORACIONES GENERALES

ORACIÓN DOMINICAL

2. PREFACIO. Los Espíritus recomendaron colocar la *Oración Dominical* al comienzo de esta colección, no sólo como oración, sino como símbolo de todas las oraciones, es la que colocan en primer lugar, sea porque viene del mismo Jesús (San Mateo, cap. VI, v. de 9 a 13), sea porque pueda sustituirlas a todas, según el pensamiento que se una a ellas. Es el más perfecto modelo de concisión, verdadera obra maestra de sublimidad dentro de su sencillez. En efecto, en la más sobria de las formas, resume todos los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con el prójimo; encierra una profesión de fe, un acto de adoración y de sumisión, la petición de las cosas necesarias a la vida y el principio de caridad. Decirla en intención de alguno, es pedir para él lo que pediríamos para nosotros mismos.

Sin embargo, en razón misma de su brevedad, el sentido profundo encerrado en algunas palabras de las que se compone, pasa desapercibido para la mayor parte; por eso se dice, generalmente, sin dirigir el pensamiento sobre las aplicaciones de cada una de sus partes; se dice como una fórmula cuya eficacia es proporcionada al número de veces que se repite; así casi siempre es uno de los números cabalísticos *tres, siete, o nueve*, sacados de la antigua creencia supersticiosa que atribuía una virtud a los números y que se usaba en las operaciones de la magia.

Para suplir el vacío que la concisión de esta plegaria deja en el pensamiento, según el consejo y con la asistencia de los buenos Espíritus, se ha añadido a cada proposición un comentario que desarrolla su sentido y enseña sus aplicaciones. Según las circunstancias y el tiempo disponible, se puede decir la Oración dominical *simple* o en su forma *desarrollada*.

3. ORACIÓN. – I. *¡Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre!*

Creemos en vos, Señor, porque todo revela vuestro poder y

vuestra bondad. La armonía del Universo atestigua una sabiduría, una prudencia y una previsión tales, que superan todas las facultades humanas; el nombre de un ser soberanamente grande y sabio está inscripto en todas las obras de la Creación, desde la hoja de la yerba y el insecto más pequeño, hasta los astros que se mueven en el espacio; en todas partes vemos la prueba de una solicitud paternal; por eso, ciego es el que no os reconoce en vuestras obras, orgulloso el que no os glorifica e ingrato el que no os da las gracias.

II. ¡Venga tu reino!

Señor, disteis a los hombres leyes llenas de sabiduría, que harían su felicidad si las observasen. Con esas leyes, harían reinar entre ellos la paz y la justicia; se ayudarían mutuamente en vez de perjudicarse como lo hacen, el fuerte sostendría al débil y no lo abatiría, evitando los males que engendran los abusos y los excesos de todas clases. Todas las miserias de este mundo vienen de la violación de vuestras leyes, porque no hay una sola infracción que no tenga fatales consecuencias.

Disteis al animal el instinto que le traza el límite de lo necesario y él maquinalmente se conforma con eso; pero al hombre además de su instinto, le disteis la inteligencia y la razón; le disteis también la libertad de observar o infringir aquellas de vuestras leyes que le conciernen personalmente, es decir, de escoger entre el bien y el mal, a fin de que tenga el mérito y la responsabilidad de sus acciones.

Nadie puede poner como pretexto la ignorancia de vuestras leyes, porque en vuestra previsión paternal, quisisteis que estuviesen grabadas en la conciencia de cada uno, sin distinción de cultos ni de naciones; los que las violan es porque os desconocen.

Vendrá un día, según vuestra promesa, en que todos las practicarán; entonces la incredulidad habrá desaparecido; todos os reconocerán como Soberano Señor de todas las cosas y el reino de vuestras leyes será vuestro reino en la Tierra.

Dignaos, Señor, apresurar su advenimiento, dando a los hombres la luz necesaria para conducirlos al camino de la verdad.

III. ¡Hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo!

Si la sumisión es un deber del hijo para con su padre y del inferior para con su superior ¡cuánto mayor no debe ser la de la criatura con su Creador! Hacer vuestra voluntad, Señor, es observar vuestras leyes y someterse sin murmurar a vuestros divinos decretos; el hombre se someterá a ellos, cuando comprenda que sois la fuente de toda sabiduría y que sin vos nada puede; entonces, hará vuestra voluntad en la Tierra, como los elegidos en el Cielo.

IV. El pan nuestro de cada día, dadnosle hoy.

Dadnos el alimento para conservar las fuerzas del cuerpo; dadnos también el alimento espiritual para el desarrollo de nuestro Espíritu.

El animal encuentra su alimento, pero el hombre lo debe a su propia actividad y a los recursos de su inteligencia, porque vos le habéis creado libre.

Vos le dijisteis: “Extraerás tu alimento de la tierra con el sudor de tu frente”; por eso habéis hecho una obligación del trabajo a fin de que ejercitara su inteligencia buscando los medios de proveer a su necesidad y a su bienestar; unos por el trabajo material, otros por el trabajo intelectual; sin trabajo quedaría estacionado y no podría aspirar a la felicidad de los Espíritus superiores.

Secundáis al hombre de buena voluntad que confía en vos para lo necesario, pero no aquel que se complace en la ociosidad y que le gustaría obtenerlo todo sin trabajo, ni aquel otro que busca lo superfluo. (Cap. XXV).

¡Cuántos son los que sucumben por sus propias faltas, por su incuria, por su imprevisión o por su ambición y por no haber querido contentarse con lo que les disteis! Estos son los artífices de su propio infortunio y no tienen derecho de quejarse, porque son castigados en aquello en que han pecado. Pero ni aun a esos abandonáis porque sois infinitamente misericordioso; vos le tendéis mano segura desde que, como el hijo pródigo, regresen sinceramente a vos. (Cap. V, número 4).

Antes de quejarnos de nuestra suerte, preguntémonos si ella no es obra nuestra; a cada desgracia que nos llegue, preguntémonos si no dependió de nosotros evitarla; pero digamos

también que Dios nos dio la inteligencia para sacarnos del lodazal y que depende de nosotros hacer uso de ella.

Puesto que la ley del trabajo es la condición del hombre en la Tierra, dadnos ánimo y fuerza para cumplirla; dadnos también prudencia, previsión y moderación, con el fin de no perderle el fruto.

Dadnos, pues, Señor, nuestro pan de cada día, es decir, los medios de adquirir con el trabajo las cosas necesarias a la vida, porque nadie tiene el derecho de reclamar lo superfluo.

Si nos es imposible trabajar, confiamos en vuestra Divina Providencia.

Si está en vuestros designios el probarnos por las más duras privaciones, a pesar de nuestros esfuerzos, nosotros las aceptaremos como una justa expiación de las faltas que hayamos cometido en esta vida o en una vida precedente, porque sois justo; sabemos que no hay penas inmerecidas y que jamás castigáis sin causa.

Preservadnos, ¡oh Dios mío!, de concebir la envidia contra los que poseen lo que nosotros no tenemos, ni siquiera contra aquellos que tienen lo superfluo, cuando a nosotros nos hace falta lo necesario. Perdonadles si olvidan la ley de caridad y de amor al prójimo, que les enseñasteis. (Cap. XVI, número 8).

Apartad también de nuestro espíritu el pensamiento de negar vuestra justicia, viendo la prosperidad del malo y la desgracia que oprime a veces al hombre de bien. Gracias a las nuevas luces que habéis tenido a bien darnos, sabemos ahora que vuestra justicia se cumple siempre y no falta a nadie; que la prosperidad material del malo es efímera como su existencia corporal y que tendrá terribles contratiempos, mientras que la alegría reservada al que sufre con resignación será eterna. (Cap. V, números, 7, 9, 12, 18).

V. Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos, a nuestros ofensores.

Cada una de nuestras infracciones a vuestras leyes, Señor, es una ofensa hacia vos y una deuda contraída que tarde o temprano tendrá que pagarse. Solicitamos de vuestra infinita misericordia el

perdón para ellas, con la promesa de hacer los debidos esfuerzos para no contraer nuevas deudas.

Hicisteis una ley expresa de la caridad; pero la caridad no consiste sólo en asistir al semejante en la necesidad; consiste también en el olvido y en el perdón de las ofensas. ¿Con qué derecho reclamaríamos vuestra indulgencia, si nosotros mismos faltásemos a ella con respecto a aquellos contra quienes tenemos motivos de quejas?

Dadnos ¡oh Dios!, la fuerza para ahogar en nuestra alma todo sentimiento, todo odio y rencor; *haced que la muerte no nos sorprenda con un deseo de venganza en el corazón*. Si os place el retirarnos hoy mismo de este mundo, *haced que podamos presentarnos a vos puros de toda animosidad, a ejemplo del Cristo, cuyas últimas palabras fueron de clemencia para sus verdugos*. (Cap. X).

Las persecuciones que nos hacen sufrir los malos, forman parte de nuestras pruebas terrenales y debemos aceptarlas sin murmurar, como todas las otras pruebas, y no maldecir a aquellos que con sus maldades nos facilitan el camino de la felicidad eterna, porque dijisteis por la boca de Jesús: “¡Bienaventurados los que sufren por la justicia!” Bendigamos, pues, la mano que nos hiere y nos humilla, porque las contusiones del cuerpo fortalecen nuestra alma y seremos levantados de nuestra humildad. (Cap. XII, número 4).

Bendito sea vuestro nombre, Señor, por habernos enseñado que nuestra suerte no está irrevocablemente fijada después de la muerte; que encontraremos en otras existencias los medios de rescatar y de reparar nuestras faltas pasadas, de cumplir en una nueva vida lo que no pudimos hacer en esta por nuestro adelantamiento. (Cap. IV; cap. V, número 5).

Así se explican, finalmente, todas las anomalías aparentes de la vida, pues es la luz derramada sobre nuestro pasado y nuestro futuro, la señal resplandeciente de vuestra soberana justicia y de vuestra bondad infinita.

VI. No nos dejes caer en tentación, mas libranos del mal (1).

Dadnos, Señor, la fuerza para resistir a las sugerencias de los malos Espíritus que intentasen desviarnos del camino del bien, inspirándonos malos pensamientos.

Pero nosotros mismos somos Espíritus imperfectos encarnados en la Tierra para expiar y mejorarnos. La causa primera del mal está en nosotros y los malos Espíritus no hacen más que aprovecharse de nuestras inclinaciones viciosas, en las cuales nos mantienen para tentarnos.

Cada imperfección es una puerta abierta a su influencia, mientras que son impotentes y renuncian a toda tentativa contra los seres perfectos. Todo lo que podemos hacer para separarlos, es inútil, sino les oponemos una voluntad inquebrantable en el bien, renunciando absolutamente al mal. Es, pues, necesario, dirigir nuestros esfuerzos contra nosotros mismos y entonces los malos Espíritus se alejarán naturalmente, porque el mal es el que los atrae, mientras que el bien los rechaza. (Véase *Oraciones para los obsesos*).

Señor, sostenednos en nuestra debilidad; inspirándonos por la voz de nuestros ángeles guardianes y de los Buenos Espíritus, la voluntad de corregirnos de nuestras imperfecciones, con el fin de cerrar a los Espíritus impuros el acceso a nuestra alma. (Véase adelante el número 11).

El mal no es obra vuestra, Señor, porque la fuente de todo bien no puede engendrar nada malo; nosotros mismos somos los que lo creamos infringiendo vuestras leyes por el mal uso que hacemos de la libertad que nos habéis dado. Cuando los hombres observen vuestras leyes, el mal desaparecerá de la Tierra, como ya desapareció de los mundos más avanzados.

El mal no es una necesidad fatal para nadie y sólo parece

(1) Ciertas traducciones traen: *No nos induzcáis en la tentación* (et ne nos inducas in tentationem); esta expresión daría a entender que la tentación viene de Dios; que él induce voluntariamente a los hombres al mal; pensamiento blasfematorio que asemeja Dios a Satanás, y no pudo haber sido el de Jesús. Por lo demás, esta conforme con la doctrina vulgar sobre la misión atribuida a los demonios. (Véase *El Cielo y el Infierno*, cap. X, Los demonios).

irresistible a aquellos que se abandonan a él con satisfacción. Si tenemos la voluntad de hacerlo, podemos también tener la de hacer el bien; por eso, oh Dios, pedimos vuestra asistencia y la de los buenos Espíritus para resistir la tentación.

VII. Amén.

¡Si os place, Señor, que nuestros deseos se cumplan! Pero nos inclinamos ante vuestra sabiduría infinita. Sobre todas las cosas que nos es dado comprender, que se haga vuestra santa voluntad y no la nuestra, porque sólo queréis nuestro bien y sabéis mejor que nosotros lo que nos es útil.

Os dirigimos esta oración, ¡oh Dios!, por nosotros mismos, por todas las almas que sufren, encarnadas o desencarnadas, por nuestros amigos y enemigos, por todos aquellos que pidan nuestra asistencia y en particular por N...

Pedimos para todos ellos vuestra misericordia y vuestra bendición.

Nota: Se puede formular aquí lo que se agradece a Dios y lo que se pide para sí mismo o para otro. (Véanse adelante las oraciones números 26 y 27).

REUNIONES ESPÍRITAS

4. *En cualquier lugar en que se encuentren dos o tres personas reunidas en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellas. (San Mateo, cap. XVIII, v. 20).*

5. PREFACIO. Estar reunidos en nombre de Jesús, no quiere decir que basta estar reunidos materialmente, sino espiritualmente por la comunión de intenciones y de pensamientos para el bien; entonces Jesús se encuentra en medio de la asamblea, él o los Espíritus puros que le representan. El Espiritismo nos hace comprender como los Espíritus pueden estar entre nosotros. Ellos están ahí con su cuerpo fluídico o espiritual y con la apariencia que nos los haría reconocer si se hicieran visibles. Cuanto más elevada su jerarquía, tanto más grande es su poder y radiación; así es que poseen el don de la ubicuidad y por lo mismo, pueden

encontrarse en diferentes puntos simultáneamente: basta para ello un destello de su pensamiento.

Por estas palabras, Jesús quiso mostrar el efecto de la unión y de la fraternidad; no es el mayor o menor número lo que lo atrae, puesto que, en vez de dos o tres personas, hubiera podido decir diez o veinte, sino el sentimiento de caridad que anime a unas en relación con las otras; pues para esto, basta que haya dos. Pero si estas dos personas oran cada una por su lado, aun cuando se dirijan a Jesús, no hay entre ellas comunión de pensamiento, sobre todo si no están movidas por un sentimiento de benevolencia mutua, si se miran también con prevención, con odio, envidia o celos, las corrientes fluídicas de sus pensamientos se rechazan en lugar de unirse con mucha simpatía y entonces *no están unidas en nombre de Jesús*; Jesús sólo es el *pretexto* de la reunión y no el verdadero móvil. (Cap. XXVII, número 9).

Si el nos dijo: “Vendré a todo aquel que me llamare”, eso no implica el que sea sordo a la voz de una sola persona; es porque exige ante todo, el amor al prójimo, del que se pueden dar más pruebas cuando se está acompañado que estando en aislamiento, y porque todo sentimiento personal lo aleja; de todo esto se desprende, que si en una reunión numerosa, dos o tres personas solamente se unen de corazón por el sentimiento de una verdadera caridad, mientras que los otros se aíslan y se concentran en sus ideas egoístas o mundanas, él estará con los primeros y no con los otros. No es, pues, la simultaneidad de palabras, de cánticos o de actos exteriores lo que constituye la reunión en nombre de Jesús, sino la comunión de pensamientos, conforme al espíritu de la caridad personificado en Jesús. (Cap. X, números 7 y 8; cap. XXVII, números 2, 3 y 4).

Tal debe ser el carácter de las reuniones espíritas serias, en las que se espera sinceramente el concurso de los buenos Espíritus.

6. ORACIÓN. (Al empezar la reunión). – Rogamos al Señor Dios omnipotente que nos envíe buenos Espíritus para asistirnos, aleje a los que pudieren inducirnos en error, y que nos conceda la luz necesaria para distinguir la verdad de la impostura.

Apartad también a los Espíritus malévolos, encarnados o desencarnados, que podrían intentar poner la discordia entre

nosotros y desviarnos de la caridad y amor al prójimo. Si alguno pretendiese introducirse aquí, haced que no encuentre acceso en el corazón de ninguno de nosotros.

Buenos Espíritus que os dignáis venir a instruirnos, hacernos dóciles a vuestros consejos; apartadnos de todo pensamiento de egoísmo, de orgullo, de envidia y de celos; inspiradnos indulgencia y benevolencia para nuestros semejantes presentes y ausentes, amigos y enemigos; haced, en fin, que en los sentimientos de que nos sentimos animados, reconozcamos vuestra saludable influencia.

Dad a los médiums a quienes encarguéis de transmitirnos vuestras enseñanzas, la conciencia de la santidad del mandato que les ha sido confiado y de la gravedad del acto que van a cumplir, con el fin de que tengan el fervor y el recogimiento necesario.

Si, en la asamblea, se encontrasen personas que fuesen atraídas por otro sentimiento que no sea el del bien, abrid sus ojos a la luz, y perdonadles, así como nosotros les perdonamos, si vinieren con malas intenciones.

Rogamos especialmente al Espíritu de N... nuestro guía espiritual, que nos asista y vele sobre nosotros.

7. (Al finalizar la reunión). – Agradecemos a los buenos Espíritus que han querido venir a comunicarse con nosotros, y les rogamos que nos ayuden a poner en práctica las instrucciones que nos han dado, y que hagan que al salir de aquí, cada uno de nosotros se sienta fortificado en la práctica del bien y del amor al prójimo.

Deseamos, igualmente que estas instrucciones sean provechosas a los Espíritus que sufren, ignorantes o viciosos que hayan asistido a esta reunión y sobre las cuales imploramos la misericordia de Dios.

PARA LOS MÉDIUMS

8. *Y en los postreros días, dice el Señor, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos sueños. En aquellos días derramaré de mi Espíritu sobre mis siervos*

y sobre mis siervas, y ellos profetizarán. (Hechos de los Apóstoles, cap. II, v. 17 y 18).

9. PREFACIO. El Señor quiso que la luz se hiciera para todos los hombres, y que penetrase en todas partes por la voz de los Espíritus, con el fin de que cada uno pudiera adquirir la prueba de la inmortalidad; con esa finalidad los Espíritus se manifiestan hoy en todos los puntos de la Tierra, y la mediumnidad que se revela en las personas de todas las edades y condiciones, en los hombres y en las mujeres en los niños y en los ancianos, es una de las señales del cumplimiento de los tiempos predichos.

Para conocer las cosas del mundo visible y descubrir los secretos de la naturaleza material, Dios ha dado al hombre la vista del cuerpo, los sentidos y los instrumentos especiales, con el telescopio penetran sus miradas en las profundidades del espacio, y con el microscopio ha descubierto el mundo de lo infinitamente pequeño. Para penetrar en el mundo invisible le ha dado la mediumnidad.

Los médiums son los intérpretes encargados de transmitir a los hombres las enseñanzas de los Espíritus; o mejor dicho, son *los órganos materiales por los cuales se expresan los Espíritus para hacerse inteligibles a los hombres*. Su misión es santa, porque tiene por objeto abrir los horizontes de la vida eterna.

Los Espíritus vienen a instruir a los hombres sobre su destino futuro, a fin de conducirles por el camino del bien y no para ahorrarles el trabajo material que deben tomarse en la Tierra para su adelantamiento, ni para favorecer su ambición y su codicia. De esto deben compenetrarse bien los médiums para no hacer mal uso de sus facultades. El que comprende la gravedad del mandato de que está revestido, lo cumple religiosamente; su conciencia le reprobaría como un acto sacrílego, hacer de él una diversión o una distracción, *para sí o para otros*, una facultad dada con un fin tan serio y que le pone en relación con los seres de ultratumba.

Como intérpretes de la enseñanza de los Espíritus, los médiums deben desempeñar un papel importante en la transformación moral que se opera; los servicios que puedan prestar

están en razón de la buena dirección que den a sus facultades, porque los que siguen un mal camino, son más perniciosos que útiles a la causa del Espiritismo; por las malas impresiones que producen, retardan más de una conversión. Por eso se les pedirá cuenta del mal uso que hicieron de una facultad que les fue dada para el bien de sus semejantes.

El médium que quiera conservar la asistencia de los buenos Espíritus, debe trabajar en su propio mejoramiento; el que quiera ver aumentar y desarrollar su facultad, debe crecer moralmente y abstenerse de todo lo que pudiese desviarle de su objeto providencial.

Si los buenos Espíritus se sirven algunas veces de instrumentos imperfectos, es para dar buenos consejos y procurar conducirlos al bien; pero si encuentran corazones endurecidos y si sus avisos no son escuchados, entonces se retiran y los malos tienen entonces el campo libre. (Cap. XXIV, números 11 y 12).

La experiencia prueba que las comunicaciones, entre aquellos médiums que no saben aprovechar los consejos que reciben de los buenos Espíritus, después de haber brillado durante cierto tiempo, degeneran, poco a poco y acaban por caer en el error, en palabrería o en el ridículo, señal incontestable del alejamiento de los buenos Espíritus.

Obtener la asistencia de los buenos Espíritus, alejar a los Espíritus livianos y mentirosos; tal debe ser el objeto de los constantes esfuerzos de todos los médiums serios; sin esto la mediumnidad es una facultad estéril que puede redundar en prejuicio del que la posee, porque puede degenerar en obsesión peligrosa.

El médium que comprende su deber, en lugar de enorgullecerse por una facultad que no le pertenece, puesto que puede serle retirada, atribuye a Dios las cosas buenas que obtiene. Si sus comunicaciones merecen elogios, no se envanece, porque sabe que son independientes de su mérito personal y agradece a Dios por haber permitido que buenos Espíritus viniesen a manifestarse por él. Si dan lugar a crítica, no se ofende por ello, porque no son obra de su propio Espíritu; piensa para sí que no fue un buen instrumento y que no posee todas las cualidades

necesarias para oponerse a la intervención de los malos Espíritus; por eso procura adquirir estas cualidades y pide por medio de la oración, la fuerza que le falta.

10. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, permitid a los buenos Espíritus que me asistan en la comunicación que solicito. Preservadme de la presunción de creerme al abrigo de los malos Espíritus, del orgullo que pudiera engañarme sobre el valor de lo que obtenga y de todo sentimiento contrario a la caridad con respecto a los otros médiums. Si soy inducido en error, inspirad alguno el pensamiento de que me lo advierta y a mí la humildad que me hará aceptar la crítica con reconocimiento, tomando para mí mismo y no para otros, los consejos que se servirán darme los buenos Espíritus.

Si siento la tentación de abusar en lo que quiera que sea, o envanecerme de la facultad que habéis tenido a bien concederme, os ruego que me la retiréis antes de permitir que sea desviada de su fin providencial, que es el bien de todos y mi propio adelantamiento moral.

II – ORACIONES PARA SÍ MISMO

A LOS ÁNGELES GUARDIANES Y A LOS ESPÍRITUS PROTECTORES

11. PREFACIO. Todos tenemos un buen Espíritu que se une a nosotros desde el nacimiento y nos ha tomado bajo su protección. Cumple junto a nosotros la misión de un padre para con su hijo: la de conducirnos por el camino del bien y del progreso a través de las pruebas de la vida. Es feliz cuando correspondemos a su solicitud; sufre cuando nos ve sucumbir.

Su nombre nos importa poco, porque puede ser que no tenga nombre conocido en la Tierra; lo invocamos como nuestro ángel guardián, nuestro buen genio; podemos también invocarlo con el nombre de un Espíritu superior cualquiera por el que sintamos más simpatía.

Además de nuestro ángel guardián, que siempre es un Espíritu superior, tenemos a los Espíritus protectores, que no por ser menos elevados, son menos buenos y benévolos; éstos son o parientes o amigos, o algunas veces personas que nosotros no hemos conocido en nuestra existencia actual. Frecuentemente, nos asisten con sus consejos y con su intervención en los actos de nuestra vida.

Los Espíritus simpáticos son aquellos que se unen a nosotros por cierta semejanza de gustos y de inclinaciones; pueden ser buenos o malos, según la naturaleza de las inclinaciones que les atraen hacia nosotros.

Los Espíritus seductores se esfuerzan en desviarnos del camino del bien, sugiriéndonos malos pensamientos. Se aprovechan de todas nuestras debilidades, que son como otras tantas puertas abiertas que les dan acceso a nuestra alma. Los hay que se encarnizan con nosotros como con una presa, pero *se alejan cuando reconocen que no pueden luchar contra nuestra voluntad*.

Dios nos dio un guía principal y superior en nuestro ángel de la guarda, y guías secundarios en nuestros Espíritus protectores y familiares; pero es un error creer que tenemos *forzosamente* un mal genio colocado cerca de nosotros para contrarrestar las buenas influencias. Los malos Espíritus vienen *voluntariamente* según encuentren acceso en nosotros por nuestra debilidad o por nuestra negligencia en seguir las inspiraciones de los buenos Espíritus; por tanto, somos nosotros quienes los atraemos. De esto resulta que nadie está jamás privado de la asistencia de los buenos Espíritus y que depende de nosotros apartar a los malos. Siendo el hombre la primera causa de las miserias que sufre por sus imperfecciones, muchas veces él mismo, es su propio mal genio. (Cap. V, número 4).

La oración a los ángeles guardianes y a los Espíritus protectores debe tener por objeto solicitar su intervención ante Dios, y pedirles fuerza para resistir a las malas sugerencias y su asistencia en las necesidades de la vida.

12. ORACIÓN. – Espíritus sabios y benévolos, mensajeros de Dios, cuya misión es la de asistir a los hombres y conducirles

por el buen camino; sostenedme en las pruebas de esta vida, dadme fuerzas para sufrirlas sin murmurar; desviad de mí los malos pensamientos y haced que no dé acceso a ninguno de los malos Espíritus que intenten inducirme al mal. Iluminad mi conciencia para que pueda ver mis defectos, separad de mis ojos el velo del orgullo que podría impedirme verlos y confesármelos a mí mismo.

Vos sobre todo, N... , mi ángel de la guarda, que veláis más particularmente y vosotros, Espíritus protectores que os interesáis por mí, haced que me haga digno de vuestra benevolencia. Conocéis mis necesidades, que ellas sean satisfechas según la voluntad de Dios.

13. (Otra) – ¡Oh Dios!, permitid a los buenos Espíritus que me rodean, que vengan en mi ayuda cuando esté en dificultades y que me sostengan si vacilo. Haced, Señor, que ellos me inspiren fe, esperanza y caridad; que sean para mí un apoyo, una esperanza y una prueba de vuestra misericordia; haced, en fin, que encuentre a su lado la fuerza que me falta para sobrellevar las pruebas de la vida y para resistir a las sugerencias del mal, la fe que salva y el amor que consuela.

14. (Otra). – Espíritus muy amados, ángeles guardianes, vosotros a quienes Dios, en su infinita misericordia, permite velar por los hombres, sed mis protectores en las pruebas de la vida terrestre. Dadme la fuerza, el valor y la resignación; inspiradme todo lo que es bueno y detenedme en la pendiente del mal; que vuestra dulce influencia penetre mi alma; haced que sienta que un amigo sincero está cerca de mí, que ve mis sufrimientos y comparte mis alegrías.

Y vos, mi buen ángel, no me abandonéis; tengo necesidad de vuestra protección para soportar con fe y amor las pruebas que le plazca a Dios enviarme.

PARA ALEJAR A LOS MALOS ESPÍRITOS

15. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, y por dentro estáis llenos*

de rapiña y de inmundicia! – ¡fariseos ciegos, limpiad primero el interior del vaso y del plato para que sea también limpio lo que está afuera! – ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los ojos de los hombres y dentro están llenos de toda suerte de podredumbre. – Así también de fuera os mostráis justos a los ojos de los hombres; mas por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad. (San Mateo, cap. XXIII, v. 25 a 28).

16. PREFACIO. Los malos Espíritus sólo van donde pueden satisfacer su perversidad; para alejarlos, no basta pedirlo ni menos mandarlo; es preciso despojarnos de lo que les atrae. Los malos Espíritus olfatean las llagas del alma, como las moscas olfatean las del cuerpo; del mismo modo que limpiáis el cuerpo para evitar la inmundicia, limpiad también el alma de sus impurezas para evitar a los malos Espíritus. Como vivimos en un mundo en que pululan los malos Espíritus, las buenas cualidades del corazón no siempre nos ponen al abrigo de sus tentativas, pero dan fuerza para resistirles.

17. ORACIÓN. En nombre de Dios Todopoderoso, que los malos Espíritus se alejen de mí y que los buenos me sirvan de protección contra ellos.

Espíritus malhechores, que inspiráis malos pensamientos a los hombres; Espíritus tramposos y mentirosos que les engaños; Espíritus burlones que abusáis de su credulidad, os rechazo con todas las fuerzas de mi alma y cierro el oído a vuestras sugerencias; pero pido para vosotros la misericordia de Dios.

Buenos Espíritus, que os dignáis asistirme, dadme fuerza para resistir a la influencia de los malos Espíritus y luz necesaria para no ser víctima de sus embustes. Preservadme del orgullo y de la presunción; separad de mi corazón los celos, el odio, la malevolencia y todo sentimiento contrario a la caridad, porque son otras tantas puertas abiertas al Espíritu del mal.

PARA CORREGIRSE DE UN DEFECTO

18. PREFACIO. Nuestros malos instintos son el resultado

de la imperfección de nuestro propio Espíritu, y no de nuestro cuerpo; de otra manera el hombre escaparía de toda clase de responsabilidad. Nuestro mejoramiento depende de nosotros, porque todo hombre que tiene el goce de sus facultades, tiene, para todas las cosas, la libertad de hacer o de dejar de hacer; para hacer el bien sólo le falta la voluntad. (Cap. XV, número 10; cap. XIX, número 12).

19. ORACIÓN. Vos me disteis, ¡oh Dios!, la inteligencia necesaria para distinguir el bien del mal; así, pues, desde el momento en que reconozco que una cosa es mala, soy culpable, porque no me esfuerzo en rechazarla.

Preservadme del orgullo, que podría impedirme ver mis defectos y de los malos Espíritus que podrían excitarme a perseverar en ellos.

Entre mis imperfecciones, reconozco que particularmente estoy inclinado a ... y si no resisto a esta tentación es por la costumbre que tengo de ceder a ella.

Vos no me habéis creado culpable, porque sois justo, sino con una aptitud igual tanto para el bien como para el mal. Si sigo el mal camino, es por efecto de mi libre albedrío. Pero, por la misma razón que tengo la libertad de hacer el mal, tengo también la de hacer el bien; por consiguiente, tengo que cambiar de camino.

Mis defectos actuales son un resto de las imperfecciones que conservé de mis precedentes existencias; es mi pecado original, del cual me puedo despojar por mi voluntad y con la asistencia de los buenos Espíritus.

Buenos Espíritus que me protegéis, y sobre todo vos, mi ángel guardián, dadme fuerzas para resistir a las malas sugerencias y salir victorioso de la lucha.

Los defectos son barreras que nos separan de Dios y cada defecto superado será un paso dado en la senda del progreso, que debe acercarme a Él.

El Señor, en su infinita misericordia tuvo a bien concederme la existencia actual, para que sirva a mi adelantamiento; buenos Espíritus, ayudadme a aprovecharla, con el fin de que no sea una

existencia perdida para mí y para que cuando Dios quiera retirármela, salga mejor que cuando entré a ella. (Cap. V, número 5; cap. XVII, número 3).

PARA PEDIR LA FUERZA DE RESISTIR A UNA TENTACIÓN

20. PREFACIO. Todo mal pensamiento puede tener dos orígenes: la propia imperfección de nuestra alma, o una funesta influencia que actúe sobre ella; en este último caso, es siempre indicio de una debilidad que nos hace propios para recibir esta influencia y por consiguiente, de un alma imperfecta; de tal modo, que el que comete una falta, no podría dar por excusa la influencia de un Espíritu extraño, puesto que *este Espíritu no le habría inducido al mal si lo considerase inaccesible a la seducción.*

Cuando un mal pensamiento surge en nosotros, podemos, pues, suponer que un Espíritu malévolos nos está induciendo al mal y al cual estamos enteramente libres para acceder o resistir, como si se tratara de las instigaciones de una persona viviente. Al mismo tiempo, debemos imaginarnos a nuestro ángel guardián o Espíritu protector, que por su parte, combate en nosotros la mala influencia, y espera con ansiedad la *decisión que vamos a tomar.* Nuestra vacilación en hacer el mal es la voz del Espíritu bueno que se hace oír por la conciencia.

Se reconoce que un pensamiento es malo cuando se aparta de la caridad, que es la base de toda verdadera moral; cuando tiene por principio el orgullo, la vanidad o el egoísmo; cuando su realización puede causar un perjuicio cualquiera a otro; cuando, en fin, nos induce a hacer a los otros cosas que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros. (Cap. XXVIII, número 15; cap. XV, número 10).

21. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, no me dejéis sucumbir a la tentación que tengo de cometer una falta. Espíritus benévolos que me protegéis, desviad de mí este mal pensamiento y dadme la fuerza de resistir a la sugestión del mal. Si sucumbo, habré merecido la expiación de mi falta, tanto en esta vida como en la otra, porque soy libre para elegir.

ACCIÓN DE GRACIAS POR LA VICTORIA OBTENIDA CONTRA LA TENTACIÓN

22. PREFACIO. El que ha resistido a la tentación, lo debe a la asistencia de los buenos Espíritus cuya voz ha escuchado. Por tanto, debe dar gracias de ello, a Dios y a su ángel guardián.

23. ORACIÓN. ¡Oh Dios!, os doy gracias por haberme permitido salir victorioso de la lucha que acabo de sostener contra el mal; haced que esta victoria me dé fuerzas para resistir a las nuevas tentaciones.

Y a vos, mi ángel guardián, os doy gracias por la asistencia que me habéis dado. Que mi sumisión a vuestros consejos me haga digno de merecer de nuevo vuestra protección.

PARA PEDIR UN CONSEJO

24. PREFACIO. Cuando estamos indecisos en hacer o no hacer una cosa, ante todo, debemos hacernos estas preguntas:

Primero. – Lo que dudo hacer, ¿puede causar algún perjuicio a otro?

Segundo. – ¿Puede ser de utilidad para alguien?

Tercero. – Si otra persona hiciera esto conmigo, ¿quedaría yo satisfecho?

Si esta obra sólo interesa a sí mismo, está permitido pesar las ventajas y los inconvenientes personales que puedan resultar de ella.

Si interesa a otro y haciendo el bien para uno puede resultar en mal para otro, es menester igualmente pesar la suma del bien y del mal, para abstenerse o actuar.

En fin, aun para las mejores obras, es preciso considerar la oportunidad y las circunstancias accesorias, porque una cosa buena en sí misma puede tener malos resultados en manos inhábiles, si no es conducida con prudencia y circunspección. Antes de emprenderla conviene consultar las fuerzas y los medios de ejecución.

En todos los casos se debe siempre reclamar la asistencia de los Espíritus protectores recordando esta sabia máxima: *En la duda, abstente.* (Cap. XXVIII, número 38).

25. ORACIÓN. En nombre de Dios Todopoderoso, buenos Espíritus que me protegéis, inspiradme la mejor resolución a adoptar en la incertidumbre en que me encuentro. Dirigid mi pensamiento hacia el bien y desviad la influencia de aquellos que intenten separarme del buen camino.

EN LAS AFLICCIONES DE LA VIDA

26. PREFACIO. Podemos pedir a Dios favores terrestres, y Él puede concedérmolos cuando tienen un objeto útil y serio; pero, como nosotros juzgamos la utilidad de las cosas desde nuestro punto de vista, y nuestra visión está limitada al presente, no siempre vemos el lado malo de aquello que deseamos. Dios, que ve mejor que nosotros y sólo quiere nuestro bien, puede, pues, negármolos, como un padre rehusa a su hijo lo que podría perjudicarlo. Si lo que pedimos no nos es concedido, no debemos desanimarnos; por el contrario, es menester pensar que la privación de lo que deseamos se nos ha impuesto como prueba o como expiación y que nuestra recompensa será proporcional a la resignación con que la sobrellevemos. (Cap. XXVII, número 6; cap. II, números, 5, 6 y 7).

27. ORACIÓN. Dios Todopoderoso que veis nuestras miserias, dignaos escuchar favorablemente los votos que os dirijo en este momento. Si mi súplica fuere inconveniente, perdonádmela; si es justa y útil a vuestros ojos, que los buenos Espíritus que ejecutan vuestra voluntad, vengan en mi ayuda para su cumplimiento.

Cualquier cosa que me suceda, ¡oh Dios!, que se haga vuestra voluntad. Si mis deseos no son atendidos, es porque entra en vuestros designios el probarme y a ello me someto sin murmurar. Haced que no conciba por ello desaliento, y que mi fe y mi resignación sean sustentadas.

(Formúlese la súplica)

ACCIÓN DE GRACIAS POR UN FAVOR OBTENIDO

28. PREFACIO. No es preciso considerar tan sólo como acontecimientos felices las cosas de gran importancia; las más pequeñas en apariencia, son, con frecuencia, las que más influyen en nuestro destino. El hombre olvida fácilmente el bien y se recuerda más de lo que le aflige. Si registrásemos diariamente los beneficios de que somos objeto, sin haberlos solicitado, nos admiraríamos muchas veces de haber recibido tantos que se han borrado de nuestra memoria y nos humillaríamos por nuestra ingratitud.

Cada noche, elevando nuestra alma a Dios, debemos acordarnos de los favores que nos ha concedido durante el día y darle gracias. Sobre todo en el mismo momento en que experimentamos el efecto de su bondad y de su protección, debemos, por un movimiento espontáneo, manifestarle nuestra gratitud; basta para esto un pensamiento que le atribuya el beneficio, sin que sea necesario dejar el trabajo.

Los beneficios de Dios no consisten solamente en las cosas materiales; es menester darle gracias por las buenas ideas y por las felices inspiraciones que nos son sugeridas. Mientras que el orgulloso se atribuye por ello un mérito y el incrédulo lo atribuye a la casualidad, el que tiene fe da por ello gracias a Dios y a los buenos Espíritus. Para eso las frases largas son inútiles: *Gracias ¡Oh Dios!, por el buen pensamiento que me habéis inspirado.* Esto dice más que muchas palabras. El impulso espontáneo que nos hace atribuir a Dios el bien que recibimos, atestigua una costumbre de reconocimiento y humildad, que nos atrae la simpatía de los buenos Espíritus. (Cap. XXVII, números 7 y 8).

29. ORACIÓN. Dios infinitamente bueno, que vuestro nombre sea bendito por los bienes que me habéis concedido; sería indigno de ellos si los atribuyese a la casualidad de los acontecimientos o a mi propio mérito.

Buenos Espíritus, que fuisteis ejecutores de la voluntad de Dios y a vos sobre todo, mi ángel guardián, os doy las gracias. Alejad de mí el pensamiento de enorgullecerme y de hacer de ello un uso que no sea para el bien. Particularmente os doy las gracias por...

ACTO DE SUMISIÓN Y RESIGNACIÓN

30. PREFACIO. Cuando nos alcanza un motivo de aflicción, si buscamos la causa encontraremos muchas veces que es consecuencia de nuestra imprudencia, de nuestra imprevisión, o de nuestra acción anterior; en este caso, a nadie debemos culpar sino a nosotros mismos. Si la causa de una desgracia es independiente de toda participación nuestra, es una prueba para esta vida o la expiación de una existencia pasada y en este último caso, la naturaleza de la expiación puede hacernos conocer la naturaleza de la falta, porque siempre somos castigados por donde hemos pecado. (Cap. V, números 4, 6 y siguientes).

En lo que nos aflige, en general, sólo vemos el mal presente y no las consecuencias ulteriores favorables que esto puede tener. El bien es muchas veces consecuencia del mal pasajero, como la curación de un enfermo es el resultado de los medios dolorosos que se han empleado para obtenerla. En todos los casos debemos someternos a la voluntad de Dios y soportar con valor las tribulaciones de la vida, si queremos que se nos tome en cuenta y que se nos apliquen estas palabras de Cristo: “Bienaventurados los que sufren”. (Cap. V, número 18).

31. ORACIÓN. ¡Oh Dios! Sois soberanamente justo; todo sufrimiento en este mundo, debe, pues, tener su causa y su utilidad. Yo acepto el motivo de aflicción que acabo de experimentar como una expiación de mis faltas pasadas y una prueba para el futuro.

Buenos Espíritus que me protegéis, dadme fuerza para soportarla sin murmurar; haced que sea para mí una advertencia saludable, que aumente mi experiencia y que combata en mí el orgullo, la ambición, la necia vanidad y el egoísmo, y que todo contribuya para mi adelantamiento.

32. (Otra) Oh Dios, siento la necesidad de rogaros para que me deis fuerza para sobrellevar las pruebas que os plazca enviarme. Permitid que la luz sea bastante viva para que mi Espíritu aprecie toda la extensión de un amor que me aflige por querer salvarme. Yo me someto con resignación, ¡oh Dios!, pero, ¡ay de mí! La criatura es tan débil, que si vos no me sostenéis,

temo sucumbir. No me abandonéis, Señor, porque sin vos no soy nada.

33. (Otra). Elevé mi mirada hacia ti, oh Eterno, y me sentí fortalecido. Tú eres mi fuerza, no me abandones, ¡oh Dios! ¡Estoy abatido bajo el peso de mis iniquidades! Ayúdame; ¡Tú conoces la debilidad de mi carne y no apartas tus miradas de mí!

Estoy devorado por una sed ardiente; haz que brote un manantial de agua viva, y quedará aquélla apagada. Que no se abra mi boca sino para cantar tus alabanzas y no para murmurar en las aflicciones de mi vida. Soy débil, Señor, pero tu amor me sostendrá.

¡Oh Eterno! ¡Sólo tú eres grande, sólo tú eres el fin y el objetivo de mi vida! Si me hieres, que por ello tu nombre sea bendito, porque tú eres el Señor y yo el servidor infiel; doblaré mi frente sin quejarme, porque tú eres grande, sólo tú eres la meta.

EN UN PELIGRO INMINENTE

34. PREFACIO. En los peligros a que estamos expuestos, Dios nos recuerda nuestra debilidad y la fragilidad de nuestra existencia. Nos muestra que nuestra vida está en sus manos y que pende de un hilo que puede romperse cuando menos lo esperamos. En cuanto a esto, no hay privilegio para nadie, porque tanto el grande como el pequeño están sometidos a las mismas alternativas.

Si se examinan la naturaleza y las consecuencias del peligro, se verá que muchas veces, si se hubiesen cumplido esas consecuencias, hubieran sido castigo de una falta cometida o de un *deber descuidado*.

35. ORACIÓN. ¡Dios Todopoderoso, vos mi ángel guardián, socorredme! Si debo sucumbir, que se haga la voluntad de Dios. Si me salvo, que en el resto de mi vida repare el mal que pude hacer y del cual me arrepiento.

ACCIÓN DE GRACIAS DESPUÉS DE HABER SALIDO DE UN PELIGRO

36. PREFACIO. Por los peligros que corremos, Dios

nos enseña que de un momento a otro podemos ser llamados a dar cuenta del empleo que hemos hecho de la vida; de este modo nos advierte para que nos concentremos y nos enmendemos.

37. ORACIÓN. ¡Oh Dios! y vos mi ángel de la guarda, os doy las gracias por el socorro que me habéis enviado cuando el peligro me amenazaba. Que este peligro sea para mí una advertencia que me esclarezca sobre las faltas que han podido conducirme a él. Comprendo, Señor, que mi vida está en vuestras manos y que podéis quitármela cuando os plazca. Inspiradme por los buenos Espíritus que me asisten, el pensamiento de emplear útilmente el tiempo que me concedes aún en este mundo.

Mi ángel de la guarda, sostenedme en la resolución que tomo de reparar mis agravios y de hacer todo el bien que estuviere en mi poder, con el fin de llegar con menos imperfecciones al mundo de los Espíritus cuando quiera Dios llamarme.

EN EL MOMENTO DE DORMIRSE

38. PREFACIO. El sueño es el descanso del cuerpo, pero el Espíritu no tiene necesidad de este descanso. Mientras los sentidos se adormecen, el alma se desprende en parte de la materia y goza de sus facultades de Espíritu. El sueño se le ha dado al hombre para reparar las fuerzas orgánicas y las fuerzas morales. Mientras el cuerpo recobra los elementos que ha perdido por la actividad de la vigilia, el Espíritu va a fortalecerse entre los otros Espíritus; con lo que se ve, con lo que oye y con los consejos que le dan, adquiere ideas, que vuelve a encontrar al despertar en estado de intuición; es el regreso temporal del desterrado a su verdadera patria; es el prisionero momentáneamente liberado.

Pero suele suceder, como con el prisionero perverso, que el Espíritu no siempre saca provecho de este momento de libertad para su adelantamiento; si tiene malos instintos, en vez de buscar la compañía de los buenos Espíritus busca la de sus semejantes y va a los lugares en donde puede dar libre curso a sus inclinaciones.

El que esté penetrado de esta verdad, que eleve su pensamiento en el momento en que quiera dormirse; que recurra a

los consejos de los buenos Espíritus y de aquellos cuya memoria le es grata, a fin de que vengan a reunirse con él en el corto intervalo que se le concede, y al despertarse se sentirá más fuerte contra el mal y tendrá más valor contra la adversidad.

39. ORACIÓN. Mi alma va a encontrarse por un instante con los otros Espíritus. Que vengan los buenos y me ayuden con sus consejos. Mi ángel de la guarda, haced que al despertar conserve de ellos una impresión saludable y duradera.

CUANDO SE PREVÉ UNA MUERTE PRÓXIMA

40. PREFACIO. La fe en el futuro, la elevación de pensamiento, durante la vida, hacia los destinos futuros, ayudan al pronto desprendimiento del espíritu debilitando los lazos que le retienen al cuerpo; y muchas veces no se ha concluido aún la vida del cuerpo, cuando el alma impaciente ha remontado el vuelo hacia la inmensidad. Lo contrario sucede en el hombre que concentra todos sus pensamientos en las cosas materiales, pues los lazos son tenaces, *la separación es penosa y dolorosa* y el despertar de ultratumba está lleno de turbación y de ansiedad.

41. ORACIÓN. ¡Oh Dios! Creo en vos y en vuestra bondad infinita; por esto no puedo creer que dierais la inteligencia al hombre para conoceros y la aspiración al porvenir para sumergirle después en la nada.

Creo que mi cuerpo es sólo la envoltura precedera de mi alma y que cuando haya cesado de vivir, me despertaré en el mundo de los Espíritus.

Dios Todopoderoso, siento romperse los lazos que unen mi alma al cuerpo y muy pronto voy a dar cuenta del empleo hecho de la vida que dejo.

Voy a sufrir las consecuencias del bien o del mal que hice; allí no hay ilusiones, no hay subterfugio posible; todo mi pasado va a desenvolverse delante de mí y seré juzgado según mis obras.

Nada me llevaré conmigo de los bienes de la Tierra; honores, riquezas, satisfacciones de vanidad y orgullo, en fin, todo lo que pertenece al cuerpo, va a quedar en este mundo; ni la menor

partícula me seguirá y nada de todo esto me servirá de socorro en el mundo de los Espíritus. Sólo llevaré conmigo lo que pertenece a mi alma, es decir, las buenas y las malas cualidades, que se pesarán en la balanza de una rigurosa justicia y seré juzgado con tanta más severidad cuanto mi posición, en la Tierra, más ocasiones me haya dado de practicar el bien que no hice. (Cap. VI, número 9).

¡Dios de misericordia, que mi arrepentimiento llegue hasta vos! Dignaos extender sobre mí vuestra indulgencia.

Si os pluguiese prolongar mi existencia, que el resto sea empleado para reparar, tanto como de mí dependa, el mal que haya podido hacer. Si mi hora llegó para siempre, llevo conmigo la idea consoladora que me será permitido redimirme por medio de nuevas pruebas a fin de merecer un día la felicidad de los elegidos.

Si no me es dado gozar inmediatamente de esa felicidad sin mácula, que sólo pertenece al justo por excelencia, sé que no me está negada eternamente la esperanza y que con el trabajo, alcanzaré el objetivo, más temprano o más tarde, según mis esfuerzos.

Sé que buenos Espíritus y mi ángel guardián están aquí, cerca de mí, para recibirme, y que dentro de poco les veré como ellos me ven. Sé que encontraré a los que amé en la Tierra, *si lo hubiere merecido*, y los que dejo aquí vendrán a unirse conmigo para que un día estemos juntos para siempre y que mientras tanto, podré venir a visitarles.

Sé también que voy a encontrar a los que ofendí, les ruego que me perdonen lo que puedan reprocharme: mi orgullo, mi dureza, mis injusticias y que no me llene de vergüenza con su presencia.

Perdono a todos los que me han hecho o me han querido mal en la Tierra, no les conservo ningún odio y ruego a Dios que les perdone.

Señor, dadme fuerzas para dejar sin pesar los goces groseros de este mundo, que no son nada al lado de los goces puros del mundo en que voy a entrar. Allí, para el justo, ya no hay tormentos, sufrimientos, ni miserias; sólo sufre el culpable pero le queda la esperanza.

Buenos Espíritus, y vos, mi ángel de la guarda, no me dejéis

fallar en este momento supremo; haced que resplandezca a mis ojos la luz divina para que reanime mi fe, si llegase a vacilar.

Nota. – Véase adelante el párrafo V: Oraciones para los enfermos y los obsesos.

III – ORACIONES PARA OTROS

PARA ALGUIEN QUE ESTÉ EN AFLICCIÓN

42. PREFACIO (*). Si es del interés del afligido que su prueba siga su curso, no se abreviará por nuestro pedido; pero sería impiedad el desanimarse porque la súplica no fue atendida; además, en la falta de la cesación de la prueba, se puede esperar obtener algún otro consuelo que atempere la amargura. Lo que es verdaderamente útil para el que sufre, es el valor y la resignación, sin lo cual lo que sufre es sin provecho para él, porque estará obligado a empezar de nuevo la prueba. Es, pues, con esta finalidad que es preciso, sobre todo, dirigir los esfuerzos, sea llamando a los buenos Espíritus en su ayuda, sea aumentando uno mismo la moral del afligido por medio de consejos y estímulos, sea, en fin, asistiéndole materialmente si se puede. La oración en este caso, puede además, tener un efecto directo, dirigiendo sobre la persona una corriente fluídica para fortalecer su moral. (Cap. V, números 5 y 27; cap. XXVII, números 6 y 10).

43. ORACIÓN. ¡Oh Dios!, cuya bondad es infinita, dignaos aliviar la amargura de la posición de N..., si tal es vuestra voluntad.

Buenos Espíritus, en nombre de Dios Todopoderoso, os suplico que le asistáis en sus aflicciones. Si en interés suyo, no pueden ser evitadas, hacedles comprender que son necesarias para su adelantamiento. Dadle la confianza en Dios y en el porvenir, y se le harán menos duras. Dadle también la fuerza para que no sucumba a la desesperación; porque perdería el fruto y haría que su posición futura fuera aún más penosa. Conducid mi pensamiento hacia él y que le ayude a sostener su ánimo.

(*) En el original falta la palabra **prefacio**. (N. del T.).

ACCIÓN DE GRACIAS POR UN BENEFICIO CONCEDIDO A OTRO

44. PREFACIO. El que no está dominado por el egoísmo se alegra del bien del prójimo, aun cuando no lo haya solicitado por la oración.

45. ORACIÓN. ¡Oh Dios!, bendito seáis por la felicidad que habéis concedido a N...

Buenos Espíritus, haced que vea en ella un efecto de la bondad de Dios. Si el bien que se le concede es una prueba, inspiradle el pensamiento de que haga de él un buen uso y de no envanecerse, con el fin de que este bien no resulte en su perjuicio para el futuro.

Vos, mi buen genio que me protegéis y deseáis mi felicidad, alejad de mi pensamiento todo sentimiento de envidia y de celos.

PARA NUESTROS ENEMIGOS Y PARA LOS QUE NOS QUIEREN MAL

46. PREFACIO. Jesús dijo: *Amad incluso a vuestros enemigos*. Esta máxima es lo sublime de la caridad cristiana; pero Jesús no quiere decir con esto que debemos tener con nuestros enemigos la misma ternura que tenemos con nuestros amigos; nos quiso decir con estas palabras, que olvidemos sus ofensas, que les perdonemos el mal que nos hacen, devolviéndoles bien por mal. Además del mérito que resulta de ello a los ojos de Dios, muestra a los ojos de los hombres la verdadera superioridad. (Cap. XII, números 3 y 4).

47. ORACIÓN. ¡Oh Dios!, yo perdono a N... el mal que me hizo y el que me quiso hacer, como deseo que me perdonéis y que él también me perdone las injusticias que yo pueda haber cometido. Si lo colocasteis en mi camino como una prueba, que se cumpla vuestra voluntad.

Desviad de mí, ¡Oh Dios!, la idea de maldecirle y todo deseo malévolos contra él. Haced que yo no experimente ninguna alegría por las desgracias que pueda tener, ni pena por los bienes que

puedan concedérsele, con el fin de no manchar mi alma con pensamientos indignos de un cristiano.

Señor, que vuestra voluntad al extenderse sobre él, pueda conducirlo a los mejores sentimientos con respecto a mí.

Buenos Espíritus, inspiradme el olvido del mal y el recuerdo del bien. Que ni el odio, ni el rencor, ni el deseo de volverle mal por mal, entren en mi corazón, porque el odio y la venganza sólo pertenecen a los Espíritus malos, encarnados y desencarnados. Por el contrario, que esté pronto a tenderle fraternalmente la mano, a volverle bien por mal y a socorrerle si me es posible.

Deseo, para probar la sinceridad de mis palabras, que se me ofrezca la ocasión de serle útil; pero sobre todo, ¡Oh Dios!, preservadme de hacerlo por orgullo u ostentación confundiendo con una generosidad humillante, lo que me haría perder el fruto de mi acción, porque entonces merecería que se me aplicasen aquellas palabras de Cristo: *Ya recibisteis vuestra recompensa*. (Cap. XIII, números 1 y siguientes).

ACCIÓN DE GRACIAS POR EL BIEN CONCEDIDO A NUESTROS ENEMIGOS

48. PREFACIO. No desear mal a los enemigos, es ser caritativo a medias; la verdadera caridad requiere que le deseemos el bien y que nos alegremos por las gracias que Dios les conceda. (Cap. XII, números 7 y 8).

49. ORACIÓN. ¡Oh Dios, en vuestra justicia, entendiste un deber alegrar el corazón de N... Yo os lo agradezco por él, a pesar del mal que me hizo o que procura hacerme. Si se aprovechase de ello para humillarme, lo aceptaré como una prueba para mí, ejerciendo la caridad.

Buenos Espíritus que me protegéis no permitáis que conciba por ello ningún pesar; desviad de mí la envidia y los celos que degradan; inspiradme por el contrario, la generosidad que eleva. La humillación está en el mal y no en el bien y sabemos que tarde o temprano se hará a cada uno justicia según sus obras.

PARA LOS ENEMIGOS DEL ESPIRITISMO

50. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.*

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Felices seréis cuando los hombres os maldijeren y os persiguieren y dijeren con falsedad toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos, porque un galardón muy grande os está reservado en los cielos; pues así también persiguieron a los profetas, que fueron antes de vosotros. (San Mateo, cap. V, v. 6, 10, 11 y 12).

No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed antes al que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno. (San Mateo, cap. X, v. 28).

51. PREFACIO. De todas las libertades, la más inviolable es la de pensar, que comprende también la libertad de conciencia. Anatematizar a los que no piensan como nosotros, es reclamar esta libertad para sí y rehusarla a los otros, es violar el primer mandamiento de Jesús: la caridad y el amor al prójimo. Perseguirles por su creencia, es atentar al derecho más sagrado que tiene todo hombre de creer lo que le conviene y adorar a Dios del modo que él lo entienda. Constreñirlos a actos exteriores semejantes a los nuestros, es mostrar que se atiende más a la forma que al fondo, a las apariencias más que a la convicción. La abjuración forzada nunca ha dado fe; sólo puede hacer hipócritas. Es un abuso de la fuerza material que no prueba la verdad; *la verdad está segura de sí misma; convence y no persigue, porque no tiene necesidad de ello.*

El Espiritismo es una opinión, una creencia; aun cuando fuese una religión, ¿por qué no tendría el hombre la libertad de llamarse espírita, como tiene la de llamarse católico, judío o protestante, partidario de tal o cual doctrina filosófica, o de éste o de aquél sistema económico? Esa creencia es falsa o verdadera; si es falsa, caerá por su propio peso, porque el error no puede prevalecer contra la verdad, cuando se ilustran las inteligencias; si es verdadera, la persecución no la hará falsa.

La persecución es el bautismo de toda idea nueva, grande y justa; crece con la grandeza y la importancia de la idea. La animosidad y la cólera de los enemigos de la idea está en razón del miedo que les inspira. Por esta razón el Cristianismo fue perseguido en otro tiempo y el Espiritismo lo es hoy, con la diferencia, sin embargo, de que el Cristianismo lo fue por Paganos mientras que el Espiritismo lo es por Cristianos. El tiempo de las persecuciones sangrientas ha pasado, es verdad; pero si no se mata el cuerpo, se tortura el alma; se la ataca hasta en los sentimientos más íntimos, en los afectos más caros; se dividen las familias, se excita a la madre contra la hija, la esposa contra el marido; se ataca aun el cuerpo en sus necesidades materiales, quitándole su modo de vivir para sitiarse por el hambre. (Cap. XXIII, número 9 y siguientes).

Espíritas, no os afijáis por los golpes que os aciertan, porque así prueban que estáis con la verdad, pues de lo contrario os dejarían tranquilos y no os herirían. Es una prueba para vuestra fe, porque será con vuestro valor, por vuestra resignación y por vuestra perseverancia, que Dios os reconocerá entre sus fieles servidores, cuya enumeración hace hoy para dar a cada uno la parte que le corresponde, según sus obras.

A ejemplo de los primeros Cristianos, tened, pues, orgullo en llevar vuestra cruz. Creed en las palabras de Cristo que dijo: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos” No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma. Dijo también: “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os hacen mal y orad por los que os persiguen”. Mostrad que sois sus verdaderos discípulos y que vuestra doctrina es buena, haciendo lo que el dice y lo que él mismo hizo.

La persecución durará sólo una época; esperad, pues, pacientemente el despuntar de la aurora, porque ya la estrella de la mañana se vislumbra en el horizonte. (Cap. XXIV, números 13 y siguientes).

52. ORACIÓN. Señor, vos nos dijisteis, por la boca de Jesús, vuestro Mesías: “Bienaventurados los que sufren persecución por

la justicia; perdonad a vuestros enemigos; orad por los que os persiguen”; y Él mismo nos ha enseñado el camino, orando por sus verdugos.

A su ejemplo, ¡oh Dios!, solicitamos vuestra misericordia para los que desconocen vuestros divinos preceptos, los únicos que pueden asegurar la paz en este mundo y en el otro. Nosotros decimos como el Cristo: “Perdonadles, Padre Nuestro, porque ellos no saben lo hacen”.

Dadnos la fuerza para soportar con paciencia y resignación, como pruebas para nuestra fe y humildad, sus burlas, sus injurias, sus calumnias y persecuciones; apartadnos de todo pensamiento de represalias, porque la hora de vuestra justicia sonará para todos y nosotros la esperamos sometiéndonos a vuestra santa voluntad.

PARA UN NIÑO RECIÉN NACIDO

53. PREFACIO. Los Espíritus no llegan a la perfección sino después de haber pasado por las pruebas de la vida corporal; los que están errantes esperan que Dios les permita volver a tomar otra existencia que debe proporcionarles un medio de adelantamiento, ya sea por la expiación de sus faltas pasadas por medio de las vicisitudes, a las que se han sometido, ya sea también cumpliendo una misión útil a la Humanidad. Su adelantamiento y su felicidad futura serán proporcionados a la manera como habrán empleado el tiempo que deben pasar en la Tierra. El encargo de guiar sus primeros pasos y dirigirles hacia el bien está confiado a sus padres, que responderán, ante Dios, por la manera como hayan cumplido su mandato. Fue para facilitarles esta ejecución, que Dios hizo del amor paternal y del amor filial una ley de la Naturaleza, ley que jamás es violada impunemente.

54. ORACIÓN. (Para los padres). Espíritu que estás encarnando en el cuerpo de nuestro hijo, bienvenido seas entre nosotros; Dios Todopoderoso que lo habéis enviado, bendito seáis.

Este es un depósito que nos ha sido confiado, del que debemos dar cuenta un día. Si pertenece a la nueva generación de Espíritus que debe poblar la Tierra, ¡gracias, oh Dios, por este

favor! Si es un alma imperfecta, nuestro deber es ayudarla a progresar en el camino del bien, por nuestros consejos y buenos ejemplos; si cayere en el mal por nuestra causa, responderemos de ello ante vos, porque no habremos cumplido nuestra misión respecto a él.

Señor, sostenednos en nuestro trabajo y dadnos fuerza y voluntad para cumplirlo. Si este niño debe ser objeto de vuestras pruebas, ¡que se cumpla vuestra voluntad!

Buenos Espíritus que habéis venido a presidir su nacimiento y debéis acompañarle durante su vida, no lo abandonéis. Alejad de él a los Espíritus imperfectos que pudieran inducirle al mal; dadle fuerza para resistir a sus sugerencias y el valor para sufrir con paciencia y resignación las pruebas que le esperan en la Tierra. (Cap. XIV, número 9).

55. (Otra). Dios mío, me confiasteis la suerte de uno de vuestros Espíritus; haced, Señor, que sea digno del deber que me fue impuesto; concededme vuestra protección; iluminad mi inteligencia con el fin de que pueda discernir pronto las tendencias del que debo preparar para entrar en vuestra paz.

56. (Otra). Dios de bondad, puesto que habéis tenido a bien permitir al Espíritu de este niño que venga de nuevo a sufrir las pruebas terrestres para hacerle progresar, dadle la luz a fin de que aprenda a conoceros, amaros y adoraros. Haced, por vuestra omnipotencia, que esta alma se regenere en el manantial de vuestras divinas instrucciones; que bajo el amparo de su ángel de la guarda, su inteligencia crezca, se desarrolle y le haga aspirar a aproximarse cada vez más a vos; que la ciencia del Espiritismo sea la luz brillante que le ilumine a través de los escollos de la vida; que sepa, en fin, apreciar toda la inmensidad de vuestro amor, que nos prueba para fortificarnos.

Señor, echad una mirada paternal sobre la familia a la que confiaste esta alma; que pueda comprender la importancia de su misión y haced germinar en este niño las buenas semillas, hasta el día en que él mismo pueda, por sus propias aspiraciones, elevarse sólo hacia vos.

Dignaos, oh Dios, escuchar esta humilde plegaria en

nombre y por los méritos del que dijo: “Dejad a los niños venir a mí, porque el reino de los cielos es para los que se les asemejen”.

PARA UN AGONIZANTE

57. PREFACIO. La agonía es el preludio de la separación del alma y del cuerpo, se puede decir que en este momento el hombre sólo tiene un pie en este mundo y el otro fuera de él. Este tránsito es algunas veces penoso para los que están muy ligados a la materia y han vivido más para los bienes de este mundo que para los del otro, o cuya conciencia está agitada por los pesares y remordimientos; en aquellos, por el contrario, cuyos pensamientos se han elevado al infinito y están desprendidos de la materia, los lazos son menos difíciles de romper y los últimos momentos nada tienen de doloroso; el alma, entonces, sólo se une al cuerpo por un hilo, mientras que en la otra posición está unida a él por profundas raíces; en todos los casos la oración ejerce una acción poderosa sobre el trabajo de la separación. (Véase adelante: Oraciones para los enfermos; *El Cielo y el Infierno*, Segunda Parte, cap. I, *El Tránsito*).

58. ORACIÓN. Dios poderoso y misericordioso, he aquí un alma que deja su envoltura terrestre para volver al mundo de los Espíritus, su verdadera patria; que pueda entrar allí en paz y que vuestra misericordia se extienda sobre ella.

Buenos Espíritus, que la acompañasteis en la Tierra, no la abandonéis en este momento supremo; dadle fuerza para soportar los últimos sufrimientos que debe padecer en este mundo para su adelantamiento futuro; inspiradle para que ella consagre al arrepentimiento de sus faltas los últimos destellos de inteligencia que le restan o que pueden volverle momentáneamente.

Dirigid mi pensamiento a fin de que su acción haga menos penosa la separación, y que lleve en su alma, en el momento de dejar la Tierra, los consuelos de la esperanza.

IV – ORACIONES PARA LOS QUE YA NO ESTÁN EN LA TIERRA

PARA LOS RECIÉN FALLECIDOS

59. PREFACIO. Las oraciones por los Espíritus que acaban de dejar la Tierra, no tienen sólo por objeto darles un testimonio de simpatía, sino que tienen también por objeto ayudar a su desprendimiento, y por lo tanto, abreviar la turbación que sigue siempre a la separación y darles más calma al despertar. Pero también en esta, como en cualquier otra circunstancia, la eficacia está en la sinceridad del pensamiento y no en la abundancia de palabras dichas con más o menos pompa y en las cuales muchas veces el corazón no toma ninguna parte.

Las oraciones que parten del corazón, resuenan alrededor del Espíritu, cuyas ideas están aún confusas, como las voces amigas que nos sacan del sueño. (Cap. XXVII, número 10).

60. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, que vuestra misericordia se extienda sobre el alma de N... que acabáis de llamar a vos. ¡Qué la pruebas que ha sufrido en esta vida le sean tomadas en cuenta y nuestras oraciones puedan aliviar y abreviar las penas que tenga aún que sufrir como Espíritu!

Buenos Espíritus que habéis venido a recibirle y sobre todo vos, su ángel de la guarda, asistidle para ayudarlo a despojarse de la materia; dadle la luz y la conciencia de sí mismo con el fin de sacarle de la turbación que acompaña al tránsito de la vida corporal a la vida espiritual. Inspiradle el arrepentimiento de las faltas que haya cometido y el deseo de que le sea permitido el repararlas para activar su adelantamiento hacia la vida de eterna felicidad.

N..., acabas de entrar en el mundo de los Espíritus, y sin embargo, estás aquí presente entre nosotros; nos ves y nos escuchas, porque no hay más diferencia entre tú y nosotros que el cuerpo perecedero que acabas de dejar y que muy pronto será reducido a polvo.

Dejaste el grosero envoltorio sujeto a las vicisitudes y a la

muerte y sólo conservas la envoltura etérea, imperecedera e inaccesible a los sufrimientos. Si no vives ya por el cuerpo, vives la vida de los Espíritus y esta vida está exenta de las miserias que afligen a la Humanidad.

Ya no tienes el velo que oculta a nuestros ojos los resplandores de la vida futura; de hoy en adelante podéis contemplar nuevas maravillas, mientras que nosotros estamos aún sumergidos en las tinieblas.

Vas a recorrer el espacio y visitar los mundos con toda libertad, mientras que nosotros nos arrastramos penosamente sobre la Tierra, en la que nos retiene nuestro cuerpo material, semejante para nosotros a una carga muy pesada.

El horizonte del infinito va a desarrollarse ante ti y en presencia de tanta grandeza comprenderás la vanidad de nuestros deseos terrestres, de nuestras ambiciones mundanas y de nuestros goces fútiles de que los hombres hacen sus delicias.

La muerte sólo es, entre los hombres, una separación material de algunos instantes. Desde el lugar del exilio en donde nos retiene aún la voluntad de Dios, así como los deberes que tenemos que cumplir en este mundo, nosotros te seguiremos con el pensamiento hasta el momento en que se nos permita reunirnos contigo, así como tú te has reunido con los que te precedieron.

Si nosotros no podemos ir a tu lado, tú puedes venir al nuestro. Ven, pues, entre los que te aman y que has amado; sosténles en las pruebas de la vida, vela por los que te son queridos, protégeles según tu poder y calma sus pesares con el pensamiento de que eres más feliz ahora y con la consoladora certeza de estar reunidos un día en un mundo mejor.

En el mundo en que estás deben extinguirse todos los resentimientos terrestres. ¡Qué de hoy en adelante, seas inaccesible a ellos para tu felicidad futura! Perdona, pues, a los que han procedido mal contigo, como te perdonan aquellos con los que has procedido mal.

Nota. Pueden añadirse a esta oración, aplicable a todos, algunas palabras especiales, según las circunstancias particulares

de familia o de relación y la posición del difunto. Si se trata de un niño, el Espiritismo nos enseña que éste no es un Espíritu de creación reciente, sino que ha vivido ya y puede ser también muy avanzado. Si su última existencia ha sido corta es porque no era más que un complemento de la prueba, o debía ser una prueba para sus padres. (Cap. V, número 21).

61. (Otra). Señor Todopoderoso, que vuestra misericordia se extienda sobre nuestros hermanos que acaban de dejar la Tierra. Que vuestra luz resplandezca a sus ojos. Apartadlos de las tinieblas; abrid sus ojos y sus oídos. Que los buenos Espíritus les envuelvan y les hagan oír las palabras de paz y esperanza.

Señor, por indignos que seamos, nos atrevemos a implorar vuestra misericordiosa indulgencia a favor de aquél de nuestros hermanos que acaba de ser llamado del exilio; haced que su regreso sea el del hijo pródigo. Olvidad, Dios mío, las faltas que ha podido cometer, para acordarnos del bien que hizo. Vuestra justicia es inmutable, lo sabemos, pero vuestro amor es inmenso; os suplicamos suavizar vuestra justicia por esa fuente de bondad que mana de vos.

Que la luz se haga para ti, hermano mío, que acabas de dejar la Tierra. Que los buenos Espíritus del Señor descendan hacia ti, te envuelvan y te ayuden a sacudir tus cadenas terrestres. Comprende y mira la grandeza de Nuestro Señor; sométete sin murmurar a su justicia, pero no desesperes jamás de su misericordia. ¡Hermano! Que un serio retorno a tu pasado te abra las puertas del porvenir haciéndote comprender las faltas que dejas detrás de ti y el trabajo que te queda para repararlas. Que Dios te perdone y que sus buenos Espíritus te sostengan y te animen. Tus hermanos de la Tierra orarán por ti y te piden que ores por ellos.(1)

PARA LAS PERSONAS QUE SE HAN AMADO

62. PREFACIO. Qué espantosa es la idea de la nada. Qué

(1) Esta oración fue dictada a un médium de Bordeaux en el momento en que pasaba por delante de sus ventanas el entierro de un desconocido.

dignos son de compasión los que creen que la voz del amigo que llora a su amigo se pierde en el vacío y no encuentra ningún eco que le responda. Jamás conocerán las puras y santas afecciones los que piensan que todo muere con el cuerpo; que el genio que ha iluminado el mundo con su vasta inteligencia es un juego de la materia que se extingue para siempre como un soplo; que del más querido ser, de un padre, de una madre o de un hijo adorado, sólo queda un poco de polvo que el tiempo disipa para siempre.

¿Cómo un hombre de corazón puede permanecer tranquilo con este pensamiento? ¿Cómo la idea de un aniquilamiento absoluto no le hiela de espanto y no le hace al menos desear que no sea así? Si hasta ese día su razón no le bastó para salir de dudas, he aquí que el Espiritismo viene a disipar toda incertidumbre sobre el futuro por las pruebas materiales que da de la sobrevivencia del alma y de la existencia de los seres de ultratumba. Así es que por todas partes son acogidas estas pruebas con alegría, y renace la confianza porque el hombre sabe de aquí en adelante que la vida terrestre sólo es un corto pasaje que conduce a una vida mejor, que sus trabajos en este mundo no se pierden para él, y que los afectos más santos no se rompen para siempre. (Cap. IV, número 18; cap. V, número 21).

63. ORACIÓN. Dignaos, ¡oh Dios!, acoger favorablemente la oración que os dirijo por el Espíritu de N... hacedle entrever vuestras divinas luces y que le sea más fácil el camino de la felicidad eterna. Permitid que los buenos Espíritus le lleven mis palabras y mi pensamiento.

Tú que me eras querido en este mundo, oye mi voz que te llama para darte un nuevo testimonio de mi afecto. Dios permitió que fueses liberado primero; no podría quejarme de ello sin egoísmo, porque sería estar afligido por no tener más para ti las penas y los sufrimientos de la vida. Espero, pues, con resignación el momento de nuestra reunión en el mundo más feliz en que me has precedido.

Yo sé que nuestra separación es momentánea y que por larga que pudiera parecerme, su duración se borra ante la eterna felicidad que Dios promete a sus elegidos. Que su bondad me preserve de

hacer nada que pueda retardar este instante deseado, y que me ahorre de este modo el dolor de no volverte a encontrar al salir de mi cautiverio terrestre.

¡Oh! ¡Qué dulce y consoladora es la certeza de que sólo hay entre nosotros un velo material que te oculta de mi vista! Que puedas estar aquí, a mi lado, verme y oírme como otras veces y aún mejor que antes; que no me olvidarás como yo tampoco no te olvidaré; que nuestros pensamientos no cesen de confundirse, y que el tuyo me siga y me sustente siempre.

Que la paz del Señor sea contigo.

PARA LAS ALMAS QUE SUFREN Y PIDEN ORACIONES

64. PREFACIO. Para comprender el alivio que la oración puede proporcionar a los Espíritus que sufren, es menester referirse a su modo de acción, que se ha explicado anteriormente. (Cap. XXVII, números, 9, 18 y siguientes). El que está compenetrado de esta verdad ora con más fervor por la certeza de que no ora en vano.

65. ORACIÓN. Dios clemente y misericordioso, que vuestra bondad se extienda sobre todos los Espíritus que desean nuestras oraciones y particularmente sobre el alma de N...

Buenos Espíritus cuya única ocupación es el bien, interceded conmigo para su alivio. Haced que resplandezca a sus ojos un rayo de esperanza, y que la divina luz les ilumine y les haga ver las imperfecciones que les alejan de la morada de los felices. Abrid su corazón al arrepentimiento y al deseo de depurarse para acelerar su adelantamiento. Hacedles comprender que por su esfuerzo pueden abreviar el tiempo de sus pruebas.

¡Qué Dios, en su bondad les dé fuerza para perseverar en sus buenas resoluciones!

Que estas palabras benévolas puedan mitigar sus penas demostrándoles que en la Tierra hay seres que saben compadecerse de ellos y que desean su felicidad.

66. (Otra). Os suplicamos, Señor, derramar sobre todos los que sufren, sea en el espacio como Espíritus errantes, sea entre nosotros como Espíritus encarnados, las gracias de vuestro amor y de vuestra misericordia. Tened piedad de nuestras debilidades. Falibles nos hicisteis, pero nos habéis dado la fuerza para resistir al mal y vencerlo. Que vuestra misericordia se extienda sobre todos los que no han podido resistir a sus malas inclinaciones y están aún arrastrándose en un mal camino. Que vuestros buenos Espíritus le envuelvan; que vuestra luz resplandezca a sus ojos, y que, atraídos por su calor, vengan a prosternarse a vuestros pies, humildes, arrepentidos y sumisos.

Os suplicamos igualmente, Padre de misericordia, por aquellos de nuestros hermanos que no tuvieron la fuerza de soportar las pruebas terrestres. Vos nos disteis un fardo para cargar, Señor, y nosotros sólo debemos depositarlo a vuestros pies; pero nuestra debilidad es grande y el valor nos falta algunas veces por el camino. Tened piedad de estos servidores indolentes que han abandonado la obra antes de tiempo; que vuestra justicia les excuse y permita a vuestros buenos Espíritus llevarles el alivio, los consuelos y la esperanza del futuro. El camino del perdón es fortificante para el alma; mostradlo, Señor, a los culpables que desesperan, y sostenidos por esta esperanza sacarán fuerzas del mismo cúmulo de sus faltas y de sus sufrimientos para rescatar su pasado y prepararse para conquistar el porvenir.

PARA UN ENEMIGO MUERTO

67. PREFACIO. La caridad hacia nuestros enemigos debe seguirles hasta más allá de la tumba. Es preciso pensar que el daño que os han hecho es para nosotros una prueba que ha podido ser útil a nuestro adelantamiento, si supimos aprovecharnos de ella. Puede aún sernos más provechosa que las aflicciones puramente materiales, porque nos permitió unir al valor y a la resignación, la caridad y el olvido de las ofensas. (Cap. X, número 6; cap. XII, números 5 y 6).

68. ORACIÓN. Señor, os habéis dignado llamar antes que a mí el alma de N... Yo le perdono el mal que me hizo y sus malas

intenciones hacia mí; que pueda él arrepentirse de eso, ahora que ya no tiene las ilusiones de este mundo.

Que vuestra misericordia, Dios mío, se extienda sobre él y alejad de mí el pensamiento de alegrarme con su muerte. Si procedí mal con él, que me perdone, como yo olvido a los que procedieron así conmigo.

PARA UN CRIMINAL

69. PREFACIO. Si la eficacia de las oraciones fuese proporcional a su tamaño, las más extensas deberían ser reservadas a los culpables, porque tienen mayor necesidad que los que vivieron santamente. Rehusarlas a los criminales es faltar a la caridad y desconocer la misericordia de Dios; crearlas inútiles, porque un hombre haya cometido tal o cual falta, es prejuzgar la justicia del Altísimo. (Cap. XI, número 14).

70. ORACIÓN. Señor, Dios de misericordia, no rechacéis a este criminal que acaba de dejar la Tierra; la justicia de los hombres pudo condenarle, pero no por esto se salva de vuestra justicia, si su corazón no se ha conmovido por un sincero arrepentimiento.

Quitadle la venda que le oculta la gravedad de sus faltas. ¡Que con su arrepentimiento encuentre gracia ante vos y que se alivien los sufrimientos de su alma! ¡Que vuestras oraciones y la intervención de los buenos Espíritus puedan darle la esperanza y el consuelo! Inspiradle el deseo de reparar sus malas acciones en una nueva existencia y dadle fuerza para que no sucumba en las nuevas luchas que emprenderá.

¡Señor, tened piedad de él!

PARA UN SUICIDA

71. PREFACIO. El hombre no tiene nunca el derecho de disponer de su propia vida, porque sólo a Dios corresponde sacarle del cautiverio terrestre cuando lo juzgue oportuno. Sin embargo, la justicia divina puede calmar sus rigores a favor de las circunstancias, pero reserva toda la severidad para

aquel que quiso sustraerse a las pruebas de la vida. El suicida es como el prisionero que se evade la prisión antes de cumplir la condena y a quien cuando es vuelto a capturar se le detiene con más severidad. Lo mismo sucede con el suicida que cree escapar de las miserias presentes y se sumerge en desgracias mayores. (Cap. V, número 14 y siguientes)

72. ORACIÓN. Sabemos, Dios mío, la suerte reservada a los que violan vuestras leyes acortando voluntariamente sus días; pero sabemos también que vuestra misericordia es infinita; dignaos derramarla sobre el alma de N... ¡Que nuestras oraciones y vuestra conmiseración endulcen la amargura de los padecimientos que sufre por no haber tenido el valor de esperar el fin de sus pruebas!

Buenos Espíritus cuya misión es asistir a los infelices, tomadle bajo vuestra protección; inspiradle el arrepentimiento de su falta y que vuestra asistencia le dé la fuerza de soportar con más resignación las nuevas pruebas que tendrá que sufrir para repararla. Separad de él a los malos Espíritus que podrían de nuevo llevarlo al mal y prolongar sus sufrimientos, haciéndole perder el fruto de sus futuras pruebas.

Tú, cuya desdicha es el objeto de nuestras oraciones, ¡que nuestra conmiseración endulce tus amarguras y haga nacer en ti la esperanza de un porvenir mejor! Este porvenir está en tus manos; confía en la bondad de Dios, cuyo seno está abierto a todos los arrepentidos, y sólo permanece cerrado a los corazones endurecidos.

PARA LOS ESPÍRITUS ARREPENTIDOS

73. PREFACIO. Sería injusto colocar en la categoría de los malos Espíritus a los que sufren y arrepentidos, que piden oraciones; éstos han podido ser malos, pero ya no lo son, desde el momento que reconocen sus faltas y sienten haberlas cometido; sólo son desdichados y algunos comienzan a gozar de una felicidad relativa.

74. ORACIÓN. Dios de misericordia, que aceptáis el arrepentimiento sincero del pecador, encarnado o desencarnado, aquí tenéis un Espíritu que se ha complacido en el mal, pero que

reconoce sus faltas y entra en el buen camino; dignaos Dios mío, recibirle como a un hijo pródigo y perdonadle.

Buenos Espíritus, cuya voz él desconoció, de aquí en adelante quiere escucharos; permitid que pueda entrever la felicidad de los elegidos del Señor, a fin de que persista en el deseo de purificarse para alcanzarla; sostenedle en sus buenas resoluciones y dadle fuerza para resistir sus malos instintos.

Espíritu de N... os felicitamos por vuestra conversión y damos gracias a los buenos Espíritus que os han ayudado.

Si antes os complacíais en hacer el mal, fue porque no comprendíais cuán dulce es el goce de hacer el bien; os considerabais también demasiado bajo para poder conseguirlo. Pero desde el instante en que os pusisteis de pie en el buen camino, una luz se hizo para vos; comenzaste a disfrutar de una felicidad desconocida y la esperanza entró en vuestro corazón. Es que Dios escucha siempre la oración del pecador arrepentido y no rechaza a ninguno de los que vienen a él.

Para entrar completamente en gracia junto a Él, aplicaos desde hoy en adelante. No sólo a no hacer el mal, sino hacer el bien y sobre todo a reparar el mal que habéis hecho; entonces habréis satisfecho a la justicia de Dios; cada buena acción borrará una de vuestras faltas pasadas.

El primer paso está dado; ahora, cuanto más avancéis, tanto más fácil y agradable os será el camino. Perseverad, pues, y un día tendréis la gloria de ser contado entre los buenos Espíritus y los Espíritus felices.

PARA LOS ESPÍRITUS ENDURECIDOS

75. PREFACIO. Los malos Espíritus son aquellos que el arrepentimiento aún no los conmovió; que se complacen en el mal y no sienten por ello ninguna pena; que son insensibles a las amonestaciones, rechazan la oración y algunas veces blasfeman del nombre de Dios. Son aquellas almas endurecidas que, después de la muerte, se vengán, en los hombres por los tormentos que sufren y persiguen con su odio a aquellos a quien odiaron durante

su vida, sea por la obsesión sea por cualquier falsa influencia. (Cap. X, número 6; cap. XII, números 5 y 6).

Entre los Espíritus perversos hay dos categorías muy distintas: los que son francamente malos y los que son hipócritas. Los primeros son muchísimo más fáciles de conducir al bien que los segundos, que son generalmente, de naturaleza bruta y grosera, como se ven entre los hombres, que hacen el mal más por instinto que por cálculo y no pretenden pasar por mejores de lo que son; pero hay en ellos un germen latente que es necesario hacer brotar, lo que se consigue, casi siempre, con la perseverancia, la firmeza unida a la benevolencia, con los consejos, los razonamientos y la oración. En la mediumnidad, la dificultad que tienen en escribir el nombre de Dios es indicio de un temor instintivo, de una voz íntima de la conciencia que les dice que son indignos de ello. Aquel con quien ocurre esto, está en el umbral de la conversión y se puede esperar todo de él: basta encontrar el punto vulnerable del corazón.

Los Espíritus hipócritas casi siempre son muy inteligentes, pero no tienen en el corazón ninguna fibra sensible; nada les conmueve; fingen todos los buenos sentimientos para captarse la confianza y son felices cuando encuentran incautos que les aceptan como santos Espíritus y que pueden gobernarles a su gusto. El nombre de Dios, lejos de inspirarles el menor temor, les sirve de máscara para cubrir sus torpezas. En el mundo invisible así como en el mundo visible, los hipócritas son seres más perjudiciales porque trabajan ocultamente y no se sospecha de ellos. Sólo tienen las apariencias de la fe, pero ninguna fe sincera.

76. ORACIÓN. Señor, dignaos mirar bondadosamente a los Espíritus imperfectos que aún están en las tinieblas de la ignorancia y os desconocen, y particularmente al de N...

Buenos Espíritus, ayudadnos a hacerlo comprender que induciendo a los hombres al mal, obsesándoles y atormentándoles, prolonga sus propios sufrimientos; haced que el ejemplo de felicidad que vosotros gozáis sea un estímulo para él.

Espíritus que os complacéis aún en el mal, acabáis de oír la

oración que hicimos por vos; ella debe probaros que deseamos haceros el bien, aunque hagáis el mal.

Sois infelices, porque es imposible ser feliz haciendo el mal; ¿por qué, pues, permanecer en pena cuando depende de vosotros salir de ella? Oservad a los buenos Espíritus que os rodean; ved cuán felices son y si no sería más agradable para vosotros gozar de la misma felicidad.

Diréis que eso os es imposible, pero nada hay imposible para el que quiere, porque Dios os dio, como a todas sus criaturas, la libertad de elegir entre el bien y el mal, es decir, entre la felicidad y la infelicidad; nadie está condenado al mal. Si tenéis la voluntad de hacerlo, podéis tener la de hacer el bien y de ser felices.

Volved vuestras miradas hacia Dios, elevaos un solo instante hasta Él con el pensamiento y un rayo de su divina luz vendrá a esclareceros. Decid con nosotros estas simples palabras: *¡Oh Dios, me arrepiento, perdonadme!* Probad el arrepentimiento y haced el bien, en vez de hacer el mal y veréis que pronto su misericordia se extenderá sobre vosotros y que un bienestar desconocido vendrá a reemplazar las angustias que sentís.

Una vez que hayáis dado un paso en el buen camino, el resto del recorrido os parecerá fácil. Entonces comprenderéis cuanto tiempo perdisteis, por vuestra falta de felicidad; pero un futuro radiante y lleno de esperanza se abrirá ante vos y os hará olvidar vuestro miserable pasado, lleno de turbación y de tormentos morales que serían para vos el infierno si debiesen durar eternamente. Vendrá día en que esos tormentos serán tales que quisierais a cualquier precio hacerlos cesar; pero cuanto más esperareis, más difícil os será eso.

No creáis que permaneceréis siempre en el estado en que estáis; no, eso es imposible; tenéis ante vos dos perspectivas: una es la de sufrir mucho más de lo que sufrís ahora, la otra de ser feliz como los buenos Espíritus que están a vuestro alrededor; la primera es inevitable si persistís en vuestra obstinación y un simple esfuerzo de vuestra voluntad basta para sacaros de la mala situación en que

estáis. Apresuraos, pues, porque cada día de atraso es un día perdido para vuestra felicidad.

Buenos Espíritus, haced que estas palabras encuentren acceso en esa alma aún atrasada, a fin de que la ayuden a acercarse a Dios. Así os lo suplicamos en nombre de Jesucristo, que tan gran poder tiene sobre los Espíritus malos.

V – ORACIONES PARA LOS ENFERMOS Y LOS OBSESOS

PARA LOS ENFERMOS

77. PREFACIO. Las enfermedades son parte de las pruebas y de las vicisitudes terrestres; son inherentes a la imperfección de nuestra naturaleza material y a la inferioridad del mundo en que habitamos. Las pasiones y los excesos de todas clases siembran en nosotros gérmenes malsanos, frecuentemente hereditarios. En mundos más avanzados física y moralmente, el organismo humano, más purificado y menos material, no está sujeto a las mismas enfermedades y el cuerpo no está minado sordamente por los estragos de las pasiones. (Cap. III, número 9). Es menester, pues, resignarse a sufrir las consecuencias del centro en que nos coloca nuestra inferioridad, hasta que hayamos merecido cambiarlo. Entretanto consigamos el mérito, eso no nos debe impedir hacer lo que dependa de nosotros para mejorar nuestra posición actual; pero si a pesar de nuestros esfuerzos, no podemos llegar a ello, el Espiritismo nos enseña a soportar con resignación nuestros males pasajeros.

Si Dios no hubiese querido que los sufrimientos corporales fueran disipados o aliviados en ciertos casos, no habría puesto medios curativos a nuestra disposición. Su previsora solicitud, con respecto a esto, de acuerdo con el instinto de conservación, indica que está en nuestro deber buscarlos y aplicarlos.

Al lado de la medicación ordinaria, elaborada por la Ciencia, el Magnetismo nos hizo conocer el poder de la acción fluídica; después el Espiritismo vino a revelarnos otra fuerza en la

mediumnidad curadora y la influencia de la oración. (Véase en el cap. XXVI, información sobre la *mediumnidad curativa*).

78. ORACIÓN. (Para que la diga el enfermo). Señor, sois todo justicia; la enfermedad que habéis querido enviarme debo merecerla, porque jamás hacéis sufrir sin causa. Para mi curación, yo me entrego a vuestra infinita misericordia; si os place volverme la salud, que vuestro santo nombre sea bendito; si por el contrario debo sufrir aún, que así mismo sea bendito; me someto sin murmurar a vuestros divinos decretos, porque todo lo que haréis no puede tener otro objeto que el bien de vuestras criaturas.

Haced, Dios mío, que esta enfermedad sea para mí un aviso saludable y me lleve a meditar sobre mí mismo; la acepto como una expiación del pasado y como una prueba de mi fe y sumisión a vuestra santa voluntad. (Véase la Oración número 40).

79. ORACIÓN. (Para el enfermo). Dios mío, vuestros designios son impenetrables, y en vuestra sabiduría creísteis un deber afligir a N... con la enfermedad. Os suplico echéis una mirada de compasión sobre sus sufrimientos y os dignéis ponerles un término.

Buenos Espíritus, ministros del Todopoderoso, os ruego que secundéis mi deseo de aliviarle; dirigid mi pensamiento, a fin de que vaya a derramar un bálsamo saludable en su cuerpo y el consuelo en su alma.

Inspiradle la paciencia y la sumisión a la voluntad de Dios, dadle fuerza para sobrellevar sus dolores con resignación cristiana a fin de que no se pierda el fruto de esta prueba. (Véase la Oración número 57).

80. ORACIÓN. (Para ser pronunciada por el médium de curación). Dios misericordioso, si os dignáis serviros de mí, aun cuando soy indigno puedo curar este sufrimiento si tal es vuestra voluntad, porque tengo fe en vos; sin vos nada puedo. Permitid a los buenos Espíritus que me penetren con su fluido saludable, a fin de que lo trasmita a este enfermo, y alejad de mí todo pensamiento de orgullo y de egoísmo que pudiera alterar su pureza.

PARA LOS OBSESOS

81. PREFACIO. La obsesión es la acción persistente que un mal Espíritu ejerce sobre un individuo. Presenta caracteres muy diferentes, desde la simple influencia moral, sin señales exteriores sensibles, hasta la perturbación completa del organismo y de las facultades mentales. Oblitera todas las facultades medianímicas; en la mediumnidad por la escritura, se conoce por la obstinación de un Espíritu en manifestarse, con exclusión de todos los otros.

Los Espíritus malos pululan alrededor de la Tierra a consecuencia de la inferioridad moral de sus habitantes. Su acción malhechora forma parte de las plagas que la Humanidad sufre en este mundo. La obsesión, como las enfermedades y todas las tribulaciones de la vida, debe, pues, ser considerada como una prueba o una expiación, y aceptada como tal.

De la misma manera que las enfermedades son resultado de las imperfecciones físicas que hacen al cuerpo accesible a las influencias perniciosas exteriores, la obsesión lo es siempre de una imperfección moral que lo expone a un mal Espíritu. A una causa física se opone una fuerza física: a una causa moral, es preciso oponer otra fuerza moral. Para precaver las enfermedades se fortifica el cuerpo; para precaverse de la obsesión, es preciso fortificar el alma. De ahí, para el obseso la necesidad de trabajar por su propia mejoría, lo que muchas veces basta para librarse del obsesor, sin el socorro de personas extrañas. Este socorro se hace necesario cuando la obsesión degenera en subyugación y en posesión, porque, entonces, el paciente pierde a veces su voluntad y su libre albedrío.

La obsesión es casi siempre el resultado de una venganza ejercida por un Espíritu y lo más a menudo tiene su origen en las relaciones que el obseso tuvo con él en una existencia precedente. (Cap. X, número 6; cap. XII, números 5 y 6).

En los casos de obsesión grave, el obseso está como envuelto e impregnado de un fluido pernicioso que neutraliza la acción de los fluidos saludables y los rechaza. De este fluido es preciso

desembarazarle, y un mal fluido no puede ser rechazado por otro fluido malo. Por una acción idéntica a la del médium de curación en los casos de enfermedad, es menester expulsar el fluido malo con la ayuda de un fluido mejor, que en cierto modo produce el efecto de un reactivo. Esta es la acción mecánica, pero no basta; también y sobre todo, es necesario *obrar sobre el ser inteligente*, con el cual es preciso tener el derecho de hablar con autoridad y esta autoridad corresponde sólo a la superioridad moral: cuanto más grande es ésta, tanto mayor es la autoridad.

Eso no es todo; para asegurar la liberación es preciso llevar al Espíritu perverso a renunciar a sus malos designios; es menester hacer nacer en él el arrepentimiento y el deseo del bien, con ayuda de instrucciones hábilmente dirigidas, en las evocaciones particulares hechas con vista a su educación moral; entonces, puede tenerse la doble satisfacción de librar a un encarnado y de convertir a un Espíritu imperfecto.

La tarea se hace más fácil cuando el obseso, comprendiendo su situación, presta su concurso con la voluntad y la oración; no sucede lo mismo cuando éste seducido por el Espíritu engañador se hace ilusiones sobre las cualidades del que le domina, complaciéndose en el error en que le tiene este último, porque entonces, lejos de secundar, rechaza toda asistencia. Es el caso de la fascinación, siempre infinitamente más rebelde que la subyugación más violenta. (*El libro de los médiums*, cap. XIII).

En todos los casos de obsesión, la oración es un poderoso auxiliar para obrar contra el Espíritu obsesor.

82. ORACIÓN. (Para ser pronunciada por el obseso). Dios de justicia, permitid a los buenos Espíritus que me libren del Espíritu malhechor que se ha unido a mí. Si es una venganza que ejerce por injusticias que le habré hecho en otro tiempo, vos lo permitís, Dios de bondad, para mi castigo y sufro la consecuencia de mi falta. ¡Qué mi arrepentimiento merezca vuestro perdón y mi liberación! Pero cualquiera que sea el motivo que tenga, solicito vuestra misericordia para él. Dignaos facilitarle el camino del progreso, que le desviaría del pensamiento de hacer el mal. Que por mi parte, volviéndole bien por mal, pueda conducirlo a mejores sentimientos.

Mas yo sé también, ¡oh Dios mío!, que mis imperfecciones son las que me hacen accesible a las influencias de los Espíritus imperfectos. Dadme la luz necesaria para reconocerlas y, sobre todo, combatid en mí el orgullo que me ciega para que no vea mis defectos.

¡Cuán grande debe ser mi indignidad, puesto que un ser malhechor puede enseñorearse de mí!

Haced, ¡oh Dios!, que este revés para mi vanidad me sirva de lección para el futuro; que él me fortalezca en la resolución que tomo de purificarme por la práctica del bien, de la caridad y de la humildad, con el fin de oponer de hoy en adelante una barrera a las malas influencias.

Señor, dadme fuerza para soportar esta prueba con paciencia y resignación; comprendo que, como todas las otras pruebas, debe ella ayudar a mi adelantamiento si no pierdo su utilidad con mi murmuración, puesto que me proporciona la ocasión de manifestar mi sumisión y de ejercer la caridad hacia un hermano infeliz, perdonándole el mal que me hizo. (Cap. XII, números 5 y 6; cap. XXVIII, números 15 y siguientes, 46 y 47).

83. ORACIÓN. (Para el obseso). Dios Todopoderoso, dignaos darme el poder para liberar a N... del Espíritu que le obsesa; si entra en vuestros designios poner término a esta prueba, concededme la gracia de hablarle con autoridad.

Buenos Espíritus que me asistís, y vos, su ángel de la guarda, prestadme vuestro auxilio y ayudadme a desembarazarle del fluido impuro que le envuelve.

En nombre de Dios Todopoderoso, conjuro al Espíritu malhechor que le atormenta a que se retire.

84. ORACIÓN. (Para el Espíritu obsesor) Dios infinitamente bueno, imploro vuestra misericordia para el Espíritu que obsesa a N... hacedle entrever las divinas claridades, a fin de que él vea el falso camino en que está empeñado. Buenos Espíritus, ayudadme a hacerle comprender que tiene todo para perder haciendo el mal y todo para ganar haciendo el bien.

Espíritu que os complacéis en atormentar a N..., escuchadme porque os hablo en nombre de Dios.

Si quisieréis reflexionar, comprenderéis que el mal no puede imponerse al bien, y que no podéis ser más fuerte que Dios y los buenos Espíritus.

Ellos podrían haber preservado a N... de toda persecución por vuestra parte; si no lo han hecho es porque él (o ella) debía sufrir esta prueba. Pero cuando esta prueba se concluya, os quitarán toda acción sobre él; el mal que le habéis hecho, en lugar de perjudicarlo, servirá para su adelantamiento y con ello será más feliz; así vuestra maldad habrá sido una pura pérdida para vos y revertirá sobre vos mismo.

Dios, que es todopoderoso y los Espíritus superiores sus delegados, que son más poderosos que vos, podrán, pues, poner término a esta obsesión cuando quieran y vuestra tenacidad se estrellará contra esa suprema autoridad. Mas, por el hecho mismo de que Dios es bueno, quiere dejaros el mérito de que ceséis por vuestra propia voluntad. Es una moratoria que se os concede; si no os aprovecháis de ella sufriréis sus deplorables consecuencias; grandes castigos y crueles sufrimientos os esperan; os veréis forzado a implorar su piedad y las oraciones de vuestra víctima, que ya os perdona y ora por vos, lo que es un gran mérito a los ojos de Dios y apresurará su liberación.

Reflexionad, pues, mientras hay tiempo aún, porque la Justicia de Dios caerá sobre vos, como sobre todos los Espíritus rebeldes. Pensad que el mal que hacéis en este momento tendrá forzosamente un término, mientras que si os obstináis en vuestro endurecimiento, vuestro sufrimientos aumentarán sin cesar.

Cuándo estabais en la Tierra, ¿no os hubiera parecido estúpido el sacrificar un gran bien por una pequeña satisfacción del momento? Lo mismo sucede ahora que sois Espíritu. ¿Qué ganáis con lo que hacéis? El triste placer de atormentar a alguno, lo que no os impide ser infeliz y cualquier cosa que podáis decir, os hará más infeliz aún.

Al lado de eso, ved lo que perdéis; mirad a los buenos

Espíritus que os rodean y ved si su suerte no es preferible a la vuestra. Participaréis de la felicidad que ellos gozan cuando lo queráis. ¿Qué es necesario para eso? Implorar a Dios y hacer el bien, en lugar de hacer el mal. Yo sé que no podéis transformaros de repente; pero Dios no pide nada imposible; lo que quiere es la buena voluntad. Probadlo, pues, y os ayudaremos. Haced que muy pronto podamos decir por vos la oración de los Espíritus arrepentidos (número 73), y no tengamos que colocaros más entre los Espíritus malos, hasta que podáis estar entre los buenos.

(Véase también la número 75, Oración para los Espíritus endurecidos)

Nota: La curación de las obsesiones graves requiere mucha paciencia, perseverancia y abnegación; exige también tacto y habilidad para conducir al bien a los Espíritus, a menudo muy perversos, endurecidos y astutos, porque los hay rebeldes al último grado; en la mayor parte de los casos es menester guiarse según las circunstancias; pero cualquiera que sea el carácter del Espíritu, es un hecho cierto que no se obtiene nada por la fuerza o por la amenaza; toda la influencia está en el ascendiente moral. Otra verdad igualmente constatada por la experiencia, lo mismo que por la lógica, es la completa ineficacia de los exorcismos, fórmulas, palabras sacramentales, amuletos, talismanes, prácticas exteriores o cualquiera otra señal material.

La obsesión muy prolongada puede ocasionar desórdenes patológicos y requiere algunas veces un tratamiento simultáneo o consecutivo, sea magnético, sea médico, para restablecer el organismo. Estando destruida la causa, falta combatir los efectos. (Véase *El libro de los médiums*, cap. XXIII, De la obsesión; *Revista Espírita*, febrero y marzo de 1864, y de abril de 1865: Ejemplos de curas de obsesiones).

ÍNDICE

PREFACIO	7
INTRODUCCIÓN	
Objeto de esta obra – Autoridad de la doctrina espírita – Control universal de la enseñanza de los Espíritus – Noticias históricas – Sócrates y Platón, precursores de la idea cristiana y del Espiritismo – Resumen de la doctrina de Sócrates y Platón	8
CAPÍTULO I - YO NO VINE A DESTRUIR LA LEY	
Las tres revelaciones: Moisés; Cristo; el Espiritismo – Alianza de la Ciencia y la Religión – <i>Instrucciones de los Espíritus:</i> La nueva era.	35
CAP. II - MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO	
La vida futura. – La realeza de Jesús. – El punto de vista. – <i>Instrucciones de los Espíritus:</i> Un reinado terrestre.	44
CAP. III - HAY MUCHAS MORADAS EN LA CASA DE MI PADRE	
Diferentes estados del alma en la erraticidad. – Diferentes categorías de mundos habitados. – Destino de la Tierra. – Causas de las miserias terrestres. – <i>Instrucciones de los Espíritus:</i> Mundos superiores y mundos inferiores. – Mundos de expiación y de pruebas. – Mundos regeneradores. – Progresión de los mundos.	50
CAP. IV - NADIE PUEDE VER EL REINO DE DIOS SI NO NACIERE DE NUEVO	
Resurrección y reencarnación. – Los lazos de familia fortalecidos por la reencarnación y quebrados por la unicidad de la existencia. – <i>Instrucciones de los Espíritus:</i> Límites de la encarnación. Necesidad de la encarnación – ¿La encarnación es un castigo?	60
CAP.V - BIENAVENTURAS LOS AFLIGIDOS	
Justicia de las aflicciones. – Causas actuales de las aflicciones. – Causas anteriores de las aflicciones. – Olvido del pasado. – Motivos de resignación. – El suicidio y la locura. – <i>Instrucciones de los Espíritus:</i> Sufrir bien y sufrir mal. – El mal y el remedio. – La felicidad no es de este mundo. – Pérdida de personas amadas. – Muertes prematuras. – Si fuese un hombre de bien habría muerto. – Los tormentos voluntarios. – La infelicidad real. – La melancolía. – Pruebas voluntarias. – El verdadero cilicio. – ¿Debe ponerse término a las pruebas del prójimo? – ¿Es permitido abreviar la vida de un enfermo que sufre sin esperanza de curación? – Sacrificio de la propia vida. – Provecho de los sufrimientos por otro.	73

CAPÍTULO VI - EL CRISTO CONSOLADOR

El yugo ligero. – Consolador prometido. – *Instrucciones de los Espíritus:* Advenimiento del Espíritu de Verdad. 100

CAPÍTULO VII - BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU

Lo que es preciso entender por pobres de espíritu. – Todo aquél que se eleva será rebajado. – Misterios ocultos a los sabios y a los prudentes. – *Instrucciones de los Espíritus:* El orgullo y la humildad. – Misión del hombre inteligente en la Tierra. 105

CAPÍTULO VIII - BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN EL CORAZÓN PURO

Dejad a los niños venir a mí. – Pecado por el pensamiento. – Adulterio. – Verdadera pureza. Manos no lavadas. – Escándalos. Si vuestra mano es motivo de escándalo, córtala. – *Instrucciones de los Espíritus:* Dejad a los niños venir a mí. – Bienaventurados los que tienen los ojos cerrados. 117

CAPÍTULO IX - BIENAVENTURADOS LOS MANOS, PORQUE ELLOS POSEERÁN LA TIERRA

Injurias y violencias. – *Instrucciones de los Espíritus:* La afabilidad y la dulzura. – La paciencia. – Obediencia y resignación. – La cólera. 129

CAPÍTULO X - BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS

Perdonad para que Dios os perdone. – Reconciliarse con los adversarios. – El sacrificio más agradable a Dios. – La paja y la viga en el ojo. – No juzguéis para que no seáis juzgados. El que esté sin pecado que le arroje la primera piedra. – *Instrucciones de los Espíritus:* Perdón de las ofensas. – La indulgencia. – ¿Es permitido reprender a los otros, observar las imperfecciones de los demás y divulgar el mal ajeno? 135

CAPÍTULO XI - AMAR AL PRÓJIMO COMO A SÍ MISMO

El mayor mandamiento. – Hacer por los otros lo que quisiéramos que los otros hicieran por nosotros. – Parábola de los acreedores y de los deudores. – Dad a César lo que es de César. *Instrucciones de los Espíritus:* La ley de amor. – El egoísmo. – La fe y la caridad. – Caridad para con los criminales. – ¿Debe exponerse la vida por un malhechor? 147

CAPÍTULO XII - AMAD A VUESTROS ENEMIGOS

Volver bien por mal. – Los enemigos desencarnados. – Si alguno te golpea la mejilla derecha, ofrécele también la otra. – *Instrucciones de los Espíritus:* La venganza. – El odio. – El duelo. 159

CAPÍTULO XIII - QUE VUESTRA MANO IZQUIERDA NO SEPA LO QUE DA VUESTRA MANO DERECHA

Hacer el bien sin ostentación. – Los infortunios ocultos. – El óbolo de la viuda. – Invitar a los pobres y estropeados. – Servir sin esperanza de recompensa. – *Instrucciones de los Espíritus:* La caridad material y la caridad moral. – La beneficencia. – La piedad. – Los huérfanos. – Beneficios pagados con la ingratitud. – Beneficencia exclusiva. 172

CAPÍTULO XIV - HONRAD A VUESTRO PADRE Y A VUESTRA MADRE

Piedad filial. – ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? – Parentesco corporal y parentesco espiritual. – *Instrucciones de los Espíritus:* La ingratitud de los hijos y los lazos de familia. 193

CAPÍTULO XV - FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACIÓN

Lo que es necesario para salvarse. Parábola del buen samaritano. – El mayor mandamiento. – Necesidad de la caridad según San Pablo. – Fuera de la Iglesia no hay salvación. – Fuera de la verdad no hay salvación. – *Instrucciones de los Espíritus:* Fuera de la caridad no hay salvación. 203

CAPÍTULO XVI - NO SE PUEDE SERVIR A DIOS Y A LAS RIQUEZAS

Salvación de los ricos. – Guardarse de la avaricia. – Jesús en la casa de Zaqueo. – Parábola del mal rico. – Parábola de los talentos. – Utilidad providencial de la fortuna. – Pruebas de la riqueza y de la miseria. – Desigualdad de las riquezas. – *Instrucciones de los Espíritus:* La verdadera propiedad. – Empleo de la fortuna. – Desprendimiento de los bienes terrestres. – Transmisión de la fortuna. 211

CAPÍTULO XVII - SED PERFECTOS

Caracteres de la perfección. – El hombre de bien. – Los buenos espíritas. – Parábola del sembrador. – *Instrucciones de los Espíritus:* El deber. – La virtud. – Los superiores y los inferiores. – El hombre en el mundo. – Cuidar el cuerpo y el Espíritu 227

CAPÍTULO XVIII - MUCHOS SON LOS LLAMADOS Y POCO LOS ESCOGIDOS

Parábola del festín de bodas. – La puerta estrecha. – Los que dicen: ¡Señor! ¡Señor! No entrarán todos en el reino de los cielos. – Se pedirá mucho al que haya recibido mucho. – *Instrucciones de los Espíritus:* Se dará al que ya tiene. – Se reconoce al cristiano por sus obras. 241

CAPÍTULO XIX - LA FE TRANSPORTA MONTAÑAS

Poder de la fe. – La fe religiosa. – Condición de la fe inalterable. – Parábola de la higuera seca. – *Instrucciones de los Espíritus*: – La fe, madre de la esperanza y de la caridad. – La fe divina y la fe humana. 252

CAPÍTULO XX - LOS OBREROS DE LA ÚLTIMA HORA

Instrucciones de los Espíritus: Los últimos serán los primeros. – Misión de los espíritus. – Los obreros del Señor. 260

CAPÍTULO XXI - HABRÁ FALSOS CRISTOS Y FALSOS PROFETAS

Por el fruto se conoce el árbol. – Misión de los profetas. – Prodigios de los falsos profetas. – No creáis a todos los Espíritus. – *Instrucciones de los Espíritus*: Los falsos profetas. – Caracteres del verdadero profeta. – Los falsos profetas de la erradicidad. – Jeremías y los falsos profetas. 267

CAPÍTULO XXII - NO SEPARÉIS LO QUE DIOS HA UNIDO

Indisolubilidad del matrimonio. - Divorcio. 279

CAPÍTULO XXIII - MORAL EXTRAÑA

Quien no aborrece a su padre y a su madre. – Dejar padre, madre e hijos. – Dejad a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos. – No vine a traer la paz, sino la división. 283

CAPÍTULO XXIV - NO PONGÁIS LA CANDELA DEBAJO DEL CELEMÍN

Candela debajo del celemín. Por qué Jesús habla por parábolas. – No vayáis a los Gentiles. – Los sanos no tienen necesidad de médico. – El valor de la fe. – Cargar su cruz. Quien quiera salvar la vida, la perderá. 293

CAPÍTULO XXV - BUSCAD Y HALLARÉIS

Ayúdate y el cielo te ayudará. – Contemplad las aves del cielo. – No os acongojéis por la posesión del oro. 302

CAPÍTULO XXVI - DAD GRATUITAMENTE LO QUE HABÉIS RECIBIDO GRATUITAMENTE

Don de curar. – Oraciones pagadas. – Mercaderes echados del templo. – Mediumnidad gratuita. 308

CAPÍTULO XXVII - PEDID Y SE OS DARÁ

Cualidades de la oración. – Eficacia de la oración. – Acción de la oración. – Transmisión del pensamiento. – Oraciones inteligibles. – De la oración para los muertos y para los Espíritus que sufren. – *Instrucciones de los Espíritus*: Modo de orar. – Alegría de la oración. 313

CAPÍTULO XXVIII - COLECCIÓN DE ORACIONES ESPÍRITAS

Preámbulo 327

I - ORACIONES GENERALES

Oración dominical – Reuniones espíritas – Para los médiums 329

II - ORACIONES PARA SÍ MISMO

A los ángeles guardianes y a los Espíritus protectores – Para alejar a los malos Espíritus – Para corregirse de un defecto – Para pedir la fuerza de resistir a una tentación – Acción de gracias por la victoria obtenida contra la tentación – Para pedir un consejo – En las aflicciones de la vida – Acción de gracias por un favor obtenido – Acto de sumisión y resignación – En un peligro inminente – Acción de gracias después de haber salido de un peligro – En el momento de dormirse – Cuando se prevé una muerte próxima 340

III - ORACIONES PARA OTROS

Para alguien que esté en aflicción – Acción de gracias por un beneficio concedido a otro – Para nuestros enemigos y para los que nos quieren mal – Acción de gracias por el bien concedido a nuestros enemigos – Para los enemigos del Espiritismo – Para un niño recién nacido – Para un agonizante 354

IV - ORACIONES PARA LOS QUE YA NO ESTÁN EN LA TIERRA

Para los recién fallecidos – Para las personas que se han amado – Para las almas que sufren y piden oraciones – Para un enemigo muerto – Para un criminal – Para un suicida – Para los espíritus arrepentidos – Para los espíritus endurecidos 362

V - ORACIONES PARA LOS ENFERMOS Y LOS OBSESOS

Para los enfermos – Para los obsesos 373

La composición e impresión de esta edición se realizó en el Instituto de Difusão Espírita. Av. Otto Barreto, nº 1067, Araras, São Paulo, Brasil.